



Sexo con amor es magia y, si no, gimnasia

ANA
HERNÁNDEZ
SARRIÁ

divinitybooks.

mī

Créditos

[Portada](#)
[Dedicatorias](#)
[Carta a mi Mari José](#)
[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Capítulo XI](#)
[Capítulo XII](#)
[Capítulo XIII](#)
[Capítulo XIV](#)
[Capítulo XV](#)
[Capítulo XVI](#)
[Capítulo XVII](#)
[Capítulo XVIII](#)
[Capítulo XIX](#)
[Capítulo XX](#)
[Capítulo XXI](#)
[Capítulo XXII](#)
[Capítulo XXIII](#)
[Capítulo XXIV](#)
[Capítulo XXV](#)
[Capítulo XXVI](#)
[Capítulo XXVII](#)
[Capítulo XXVIII](#)
[Capítulo XXIX](#)
[Capítulo XXX](#)
[Capítulo XXXI](#)
[Capítulo XXXII](#)
[Capítulo XXXIII](#)
[Agradecimientos](#)
[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Nadie que haya vivido en Nueva York habrá quedado indiferente. Ni podrá olvidarlo jamás.

A Stanton Street, mi pequeña calle del Lower East Side de Manhattan, que me ofreció paz, hospitalidad y calma durante los seis años más tormentosos y apasionantes de mi vida. A toda la gente que haya subido esas escaleras del 162. A Coro.

A mi compañero Maikol, por regalarme el viaje más apasionante de mi vida. Por enseñarme a reflexionar bajo los atardeceres más impresionantes de Costa Rica. Por aprender junto a él a dejarme llevar por las pasiones, sin reflexionar sobre las consecuencias de mis actos. A Johnny y a Eduina, a su familia en Drake Bay, tantas veces olvidada, tantos años excluida.

Y a mi hermana, mi mejor amiga, protagonista de este libro, la persona que más quiero y que querré nunca. No importa el tiempo que pase, ni la cantidad de preciosas ciudades que visite, en las que viva y esté. Mi corazón ha estado y estará siempre en Madrid. En el paseo de San Francisco de Sales de Madrid. España.

Quizá sea precisamente por eso, mamá. Porque la felicidad no está en los años, ni en los meses, ni en las semanas, tan siquiera en los días. Llevo siete años en Nueva York en los que durante muchas, muchas épocas, he sido absolutamente infeliz. ¿Por qué? Si tengo todo lo que siempre había soñado... Tal vez simplemente estuviese equivocada y, realmente, no fuera eso lo que estaba buscando. Quizá porque, poco a poco, por desgracia, he ido aprendiendo a no saber valorarlo. Puede que me he haya equivocado buscando la felicidad así. En los rascacielos sin vida, en los bolsos de Alexander McQueen y de Dior o en la satisfacción personal de haber logrado llegar hasta aquí sola. Tener mi propia empresa, vivir en uno de los mejores *loft* de Manhattan y estar en el *front-row* del New York Fashion Week. ¿Para qué? Si desde hace mucho tiempo me cuesta ser feliz.

Me avergüenzo de quejarme sabiendo que lo tengo todo. La mejor familia del mundo, los mejores padres y hermanos, sin duda. Los mejores amigos que alguien pueda desear. Gente tan maravillosa que me ha acompañado en mi recorrido aquí. Gente con la que he crecido, por la que soy como soy hoy. Tengo salud. Cuerpo sano, mente sana. Lo tengo todo.

¡Por Dios, voy a casarme!

Pero no sé, durante toda mi vida he aprendido a base de errores y tropezones. Tú sabes cómo han sido siempre mis cabezonerías y esto, quizá, sea otro error más, esta vez un poco más serio, claro; tal vez el error haya sido pensar que la felicidad estuviese aquí, no lo sé. Últimamente echo mucho de menos Madrid. A veces pienso que si me hubiera quedado allí, nunca jamás habría perdido a Ariadna. No sé, inevitablemente echo la culpa a Manhattan. Echo tanto de menos a Ariadna.

Recuerdo con verdadera melancolía la primera entrevista de trabajo que hice en esta misma ciudad. «El Departamento de Diseño de Zapatos de Alexander Wang la ha seleccionado para formar parte de su equipo creativo en esta temporada, Spring Summer 2009». Creo que nunca había sido tan feliz. Recuerdo ese momento, la recepción del e-mail después de las tres entrevistas, la alegría al arreglarme para mi primer día de trabajo, la emoción diseñando mis primeras botas. ¡Puf! El día que vi a una mujer por la calle 42 caminando con mi primer boceto materializado en piel. ¡Una pieza que yo misma había diseñado! Recuerdo cómo me quedé mirándolas durante varios segundos sin pestañear y cómo lloré de camino a casa. Era inmensamente feliz... ¡Era tan inocente! Ojalá pudiera volver a sentirme así.

El problema es que, con los años, por fin he comprendido que la felicidad solo se puede encontrar en esos instantes. Y hace mucho tiempo que no tengo momentos así... Ya no me impresiona nada. La semana pasada estuve en Costa Rica, sola, y tuve más satisfacciones en una sola semana que en mis últimos seis meses en Nueva York. Definitivamente, creo que quiero marcharme. No sé adónde, pero quiero irme de aquí. Lejos. Muy lejos. Adonde sea. A lo mejor yo también debo hacer un viaje como Ariadna. Igual esa es la única manera de que valoremos más las cosas. No sé, mamá, qué difícil es el ser humano.

A veces creo que nos comportamos como si no quisiéramos a la gente solo para descubrir qué se siente cuando en mitad de la noche te das cuenta de que en realidad no quieres vivir sin ella o sin él. Pues bien, yo no quiero vivir sin Ariadna, mamá. Quiero ir a buscarla. Quiero encontrarla. Quiero perdonarla, porque de verdad que no puedo vivir así.

No sé, me parece que en todos estos años he dejado claro que no hay muros lo suficientemente altos cuando tenemos ganas de saltar ni baches lo suficientemente pequeños cuando no queremos movernos. Una vez alguien muy sabio me dijo que viajar es la única cosa que se compra con dinero y que te hace rico. Así que me voy a ir, me he comprado un billete a Corcovado, en Costa Rica, donde conocí a Maikol; últimamente no hago otra cosa que pensar en Maikol. Me voy de aquí, mamá. Me voy a ser mejor persona. Tampoco espero que lo entiendas. No lo entiendo ni yo. Y no creo que él lo entienda tampoco.

Lo siento.

Moli.

I

SEPTEMBER ALWAYS BRINGS YOU A SPECIAL SOMEBODY

Supongo que todo empieza aquí, caminando deprisa y corriendo, que es como camino desde hace ya siete años, hacia la esperada Fashion Week de Nueva York. Es sábado 6 de septiembre de 2014, nueve de la mañana, estoy en el Lincoln Center y me dirijo a encontrarme con mi mejor amiga, mi querida Hanna. Vamos a ver el desfile de Lacoste Spring Summer 15. Hace muy buen tiempo y encima hoy me he despertado de buen humor. Sopla un poco de viento fresco que se desliza rápidamente por la única calle que cruza Manhattan entero, de norte a sur: mi adorada Broadway Avenue. Es una brisa muy agradable que te acaricia el pelo de manera suave y delicada e indica de manera sutil que el verano se despide. Me encanta el mes de septiembre. Creo que es el mes más romántico de todos, sin duda alguna. Es como el agosto perfecto, con su misma energía veraniega pero con un poso de melancolía que indica que todo lo bueno siempre llega a su fin. La gente es feliz en septiembre. Lo puedo ver en sus caras. Y además, cada septiembre esta maldita ciudad ha traído a mi vida a una persona a cual más especial. *September always brings you a special somebody.*

A finales del verano de 2009, hace exactamente cinco años, septiembre me trajo a Hanna Choa Yu. En estos momentos la estoy viendo esperándome nerviosa a la entrada del Lincoln Center, encima de las escaleras del emblemático edificio. Siempre quedamos ahí, siempre. Me hace señas con la mano para que camine más rápido. Lleva unos altísimos tacones negros de Christian Louboutin. También ha elegido de su inmenso e indescriptible guardarropa mi vestido favorito: negro, muy ajustado por debajo de las rodillas, resaltando las increíbles curvas filipinas que hacen de Hanna una mujer rompedora, espectacular. Lo más excitante de todo su *outfit* es que hoy estrena su primer bolso Birkin de Hermès, en piel de avestruz, lo recogimos juntas hace solo una semana. En el bolso, impecablemente tallado a mano, encargó bordar en hilo dorado sus dos iniciales favoritas. H, obviamente, y F de Filipinas. Porque, aunque Hanna tiene esos preciosos rasgos asiáticos, es originaria de Filipinas. Y está muy cansada de que la gente le diga que es china. Siempre bromeo con ella sobre esto.

Observo también desde lejos que lleva atado del asa de su bolso negro un pañuelo azul turquesa de seda. A Hanna le encanta engalanar las asas de los bolsos con pañuelos que hacen juego con sus conjuntos. ¿No es maravilloso? Puedo notar lo enfadada que está por el modo en que mueve sus brazos y se ajusta las grandes gafas de sol. Le pone histérica que siempre llegue tarde. ¡Cómo quiero a Hanna Choa Yu! Saco las sofisticadas entradas doradas de mi desastroso bolso. Está medio roto, es de ante verde y tiene forma de radiocasete arcaico. Es mi bolso más antiguo y, aunque es feísimo y soy muy consciente de ello, le tengo muchísimo cariño. Es una de las pocas cosas que me quedan de la Marina Hernández que llegó a esta ciudad hace solo unos años. Esa chica apodada Moli que se dejaba llevar por sus pasiones, sin reflexionar demasiado sobre las consecuencias de sus actos. Me pregunto cuándo dejé de ser esa joven tan apasionada y divertida. Me lanzo a dar un abrazo a mi amiga. Hanna mira las entradas y veo que se emociona al ver que son VIP y que también tengo pases para la rueda de prensa de Carolina Herrera en el Hotel Bergdorf Waldorf más tarde. Puedo notar su latente sonrisa tras el rictus de forzada indignación.

—¡Moli Hernández, llegas tardísimo! *And by the way*, tus botas son espantosas. ¡No sé qué haces con eso puesto, es la semana de la moda! *Please stop it with your silly depressing thing.*

Lo cierto es que no he llegado tarde en absoluto. De hecho, con veinticinco minutos de antelación, y los desfiles siempre empiezan con retraso, siempre. Pero bueno, a ella le encanta llegar horas antes para ver a todos los famosos entrar a la pasarela. El despliegue de *celebrities* es siempre interesante y original a la par que chocarrero y ridículo. Es un conjunto de todo: los estilismos preparados durante horas que llevan Olivia Palermo o Paris Hilton, los guardaespaldas que las acompañan, los *paparazzi* que las siguen, la mezcla de exceso de perfumes caros, la gente que se siente importante sin serlo. Anna Wintour, la más aclamada crítica de moda, en cuyo carácter se ha inspirado la famosa película *El diablo viste de Prada*, caminando por el recinto con sus enormes gafas de sol junto con su hija Bee Shaffer. En fin, a mí antes también me encantaba ser parte de este escenario, en realidad, más un circo que otra cosa.

Recuerdo que hace no tanto tiempo, Hanna y yo nos sentábamos juntas en las escaleras del Lincoln con nuestros bolsos falsos de Prada comprados en Chinatown. Fingíamos ser famosas, gente importante. Preparábamos nuestra ropa con semanas de antelación y nos poníamos nerviosas al entrar a cada desfile. Recuerdo cómo me palpitaba el corazón cuando se apagaban las luces que indican que la pasarela va a comenzar. Recuerdo cómo me dolían los pies al final del día, debido a los enormes tacones que llevaba durante horas. Recuerdo la primera vez que me tocó sentarme justo enfrente de Hamish Bowles, el crítico de moda que más he admirado desde que era niña, aquel señor con gafas y rostro serio pero amigable que salía en las revistas que le robaba a la costurera de mi madre, la mujer de nuestro portero Óscar. Cómo echo de menos a la Sagrario. Recuerdo que se me helaron las manos cuando vi a Hamish por primera vez caminando por Nueva York.

Me quedé mirándole, observando su rocambolés conjunto de aire francés, su modo de andar, como si estuviera concentrado en observar todo lo que se movía a su alrededor. Simulando no ser su persona, tan importante para mí. Hamish Bowles, el editor de *Vogue América*. Y se me pusieron las manos frías como siempre que algo me pone muy nerviosa.

Hoy en vez de tacones llevo unas botas planas bastante macarras que he rescatado de las bolsas de «limpia de ropa» de mi hermana Ariadna. Como hace días que no me ha dado la gana de ir a hacerme el láser en las piernas, llevo un vestido largo de lino gris oscuro que tengo que sujetar con las manos para no pisotearlo. (En realidad me lo compré hace tiempo para combinarlo con tacones, pero lo de llevar tacones e ir arreglada es algo que... Bueno, que últimamente ya no me pasa). También llevo un gorro burdeos porque tengo la mala suerte de que, como todas las rubias, cuando tengo el pelo sucio se nota a la legua y es imposible disimularlo. En un intento de sentirme guapa dos minutos antes de salir de casa, me he pintado los labios de rojo oscuro. La verdad es que voy hecha un desastre y me da exactamente igual.

Entramos al desfile, está todo decorado con mariposas naranjas, rojas y burdeos suspendidas del techo con hilo de pescar. Los filamentos y la iluminación crean un efecto rebote que llena las paredes de la sala de lucecitas de color en movimiento, parecen luciérnagas volando sobre los espectadores. Es un escenario bastante mágico, sobre todo por la fabulosa música que siempre lo envuelve. Hoy no tengo a Hamish Bowles delante. Pero, en su ausencia, han sentado en primera fila nada más y nada menos que a Beyoncé. Hanna casi me destroza el brazo con sus uñas perfectas, teñidas de Rouge Noire 18 by Chanel, cuando la hemos visto aparecer. No puedo dejar de mirarla, desde que ha entrado al recinto del desfile le habrán disparado sin exagerar, ¿cuántos?, ¿mil quinientos flashes? ¡Qué horror! No ha dejado de sonreír en todo momento y se coloca el pelo cada segundo para asegurarse de salir perfecta en cualquiera de las mil poses que improvisa para los cientos de fotógrafos. También ha saludado efusiva a Olivia Palermo y a este actor tan guapo que sale en las películas de vampiros. ¿*Crepúsculo*? Ahora no me acuerdo bien

de cómo se llama.

Me pregunto si serán amigos de verdad, me pregunto si realmente alguna vez habrán entablado una conversación fuera de las cámaras entre ellos. Me pregunto si Beyoncé será realmente feliz. Me pregunto si tiene ganas de ir al servicio como yo en estos momentos. Tendrá que ser una tortura con tanta cámara. En realidad, me pregunto si esta mañana habrá tomado café o si le gustarán más los cereales que las tostadas, me pregunto cuándo fue la última vez que ha hecho el amor con Jay Z. ¿Será verdad que su hermana le pegó un par de bofetones en un ascensor al famoso *mogul* del Hip Hop por serle infiel? Yo también le hubiera pegado un par de bofetones al novio de mi hermana Ariadna si me hubiera enterado de lo de la prima Araceli. Ojalá hubiera sabido qué pasaba. Ojalá vuelvas a hablarme algún día, Ariadna. Te sigo echando muchísimo de menos...

Se vuelve a levantar la aclamada celebridad. Qué mujer, qué femenina, qué atractiva. Impecable. Me pregunto qué pensará mientras sonrío de esa manera tan absurda. Si estará pensando en darle una patada a la rubia esa estúpida que le ha puesto el micrófono mil veces en la cara y que ya ha retirado nuestra pobre Queen B educadamente más de tres. ¿Querrá gritar y salir corriendo de aquí? *However*, últimamente me pregunto muchas cosas. Demasiadas, de hecho. Creo que me estoy haciendo mayor.

Se apagan las luces y comienza el desfile. Lo que más me gusta de Felipe Oliveira Baptista, desde 2010 diseñador de la casa Lacoste, es que, en sus colecciones, tras todas las telas de calidad suprema, su rigurosa factura y seleccionado colorido, se esconde siempre un mundo lleno de fantasía y ensueño. Un concepto. Una historia que solo las personas que realmente entienden la moda perciben. Todas las piezas están inspiradas en el ave fénix. Es maravilloso cómo en estos tres minutos de desfile consigo olvidarme de todos mis miedos. La música, las modelos, las mariposas, el impecable escenario... Ya no me surgen esas absurdas preguntas. Es realmente maravilloso entender una colección. Por unos minutos, desde hace mucho tiempo, hoy me he sentido muy afortunada de estar aquí.

El problema es que se apaga la luz y vuelvo a la realidad. Bueno, no, es mucho peor que la realidad, se apaga la luz y mientras salgo caminando con mis botas horrorosas y con Hanna alterada contándome que su amigo Kevin de Calvin Klein le ha dicho dónde va a ser el *after party* privado, alguien grita mi nombre en un tono burlesco desde dos filas más atrás. Me giro cautelosa porque, en realidad, aunque disintiese de la opinión de Hanna, sé que no voy apropiadamente vestida para tal evento y me da un poco de vergüenza encontrarme con alguien conocido. Especialmente desde que vivo en el Upper East Side, donde la mitad de mis vecinas llevan tacones hasta para ir a caminar al parque.

En cuanto me giro y alzo la vista, las rodillas me flaquean y empiezo inevitablemente a temblar. Incluso se me seca la garganta. Poco a poco empiezo a hacerme minúscula. ¡Dios mío, creo que me voy a desmayar! Hace tiempo aprendí que la gente olvidará siempre lo que has dicho, olvidará siempre lo que has hecho, pero nunca olvidará cómo les has hecho sentir. Frida Carmona está sentada enfrente de mí, mirándome fijamente, con una gabardina roja y unas perlas exageradas que me deslumbran; creo que ha sido la persona que me ha hecho sentir más miserable en Nueva York. La persona que peor me ha tratado y la que ha conseguido hacerme sentir diminuta e insignificante hasta dejarme sin habla cuando me gritaba. Me estremezco de pies a cabeza. Esta vez soy yo quien clavo mis uñas desconchadas en el brazo de Hanna y le pido en voz bajita que salgamos pitando de aquí.

En un segundo se me han olvidado Beyoncé, el ave fénix y la madre que parió al maldito pájaro ese. Solo quiero irme de aquí. Hanna me sigue corriendo a toda prisa y, en cuanto salimos

del tumulto de gente, me pregunta quién era la vieja esa gorda y enfurruñada de la tercera fila. ¿Vieja gorda y enfurruñada? Lo cierto es que yo no la veo así. La veo como una mujer de negocios que ha conseguido todo lo que se ha propuesto en la vida. La veo como la mujer de uno de los directores más importantes de Jp Morgan Nyc. Una mujer fuerte, ambiciosa, ultraegoísta. Una mujer poderosa, con un lado oscuro, vicioso, depravado, que la ha llevado a la perdición. El caso es que la odio a la vez que la admiro. Qué sensación tan extraña. Espero no volver a verla nunca más. ¿Me habrá visto salir corriendo? Yo creo que lo he disimulado muy bien. No, lo he hecho bastante mal. Pero qué más da ya todo esto. Hanna me vuelve a preguntar quién es «*The fatty and gross lady*». Así que disimulo, me río y me invento que es una antigua jefa de Alexander McQueen con quien acabé mal por temas económicos. ¿Cómo voy a explicarle a Hanna la verdad? Jamás lo entendería. A decir verdad, sí, miento, sí que lo entendería y le parecería fenomenal. Pero a mí no me da la gana de explicárselo ahora. Porque solo me apetece irme a casa. De hecho, voy a decirle a Hanna que me voy.

Me da pena cómo me mira últimamente Hanna. Es totalmente incapaz de entender por qué desde hace algunos meses me cuesta ser feliz. Hanna adora a mi, a mi... Bueno, a mi prometido. No comprende por qué últimamente me quejo tanto cuando tengo todo lo que, según ella, necesito. Siempre me grita que pronto voy a ser la directora de mi propia firma de zapatos, propietaria de un maravilloso *showroom* de moda, vivo en Manhattan, en uno de los barrios catalogados como los más caros del mundo y encima estoy a punto de comprometerme. O bueno, espera, espera, quizá ya lo estoy. La verdad es que ni lo sé. Pero el caso es que tiene razón, últimamente no tengo ganas de vivir. No importa el tiempo que pase, no soy capaz de olvidar a mi hermana. La miro con cara triste otra vez y me para un taxi mientras me observa sonriente. Me da un beso muy fuerte y un abrazo, me mete en el taxi y cuando abro la ventanilla porque estamos absolutamente atascados en Columbus Circle, se dirige a mí con mucho cariño:

—*My Moli Guacamoli, the happiest people don't have the best of everything, they just make the best of everything. If you really wanna be happy, you need to learn how to forget.*

—*I don't want to forget, Hanni.*

—*Just let the time heal you. Believe me, time heals. But you need to let the time cure you.*

Finjo una sonrisa muy cariñosa, le digo que la quiero y seguidamente le grito al taxista: «59 *between Lexington and Park*». De verdad que solo quiero irme de aquí.

Cuando llego a Lexington con la 59 me fijo que los porteros están cambiando las flores de los impecables maceteros donde están plantados los nuevos árboles para el otoño. Hoy ya no son amapolas rojas, ahora están plantando una especie de tulipanes lilas mezclados con otro tipo de flor, que no reconozco desde el taxi, son amarillas. La calle está tan impecable y limpia como siempre. Aun así, yo echo mucho de menos mi sucio y decadente Lower East Side. Allí por lo menos, en mi Stanton Street, era la propia dueña de mi vida. Decido bajarme un par de manzanas antes para escapar del terrible tráfico que atasca todas las avenidas por las conexiones de los túneles que salen de Manhattan. Camino despacito y con cierta nostalgia. A mi padre le encantan las flores. Los lirios son sus favoritas. Echo mucho de menos a mi padre. Total, que sigo caminando y cuando bajo por la 59 me sonríen un par de rostros familiares de porteros vestidos con sus impecables uniformes. También saludo a algunos vecinos que se dirigen en ropa de gimnasio con sus perros hacia Central Park. Es el *outfit* mañanero de toda persona rica del Upper East: maquilladas como puertas, uñas de las manos perfectas, modelitos completos de gimnasio, café en la mano izquierda, perro en la mano derecha y a correr por Central Park.

Al llegar a mi lujoso portal, nuestro nuevo *doorman*, Mauro, me informa de que tengo un paquete que ha llegado desde España, un paquete envuelto en una caja de «Sándwiches Rodilla».

Sonrío, sé perfectamente de dónde viene ese paquete. Mauro me lo entrega emocionado. Mauro es mexicano, lleva en Nueva York treinta y tres años trabajando y acaba de conseguir los papeles de su último hijo. Por fin lo va poder traer aquí. Andrés también era latino como Mauro. Él me enseñó a tener paciencia. «Porque la paciencia solo trae cosas buenas, señorita Marina, usted tiene que aprender a relajarse, vivir y esperar». Y la verdad es que admiro que Mauro haya estado esperando veinticinco años a que su familia viniera de Chacahua, en Oaxaca. Me encanta hablar con Mauro, me transmite una energía maravillosa, es de las personas más auténticas que conozco y, lo más importante de todo, es completamente feliz. Qué difícil es ser feliz a veces.

Cuando entro en casa, veo que todavía él no ha llegado, gracias a Dios. Voy corriendo a mi enorme y nuevo vestidor, me pongo uno de sus calzoncillos de animalitos, una sudadera grande de mi hermano con las típicas letras de GAP y unos calcetines gordos llenos de pelotillas. Subo resbalándome por la magnífica escalera de caracol. Hace muy poco tiempo diseñamos esta escalera juntos. Me meto en mi maravillosa cama del tamaño de un barco irlandés y abro el libro tan increíble que acabo de empezar a leer. Me encanta leer, me traslada a mundos maravillosos donde, como no soy la protagonista, es muy fácil ser feliz. Todo el mundo sería feliz siendo el personaje secundario de su propia vida, ¿no? En fin, comienzo a leer.

De repente le oigo en el piso de abajo, miro el reloj, son las seis de la tarde, llevo más de cuatro horas leyendo sin parar. Me he ventilado más de la mitad del libro. Cierro los ojos y me hago la dormida. Escucho como viene sigilosamente, me sube un vaso de agua que deja en la mesilla, me quita el libro de encima, me tapa cariñosamente, me da un beso en la frente y se va. Dios mío, quiero abandonarle. Esto es terriblemente injusto para él. Se merece sin duda estar con una mujer que al menos sea buena persona, cómo voy a explicarle todo lo que le he hecho a mi hermana. Si se pudiera llorar sin lágrimas, creo que en este momento estaría llorando. Cómo puedo estar tan extremadamente triste, me siento la persona más miserable del mundo. Cierro los ojos e intento no pensar en lo que me he convertido.

II

THE FIRST CHAPTER OF MY NEW YORK LIFE

1 de septiembre, 2008. 04.39 am
From: moli_boom_boom@hotmail.es
To: MariaJoseSarria@gmail.com

Mamuchi,

Acabo de llegar a la residencia. Son las once de la noche en Nueva York, cinco am en Madrid, así que supongo que estarás dormida y leerás el e-mail mañana. El vuelo ha ido bien, no he podido dormir de los nervios y me he estado mirando el libro de inglés que papá me ha regalado. Tengo un poco de miedo, mamá. Me he dado cuenta de que no sé tanto inglés como creía y en el aeropuerto nadie me entendía cuando intentaba buscar la maldita compañía de furgonetas Go Airlink que Ariadna me había reservado. Estaba en el quinto culo, y obviamente lo habrá hecho aposta porque se cree que me he traído su vestido rojo de Stradivarius. Y no lo tengo, mamá, lo juro. Le puedes ir diciendo a tu hija que me deje de hacer la vida imposible, que lo he pasado bastante mal perdida en el aeropuerto, sin teléfono ni nada y sola.

Bueno, te sigo contando: al llegar a la residencia, he conocido a una mexicana que se llama Paula, parece muy simpática. Gracias a Dios, se ha dado cuenta de que soy española y hemos empezado a hablar. Se ha metido a dormir, pero me ha dicho que tiene una hermana de nuestra edad y que mañana en el desayuno me la presenta. El desayuno es de siete a ocho.

La residencia es normal, mamá. Es muy vieja y, como ya había visto en la página web, SÍ QUE TENEMOS HORA DE ENTRADA Y DE SALIDA. ¿Lo ves? A las once de la noche cierra y no vuelve a abrir hasta las siete de la mañana. Ya me contarás cómo pretendes que haga amigos en esta ciudad si a las once pm me tengo que ir a dormir.

Te mando una foto de la habitación. Es muy pequeñita y los muebles son bastante viejos, como ves. Estoy segura de que hay cucarachas. Mi compañera de piso no está. Me han dicho que es una doctora, trabaja por la noche y duerme de día. Mañana la conoceré.

Me voy a dormir, mañana intento comprarme una tarjeta de esas de prepago para llamaros.

Os echo mucho de menos. Gracias por darme esta oportunidad de vivir en Nueva York. Sabes que ha sido mi sueño desde que era aun más pequeña de lo que soy. Esa frase que me decías... ¿Cómo te pueden producir escalofríos calles que ni siquiera has pisado todavía? Pues ya las he pisado, mami, porque, ¿sabes?, ahora voy a vivir aquí. En Manhattan. Gracias, gracias, gracias.

Os quiero, mamuchi,

Moli.

1 de septiembre, 2008. 04.52 am
From: moli_boom_boom@hotmail.es
To: lolita_piruleta@gmail.com

Mi Lolita,

Tía, cuánto te echo de menos. Acabo de llegar a la residencia. ¡Mi madre me ha metido en esta mierda de residencia de monjas en la que tengo hora para entrar! Tía, cierran a las once de la

noche y abren a las siete am, ja, ja, ja. Significa que tengo que estar de fiesta hasta las siete am sí o sí. Ojalá pudieras estar aquí para que saliéramos juntas.

He conocido a una mexicana de nuestra edad. Tenía superbuen pinta. Me ha dicho que tiene una hermana que vive aquí también y que mañana me la presentará en el desayuno. A ver si consigo hacer amigas. ¡Ninguna como tú, claro!

Mañana empiezo la academia de inglés. ¡Qué nervios! A ver si hago algún amigo. Me pienso comprar una tarjeta de móvil para llamarte todos los días. Es la primera vez que nos separamos cuatro meses desde que teníamos dos años, ¡mi Lot! Tía, quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Que nadie en el mundo tiene la suerte de tener una amistad como la nuestra, que vas a ser mi mejor amiga hasta que la muerte nos separe y que te voy a echar de menos cada día que pase en esta aventura. Te quiero, te quiero, cuento los días para volver a estar juntas.

Pd: Tía, mi hermana se ha vuelto loca con lo del vestido rojo. Como se entere de que nos lo hemos cargado, me mata. Porfa, no le digas nada a tu madre, que seguro que se lo casca a la mía y la tenemos. ¡Te quiero!

Moli.

Cierro el ordenador.

Me pongo a recoger la habitación un poco. Bueno, si se puede llamar a esto habitación. Parece una medio cárcel decorada con muebles viejos. Es como un pasillo largo con una ventana final que da a la calle 14 con la Octava Avenida. La longitud del pasillo es literalmente la del largo de dos camas individuales que están situadas cabeza con cabeza, en la parte de la derecha del corredor. Bueno, están separadas por una estantería de madera vieja. Gracias a Dios que es maciza, porque es la única barrera que separa mi intimidad de la de la tal doctora desconocida que va a vivir a mi lado. A la izquierda de las camas está el armario empotrado contra la pared y, entre el armario y mi cama, un espacio bastante agobiante que te permite caminar justito hasta la ventana. Si te sientas en la cama, acabo de descubrir que puedes tirar de una madera del armario para que se convierta en tu escritorio. ¡Una verdadera comodidad! Un lujo en toda regla este espacio literalmente minúsculo y angustioso. En fin, me asomo a la ventana, veo que el único cartel que puedo distinguir sobre la exagerada lluvia es el de un cochambroso Subway, la tienda esa de sándwiches y bocatas americanos. Esas letras amarillas y verdes son muy reconocibles. Espero no tener que comer allí. En el camino de vuelta hacia el otro extremo de mi cuarto, donde está la puerta, no puedo evitar curiosear la estantería de la doctora. Tiene fotos de dos niños monísimos. Parecen peruanos. Sostengo el cutre-marco con mis manos y encuentro justo detrás una carpeta llena de cartas escritas a mano. Me muero por leerlas, pero voy a hacer un esfuerzo contra mi patética curiosidad y me voy a meter en la cama.

Vuelvo a mirar el sobre del dinero que me han dado mis padres: está sano y a salvo. Me han dado dos mil dólares en efectivo para pasar cuatro meses en Nueva York, de septiembre a diciembre. Han calculado unos cien por semana. Agradezco mucho el esfuerzo que están haciendo. He cotilleado y he visto que pagan por esta mierda de residencia otros mil cuatrocientos al mes. Pobrecillos, me quejo porque para eso soy adolescente, pero ¡vaya!, que en España puedes vivir en un palacio con ese dinero al mes. Pero la repipi de mi prima Araceli, que ha estudiado dos veranos en California, dice que con esto en Estados Unidos no tienes ni para comer. De todas maneras, me tranquilizo al ver que el sobre está en su sitio y decido revisar por última vez la ropa que he preparado para mañana. Desde muy pequeña dejo siempre preparada la ropa encima de la silla, calcetines y braguitas inclusive. Mi madre afirma que eso dice mucho de

mí. De lo perfeccionista y maniática que he sido siempre. Pero a mí, no sé, me encanta levantarme a tiro fijo y sabiendo que voy a ir bien. Me da seguridad. Mañana es un día importante, es mi primer día en ALCC Language Academy de Times Square y, además, a la salida, he quedado con una amiga que era compañera del colegio de la mujer de mi hermano. Al parecer, vino con su empresa de Madrid a hacer un máster y acabó casada con un americano con el que ha tenido dos hijos. ¿Te imaginas que me acaba pasando eso a mí? Creo que me moriría de alegría y felicidad. Es el sueño y la típica historia de cuento que toda mujer desea, supongo. En fin, mi hermano dice que a lo mejor consigo darles clases de español a sus hijos y me saco unos dólares extra que, la verdad, me van a venir estupendamente para poder sobrevivir aquí. Hoy he preguntado en el aeropuerto cuánto valía un zumo de naranja: un módico precio de ocho con setenta y cinco dólares. ¿Quién gastaría casi diez euros en un mísero zumo? Sigo recogiendo.

Definitivamente, voy a llevar sí o sí mis botas moradas de la suerte. Las conseguí hace tres años en un mercadillo de antigüedades de Venecia y, desde entonces, no han hecho más que traerme buena suerte. Las he llevado en todos los exámenes de la carrera como amuleto y me han permitido sacar los cuatro años de diseño de moda en solo tres. También las llevé a mis entrevistas de trabajo en Zara y acabé siendo la estilista de los escaparates del fabuloso Zara de Princesa. Planta Trafaluc. Y con esas botas he tenido mis mejores momentos con Lucca. ¡Puf, cómo me gusta Lucca! Estoy completamente colada por él. Me acuesto en la cama imaginándome la cara que va a poner cuando vuelva de estos cuatro meses en Nueva York mucho más delgada y guapa. Porque pienso, por fin, hacer una dieta severa fuera de las albóndigas, la ensaladilla rusa y la tortilla de patata de mi madre.

A Lucca le conocí justo unos días antes de cumplir los quince años. Mi abuela es muy católica y un día se me ocurrió preguntar delante de toda la familia que si Dios estaba en todas partes, por qué hay que visitarlo en la iglesia. Una pregunta que me parece de lo más coherente, por cierto. Así que me armé de valor, delante de toda la familia, y le dije que yo prefería rezarle a partir de ahora los domingos en casa. No os imagináis la desazón y la angustia que produjo tal propósito en mi familia. Diez minutos después de mi brillante idea, me encontraba, con la cara enrojecida del bofetón de Matilde (mi abuela), en el confesionario de San Juan Crisóstomo, pidiendo perdón. Podía escuchar desde dentro del espantoso cubículo de madera a mi abuela llorando fuera. No entiendo muy bien por qué se llevó tal disgusto con mi pregunta. ¡Hija mía, era una pregunta sin más! Si llego a imaginar el panorama de los diez minutos en el confesionario, jamás lo hubiera preguntado. Cuando por fin salí de estar hablando un rato con aquel señor desconocido que me preguntaba cosas tras una vieja cortinilla (un escenario bastante desagradable y sospechoso, por cierto), mi madre estaba esperándome fuera. ¡Qué alivio verla allí sentada! Me llevó a tomar un donut de chocolate a nuestra cafetería de barrio, La Habana, situada aquel entonces en Cea Bermúdez con Gaztambide. Por el camino, intentó razonar que ese tipo de pensamientos nunca los puedo decir en alto. Mi madre siempre dice que digo todo lo que pienso y que tengo que aprender a comedir mis palabras. Dice que es mi peor defecto y que, así, aparte de no hacer amigos, nunca voy a encontrar a alguien que me aguante. Quiero mucho a mi madre. Es de esas pocas madres maravillosas que, en vez de castigar, hablan. Hablan y razonan con los hijos. Creo que es la única manera que un niño tiene de aprender. Me pregunto cuántas horas se habrá pasado razonando con mi hermano que no había que pegar a los otros niños. Probablemente las mismas horas que se ha pasado razonando conmigo que no se pueden romper a escondidas las bolas de barro húmedo y arena fina del resto de mi clase. Especialmente cuando me daba cuenta de que la mía había quedado más débil y que no iba a ser la última en sobrevivir.

La mejor entonces. He sido muy competitiva siempre. Pero tampoco entiendo por qué mi madre se agobia tanto con esto. ¡Ni que fuera a hacer daño a nadie! Y entonces recordé una minicarta que mi madre me escribió una vez hace mucho tiempo. Ella no lo sabe, pero la llevo siempre guardada en mi cartera. «No hay mayor tranquilidad que la que te da no ganar ninguna batalla. Tienes que ser selectiva en tus batallas, Moli, a veces tener paz es mejor que tener razón».

Nervios. Nostalgia. Miedo. Un sinfín de pensamientos se me disparan en esta cama arcaica. Sola. Completamente sola. En una ciudad desconocida. Lágrimas. Recuerdo con melancolía nuestra despedida en el aeropuerto. Yo tenía las mejillas sonrojadas, como siempre que algo me agobia y me pone nerviosa. Las manos frías. Abatimiento. Añoranza. Recuerdos. Acelerón del pulso. Ganas de llorar. Mi madre, que me llama Moli desde pequeña porque me sonrojo como las molineras de los pueblos cuando estoy nerviosa, se agachó despacito y, sujetándome con las manos, me dijo sus últimas palabras: «Tienes que saber volver, Moli, tienes que saber volver». Y se puso a llorar otra vez. Yo, riéndome un poco forzada, porque en realidad me apetecía llorar también, lancé un despectivo y adolescente: «Pero si solo me voy cuatro meses, mamá, no digas tonterías». Y entonces, poco convencida, siguió llorando. Lágrimas. Nervios. Agitación. Ansiedad. Y preferí releer algunos mensajes de Lucca para huir de aquellas emociones aprensivas.

«Boom-Boom y Lucca. Juntos para siempre. No puedo esperar a casarme contigo».

El caso es que aquella inoportuna pregunta sobre Dios, además de mandarme directa al confesionario, me metió en un autobús rumbo a Colonia, Alemania, a visitar al papa Benedicto XVI para ver si encontraba a Dios. En un abrir y cerrar de ojos, allí me vi, en un diminuto autobús cantando el *Hosanna, Gloria* es con el grupo episcopal de la iglesia. Rumbo a Alemania, a la Jornada Mundial de la Juventud 2005. Mi abuela juraba que Benedicto XVI me haría abrir los ojos y encontrar el camino. Yo no sé muy bien a qué camino se refería, pero, con tal de no volver a entrar en el cubículo ese de madera con la cortinilla y el señor mayor desconocido, le dije que estaba encantada de encontrarme con Dios, con la Virgen María o con cualquiera de los discípulos misericordiosos si hacía falta. ¡Qué miedo me daba el confesionario! Y qué mal lo pasaba imaginándome características psicópatas de los curas de detrás de la cortinilla. Lo bueno es que Lolita, que no aprobaba ni siquiera gimnasia ni religión, estaba castigada ese verano sin vacaciones. Se había quedado sin venir conmigo a la playa. Y claro, cuando ideamos nuestro plan de pedirle a su madre que viniese conmigo a encontrar el camino y la paz espiritual, salió a la perfección. Allí nos vimos las dos adolescentes, vestidas de color de rosa, de camino al encuentro con Dios. ¡Bendito señor misericordioso que nos ha abierto los ojos! ¡Nos reímos despidiéndonos de nuestras madres desde el autobús! Y allí andaban Victoria y María José, amigas desde que nos llevaban en el vientre. ¡Al mismo tiempo! ¡Qué espanto! ¡No hay quien las aguante! Cada vez que están juntas son insoportables. Las queremos mucho.

Después de varios salmos responsoriales, diferentes cánticos religiosos y varias peticiones, hicimos la primera parada de los autobuses en el monasterio de Piedra, en Nuévalos, Zaragoza. Entre todas las camisetas blancas que llevaban la cara del papa Ratzinger en la espalda y las iniciales JMJ, a lo lejos, de repente, distinguí tres camisetas de colores que llamaban mucho la atención. Una amarilla chillón de la marca O'Neill, un polo rojo con la bandera de Tommy Hilfiger en tamaño gigantesco y una camiseta azul clarita de Quicksilver. Para todos los que hayan vivido su adolescencia en los noventa, sabrán entonces que estoy hablando de la típica estampa de tres adolescentes del ambiente «pijo» de Madrid. Collares con conchitas y banderas de España, cinturones argentinos que se compraban en los puestos de Goya y alpargatas en tonos pastel como rosa clarito o azul. Era el uniforme de miles de adolescentes de Madrid que se

juntaban cada tarde de sábado en Elite Light, Pachá o But. Aquella época maravillosa en la que salíamos con solo quince años a discotecas sin beber alcohol. Pero, claro, eso ahora ya no pasa. Mi prima acaba de cumplir los dieciséis y su madre le ha pillado en el bolso desde marihuana hasta condones y otras ilegalidades más que, por supuesto, con tal de aparentar, en mi familia nadie va a comentar. Menos mal que mis padres son bastante más sencillos y espontáneos. El caso es que Lucca, su hermano mayor el Polilla y su primo Rorro eran los tres únicos rebeldes que habían optado por no ponerse ninguno de los uniformes religiosos. Porque, claro, además de la camiseta, dependiendo de la iglesia de la que vinieras, tenías que llevar un pañuelito al cuello de diferente color, según la ubicación de tu parroquia. Lolita y yo, por supuesto, tampoco llevábamos ni la camiseta ni el pañuelo. Nos habíamos puesto el otro uniforme, el que os digo, del ambiente pijo. Las dos con un collar de perlas gigantescas fucsias, nuestros pantalones campana que arrastrábamos hasta el suelo llenos de porquería, ciento cincuenta pulseras en las muñecas y la raya del pelo bien a la derecha. Para que nos cubriera bien la frente llena de grasa y acné. Nunca olvidaré cuando mi hermano me amenazaba con cambiarme la raya de lado de un bofetón.

El caso es que el resto de la historia os la podéis imaginar, un amorío adolescente tan pasional e inocente como tormentoso y sin sentido. Juntos hemos hecho guerra de espaguetis con tomate, nos hemos colado en urbanizaciones privadas para saltar a las piscinas a las siete de la mañana, nos hemos escapado de casa para estar juntos toda la noche en un McDonald's 24 horas de Madrid. Y, en fin, nos hemos hecho muchísimo daño también. Mi madre dice que tenía que haberme encontrado con Lucca siendo mayor, porque probablemente no nos hubiéramos cargado eso tan precioso que tenemos. Pero, en fin, yo, como siempre. Cuando quiero algo y no lo tengo, me obsesiono, me vuelvo loca. Y ese es exactamente el punto en el que estoy ahora con Lucca, totalmente colada por él; y él, como lo sabe, pasa absolutamente de mí. Se va a enterar cuando vuelva a Madrid estas Navidades. Se me cierran los ojos por fin. Me quedo dormida.

Me despierto escuchando un ruidito dentro de mi armario. Supongo que serán pesadillas, me quedo dormida cuando cesa el ruido. De repente, siento algo moverse entre las sábanas. Me incorporo alterada y levanto la manta de un grito. ¿Qué tengo ahí debajo? Muevo las sábanas otra vez, y sí, lo que todos estábamos imaginando. *Welcome to New York!* ¡Tengo un ratón en la cama! Grito histérica con todas mis fuerzas y salgo alteradísima de la habitación. Bajo los tres pisos de la residencia en exactamente veinte segundos, gritando como una loca: «¡Ratooónn, ratooónnnn!» Cuando llego a la primera planta, donde está la recepción, me encuentro absolutamente todo cerrado. El único cuarto que veo con luz por debajo de la ranura es la «*Jesus room*». ¡Tócate las pelotas! La *Jesus room*, que según me han explicado las monjas es la habitación donde habita el Señor. Recuerdo el roce de algo peludo en las piernas. Piel de gallina. Repulsión. Arcada. Más le vale a Jesús estar allí presente en cuerpo y alma si no quiere que me dé un ataque al corazón de los nervios. Abro la puerta pidiendo ayuda a gritos y de pronto veo una monjita diminuta que se gira mirándome muy sonriente, calmada, en paz, como si nada pasara.

—Disculpe, ¿puede ayudarme?, tengo un ratón en mi cama. —Intento disimular los nervios y tranquilizarme, pero siento la bola de pelo asquerosa aún enredando en mi pierna derecha. Siento hasta el rabito ese suave. ¡Qué asco! Me pica todo el cuerpo. Creo que la pobre viejecita no me ha escuchado, elevo la voz un par de tonos y vuelvo a preguntar. Esta vez casi gritando—: ¡Disculpe, señora! ¡Tengo un ratón en mi cama! ¿Me puede decir qué hago?

Mierda, igual sí que estoy gritando demasiado. ¿Será sorda? Me siento un poco mal. La pobre señora de aspecto amable sigue mirándome sonriente y con actitud totalmente pasiva. Debe de

tener unos noventa años. Piel arrugada. Aspecto bondadoso. Finalmente habla:

—No hace falta que me grites, hijita. Te he oído desde que has bajado haciendo ese estrepitoso ruido por las escaleras. Es solamente que Dios me ha llamado para conversar con él esta noche y estoy encontrando la paz.

¡La madre que me trajo! Lo que me faltaba...

—Ya, bueno, pues siento interrumpirle la conversación con Dios, pero es que, mire usted, tengo un ratón enorme en la cama. —Bueno, en realidad, no es enorme. Me siento un poco mal, igual me estoy pasando con esta pobre monjita. ¿Y si Dios está aquí con nosotras? ¡Ay, qué yuyu! Intento tranquilizarme. Y justo cuando me dispongo a utilizar un tono más bondadoso, se le cambia la cara y se le borra la sonrisa.

—Ya te he oído la primera vez que me has dicho eso, hija. Eres una joven muy impaciente. Quédate aquí, en la sala. Voy a buscar a Oliver.

Cuando se levanta del sofá noto que, para colmo, a su extremada delgadez se suma, bajo el hábito, una chepa indisimulable. Creo que nunca había visto una espalda tan torcida. Camina literalmente doblada. Alcanza ella sola su bastón, me vuelve a mirar muy sonriente y se va en busca de Oliver que, gracias a Dios, intuyo será el guarda o el portero. Abandona la sala. Me siento muy mal por haber gritado a esta señora, tiene un aspecto de caridad que solo puede transmitirme ternura y paz. Miro a mi alrededor. Ya entiendo por qué llaman a esta tétrica sala el «*gisus rum*». Está cubierta de Jesucristos por todas partes. Candelabros, velas e imágenes de la Virgen llorando lágrimas de sangre. De verdad que aún no entiendo cómo la Iglesia puede no encontrar que todo esto es excesivamente tétrico y sobrecogedor. Por otro lado, debo de estar sola con Jesús, y eso me da muy mal rollo. Igual no le sienta muy bien que a veces me burle de todo esto de la Iglesia. ¿Debería decirle que es broma y que en realidad sí que creo? Porque la verdad es que sí creo. Bueno, o eso creo. Justo cuando estoy a punto de entonar un *mea culpa*, escucho a la hermana que sube por las escaleras. Decido salir al pasillo porque aquí sola, con ese inmenso cuadro de la cara de Jesús con la corona de espinas, sangrando y mirándome, estoy realmente acojonada. Justo antes de salir del cuarto, observo un cuadro de la hermana con sus compatriotas y una dedicatoria debajo: «Para la hermana María, de la Federación Latinoamericana de Curas Casados». ¿Pero los curas ahora se pueden casar? En fin, como para preguntárselo a mi abuela.

La pobre hermana María tarda diez minutos más en subir los siguientes escalones que quedan para alcanzarme. «Vamos, Oliver, sube, no seas tímido». Observo que grita al tal Oliver, que debe estar despistado en la planta de abajo. Me acerco a sor María, me asomo por la barandilla y, justo cuando creía que iba a salir un hombre robusto y fuerte de una de las puertas, veo un gordo y peludo gato pardo. ¡Por favor, Señor, dime que ese animal no es Oliver, que Oliver va a ser fuerte y corpulento y va a venir vestido con su uniforme de guarda!

—¡Vamos, Oliver! —vuelve a gritar María. Después me mira, supongo que debe notar que estoy a punto de desmayarme—. No te preocupes, hija, siempre es lento al principio. Pero luego espabila rápido, ya verás. —Oliver sube lentamente las escaleras, salta a los brazos de María y esta alza los brazos hacia mí. Espero que no esté pensando en pasármelo. Cuando ya tengo la bola peluda entre mis brazos, María entona su última frase tranquilizadora—: Ya estás a salvo, españolita. Ahora relájate, mete a Oliver en tu cuarto y cuando escuches que araña la puerta, entonces es que ya lo ha matado. Y seguidamente, ya puedes entrar.

¡Ah! Fantástico, muy tranquilizador. ¿Y quién se supone que va a recoger el ratón muerto? ¿Dónde está el verdadero Oliver? Quiero preguntarle a esta señora, pero su cara de bondad y su inamovible sonrisa, aunque parezca increíble en momentos así, me tranquilizan. Así que, nada, le

doy las gracias y empiezo a subir los tres pisos cargando con el pesado gato. Lo meto en el cuarto y cierro la puerta. Me quedo de pie unos segundos digiriendo todo lo que ha pasado. Por Dios, si se pudiera morir del asco, creo que moriría. Tenía un ratón en las piernas. Después miro a mi alrededor. La verdad es que con tanta prisa por escribir los e-mails a mi madre y a Lolita no me había parado a ver la sala de estar que tenemos en mi planta. Está justo en el centro de las seis puertas donde vivimos las doce compañeras de sala. Dos por cada cuarto. No es excesivamente grande, pero tampoco es pequeña. Tiene una tele, un sofá y dos mesas con sillas. Veo que también hay una nevera vieja. La abro. Solo tiene una botella de agua y pegotes de un líquido naranja de aspecto bastante asqueroso. Veo que en cada lado de la sala hay también dos baños con una ducha en cada uno. De repente oigo los raspados de Oliver en mi puerta. Dios mío, no ha tardado ni un minuto en encontrar al ratón. Qué asco. Abro la puerta y Oliver sale corriendo escaleras abajo. Enciendo todas las luces, vuelvo corriendo al baño y cojo la fregona esa asquerosa que he visto antes detrás de la ducha durante mi inspección del pasillo. Entro sigilosamente al cuarto. Muevo la puerta rápidamente y salto a la cama con un grito de guerra como si de una película de kung-fu se tratara. Después de estar cinco minutos haciendo el ridículo en la habitación, sola, me tranquilizo pensando que Oliver se ha comido al ratón. Mejor empezar a pensar eso antes que acostarme atacada, creyendo que aparecerá.

Me meto en la cama. Ojalá pudiera llamar a mi madre. Ojalá tuviera a alguien a quien contarle esta anécdota. Me entra la risa floja al recordar mis posiciones de taekwondo de hace solo unos minutos. Con el cansancio y los nervios que he pasado en la matanza de *rata tui*, me quedo dormida.

2 de septiembre, 2008. Open at: 06.03 am
From: MariaJoseSarria@gmail.com
To: moli_boom_boom@hotmail.es

Buenos días, cariño,

Me alegro muchísimo de que llegaras bien. Papá y yo no hemos dejado de pensar en ti y estamos impacientes porque te compres la tarjeta y nos llames. Hazlo cuanto antes, por favor. Vamos a estar en casa toda la tarde hasta que llames. ¡Mucho ánimo en tu primer día de clases! Estoy segura de que vas a hacer mil amigos.

Pd: Sé que algo tienes que ver con la desaparición del vestido rojo de tu hermana. Te conozco como si te hubiera parido. Pero no te preocupes, te guardo el secreto.

Te quiero,
Mamá.

2 de septiembre, 2008. Open at: 06.06 am
From: f.carmona@ceresinternational.net
To: moli_boom_boom@hotmail.es

Buenos días, Marina,

Soy Frida Carmona, la amiga de María Matanzo, mujer de tu hermano Miguel. María me ha dicho que estás en Nueva York. ¿Puedes venir a verme hoy a mi despacho? La dirección es 30 Rockefeller Plaza, Suite 18022. Te espero entre las cinco pm-seis pm.

Saludos,
Frida.

Salgo del metro un poco desubicada. Reconozco que no he entendido por qué la línea azul ha salido disparada y se ha saltado mil paradas sin previo aviso. Tendré que enterarme de cómo funciona esto aquí. Igual hay ciertos días que no se para en determinadas estaciones. *However*, saco de mi precioso bolso nuevo de ante verde oscuro con forma de radiocasete antiguo mi nuevo Nokia Mural, toda una novedad en el mercado. También saco mi mapita hecho a mano con bolígrafo azul turquesa, me lo acaba de dibujar una compañera de clase venezolana que lleva ya dos años viviendo en la ciudad. Encuentro rápidamente el Rockefeller Plaza Building. Me intimida bastante lo gigantesco y lujoso que es este edificio. Al entrar, se ve de lejos, al final del largo pasillo, una mesa con unas siete secretarias, cada una debajo de una lámpara dorada de diseño. Me acerco muerta de la vergüenza, pensando en cómo narices voy a decir en inglés que vengo a visitar a la señora Carmona para ver si me deja ser su niñera. La secretaria grandullona de color me grita: «¡Aidi!». Me quedo mirándola perpleja sin decir nada. Me vuelve a gritar más alto: «¡AIDI OUT!». ¡Cómo le explico yo a esta señora tan extremadamente antipática que no soy Aidi y que no me tengo que ir *out* a ningún sitio! Que acabo de entrar. Que yo voy *IN*. No *OUT*. Entono un valiente:

—No, no, excuse me, my name is Marina, and I go *IN*, Not out, *IN*.

Total, que me mira con cara de desesperación y hace una seña a una compañera suya latinoamericana que se acerca orgullosa de sentirse útil. «Señora, por favor, ¿puede mostrarnos su ID o carné de identidad y decirnos a qué oficina o piso va?». ¡Ah! ¡Coño! Ai-di, significa *Id*, haber empezado por ahí, gorda incompetente.

—Aquí tiene mi «Ai-di» —le digo con recochineo—. Ah, y no hace falta que me llame señora. Tengo veinte años.

—Muchas gracias, señorita. Aquí tiene su pase de visita, muéstrelo en los controles de seguridad al fondo a la izquierda y utilice los ascensores del 16 al 21 para subir a la planta dieciocho.

—Gracias, señora.

Qué estúpida es la gente aquí, por favor. Miro hacia arriba enfadada y respiro con resignación. Vaya, este edificio es realmente impresionante, los suelos impecables, los techos más altos que he visto nunca, los tacones de empresarias guapas que resuenan por todas partes. Alucino con ese gigantesco reloj que está al final del pasillo de los ascensores. Se mueve a mucha velocidad indicando, supongo, las plantas que recorren los diferentes ascensores. Por fin entro al ascensor diecisiete junto con cinco hombres muy guapos, todos vestidos de traje. Ni se han parado a mirarme nada más entrar. Es un poco raro, porque creo que soy la única persona en el edificio que va en shorts vaqueros con unas botas moradas de cordones hasta las rodillas que, por si no lo he dicho antes, son mis favoritas. Me impresiona la manera en la que en esta ciudad eres invisible seas como seas y vistas como vistas. Esta misma mañana estaba en el extraño metro que se saltaba paradas y ha entrado un hombre con la barba pintada de verde fosforito y un tutú azul turquesa como única vestimenta. Iba cantando como un loco al son del famoso *Singing in the rain* y absolutamente nadie del vagón se ha girado a mirarle. Eso da tranquilidad. A mí, desde luego, me hace estar segura de que nada va a hacer este pobre loco que, si llega a estar en la línea siete de Islas Filipinas en Madrid, sería el hazmerreír de todo el vagón. Sería, para ser exactos, el provocador del cambio de vagón de todas las señoras mayores asustadas que se irían corriendo sujetando los bolsos. Cómo me gustan las señoras de Madrid.

- Señoras que no se conocen de nada y comentan indignadas lo que tarda el autobús.
- Señoras que temen que tu compra se meta en la suya en la cinta del súper.
- Señoras que cierran las cortinas para proteger los muebles del sol.

En esta ciudad no hay casi señoras mayores. Suelto una pequeña carcajada entre los cinco rostros serios que me acompañan en el ascensor. Ignorada por los caballeros, salgo del incómodo cubículo en el piso dieciocho. Me encuentro de bruces con la sala 1805. Tecleando frenéticamente en un lujoso ordenador, se encuentra una recepcionista con rasgos asiáticos. Es verdaderamente guapísima. Sin levantar la vista de la pantalla, me pregunta otra vez por el *AIDI*. Esta vez me siento muy orgullosa de saber de lo que habla y le saco mi carné de identidad muy feliz de la cartera.

—¡Oh, eres Marina! —me dice en castellano la preciosa china—. Frida me ha dicho que te estaba esperando. Tiene una urgencia, sígueme, sígueme. Mi nombre es Liu, por cierto.

Me sonrío levemente y camina coquetona encima de unos impresionantes Christian Louboutin por el impecable suelo de este edificio. No sabía que las chinas hablaban así de bien español. El único chino que he conocido en mi vida es el del Todo a Cien de debajo de casa. Aparte de no entenderse nunca nada, se lleva fatal con mi madre porque siempre le pide que le haga descuento. Seguimos caminando por un pasillo que da a diferentes despachos imponentes.

Todavía me resulta difícil describir lo impresionantes y maravillosas que eran las vistas de esas oficinas de Manhattan.

La preciosa china de habla castellana tocó suavemente la puerta 1806. Se asomó delicadamente mientras abría aquella cristalera con lentitud. Al fondo vi a una mujer con gafas de pasta extremadamente elegante. Estaba sentada en un escritorio precioso de marfil. Justo encima se situaban unas lámparas de diseño que imitaban al Oakland Bay Bridge de San Francisco. Las luces se entrecruzaban por encima de una larga silla a juego con el escritorio de marfil. Era un despacho minimalista. Precioso. Y justo detrás de aquella elegante figura se disponían unas vistas de Nueva York que me deslumbraron dejándome boquiabierta. Frida nos miró por encima de sus gafas de pasta. Justo después nos lanzó una mueca y con el dedo índice en la boca nos indicó que no la interrumpiéramos. Liu me miró preocupada y yo asentí con la cabeza mientras me quedaba embobada observando sus maravillosos zapatos. Llevaba unos espectaculares tacones de punta, de la última colección de Jimmy Choo, en piel de avestruz. Nunca los había visto fuera de las revistas y menos en ese color beige con tiras azul marino tan espectaculares. Eran realmente admirables, exquisitos. De repente me percaté de que me estaba mirando mientras observaba con todo descaro sus tacones.

¡Ups, qué vergüenza! Dirigí la mirada un poco sonrojada hacia el cuadro de la pared. Cuando volví a mirarla, estaba sonriendo con esos labios rojos carmín que resaltaban sobre una blusa de seda blanca. Qué simpática, me gustó mucho el corte de pelo tipo chico que llevaba. Le devolví la sonrisa y entonces Frida colgó el teléfono.

—El cuadro es de la colección de Chitsuya, fovismo, *El nacimiento de Venus*. ¡Encantada de conocerte, Marina! María me ha hablado muy bien de ti. Ya me ha dicho que se casa con tu hermano el próximo octubre, haremos lo posible para estar allí. —Abrí la boca para intentar contestar y me interrumpió al segundo—. Mira, no tengo mucho tiempo, pero básicamente necesito una niñera para esta noche porque la que teníamos nos ha fallado. Pagamos quince dólares la hora hasta las ocho, y veinte dólares la hora después de las ocho pm. ¿Estás disponible?

—Mmm, sí, creo que no tengo nada...

—Great! —me interrumpió emocionada otra vez—. Mi marido Mitch está ahora mismo en

casa. ¿Tienes teléfono americano para llamarle?

—No, no me ha dado tiempo, pensaba ir justo ahora después de conocerte a comprarme una tarjeta.

—No te preocupes, utiliza el de la oficina. —Me señaló una de esas novedosas BlackBerry—. Llámale ahora mismo y dile que en media hora estarás allí. El número es 347 164 4354. La dirección es 853 Fifth Avenue, está entre la 86 y la 87. Mmmm, ¿se me olvida algo más? ¡Ah, sí! Nico es alérgico a los *nuts*, ¿entiendes? A los cacahuetes y todo eso. Ten mucho cuidado de que no coma nada de eso. Mil gracias, Marina.

Observé como cogía su gigantesca agenda y una pluma dorada y meneando sus caderas como podía dentro de esa falda de tubo negra de piel, salía de la habitación. Justo antes de salir me miró sonriente:

—Estoy muy feliz de que estés aquí. —Tras un amigable guiño con el ojo derecho, abandonó la habitación.

Me quedé un poco paralizada durante un momento pensando qué hacer. Miré por el pasillo para ver si estaba Liu, pero vi que no había nadie en la entrada. Cogí la BlackBerry y marqué como pude el número de Mitch que me acababa de facilitar. Pensé rápidamente mientras escuchaba los tonos en lo que le iba a decir. Repasé dos veces la brillante frase: «*My name is Marina, I am going to your house*»... A los dos segundos respondió una voz ronca de hombre.

—Hello?

—Hello, my name is Marina.

—Oh, hi, Marina! The new babysitter, right?

—Yes, Frida says I have to go now to your house.

—Sure, perfecto! Te veo aquí.

—Thanks.

Menos mal que hablaba algo de español y que las conversaciones son así de cortas en este país. En ese momento apareció Liu.

—Marina, ¿te puedo ayudar en algo más? Frida me acaba de llamar para decirme que te dé estos veinte dólares para que vayas en taxi.

—Oh, perfecto, gracias. Y no, creo que no necesito nada más. Ya me voy. Gracias. Bye!

Me metí en el ascensor muy contenta con los veinte dólares, el maldito metro son ya dos con veinticinco, así que me venía fenomenal que me ayudaran un poco con el transporte. Al salir del edificio volví a mirar el reloj. Nunca había visto un reloj tan grande, tan delicado, imponente y exquisito, tan dorado. Bueno, sí, miento. Hace como un año, en una de mis aventuras con Lucca, nos colamos en el Hotel Villa Magna de Madrid, tiene un reloj bastante parecido en la entrada y los suelos brillan exactamente igual que los de este *lobby* del Rockefeller Plaza. Recuerdo con mucha emoción la noche que pasé con Lucca allí, después de estar semanas sin hablarnos por una de nuestras estúpidas peleas. Un domingo por la noche durante las vacaciones de Navidad, mientras intentaba leer *Los pilares de la tierra*, escuché un silbido que venía de la calle. Un silbido que solo emitía Lucca cuando quería que nos escapáramos. Me asomé a la ventana con el corazón en vilo y observé a mi chico. Despeinado, con una sudadera de color azul clarito, sonriente. Me indicó, apuntando a su nuevo Nokia pantalla color, que mirara mi móvil. Lo miré emocionada. Papa Noel acababa de traerme un Sony Ericsson con cámara incorporada. Tenía un mensaje de texto.

¿Me perdonas, Boom-Boom? Venga. ¿Nos escapamos? Pídele ayuda a Ariadna.

Recuerdo mis nervios incontrolables mientras me volvía a acercar a la ventana. Recuerdo los

pálpitos de mi corazón cuando le pedí a mi hermana mayor que me ayudara. Recuerdo cómo Ariadna primero se indignó y luego distrajo a mis padres mientras yo lograba escaparme por aquella ventana. Recuerdo el abrazo que nos dimos al bajar. Me había traído unas flores llenas de barro que había arrancado seguramente de algún sitio prohibido. Y yo me dejé querer. Y le abracé por la espalda subida a aquella moto. Y cruzamos a toda velocidad Princesa y luego la Castellana y Serrano y multitud de calles del centro. Yo sabía perfectamente que algo malo escondía aquella moto. Igual que sabía que algo malo escondía todo ese dinero en efectivo con el que Lucca pagaba innumerables lujos aquella noche. Pero todo daba igual. Estábamos enamorados. Y era un amor sin razonamiento, sin tapujos. Estaba guiado solamente por las pasiones. Cómo echaba de menos a Lucca y qué ganas tenía de volver a verle.

Salí del lujoso edificio y salté rápidamente a uno de los dos mil taxis amarillos que se encontraban atascados en cualquiera de las esquinas de aquella deslumbrante plaza. Balbuceé la dirección de la casa de Frida como pude y llegué en unos cinco minutos escasos a mi destino final, el Upper East Side de Manhattan. El edificio era una vez más superlujoso: «Cuánto dinero tiene la gente aquí», pensé. En la entrada se disponía una fuente gigantesca decorada con plantas exóticas, los sofás eran de diseño y estaban confeccionados con un cuero blanco tipo velvet y unos cojines de terciopelo. Otra vez lámparas y cuadros soberbios, a lo lejos me percaté de que había dos señores mayores vestidos de botones a las puertas del ascensor. Un lujo innecesario que te ayuden a apretar el botoncito, creo yo. Me acerqué al lujoso mostrador pensando en dirigirme hacia el *doorman*. Le expliqué en un inglés insuficiente al piso al que me dirigía y rápidamente me respondió en español. (¡Vaya, hombre! Yo que pensaba que poco a poco le estaba cogiendo el tranquillo a esto de hablar en inglés). Subí acompañada de uno de los botones. Llamé al timbre y me abrió la puerta un señor muy alto y con pinta de amable.

—*Welcome to the Galbos, Marina!*

Rápidamente apareció corriendo un chiquillo como de tres años que se asomó entre las piernas del que supuse que sería Mitch. Escuché que otros taconillos corrían hacia la puerta también. Era una niña, intuí que tendría unos cinco años. Iba disfrazada de Barbie jardinera. Rápidamente se dirigió hacia mí y me habló en un español con un acento supercerrado.

—¿Quieres jugar a las muñecas? ¿Quieres ser la mamá, yo la hija y Nico el papá? ¿Quieres jugar a las brujas? ¿Quieres comer helado? ¿Quieres ser mi hermana mayor?

Nico tenía cara de traviesillo y me miraba aún escondido entre las piernas de su padre, sin mediar palabra. Mitch se dirigió hacia Gaba en un tono serio, parecía que estaba regañándola. Le dijo algo en inglés con un acento verdaderamente imposible de entender para mí. Parecía intentar calmar aquellas ansias de obtener respuestas a todas sus tiernas preguntas. Justo después, Mitch se dirigió hacia mí en un tono más relajado otra vez. Me dijo algo en inglés que tampoco entendí y me indicó con una seña que dejara los zapatos en un zapatero y que le siguiera por aquel pasillo. Ya me había contado mi prima la repipi que los americanos siempre están en casa descalzos. Que es tradición quitarse el calzado nada más entrar. Al parecer, es de mala educación no hacerlo, así que eso mismo hice yo: quitarme despacio mis botas. Me sentía observada por Nico y Gaba, estaban los dos delante de mí, con la mirada clavada en mis botas, sin decir nada. En ese mismo instante, Mitch les gritó algo que sí que entendí. «*Galbo's to the Kitchen! Now*». Y salieron corriendo en dirección hacia aquella voz que anunciaba que algo habían hecho mal. Qué tradición más americana la de referirse a las personas por los apellidos. Aunque bueno, la verdad es que «*Welcome to the Galbos*» suena bastante más atractivo que «Bienvenido a los Jiménez», supongo. Mientras me desataba los interminables cordones, recordé que la residencia cerraba a las once de la noche. Me las tenía que ingeniar como fuera para decirle a aquel señor en

inglés que tenía que estar de vuelta a casa antes de que eso sucediese.

Caminé por un pasillo repleto de espejos y pinturas, llegué finalmente a un increíble salón que hacía esquina, en el mismo centro se disponían unas asombrosas escaleras de caracol que subían al piso de arriba. La casa era soberbia. La esquinera entera del primer salón era una cristalera de techo a suelo que daba directamente a Central Park. Las vistas eran maravillosas.

—Mi madre no nos deja jugar aquí —me dijo Gaba, que había estado persiguiéndome y analizándome durante todo el pasillo. Mitch le volvió a decir algo a Gaba en inglés y se alejó de nosotras respondiendo una llamada de teléfono. La niña me agarró de la mano—. *I am going to show you the playroom.*

¡La sala de juegos! Primera frase que entendí en inglés. Me sentí extremadamente inútil, para qué nos vamos a engañar. Escaleras arriba llegamos a otra esquina de cristaleras interminables con mejores vistas incluso que el salón. O quizá no, eran igual de espectaculares, pero en esta habitación destacaban más porque habían pintado el techo con nubes turquesas. El tono creaba una sensación de reflejo en el cielo que hacía realmente impresionante el trasfondo, esas vistas, qué vistas tan bonitas. Se veían a lo lejos el Metropolitan Museum y los rascacielos del otro lado del parque. Nunca había estado en una casa así. Y menos en Manhattan. Mientras Gaba y Nico revoloteaban en el cuarto escuché que Mitch subía las escaleras. Venía con el teléfono, sonriente, y me lo pasó sin decir palabra, con claras intenciones de que contestase la llamada.

—Hello?

—Hola, Marina, soy Frida. Me ha dicho Mitch que no hablas muy bien inglés. No te preocupes, Gaba sabe español, lo entiende y lo habla perfectamente. Nico lo entiende todo, aunque es más vergonzoso hablando, también es más pequeño. Mitch tiene que salir a una reunión. Da de cenar a los niños lo que quieras sobre las siete de la tarde. Su *bed time*, perdona, su hora de dormir es a las siete y media. Léeles un cuento y recoge la cena. Mitch y yo volveremos pronto a casa.

—Vale, perfecto. ¿Les doy algo específico de cenar? —se me ocurrió preguntar.

—Lo que quieras, tienes pasta y *pizza* en la nevera. O *chicken nuggets* en el congelador. Solo asegúrate de que coman fruta y verdura. Tendrás que leerles un cuento antes de dormir. Tienes el número de Mitch por si tienes una urgencia. ¿Ok?

—Genial, Frida, gracias.

—Gracias a ti, hablamos.

Le pasé el teléfono a Mitch. Me miró sonriente y me hizo una seña de ok con el pulgar hacia arriba. Le respondí con la misma señal y se marchó con la vista puesta en su BlackBerry. Me sorprendió que no dijera adiós a los niños. Aunque Gaba y Nico estaban ocupados montando unas vías de tren gigantescas en una de las esquinas de aquella inmensa sala. ¡Mierda, no le he dicho que tengo que estar en la residencia antes de las once! Pensé. Pero me sentía tan aliviada de quedarme a solas con los niños que se me había ido el santo al cielo. Total, me había dicho Frida que volverían pronto. Estaba a salvo.

Mientras Gaba me enseñaba su cama y su habitación, pude ir cotilleando las diferentes alas de la casa. La decoración era maravillosa, reconocí una silla de Gaultier, había alfombras de piel de verdad tanto en los pasillos como en el inmenso despacho. Cuadros perfectamente colocados, lámparas preciosas y en fin... Ojalá algún día pudiera vivir en una casa con unas vistas así. Después del baño que los críos decidieron tomar en el *jacuzzi*, nos metimos los tres en la cama de matrimonio de Gaba.

—Nico tiene su propio cuarto, pero todavía le da miedo dormir solo y por eso le dejo dormir aquí. Tumbate aquí con nosotros —me indicó entusiasmada Gaba, que llevaba toda la tarde

manejándome como una verdadera marioneta.

Me tumbé con ellos y mientras abría el cuento elegido noté cómo se abrazaban cada uno a mis brazos. Eran los niños más cariñosos que había visto nunca. Jamás los hijos de mis primos me abrazarían así solo por haber jugado una tarde con ellos. Qué falta de amor, pensé. Y me dispuse a leerles el cuento con delicadeza. Para mi sorpresa, entendí perfectamente todo de lo que hablaba. Tampoco era tan difícil, la historia de un conejo que se escondía en diferentes partes de la casa hasta que el búho lo encontraba. Gracias a los dibujos me aprendí el nombre de un par de animales. *The fox, the alligator, the bird, the deer...* Finalmente, todos juntos encuentran al *little bunny* que estaba escondido dentro de una cacerola. Y ¡tan-ta-ra-rán! *The end!*

—¿Puedes quedarte con nosotros hasta que nos durmamos? —me preguntó dulcemente Gaba. Era una niña muy repipi, pero, quieras o no, le había cogido cariño de inmediato. Yo también debía ser tela marinera de marimandona con su edad. Asentí con un gesto.

—¿Tú también vas a irte como las otras?

—¿A qué te refieres, Gaba?

—Mi madre siempre dice que no tenemos suerte con las niñeras y que por eso todas se van. ¿Vas a irte tú también?

—Bueno, por ahora, no, pequeña.

—Yo no quiero que te vayas.

—Yo, bueno, Gaba. —A ver, Marina, concéntrate en tratar de explicarle a una niña de seis años con tal cara de pena que solo has venido a Nueva York cuatro meses—. ¿Gaba, has ido alguna vez a España?

—Sí.

—Yo vivo en España con mi familia —por cierto, ahora que lo pienso, con la academia y esta locura de juegos no he tenido tiempo de comprarme la tarjeta para llamarlos—, y probablemente dentro de poco tenga que volver allí y seguir viviendo con ellos. ¿Has ido alguna vez al parque de atracciones de Madrid?

—Sí, justo este verano fuimos con mi tía María.

—¡Qué guay! Pues prométeme que si algún día vienes a Madrid, iremos juntas al parque.

Me sonrió con los ojos muy abiertos, brillantes de emoción y felicidad. Justo después alzó un dedo para hacer el típico juramento. Cruzamos nuestros meñiques mientras nos mirábamos sonrientes. Esta niña es mucho más mona de lo que pensaba. Y qué fácil es engañar a los niños. Me apasiona su inocencia.

—¡Hala, Gaba, ahora a dormir!

Cerró los ojos obedientemente y observé que Nico estaba ya casi a punto de quedarse dormido. Yo también estaba agotada y decidí cerrar los ojos solo unos minutos. Había sido un día agotador y lleno de emociones. Y con la experiencia de ayer con Oliver y la caza del ratón en plan kung-fu, no había dormido nada. Al día siguiente tenía otra vez academia. Pensé en intentar pedir un cambio para ver si encontraba alguna clase con posibilidades de hacer algún amigo decente. Y me fui quedando dormida de la misma manera que una vez me enamoré de Lucca, primero poquito a poco y de repente, sin darme cuenta, del tirón.

III

IF YOU DON'T WANT YOUR NAP, CAN NANNY HAVE IT?

Abrí los ojos aturdida cuando escuché las pisadas fuertes de unos tacones en el pasillo. ¡Dios mío, me he dormido! Confusión. Desconcierto. Nervios. Me levanté con rapidez y me incorporé en la cama como pude. En ese momento Frida abrió la puerta bruscamente, sin importarle lo más mínimo que sus hijos estuvieran dormidos.

—¡Dios mío, Marina, pero qué susto me has dado! Pensaba que no estabas aquí. ¡Que te habías largado o yo qué sé!

Me intenté limpiar la baba de la mejilla disimuladamente y me acaricié la cara sintiendo aún parte de las sábanas. Salí hacia al pasillo intentando que mis pisadas fueran invisibles para no despertar a los pequeños. El tono que estaba empleando Frida me tenía del todo desconcertada. Gritaba histérica insensateces por el pasillo. Y elucubraba sobre drogas y otro tipo de sandeces que podía haber estado haciendo mientras ella estaba preocupada por sus hijos. Salí al pasillo intentando neutralizar en mi mente todo lo que aquella señora estaba diciendo en aquel momento. Incluso creí escuchar un disparate que vino en forma de una curiosa frase que no olvidaré nunca.

—Hija, Marina, una no sabe si eres una ladrona, una drogadicta o qué sabe Dios, incluso una prostituta. Con esos vaqueros cortos, una no sabe lo que pensar.

Yo estaba atónita y mi cara, todavía adormilada, solo podía expresar confusión y desconcierto. ¿Drogadicta? ¿Prostituta? Pero, por Dios, si estos vaqueros son normales y, además, que solo tengo veinte años, ¿cómo quiere esta señora que me vista? Por un momento pensé en coger mis cosas y largarme de aquella casa si no se tranquilizaba. Estaba realmente fuera de sí. Nunca había visto nada parecido. Justo cuando estaba a punto de tomar la decisión y salir llorando por aquella puerta, se acercó Mitch hacia Frida y le susurró unas palabras en inglés al oído. Se hizo el silencio. Frida se agachó y se quitó los tacones. Tenía la mirada clavada en la cocina. Miraba malhumorada la mesa del comedor, donde me di cuenta que había dejado los platos con brócoli y ketchup sin recoger. Finalmente volvió a hablarme, esta vez en un tono mucho más pausado.

—Creí que te había dicho que recogieras la cena después de acostar a los niños. ¿Has visto cómo está la sala de juegos? Todo hecho un desastre, Marina. No has recogido nada.

—Esto... Lo siento, Frida, la verdad es que...

—¿Me puedes decir qué has hecho en todo este tiempo? Ahora en serio, Marina, ¿no tomarás drogas, no?

—¿Qué?

—Bueno, mira, que da igual, te agradecería que la próxima vez que vengas tengas la decencia de, al menos, recoger la cena. ¿Han comido los niños vegetales?

—Bueno, yo les he cocinado brócoli.

—Sí, eso ya lo veo, Marina, también veo que los platos están llenos de brócoli. Lo cual significa que no han comido nada, ¿verdad?

—Un poco, sí, Frida. Pero me han dicho que no les gustaba. Yo he intentado que...

—¿Les has dado un baño?

—Sí, sí, eso claro.

—¿Les has puesto polvos de talco después?

—Bueno, no. ¿Dónde? Eso no lo sabía.

—Ya veo, ya. —Seguía hablándome con la mirada clavada en aquella mesa. Sin mirarme, sin mover absolutamente ni un ápice de su estilizado cuerpo. Parecía un maniquí de Armani, con la camisa blanca de seda, la falda de tubo impecable y el collar de pedruscos.

—Pues nada, Marina, ya te puedes ir a casa. Dile a Mitch las horas que has trabajado y que te pague. —Me miró despectivamente, hizo un gesto de desesperación y se alejó caminando con los tacones en la mano por uno de los pasillos que se dirigían a su cuarto. Esta señora es absolutamente bipolar, pensé. ¿Cómo era posible que solo hace unas horas fuera la persona más encantadora del mundo y, ahora, estuviera gritándome y tratándome así? A ver que, vale, me he dormido y eso está mal. Pero de ahí a llamarme prostituta medra un abismo, digo yo. Me acababan de pegar la bronca de mi vida y tenía ganas de llorar. No estaba acostumbrada a aquellos gritos. Miré el reloj y la angustia se incrementó cuando vi con sorpresa que eran las once menos cuarto. ¡Mi residencia cerraba dentro de quince minutos! Me quedé sola en la cocina pensando en cómo teletransportarme hasta la calle 14. Setenta calles más abajo de la casa donde me encontraba. Justo cuando estaba a punto de perder los nervios y adentrarme en uno de los pasillos en búsqueda de la chalada de Frida, escuché los pasos de Mitch acercándose a la cocina.

—*Are you ok?* —Me miró sonriente y me hizo un gesto, moviendo un dedo en círculos alrededor de su oreja, dejándome entender que su querida mujer estaba como un cencerro. Me tranquilizó mucho su empatía. Éramos dos personas adultas y conscientes que teníamos ante nosotros un caso de personalidad psicopática histérica. Por lo menos se me quitaron las ganas de llorar.

—De cinco a once p.m., seis horas, *right?* —intentó hablarme en español. Aquel hombre empezaba a caerme bastante mejor de lo que pensaba. En un principio me había asustado un poco su aspecto. Su cara, para ser más concreta, tenía algo vicioso, corrompido, degenerado. Pero ya ves, aquel hombre con pinta de depravado resultó ser una persona muy normal. Y su mujer, con ese aspecto impecable, tan amigable esa mañana, allí estaba, gritándome de aquella manera que me había dejado estupefacta. Paradojas de la vida, pensé.

Asentí sonriente y nerviosa dejándole ver que sí, que habían sido seis horas. Me soltó un fajo de billetes y, tal cual, los metí en el bolsillo, empecé a correr pasillo abajo como si de las mismísimas Olimpiadas se tratara. Las diez cincuenta. Por favor, Señor, si estás ahí, que no me cierren. ¡Juro que encontré el camino en Alemania! Paula me había contado que, tal cual, las hermanas carmelitas desconectaban el telefonillo a las once en punto de la noche. Y que era totalmente imposible apañárselas para entrar. Intenté abrocharme los interminables cordones de las botas como pude, saltándome la mitad. Maldije mi suerte por haber elegido esas botas tan engorrosas. Salí escopetada hacia los ascensores sin despedirme. Paré el primer taxi que encontré en la entrada y me metí en aquel coche amarillo con palpitaciones y el corazón a punto de estallar. Balbuceé la maldita dirección de la residencia, repitiéndola una y otra vez porque, como siempre, los taxistas, generalmente indios, no me entendían. Y salí rumbo a mi destino, mirando innumerables veces el reloj de mi maravilloso y flamante Nokia. Cuando por fin llegamos a la calle 14 con la avenida 5, vi que estábamos sumidos en un atasco impresionante que no parecía tener fin. Eran las diez cincuenta y siete. ¡Todavía había esperanza! Le pedí al taxista que parase allí mismo y me bajé dispuesta a salir corriendo. El taxista salió del vehículo gritándome burradas por no haberle dejado propina. Yo no comprendía nada. Le había dejado un dólar. ¿Qué esperaba? De todas maneras, nada me importaba. En ese momento sentía que mi vida entera dependía de llegar a tiempo a la residencia y efectivamente me esforcé en correr como nunca antes lo había hecho.

Tres minutos corriendo que se me hicieron eternos y, justo cuando estaba llegando a la

Octava, saqué el Nokia para ver la hora y me estampé de bruces contra uno de esos buzones bajitos y amarillos. Esos con letras rojas y negras que contienen periódicos en el interior. «¡Auch!», caí de rodillas en el suelo y un desagradable pitido comenzó a zumbarme en el oído derecho. Mis manos se fueron directas a la mandíbula en un acto reflejo provocado por el sonido. Recogí mis bártulos y alcancé como pude el maldito telefonillo. Eran las once y ocho. Igual no corría tan rápido como yo imaginaba. Llamé una vez, otra, mantuve pulsado el botón hasta que mis dedos se enrojecieron durante varios segundos. Golpeé la puerta. Volví a tocar el timbre una y otra vez. Y justo entonces me eché a llorar. Lloraba como un bebé desconsolado al que le acaban de quitar algo. Me miré las rodillas, estaba sangrando. Me escocían, pero lo que más me dolía era la boca, desgraciadamente acababa de encontrar palpando con la lengua un par de trozos de diente rotos.

—¡Vete a la mierda, Marina Jones!

Me grité a mí misma enfurecida por ser exactamente igual de torpe y mostrenca que nuestra querida protagonista, Bridget. Cuando conseguí estabilizarme, solté una cantidad de lágrimas considerable. Decidí ir caminando hacia el maravilloso Subway. Estaba desolada. Tenía un aspecto lamentable, entre las rodillas ensangrentadas y la cara desencajada. En el local solo había un borracho dormitando en una de las mesas y una dependienta que parecía latinoamericana. Me sequé las lágrimas y me dispuse a hablar en mi glorioso inglés.

—*Do you? Do you... Do you speak Spanish?* —le dije entre hipos, incapaz de controlar aquellas lágrimas.

—¡Pero bueno, *mija*! ¿Qué te ha pasado, *güey*? —me respondió, gracias a Dios, en español.

Observé que el borracho también nos estaba mirando. Todo el local estaba impregnado de un desagradable y punzante olor a despojo. Creo que el olor venía de un carro lleno de basuras y cartones que aquel mendigo afroamericano llevaba consigo. Empecé a marearme debido al hedor, al pitido de mi oído y al dolor de muela que iba en aumento. Se me puso la piel de gallina. El codo me comenzó a sudar. Claros síntomas de que iba a desmayarme. No me preocupaba mucho. Desde que cumplí los nueve años me había convertido en una chica de «fácil desmayo». Nada tan simple como llevarme a un hospital y dejarme respirar ese olor químico, a enfermedad y desinfectante, para tenerme redonda en el suelo en menos de cinco segundos. Los síntomas son los mismos siempre. Las piernas se me debilitan, las manos se me congelan, tengo sudor frío por todo el cuerpo y malestar. La visión se me nubla, llenándose de estrellitas grises que se tornan negras. Se apaga todo. Me quedo extinguida. Fatiga. Debilidad. Impotencia. Desfallecimiento. Fundido a negro.

—Pero, *mija, mija*, ¿qué te pasa? ¡Oye, *mija*! ¿Estás sangrando? ¿Me oyes, niña? ¿Me ves?

Aturdimiento. Conmoción. Gritos que se alejan. Dolor en las rodillas. Sabor ácido y amargo. Abrí los ojos sintiéndome tremendamente débil. Estaba empapada en sudor frío que me causaba escalofríos. Instantáneamente, en un acto reflejo, las manos se fueron directas a mi mejilla derecha. «¡Auch!», balbuceé otra vez. Y después cerré los ojos con fuerza, esperando que el pinchazo se me pasara. Me moría de dolor de muela. La pobre dependienta estaba al borde de un ataque de nervios.

—¿Le han atacado, señorita? *Mija*, ¿estás bien? ¿Quién le ha hecho esto? —Me incorporé como pude y mientras bebía un vaso de agua, me dispuse a explicarle lo que me había pasado. Desgraciadamente, no me había atacado nadie. Era yo, que era la cosa más torpe del planeta—. ¡Bueno, *mijita*! No se preocupe. Conozco bien la residencia de las monjas. A las once de la noche cierran las puertas, apagan el *building* y abandonan el celular. Las chicas siempre vienen a reposar a este lugar, así, *namasito*, hasta que las abren a las seis. ¿Quieres descansar también?

—Pues se lo agradecería muchísimo. Necesito recostarme un poco si no quiero volver a desmayarme, señora. —Pedí al Señor que en aquel establecimiento hubiera una cama. Me daba pena estar recurriendo tanto a él. ¡Lo siento, Jesús! Pero es que necesito una cama. ¡Ya, Marina, y ayer necesitabas un guardián de los ratones y mañana quién sabe qué vas a necesitar! Me autorregañaba. Pero era verdad que siempre que me desmayaba necesitaba una cama. Mi cuerpo me pide siempre dormir durante horas. Al menos tres o cuatro. Hasta que me recupero. A veces hasta pienso que es bonita esta sensación. Como si quisiera huir de algo. Y mi cuerpo, afectado por la situación, se apagara y me permitiera abandonar el escenario durante unos minutos. Como un renacer después de una dramática y espeluznante tormenta.

—Ok, tranquila, *güerita*, pasa, pasa y recuéstate aquí.

Me dejó pasar a través del mostrador y me abrió una puerta trasera que daba a un almacén asqueroso, con un par de fregonas y cajas almacenadas. Por lo menos no olía a carroña.

—Las chicas se suelen recostar en el suelo. Les dejo cajas. ¿Quieres que te traiga alguna?

Sentí que iba a desmayarme otra vez si no me tumbaba. Necesitaba azúcar. Pero estaba tan cansada que, con tal de no pedir nada, apoyé las manos en el suelo. Cogí una de las cajas donde apoyar la espalda. Y me quedé profundamente dormida, agarrando mi bolso con todas mis fuerzas, por si me lo robaban.

Siempre que me desmayo tengo sueños profundos, intensos y muy oscuros. Normalmente me levanto exaltada por las pesadillas y me cuesta mucho estabilizarme y volver a controlar el pulso. Aquel día soñé que perdía el vuelo a Nueva York. Soñé que no me paraba ningún taxi; yo, enmudecida, no era capaz de parar ninguno sin poder gritar y nunca podría regresar a la residencia. De repente, soñé con aquel escenario en casa de Frida. Lo veía todo de una manera nueva, trágica. Bajaba las escaleras en tacones, irritada, con el pulso acelerándose por momentos, sin saber por qué. Nico y Gaba correteaban por los salones prohibidos. Noté que el miedo a que estropearan los muebles me atenazaba. A lo lejos escuchaba a alguien que preparaba la cena. Me acerqué a la inmensa cocina y me encontré con una jovencita que me recordaba mucho a mi hermana Ariadna. Era un poco más lozana y estaba preparando en el horno esos horribles *chicken nuggets* con brócoli que, al parecer, yo le había pedido. Me enfurecí con ella por no haber sacado las bandejas del horno e, inevitablemente, aunque no quería, empecé a sulfurarme gritando cada vez más fuerte a la pobre niña. Intentaba controlarme, pero me era imposible. Le gritaba encolerizada, llena de ira, cada vez más fuerte, totalmente fuera de mí, incapaz de controlar los insultos ni de sentir pena por aquella joven que desde hacía un rato lloraba. Gaba y Nico también lloraban y yo elevaba cada vez más el tono, cada vez más salvaje y sin control, por encima de los llantos. Me sentía violenta y no podía dejar de gritar. La joven estaba aterrorizada y yo furiosa, frenética, delirante, me lanzaba a por ella con intención de hacerle daño sin querer.

Me desperté exaltada y con una ansiedad que casi me impedía respirar. Respirando con fuerza, estaba asustada y todavía algo mareada. «¿Sería capaz de hacer daño a mi hermana Ariadna?», pensé. «Jamás», concluí. «Es lo que más quiero en el mundo», apostillé. Tardé unos segundos en recuperarme y ser consciente de dónde me encontraba. Las cajas, las fregonas. La piel de gallina, la nariz congelada, los labios amoratados y los pelos de punta. Me incorporé como pude, abriendo la puerta para que entrara algo más de luz. Busqué un par de cajas más que coloqué alrededor, creando una cabaña, y me volví a quedar dormida. Me encontraba realmente fatal.

Esta vez soñé con Caye, la protagonista de la película *Princesas*, una de mis favoritas desde que era pequeña. Soñé con su precioso monólogo desestructurado de la nostalgia: «Es rara, ¿no?, la nostalgia... Porque tener nostalgia en sí no es malo, eso es que te han pasado cosas buenas y las echas de menos. Yo, por ejemplo, no tengo nostalgia de nada, porque nunca me ha pasado

nada tan bueno como para poder echarlo de menos... Eso sí que es una putada. ¿Se podrá tener nostalgia de algo que aún no te ha pasado? Porque a veces me pasa. Me pasa que me imagino cómo van a ser las cosas, con los chicos, por ejemplo, o con la vida en general, y luego me da pena cuando me acuerdo de lo bonitas que iban a ser, porque iban a ser preciosas... Y luego, cuando lo pienso, me da nostalgia cuando me doy cuenta de que aún no han pasado y que a lo mejor no pasan nunca... Me pongo supertriste, pero es como una tristeza a cuenta, como la fianza de cuando alquilas una casa, pero con tristeza, que la pones por delante, porque total, sabes que la vas a acabar utilizando igual...».

Cuando me desperté, tenía las manos realmente congeladas y empecé a toser profusamente. Por la rendija de la puerta vi que aquel mendigo maloliente ya no estaba. Había en cambio una mujer delgaducha, debía de tener unos cuarenta años. Mojaba sin energía una especie de *cookie* en un vaso de chocolate caliente. Su rostro me impactó. Tenía la mirada perdida en la taza. Las manos arrugadas, la cara consumida y un espeso pelo negro, largo y rizado, que caía desordenado sobre su cara. Estaba descuidada, unas ojeras negras y profundas y las cejas sin depilar. Pero se notaba a la legua que había sido una joven muy guapa hacía no tanto. Me daba pena su jersey verde aceituna. Tenía agujeros en las mangas y estaba lleno de pelotillas. Aquel jersey, como ella, tenían pinta de haber sido algo muy bonito hacía unos años. Es increíble cómo cambian las cosas con el tiempo. Me pregunto cuándo comenzaría Frida a ser absolutamente bipolar. Miré a la derecha y vi a la dependienta mexicana. Sonreía muy contenta y podía distinguir un par de dientes de oro junto a los colmillos, ambos situados a la derecha.

—Bueno, bueno, *güerita*, se ve que le echaste horas a la cabezadita, eres de las pocas que duerme de seguido, muchacha. ¿Cómo te sientes? ¿Qué tal tus rodillas?

—Me encuentro mejor, señora, muchas gracias. ¿Sabe qué hora es?

—Las cinco cincuenta, *mijita*. Ya no queda nada para que te abran la residencia. ¿Gustas café?

—No, no, gracias, no me gusta el café.

—¿Alguna de las *cookies*?

—Sí, le pagaré una, gracias.

—No hace falta que me pague, señorita. A esta invita la casa. —Sonrió.

Me senté en una mesa alejada del rostro triste de la única persona que me acompañaba en el local. Estaba leyendo algo en un papel medio mojado, escrito con un pilot azul turquesa. Me encanta ese olor de pilot recién usado que podía perfectamente percibir desde aquella mesa. Mi hermana Ariadna era una fanática de escribir cartas. Las escribía siempre en papeles perfumados, de colores. Y decía que la mezcla de los perfumes con la tinta negra era una maravilla que le fascinaba. Reconozco que a mí también me encantaba. Siempre he pensado que Ariadna debería ser escritora. Tiene una sensibilidad innata para describir emociones y plasmarlas de una manera seductora en un papel. Seguí observando a aquella mujer, tenía un aspecto afligido, giró la hoja leyendo aquella carta una y otra vez, con una mueca de dolor en su cara. Y aunque en sus mejillas no había lágrimas, parecía estar llorando. Me pregunté qué estaría leyendo. Cada vez tenía el rostro más compungido. De repente me miró fijamente con cara malhumorada. Y se dirigió hacia mí gritando mientras doblaba aquella carta.

—¿Se puede saber qué miras, niña? —Me sonrojé con mis típicos coloretes de molinera y miré a la camarera buscando complicidad. Más gritos hoy no, por favor.

—¿Me está hablando a mí? —le pregunté, un poco avergonzada.

—¿A quién voy a estar hablando, niña? Solo estamos usted y yo en este local, ¿no es cierto? Y no creo que en lo que yo ande sea su *business*.

—Lo siento, no estaba mirándola a usted, de verdad.

—¡Pues eso, coño, deje de mirarme!

Buf, apoyé los brazos en la mesa, evitando que me viera los ojos, porque obviamente estaba a punto de ponerme a llorar. Me acordé de mi móvil Nokia, sin batería. Me acordé de la despedida de mi madre y de lo lejos que estaba de mi casa. Comencé a hacer pucheros como si de un bebé de cuatro meses se tratara. Me dolía la muela, me escocían las rodillas, no hablaba bien el idioma, quería irme a casa. Cuando ya empezaba a tranquilizarme, noté cómo la camarera me tocaba la espalda. Levanté la mirada intentando disimular.

—Toma, *mija*, tómate esto calentito. No te enojas con la señora, siempre está así, de ese humor insano, se la vive amargada, *güey*. Enojada con todo el mundo la muchacha. Siempre viene aquí de madrugada. Creo que vive en tu residencia también. —Asentí con los hombros sin decir nada—. *Mija*, incorpórate, venga. Que no pasa nada. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Marina, aunque, bueno, todo el mundo me llama Moli. —Me incorporé como pude, clavando la mirada hacia la amargada. Me tranquilicé al observar que estábamos finalmente solas la camarera y yo—. Gracias, gracias, señora, muchas gracias por todo. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Lupita, *mija*, y ahora córrele, las monjitas recién abrieron la puerta.

Me sequé las lágrimas y crucé la calle con cuidado hacia la maldita residencia. Me saludaron amablemente las monjas al entrar. Yo entré esforzándome en acrecentar mi actitud de indignación. No dije palabra y me metí directa al baño sin saludar. Me lavé la cara y me enjuagué la boca como pude. Sin pensarlo dos veces, me metí en la cama. Esta vez me daba igual que estuviera Oliver, el ratón o la madre que lo parió. Necesitaba dormir, estaba exhausta. Justo cuando estaba acurrucándome, sonó un estremecedor:

—Shhhh.

—*Sorry, sorry* —susurré en voz bajita.

Me pregunté qué aspecto tendría mi compañera de «suite presidencial». Me pregunté si los niños de las fotos que vi el día anterior serían sus hijos. Me pregunté si sería una psicópata histérica como Frida y se levantaría en mitad de la noche a matarme. ¿Cómo puede ser que esté compartiendo este cubículo con una persona totalmente desconocida? ¿Y si realmente estuviera mal de la cabeza y quisiera matarme? Empecé a agobiarme un poco con el tema. Estaba claro que aquella ciudad estaba llena de psicópatas. Y yo, yo no quería morirme, era muy joven. Los pensamientos me invadían la mente mientras me relajaba. Comencé a planear mentalmente una serie de llaves de judo que podría practicar en el caso de que aquella mujer me agrediera. También observé y analicé fríamente todos los objetos que había en la habitación para utilizarlos como arma defensiva en caso de ataque. Me acordé de que tenía un bolígrafo nuevo de Agatha Ruiz de la Prada. Me imaginé dando una voltereta lateral al otro lado del cuarto mientras le clavaba el bolígrafo de corazones en el cuello. Era obvio que no podía conciliar el sueño. Abrí mi pequeño portátil Toshiba, un armatoste negro de última generación que pesaba más o menos unos nueve kilos. Decidí escribir a mi hermana cuando me di cuenta de que tenía varios mensajes sin leer.

3 de septiembre, 2008. Open at: 06.33 am

From: MariaJoseSarria@gmail.com

To: moli_boom_boom@hotmail.es

Moli, cariño,

¿Estás bien? Papá y yo estamos preocupados. ¿Te has comprado la tarjeta? Por favor, llámanos cuando puedas.

Te quiero,
Mamá.

3 de septiembre, 2008. Open at: 06.35 am
From: f.carmona@ceresinternational.net
To: moli_boom_boom@hotmail.es

Buenos días, Marina,

Espero que llegaras bien a casa ayer. Gaba y Nico están encantados contigo. Este fin de semana nos vamos a nuestra casa en los Hamptons y me pregunto si te gustaría venir.

Dime algo cuando puedas,
Frida.

¡Pero bueno! Esta señora está como un silbo. Ayer gritándome por absolutamente nada y hoy esto. ¿Se le habrá olvidado el drama de no haber recogido los *chicken nuggets* o qué? Por aquí sí que no paso. Pensé en escribirle un mensaje mandándola a la mierda que luego se quedó en un pobre y sencillo:

3 de septiembre, 2008. Sent at: 06.38 am
From: moli_boom_boom@hotmail.es
To: f.carmona@ceresinternational.net

Buenos días, Frida,

Lo siento, pero ya tengo planes para el fin de semana. Y sí, llegué bien.
Marina.

3 de septiembre, 2008. Open at: 06.39 am
From: f.carmona@ceresinternational.net
To: moli_boom_boom@hotmail.es

Buenos días, Marina,

Una pena, María me ha comentado que trabajas en Fashion y es el cumpleaños de Mitch este finde... Creo que va a venir mucha gente de tu interés.

Piénsatelo y me dices algo esta tarde.

Un abrazo,
Frida.

Mierda, ¿a quién se refiere que pueda ser de mi interés? ¡Ay! ¿Le habré contestado muy borde antes? Al fin y al cabo, ella está siendo buena conmigo, ¿no? Simplemente está mal de la cabeza. Pero bueno, ¿qué hay de malo en estar un poco loco? No sé, me duele mucho la cabeza.

Decidí acostarme un rato mientras seguía pensando quiénes serían aquellas personas de mi interés. Con esa casa en el Upper East Side, como mínimo sería íntima de Carolina Herrera o de Anna Wintour o de cualquier celebridad de la elite de Manhattan. No sé, igual hasta conocía al hermano mayor de Alexander Wang, que es un abogado importante, como Frida. ¿Te imaginas que me presenta a alguien que me pueda dar trabajo en esta increíble ciudad? ¿Y que, con los años, llego a vivir como ella, en una casa lujosa en el Upper East Side? Con mi trabajo en moda y llevando zapatos Jimmy Choo de piel de avestruz azul turquesa. Cerré los ojos fuertemente y un placentero escalofrío me recorrió el cuerpo. Y entonces me imaginé en unos años. Mayor, más adulta, más guapa, más mujer. Me imaginé volviendo a casa en Navidad con regalos para mis sobrinos. Estaba segura de que, para ese entonces, mi hermana Ariadna ya sería madre. Y qué gran madre sería Ariadna, iba a ser la madre más maravillosa del mundo. La mejor de todas, de eso no me cabía ninguna duda. Me imaginé hablando con ella. Después imaginé cómo sería mi vida aquí. Me imaginé caminando rápido por las calles de edificios altos, por las avenidas. Correteando por Central Park. Abrí los ojos, tenía la piel de gallina. No podía ni figurarme lo bonita que sería mi vida aquí. En Manhattan, esta ciudad... Esta ciudad que me había producido escalofríos sin ni siquiera haber pisado sus calles. La ciudad donde la gente viene a cumplir sus sueños. Sus lugares emblemáticos, conocidos por las películas. Ese escenario tan inigualable. Qué nerviosa me ponía.

Y mientras soñaba cómo sería mi vida neoyorquina, me quedé dormida. Sin saber que aquella nube de pensamientos que se hicieron dueños de la niña que yo era se convertirían en la semilla de lo que regiría mi vida. Una vida que acababa de comenzar en Manhattan.

IV

IS NOT MY BIRTHDAY

Mientras me estaba duchando noté que la dichosa muela se me estaba hinchando cada vez más. En realidad, no estaba rota del todo, podía sentir al palpar con la lengua la parte afilada del fragmento que aún quedaba en su sitio. Me dolía bastante. No tenía ni hambre. Algo poco común en mí. Salí de la ducha y me encontré a Paula.

—Hoy es viernes, Paula, ¿saldréis luego?

—¡Claro, *güey*, justo iba a decirte! Saldremos con unos amigos españoles. Son de Madrid, se llaman Pepa y David Jiménez. Los hermanos, ¿los conoces?

—No, pero dame tu número de teléfono. Ahora justo voy a hacerme una tarjeta y así te llamo más tarde. —Saqué orgullosa mi nuevo Nokia.

—¡*Güey*, qué pedo con tu celular! —Rompió en una carcajada burlona que me dejó en una situación un poco bochornosa. Continuó riendo—. ¿De dónde vienes? ¿Qué es eso, *güey*? Te urge una BlackBerry. Te doy *my business card*. ¿No tienes la tuya?

—Mmmmm, no. ¿A qué te refieres?

—¡Ay, qué *cute* eres, *güey*! A tu tarjeta de negocios, con tus datos. No sé...

—Ah, no. ¿Tarjeta de visita, te refieres? No tengo, no trabajo.

—Ni yo, *güey*, pero todo el mundo tiene *business card* aquí. ¡Te urge una, no mames! ¡Estás en Nueva York! Bueno, márcame al rato.

Sacó de su cartera aquella tarjeta que aterrizó en mi mano. Una correcta, blanca e impecable *business card*. Era de un papel muy grueso y brillante que parecía que tuviera relieve. Nunca había visto nada parecido. Letras doradas y negras con resalte y un tono minimalista bastante elegante. «Ni que fuera esta chica presidenta de *Vogue América*», pensé. Y me retiré a mi cuarto, recapacitando sobre la frasecita de te urge una BlackBerry. Hombre, urgirme, urgirme, lo que es urgirme, tampoco me urgía. Pero, en fin, observé otra vez su tarjetita.

Paula de la Torre

Fashion Design Student and Business Development

The New School. Parsons

+16465715133

New York, NY

¡Vaya! La verdad es que sonaba bien. No sabía que los estudiantes tuviesen *business cards* aquí. Obviamente, yo me moría por tener una. El resto del día transcurrió tranquilo. Desayuné cosas acordes al dolor de muela. Me desinfecté las rodillas y las monjas me dejaron un poquito de Betadine. Llamé a mi madre con la tarjeta, lloré un poco contándole la anécdota de la caída, se me pasó el berrinche rápidamente cuando me contó que mi hermana Ariadna estaba planeando venir a verme. Después me dirigí a la academia. En la clase nueva conocí a un chico español con pinta de friki que me invitó a un zumo de naranja. No es por nada, pero es que el precio del zumo de naranja en este país era algo que me tenía anonadada. Nueve con setenta y cinco que valía en la maldita academia. Impensable para mí pagar tal cantidad por un zumo. Malditos precios de los Estados Unidos, estaba deseando llegar a España para tomarme un zumo recién exprimido y natural. Justo después del desayuno con el friki, me topé por el pasillo con un noruego bastante

guapo con el que me había cruzado algunas miradas por el pasillo. Él iba al nivel B2, muy cerquita del final del curso que era el A. A mí, sin embargo, no me iba tan bien por el momento y me habían encasquetado en el F7. Es decir, que era el último nivel en una clase llena de asiáticos que no sabían decir ni el «cómo te llamas». Qué verdadero desastre. El guapo noruego, en uno de los descansos, se me acercó y se dirigió a mí:

—*Hey, girl. Do you want to go on a date?*

Vale, a ver, Marina, concéntrate. *Date* es *birthday*, ¿no? Y este por qué se cree que hoy es «*my birthday*». Joder, por otro lado, qué bueno está. Venga, cámbiate el pelo de lado y responde sonriente.

—*Oh! No, no, today is not my birthday!* —Sonrisa encantadora con el pelo al lado. Venga, Moli Jones, que lo estás haciendo muy bien.

—*I know, not your birthday... A date? Today?* —Sonríe con un gesto de ternura que no sé yo hasta qué punto podía ser bueno. Yo elevé el tono de voz para ver si conseguía que me entendiera mejor. Esa es la clave de todo español que intenta que un guiri le entienda. Elevar el tono hasta casi convertirlo en grito y olvidarse del inglés. Y del acento. Lo importante es que cuanto más grites, más claro parece todo. Me lancé al grito de mi cultura.

—*No, no, you don't understand. Today, Is NOT my birthday.* —Me miró con cara de desesperación e, incomprendido, se alejó por el pasillo, como si no me conociera.

Qué chico tan raro. Ya me podía estar preguntando otra cosa. Mi cumple es el 11 de agosto, *anyway*. Nací el día de las páginas amarillas: 11-8-88. Es gracioso recitar los números con el tonito del anuncio: «Once, ocho, ochenta y ochooo». Por eso tengo ese carácter maravilloso que tienen todos los Leo. Me gustan los Leo, son siempre personas maravillosas. Salí de la academia y decidí volver caminando a la residencia. En mi cabeza planeaba una carta. Una carta que escribiría a mi hermana. A fin de cuentas, aunque le robara los vestidos y muchos días fingiera que la odiaba, era la persona a la que más quería en este mundo. Un amor de hermana. Estaba muy ilusionada con que hubiese accedido a venir a verme.

3 de septiembre, 2008. Sent at: 3.38 pm

From: moli_boom_boom@hotmail.es

To: Ariadnahernandez@gmail.com

Querida Ariadna,

Aunque quisieras fastidiarme la vida con lo de las furgonetas Airlink, he de decir que me ha hecho ilusión que mamá me informara de tu venida. Espero que no vengas con intenciones de buscar el vestido rojo. Una vez más, señorita Ari, no lo he cogido yo. Espero que no vengas a darme la brasa. En fin, por dónde empezar a contarte...

Ah, sí, ¡pues, venga! Empiezo a contarte que las calles de Nueva York son extraordinarias, maravillosas. Cada restaurante está mejor decorado que el anterior. Tienen encanto, ¿sabes? Aunque sean chiquititos, siempre los decoran con velas, muebles antiguos, incluso tocadiscos, que hacen de los lugares pequeños rincones superapetecibles, muy genuinos. Hay muchísimo ruido en las grandes avenidas, pero yo, que siempre camino hacia la academia haciendo «eses», he sentido la serenidad y el sosiego que ofrecen las pequeñas calles cuando caminas de este a oeste. Todas son preciosas, mi favorita sin duda es la calle 10, tiene tiendas preciosas, las casas están decoradas con flores. Los edificios son bajitos. Hay floristerías y pequeños mercados. Y en el lado este tienen parquecitos pequeños, con bancos preciosos que decoran cuidadosamente las

comunidades de vecinos. ¡Te encantarían! Hay esculturas y pájaros de mil colores. Nunca pensé que Manhattan tendría rincones así. Rincones cursilones de esos que te encantan, porque, vamos, ¡que yo lo hago por ti, eh! Que a mí no me gustan tanto. Pero el caso es que, cuando vengas, pasearemos la calle entera juntas de este a oeste. Y nos compraremos un helado al final del camino en Cone and Cons, una heladería artesanal que tiene helado de Nutella. Sí, Ariadna, ¡también tienen tu favorito! De limón, que ya sé que no te gusta el de Nutella. Qué pesada, siempre con ese sabor. El caso es que nos lo compraremos, y que nos lo comeremos juntas en uno de esos maravillosos parques. Mientras discutimos, como siempre, sobre algún tema absurdo en el que te mentiré diciendo que no he perdido mi virginidad con Lucca. Que sigo siendo la misma virgencita de siempre. Qué ganas tengo de contarte algún día lo de Lucca.

También quiero llevarte a una tienda de productos italianos que he encontrado. Está en la 23 con la Quinta Avenida, justo delante del famoso edificio triangular Flatiron Building. Me recuerda aquel mercado en el que estuvimos juntas en Italia, al sur. En ese pueblecito de ensueño que estaba cerca de Lecce. ¿Cómo se llamaba? Recuerdo que te encantaba. ¡Ah, sí! ¡Ostuni, se llamaba Ostuni! ¿Te acuerdas? Pues en esta tienda venden muchos de los productos italianos que allí comprábamos. Se llama Eataly, uno de los logos más interesantes que he visto desde hace tiempo, ¿no crees? Supongo que querrá decir Eat Italy. Muy original, ¿no? Cómete a Italia, y todo de productos y alimentos italianos. ¡Me encanta el *marketing* de Nueva York, Ari! Cada esquina significa algo. Tienes que venir.

Después de la academia, justo hoy, he paseado la Quinta Avenida entera, entrando en todas y cada una de las espectaculares tiendas, los edificios son impresionantes. Al llegar a la calle 14 he visto en mi pequeño mapa que tenía a pocas manzanas a la izquierda Union Square. Me ha sorprendido que en todo este camino desde la calle 38 hasta la 14 no he visto ni a una sola persona mayor. La edad de todo el mundo ronda por debajo de los cincuenta años. La gente camina muy rápido en todas direcciones, los coches pitan sin sentido, hay obras en todas partes y los únicos seres humanos que se paraban y no andaban disparados eran los turistas. De hecho, empiezo a notar quién vive en esta ciudad y quién no, precisamente por eso. Si vives aquí, tiendes a ir escopetado a todas partes y no miras a la gente al caminar. Eres indiferente a todo y vas pensando solo en tus cosas y en tu destino. No obstante, si eres turista, observas a la gente, las vestimentas raras de los modernos neoyorquinos, las no tan raras y elegantes de los banqueros y la gente de finanzas. Y no sé, que yo por ahora, como cualquier turista más, voy mirando boquiabierto todo lo que me rodea. Sobre todo a las personas. Me fascina tanto observar a la gente que vive aquí.

Y, ya por último, déjame contarte que en la plaza de Union Square no he podido evitar sentarme en las escaleras a descansar y observar la cantidad de locos que se concentran allí. He visto a dos señoras de unos sesenta años, vestidas con pelucas azul turquesa, vestidos de lentejuelas y exagerado maquillaje. También había un grupo de adictos acampados en cajas de cartón en otra de las esquinas, hacia las escaleras. A pocos metros de los *crack-heads* había una pandilla de budistas vestidos de naranja recitando en voz muy baja sus oraciones. Gente jugando al ajedrez, niños dibujando con tiza casitas en el suelo. Era una mezcla surrealista. Me parece inverosímil cómo las ejecutivas con sus tacones y sus maletines pasaban al lado de los yonquis con mucha prisa y como si nada. Sin miedo alguno a que les hicieran algo e incluso salvando con los Louboutin las cajas. ¿Te imaginas a estos yonquis en nuestro barrio, Ari? ¿Te imaginas a la abuela asustada sujetando su bolso? Pues aquí nadie les tiene miedo, Ariadna. Nadie les presta atención ni les dice nada. Era indescriptible la mezcla de personas de aquella plaza. Te juro que ya quiero acabar este e-mail. Pero es que había otro grupo de *drag queens* y gais «locas»

sentados en la parte derecha de las escaleras de la plaza. Estaban manifestándose, creo, para que hagan legal el matrimonio homosexual en el estado de Texas. O por lo menos eso es lo que yo entendía de sus carteles. Ojalá estuvieras aquí para ayudarme con el inglés. Me siento un poco sola. Supongo que serán los primeros días. Bueno, estoy deseando que llegues y caminemos juntas por las calles. Tengo tantas cosas que enseñarte. Tantas cosas que contarte. Y no, si estás pensando en si sigo colada por Lucca, no lo estoy. Ya me he olvidado de él, no le quiero en mi vida. No seas pesada. Venga, ¡ven, ya!

Te quiero,
Moli.

18.31 pm. Mensaje de texto. Paula Residencia:

Paula, soy Marina, la española. A qué hora quedaremos esta noche? Dormiremos en el Donut Pub?

3 de septiembre, 2008. Sent at: 18.38 am

From: moli_boom_boom@hotmail.es

To: f.carmona@ceresinternational.net

Buenas tardes, Frida,
Lo he pensado mejor y sí que puedo ir de sábado a domingo a los Hamptons.
Cuando puedas me das los detalles.
Muchísimas gracias,
Marina.

Los rincones de la ciudad me habían enamorado. Es fácil enamorarse de Manhattan, tiene algo. Las calles, las aceras, la decoración. Ciertamente era que echaba de menos la Gran Vía y el Retiro, incluso el parque del Oeste de Madrid. Pero estas calles me transmitían algo. Y yo, de alguna manera inexplicable, me moría por quedarme. Soñaba que iba a conseguir cualquier cosa que me propusiera, porque para eso era hija de mi padre. Un hombre callado y sensato que había conseguido todo lo que se había propuesto en la vida. La soledad me hacía sentir nostalgia. Y la maldita muela me tenía sin comer, me moría de hambre. Divisé a lo lejos una fábrica de chocolate. ¡Tenían *pizza* de Nutella! No pude evitar pedirme una porción. Mientras esperaba impaciente, observé la diversidad de bombones que exhibían en los mostradores, cada cual tenía mejor pinta. La boca se me hacía agua. ¡Qué rico! Y el maravilloso olor me dejó pasmada. Lo malo es que no pude terminarme la porción debido al dolor de muela. La hinchazón había aumentado y empezaba a asomar un moratón en la mejilla.

19.21. Paula Residencia:

Marina! Salimos de la resi a las ocho, ¿dónde estás güey? ¿Vienes? Dormiremos con los españoles David y Pepa, avísame si gustas!

19.22. Paula Residencia:

On my way!

On my way es una de las cosas que había aprendido aquellos días en la academia, significa «estoy de camino», qué orgullosa estaba de mi inglés. Salí corriendo y cogí un taxi, para eso

había trabajado con la estúpida de Frida. Todavía no me había contestado a lo del fin de semana. Me acordé de sus contactos de interés. Su frase me tenía en vilo. ¿A quién se referiría? Para cuando llegué a mi cuarto mi compañera de piso no estaba. Vaya, hombre, en realidad sí que empezaba a sentir curiosidad por saber quién dormitaba a mi lado. Podía ser simpática y, además, era doctora, igual podía echarle un vistazo a mi flemón. Empezaba a preocuparme un poco el asunto. Me cambié corriendo y me encontré en el descansillo con el resto de las chicas.

Esa noche de viernes fuimos a la discoteca 1OK. Justin Timberlake había comprado el local hacía unos años, siempre celebraba sus fiestas privadas en la sala. Las paredes estaban decoradas con letras de madera, insignia de la discoteca que Justin había abierto también en Las Vegas y los Hamptons. Como éramos todo chicas, entramos gratis en el club y nos pusieron una mesa privada con botellas en la zona VIP. Era exagerada la diferencia con la que trataban a las mujeres con respecto a los hombres en los clubs. Observé como un grupo de chicos habían tenido que pagar a los porteros un fajo de billetes de cien dólares a escondidas para entrar. A nosotras, sin embargo, nos trajeron la botella gratis a la zona VIP. Nos la sirvieron, acompañándola con un baile, un montón de modelos guapísimos que sujetaban bengalas y que llevaban la mitad del cuerpo al descubierto. Recuerdo cómo me intimidaba que fueran tan exageradamente guapos, rasgos noruegos, torsos rusos, ojos asiáticos, ¡era maravilloso! Desgraciadamente, del resto de la noche no me acuerdo.

Solo recuerdo que, para colmo de la diversión, ¡las gemelas Olsen estaban danzando, justo a nuestro lado, en aquella zona VIP!, junto a las mexicanas que bailaban alocadamente. Me costó al principio comprobar con mi nueva amiga Pepa que eran efectivamente ellas. Pero ¡sí! Después de acosarlas un rato, disimulando entre bailes y copas pudimos corroborar que ¡eran ellas! Y qué ilusión me hizo verlas y cómo las había admirado desde que era pequeña. Eran bastante bajitas y llevaban el pelo medio sucio en la cara. No sabría decir si era eso o es que se trataba de un estilismo y mucha gomina. Para colmo de mi suerte, Pepa estaba haciendo un máster de odontología en la NYU y me ofreció colarme en consulta el mismo lunes por la mañana. Me sentí la persona más afortunada del mundo. Y así, bailando a Rihanna y a las Pussycat Dolls, disfruté de mi primera noche neoyorquina. La que sería la primera de muchas otras. Volvimos a casa de los hermanos Jiménez y decidimos pedir un *delivery* de cualquier tipo de comida basura.

3 de septiembre, 2008. Open at: 04.39 am
From: f.carmona@ceresinternational.net
To: moli_boom_boom@hotmail.es

Great, Marina,

Por favor, coge el primer tren que sale hacia los Hamptons. Tienes que cogerlo en Penn Station a las nueve y diez am (Long Island Rail Road: LIRR) y bajarte en la parada Hamptons Bays. Allí te recogerá Mitch a las once y veinticinco. Por favor, no pierdas el tren, que los invitados empezarán a llegar mañana sábado a las doce y no quiero que los niños estén por medio.

Nos vemos pronto,
Frida.

Y preparé la alarma en mi nuevo Nokia a las siete y media de la mañana. Contactos de interés. Se me había olvidado la hinchazón. Solo pensaba en los contactos de interés, en los bailes que me había echado con las Olsen, en mi amiga Pepa, que casualmente era dentista, en que estaba viviendo en Manhattan. Y en lo exageradamente feliz que era. No imaginaba que las cosas cambiarían tan pronto y de forma tan radical...

V

IF YOU ARE GOING THROUGH HELL, KEEP GOING

Llegué a la residencia a las ocho y media de la mañana. En aquella época tenía la suerte de no tener nunca ni un ápice de resaca. Eso sí, tenía la cara deformada por el flemón. Me tomé un par de ibuprofenos para aliviar el dolor y me pegué una placentera ducha en aquel sucio y desastroso baño que compartía con otras cinco chicas desconocidas. Empecé a preparar la mochila para el fin de semana. Como iba de niñera, y estaba claro que los vaqueros cortos a Frida no le habían gustado, decidí ponerme una camiseta de rayas, mis Converse naranjas y unos vaqueros largos que también, para qué engañarnos, le había robado un par de días antes a Ariadna. Revisé la cartera para ver cuánto dinero me quedaba de los ciento veinte dólares que había ganado en casa de Frida. Parecía que aquella nefasta experiencia había sido hacía una eternidad. Qué de cosas pasaban en aquella ciudad en solo un par de días. Parecía que llevaba viviendo en Manhattan al menos tres semanas. Qué sensación tan extraña y satisfactoria al mismo tiempo.

Sorprendentemente, observé mientras contaba aquel fajo de billetes de un dólar, que solo me quedaban treinta y ocho dólares. Ni sabía en qué me había gastado el resto.

Terminé de asearme y vestirme. Busqué el sobre con el efectivo que me habían dado mis padres. Cogeré otros cuarenta dólares por si tengo que comprar algo más, pensé. Abrí el cajón de los jerséis. Palpé el sitio exacto donde el día anterior había escondido aquel sobre. Había estudiado mentalmente el escondite varias veces. No lo encontré. Aparté los jerséis bruscamente. Nada. El pánico se empezaba a apoderar de mi cuerpo mientras yo sacaba uno a uno todos los jerséis. Los sacudía muy alterada con la esperanza de que el sobre se hubiera podido colar en alguna de aquellas mangas. ¡Mierda, mierda, por favor, dime que no he perdido ese sobre! Es todo lo que tengo. Revolví los jerséis de nuevo, uno a uno, esta vez a punto de gritar. Frustración. Agobio. Chasco. Allí no había nada. No encontraba absolutamente nada. Revisé el resto de los cajones. Estaba histérica. Removía todo lo que encontraba por mi paso. Las camisetas, los pantalones, las bragas. Incluso repasé uno a uno, zapato a zapato, para asegurarme de que el sobre no hubiese caminado solo y se hubiera metido en alguna de las botas. Esas cosas que uno hace apoderado por el pánico. Fracaso. Extravío. Pérdida. Llanto. Empecé a llorar desesperadamente mientras sacaba de debajo de la cama la maleta para seguir buscando. ¡Maldita mi suerte! ¡Maldita mi suerte! Cuando cojones iba a empezar a salirme algo bien en esta maldita ciudad. ¡Mierda, mierda y más mierda! ¿Cómo le explico esto yo a mis padres? ¡Me habían repetido una y otra vez que tuviera cuidado con el dinero! Y yo me había cabreado una y otra vez por lo seguros que estaban de que podía perderlo. ¡No sirvo ni para guardar un sobre bien tres días! ¡Dos mil dólares! ¡Dos mil euros! ¿Cuánto era? ¡Qué más da! No me queda absolutamente nada hasta Navidad. ¿Qué voy a hacer? Me está castigando Dios, me está castigando por meterme con la *Jesus room* y con los discípulos. ¡Pero, por favor, Señor! Te prometo que me caen todos bien. Si hasta me sé sus nombres. Te juro que ya nunca más me meto con ellos. ¡Mira! ¡Marco, Juan, Judas, Mateo, Jacob, San Pablo, Benedicto! ¡Ay, mierda, ese no era! ¡Qué más da! ¡Lo siento, de verdad! ¡Por favor, devuélveme los dos mil euros! Si yo sé que son buenos chicos de verdad. ¡Los doce! ¡Si ya no me meto con ellos! ¡Que me caen fenomenal! Ay, Dios mío, qué voy a hacer sin ese dinero.

De repente, justo cuando estaba a punto de perder la cabeza por los nervios, de gritar, de cagarme en todo, una idea brillante atravesó mi cabeza, la doctora. Ha sido la maldita doctora

que me mandó callar el otro día durmiendo. ¿Quién iba a ser si no? Nadie más tiene llave. ¡Ha sido ella! Me acerqué decididamente a su estantería. ¡Ha sido ella! Empecé a rebuscar desordenadamente entre sus cosas. ¡Me lo has robado tú! ¡Me lo has robado, mala persona! ¡Traidora! Entre fotos, libros y carteras antiguas, encontré de repente una carpeta llena de papeles, sobres y cartas cochambrosas. Tiene que ser una de estas. No dudé más de dos segundos en abrirlo todo sin importarme un bledo lo que aquello contuviera. Esperaba con toda mi alma que estuviera en uno de esos sobres mi dinero. Esperanza. Nervios. Impulsos. Solo quería recuperar aquello que era mío. Pero tras abrir un montón de cartas mugrientas y llenas de faltas de ortografía, comencé a perder la esperanza. Ojeaba rápidamente aquellas hojas poseída por los nervios y la rabia. En un instante de claridad, reconocí algo. Reconocí esa letra, esa minúscula letra escrita con un pilot azul turquesa. Ese olor a pilot que tanto me gustaba y que tan bien se me daba reconocer. Instantáneamente, como si de un *déjà vu* se tratara, me vino un flash a la cabeza. ¡Era ella! La señora delgaducha de aspecto triste que estaba tomándose una galleta aquella noche en el Subway. Esa señora amargada que me gritó sin razón. Era ella, mi *roommate*. ¡Mi compañera de cuarto! Bueno, mi compañera de cubículo. Porque si a esto se le puede llamar de alguna manera, os aseguro que no sería cuarto. Me enfurecí mucho más aún de lo que ya estaba. Rabia. Arrebato. Cólera. Impotencia. Ya no me cabía la menor duda de que había sido ella quien me había robado. ¡Maldita amargada! ¡Cómo has podido hacerme esto! ¡Pues si quieres guerra, te aseguro que la vas a tener! No sabes con quién estás jugando. ¡A la Marina Hernández del barrio de Chamberí no la vacila nadie! ¿Me oyes? ¡Nadie!

Pensé en tirar todas sus cosas al suelo y deshacer su cama. Eso era todo lo rebelde y peligrosa que era la Moli del barrio de Chamberí. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de hacerlo, me fijé en uno de sus relojes. Eran ya las nueve menos cuarto. Como siguiera así, aparte de perder los dos mil dólares, iba a perder el tren. Y perder ese tren significaba perder la esperanza de conocer a todos esos contactos. Y tal como estaba mi estabilidad emocional, más valía que en aquella fiesta estuviera Bill Clinton con alguno de sus hijos millonarios, porque me iba a dar un infarto. Después de segundos de furia, pensamientos incoherentes y mucha frustración, me metí aquella carpeta de cartas en el bolso y salí corriendo hacia Penn Station. No sabía muy bien qué hacer con aquellas cartas, pero estaba claro que algún tipo de plan malévolo tendría que urdir para hacerle saber a la doctora que la había descubierto. Que sabía que era una ladrona y que tenía de rehenes a sus cartas. Y más le valía devolverme el dinero si algún día quería recuperarlas.

12 de enero, 2008

Estimado doctor Higgins:

Mi nombre es Silvana Rodríguez. Me reconocerá el nombre por la cantidad de voice mails que dejé en su celular personal del hospital en las semanas pasadas. Como bien sabe, llevo ya dos años trabajando en este centro con la única intención de salvar la vida de mi hijo. Estar lejos de mi familia está siendo la experiencia más espantosa que jamás imaginé. Me pongo en contacto con usted para solicitarle el gran favor de realizar una operación quirúrgica a mi hijo mayor de once años. Como ya sabe, le han diagnosticado una insuficiencia respiratoria grave que precisa la reparación de una válvula cardíaca. Esta delicada operación, como bien sabe, que se realiza a corazón abierto, debería llevarse a cabo lo más rápidamente posible, pues el deterioro de la salud de mi hijo se hace palpable día a día.

Me dirijo a usted como director de este prestigioso hospital, para pedirle que acelere los trámites de la operación, pues ya he reunido el dinero para el traslado de mi hijo a NY y la mitad del presupuesto total de la intervención. El resto, le solicito que me sea sustraído mes a

mes de la nómina que cobro en este hospital.

Le aseguro, doctor Higgins, que, si la operación no fuese tan urgente, no le habría molestado, pero la vida de mi hijo corre peligro.

Quedo a la espera de su contestación con mi eterno agradecimiento por adelantado.

Saludos,

Silvana.

** * **

23 de febrero, 2008

Estimado doctor Higgins:

Le escribo a la desesperada pues acabo de hablar con mi madre en Ecuador y James respira cada vez con mayor dificultad.

Necesito que acepte mi propuesta de costear la operación de mi hijo contra el adelantado de mis honorarios. Yo no necesito ese dinero para vivir, pero para la vida de mi hijo es imprescindible.

Usted bien sabe que la intervención para instalarle la válvula cardiaca solo se lleva a cabo con garantías en este su hospital. Y por eso me dirijo de nuevo a usted para que acelere todo el proceso, pues ya he reunido el dinero para el pasaje y la semana que viene James puede llegar a NY. Ya he hablado con el resto del equipo médico: el anestesista, el cirujano, el terapeuta respiratorio, las enfermeras, todos me han dicho que, si usted lo hace, ellos solo necesitan saber el día y la hora de la intervención.

La vida de mi hijo se apaga, doctor Higgins, y nosotros, como médicos, debemos intentar salvarla a toda costa. Yo, desde luego, haré todo lo posible para conseguirlo. Aunque tenga que trabajar sin sueldo muchos años.

En una semana, el destino de James puede cambiar. Y usted es el que tiene en su mano la llave de su vida. Ayúdeme, doctor, y no se arrepentirá.

Quedo a su disposición,

Silvana.

Estimado doctor Higgins...

Estimado doctor Higgins...

Estimado doctor Higgins...

21 de abril, 2008

Estimada señora Rodríguez:

He leído varias de sus cartas y siento mucho la grave dolencia que sufre su hijo. Como bien sabe, en este hospital trabajamos cerca de dos mil personas y cada uno tiene sus problemas y necesidades. Si nos dedicásemos a solucionar las dificultades de los trabajadores, no podríamos atender convenientemente al resto de los pacientes que acuden a este centro, referente médico de calidad hospitalaria en la ciudad de NY.

Cuando disponga del dinero presupuestado para la operación, no dude en avisarme y yo

misma dispondré una fecha para atender lo más rápidamente a su hijo.

*Un saludo,
Doctor Higgins.
Director médico
NY General Hospital*

*Estimado doctor Higgins...
... dinero presupuestado...
... incumplir la política del centro...
... la vida de mi hijo...
... no admitimos excepciones en este centro...
... se apaga...
... se muere...
... no respira...*

Next station, Hamptons Bays. Please stand clear of the closing doors.

Aún recuerdo lo desubicada que me sentí en aquel tren leyendo todas esas cartas. Muchas de las frases aún las recuerdo al dedillo, me vienen de vez en cuando a la cabeza a pesar de los años que han pasado desde entonces. Fue más bien la sensación que se tiene cuando se empieza a abandonar la maravillosa etapa de la juventud. Pasas de subir, esa sensación de subir, sin límites, sin preocupaciones, sin desvelos, a estamparte de bruces con una realidad que nunca antes habías visto, pero que, sin embargo, te rodeaba.

Al bajar en la estación me encontré con Mitch, sonriente, sujetando a Nico que salió corriendo en cuanto me divisó a lo lejos para darme un apasionado abrazo. Travieso, simpático, tan tierno como el primer día. Gaba, sin embargo, estaba entretenida vistiendo a una de sus muñecas. Le habían regalado una Barbie nueva. La Barbie *snowboard*. Y eso impedía que desviara la atención de la tarea de ajustarle las botas y las gafas de nieve a su nueva amiga sobre todas las cosas. Nos subimos a un gigantesco cuatro por cuatro y condujimos despacito por ese maravilloso pueblo que tenía mucho encanto. El escenario me recordaba mucho a la serie *Mujeres desesperadas*. Casitas blancas, bajitas, preciosas, separadas por jardines impecables y praderas verdes. Buzones de distintos colores, decorados con números pintados a mano acompañados con la decoración de las verjas. Ruidos de niños, algunas tienditas de ensueño, carteles con indicaciones «a la playa» y, por supuesto, un par de Starbucks y de Dunkin Donuts con el típico «*Drive Trough*» de camino a casa.

Tardamos en llegar unos quince minutos desde la estación. Nada más entrar en el gigantesco parking reconocí, entre algunos de los coches aparcados, un Vanquish negro descapotable. No es que tenga mucha idea de coches, de hecho no sé absolutamente nada, pero mi hermano Miguel colecciona maquetas desde que era pequeño y alguna que otra vez me ha contado que este era uno de sus coches más soñados, el no sé qué Martin. Nos bajamos del vehículo y entramos en la imponente mansión. La vista desde el porche era impresionante, mirando hacia atrás se veía un lago repleto de patos y cisnes blancos. A lo lejos se divisaba una pradera considerable, plagada de niños jugando al *frisbee* y al béisbol. Gaba y Nico cruzaron corriendo el salón de la entrada hacia otro ventanal que daba a una terraza. Detrás del fabuloso balcón se encontraba otro jardín donde, en lugar de un lago, había una piscina olímpica del mismo tamaño que la del Canal de Isabel II de Madrid. Allí se podían escuchar gritos de muchos más niños. Yo me quedé parada en

la entrada, era inevitable observar las maravillosas prendas que llevaban todas aquellas señoras que charlaban distendidas en los sofás claros del soberbio salón.

El primer grupo que vi, a la derecha del salón, sentadas contra el vainilla del terciopelo, llevaban una especie de uniforme, vestidos coloridos con estampados florales que combinaban con tacones de punta en tonos pastel. Beige, rosa palo, verde pistacho y azul cielo destacaban entre labios pintados de rojo carmesí. A la izquierda, justo enfrente de una mesa redonda que parecía de cristal de Murano, divisé a una pareja de unos sesenta años. Tenían una pinta entrañable. Eran elegantes, refinados, muy a tono con el ambiente delicado que se respiraba en aquella sala. Estaban abrazados, ella apoyaba su cabeza en el hombro de aquel señor de pelo blanco que a su vez se ayudaba de un bastón. Observaban y comentaban algunos de los cuadros dispuestos en la pared izquierda de la sala. Ella, cómo no, llevaba las primeras zapatillas de deporte que acababa de lanzar Prada para su colección *sport*. Él, en cambio, iba vestido con un impecable traje gris clarito con corbata. La verdad es que no acompañaba mucho a la vestimenta de la mujer. Me recordaban un poco a mis padres. Cuando mi madre va hiperperipuesta a misa los domingos y mi pobre padre se lleva la regañina por acompañarla en zapatillas y un sencillo y discreto polo azul. En el fondo sé que a mi madre le encanta cómo le sienta ese polo. Le riñe porque le gusta criticarle, es su manera de demostrar que le quiere y que se preocupa por él. Y él, qué decir de él, se deja porque la quiere muchísimo.

Como nadie me prestaba atención y yo me sentía invisible ante todo lo que me rodeaba, continué caminando por aquella casa. En uno de los pasillos largos que salían de cada uno de los extremos del salón, divisé a otro grupo de mujeres muy maquilladas, estaban todas contemplando una estatua exuberante, algo barroca. Estoy segura de que era de algún artista importante. Mi hermano me había cotilleado que Frida y su marido eran coleccionistas de arte. En esa misma estancia había un precioso piano de cola blanco. Y me atrevería a decir que ese sofá clásico y gigantesco era un Chester Moon de Baxter, uno de los sofás más famosos de las publicaciones de *Vogue*. La verdad es que, si no lo era, la imitación estaba muy lograda. Pero bueno, qué narices, no creo que Frida sepa siquiera qué es una imitación.

Algunas de las camareras iban vestidas con cofias azul clarito, pasaban bandejas con exquisitos aperitivos para regresar raudas a la cocina. La mayoría de las chicas eran latinas. Decidí dirigirme hacia la zona de servicio y preguntar a cualquiera de todas ellas dónde se encontraba Frida. En uno de los percheros de la entrada a la cocina había un Birkin de Hermès en piel de cocodrilo rosa. ¡Wow, lo que me faltaba! Se me puso la piel de gallina. Eran incontables las veces que había soñado inscribirme en la lista de espera de la tienda Hermès, en la Quinta Avenida, para conseguir ese mismo bolso. Aunque bueno, cocodrilo rosa era una americanada. Yo soñaba con el de piel de avestruz.

En otro de los sofás vi que también había un Speedy de Louis Vuitton. A decir verdad, el que Lolita se acababa de comprar en el mercadillo de Majadahonda era exactamente como este, intuyendo, por supuesto, que este sería *the real thing*.

—Buenos días, señorita, ¿le apetece una palmera de anchoa con salsa de pistacho?

—No, gracias, estoy buscando a Frida. Soy Marina, la nueva niñera.

—Sí, la señora Frida está fuera. Pero es mejor que no la interrumpa. Diríjase al jardín y pregunte por Andrena, es la otra niñera de hoy.

—Gracias. Sí que tomaré una.

Mordí la minipalmerita desesperada por el hambre y la resaca. Y no pude evitar lanzar mi bolsa al suelo del dolor que me produjo el roce de la comida con la muela. Corrí desesperadamente por el pasillo y llegué en un instante a la inmensa isla de la cocina. Encontré a

varias camareras preparando bandejas de diferentes canapés. Como siempre, nadie se giró siquiera, nadie se inmutó y nadie prestó atención a mi entrada triunfal: parecía que venía de ganar la carrera de cien metros lisos. Así que agarré con decisión la primera copa de vino que encontré y me serví agua templada del grifo. Cuando me limpié la boca de los restos, empecé a sentir un pelín de alivio. Lo cierto es tenía palpitaciones en el oído.

De repente escuché una voz ruda de hombre que preguntaba algo al otro lado de la cocina y que me resultaba muy familiar. Me giré delicadamente y me quedé pasmada al ver que tenía delante de mí literalmente a Lobezno, pero sin los cuchillos en las manos. Pero la misma mirada, el mismo pelo y esos brazos gigantescos, con las venas muy marcadas. Lobezno. Me quedé paralizada mirándolo hacia arriba porque, obviamente, aquel hombre me sacaba tres cabezas. Ágilmente me empezaron a venir a la mente todas las imágenes de aquella película tan cursilona que había visto con Lolita hacía muy poco. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! *Australia*, con Nicole Kidman... ¡Dios mío, Hugh Jackman en persona! Me miró muy sonriente y me dijo algo en inglés, que por supuesto no entendí. Contesté un patético «Yes» y observé como se dirigía a otra de las camareras latinas. ¡Muy bien, Marina! Como siempre mostrándonos tu habitual torpeza para desenvolverte en este tipo de situaciones. ¡Qué más daba! ¡Estaba con Hugh Jackman! La afortunada camarera le sacó una botella de agua con gas de la nevera. Ninguna de ellas se inmutaba, él siguió sonriendo amablemente y después abandonó la cocina. Yo miré atónita al resto de las señoras de servicio. No pude resistirme. Me dirigí a dos de ellas que estaban cortando fruta para una ensalada.

—Pero una cosa, ¿sabéis quién es este señor? —les pregunté emocionada.

—Sí, es el padre de Óscar. Uno de los mejores amigos de Gaba del cole. Viven aquí al ladito. Son vecinos de la señora Frida.

—Ya, ya, pero, aparte de ser el vecino, ¿es Hugh Jackman, verdad?

—¿Quién dices, linda? —me contestó una de las señoras mayores al darse cuenta de que el resto me ignoraba.

—El actor, digo. ¡Que este señor es un actor famoso! ¡Muy famoso, de hecho!

—¿Asimismo? Ándale, amiga, no sabía. Pero sí, no te extrañe, aquí siempre viene mucha gente famosa. El señor Mitch es famoso también, amiga —me contestó otra de las camareras que debía de pesar literalmente ciento cincuenta y seis kilos.

Me giré hacia el otro lado de la cocina, exaltada, no me podía creer que estuviera en una fiesta con Hugh Jackman. Intenté tranquilizarme y decidí salir a tomar el aire a una terraza fabulosa que estaba decorada con hamacas cubiertas de cojines dorados y blancos. Justo debajo, se encontraba el porche del jardín. Contemplé, con mi copa de agua templada, ese escenario que no sabría muy bien decir si era horterero o elegante. Tenía ese punto exagerado que a mi madre le ha puesto de siempre muy nerviosa. Yo no podía dejar de observarlo todo: niños correteando en el césped con las niñeras de color persiguiéndoles, padres muy bien vestidos sosteniendo copas de vino, riendo a carcajadas. Una barra perfectamente decorada con mil tipos de flores, dos guapos cocteleros preparando margaritas. Algunas mujeres sujetando paraguas de tela para protegerse del sol. Y, en definitiva, una ristra de invitados vestidos en tonos pastel y excesivamente perfumados. Podía oler desde allí arriba el exceso de aroma a vainilla que me recordaba a Piluca, nuestra vecina del sexto que siempre pierde su ropa en nuestras cuerdas de tender. Aquí en América nadie tiende en cuerdas. Qué triste, me gustan las cuerdas de tender. Me parecen muy auténticas, me hacen sentir en casa. Me pregunté si las secadoras industriales estropearían toda la ropa tan cara que llevaba esta gente. Me pregunté si debajo de alguno de esos paraguas para el sol estaría Anna Wintour o Gisele Bündchen. Creo que me moriría del infarto. Todo parecía

posible en aquella fiesta.

Podía haber seguido mirando aquel panorama, manteniéndome invisible para el resto de la fiesta durante horas. Pero decidí bajar al jardín. Necesitaba buscar a Frida y preguntarle qué quería que hiciera. Antes de llegar al ascensor, en uno de los espejos del pasillo, intenté retocarme la desastrosa trenza que me había hecho minutos antes de bajarme del tren. Mientras observaba la hinchazón del carrillo que estaba cada vez más morado, divisé a lo lejos a una mujer que sostenía a un bebé. No pude evitar fijarme en el niño. Tenía unos grandísimos ojos azules y estaba sujeto a una de las sillas intentando sostenerse para caminar. Era realmente monísimo, y eso que yo nunca he sido especialmente niñera. Ella estaba agachada sujetando una de sus manitas, y cuando se levantó, para mi sorpresa, vi que llevaba unas Converse negras sucias y gastadas. Me pregunté si se habría equivocado de fiesta viniendo así vestida. ¿O «*maybe*» sería una niñera también? Aunque no creo que lo fuera. No es por ser racista ni nada, pero todas las niñeras que había visto por el momento eran latinas o afroamericanas. Todas menos yo, que aparte de ser rubia y con aspecto de molinera, era más blanca que la pared. Qué aspecto más espantoso tenía en aquel momento. Por lo menos también llevaba unas Converse como aquella mujer de aspecto amable. Se levantó, sujetando al bebé en sus brazos, y caminó directa hacia mí muy sonriente.

—*Hi, who are you?* —Siguió sonriendo afectuosa.

—*Mmmm, my name is Moli, Frida's babysitter.*

—*Oh, you mean, Marina?*

—*Oh, yes. In Spain, people call me Moli.*

—*Oh! Cute! Hi, Moli! My name is Mallory and this...* —Sostuvo al bebé como pudo porque el pequeño estaba intentando alzar sus brazos hacia mí—. *This is Sam. He is eight months.*

Dejé la copa de agua en una repisa de marfil blanco y alcé los brazos hacia el bebé. Mallory me sonrió y me lo pasó al instante. Me quedé mirando al pequeño a los ojos. Él me miraba también y me sonreía. Era realmente precioso y en aquel ambiente tan insólito y extraño me daba mucha tranquilidad. Yo no creo mucho en las energías, pero mi hermana Ariadna, que está un poco chalada, practica la cosa esa, «el reiki». Alguna vez me ha comentado que cuando te sientes incómoda en situaciones como esta, es debido a las energías. También dice que cuando una persona va a estar mucho tiempo en tu vida, lo sabes desde el primer contacto carnal. Que se nota en la energía. Si es positiva, te da felicidad y un cosquilleo en el estómago. De repente, el bebé me tocó la cara con sus pequeñas manos calentitas. Fue un movimiento brusco porque estaba riendo a carcajadas, feliz, golpeándome en la mejilla sin querer. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no soltar al pequeño y dejarlo caer de bruces al suelo. Cerré los ojos muy fuerte y me acerqué a uno de los sofás, donde posé al pequeño mientras los ojos se humedecían por el pinchazo. Parece que, efectivamente, había sentido el cosquilleo del reiki en la tripa, pero, la verdad, era mucho más desagradable de lo que me imaginaba. Con las manos protegiéndome la cara, cerré los ojos otra vez mientras esperaba a que se me pasara.

—*Oh, my God! Are you ok?* —me preguntó Mallory que parecía preocupada. Intenté contestar, pero no podía apartar las manos. Me moría de dolor. Y créeme que no soy una persona exagerada con el dolor. Pero era imposible, me había traspasado la mejilla hasta lo más profundo del tímpano, pensaba que me iba a estallar. Mallory soltó a Sam en el suelo y se acercó preocupada.

—*What's wrong? What happened?*

—*My teeth, my tooth... My... I don't know. It hurts, hurts. Dolor. Duolor.* —¡Narices! Venga, Marina, concéntrate. ¿Cómo se dice que me estoy muriendo en inglés?—. *I am dying, I am*

dying. —¡Ay, madre, estoy entrando en barrena!

—*Come here, lady...*

No supe muy bien si aquel día Mallory entendió lo más mínimo de nuestra conversación. Resultó que «*Doloring*» pronunciado «*duoloring*» no significaba que me dolía mucho. ¡Yo qué sabía, la verdad! Estaba hasta las narices de mi mala suerte. Solo quería que se me pasara aquel dolor. Y bueno, ya que estábamos en modo «pedir», si pudiera recuperar el sobre con los dos mil dólares, pues mejor que mejor. El caso es que Mallory me pidió que sostuviera a aquel niño. Se acercó a su bolso, que por cierto era de la nueva colección de Marc Jacobs para Dior. Se fue a la cocina y me trajo una pastilla efervescente que se disolvía en aquella copa de vino todavía apoyada en el mueble de marfil. Sam me abrazó delicadamente, apoyando su cabecita en mi hombro. No podía ser más ideal. Me miraba con esos ojos azules, grandes y observadores, y volvía a apoyarse sobre mí, con la cara bien pegadita, mientras yo me moría de dolor. Cuando la pastilla efervescente se esfumó como la espuma, Mallory me obligó a beberme todo el líquido y se sentó a mi lado en el sofá.

—*How old are you, Marina?*

Intenté hablar sin mover mucho los labios debido al dolor.

—*I am almost twenty one.*

—*Nice. Are you from Barcelona as well?* —Me hablaba muy despacito, asegurándose de que la entendiera.

—*No, no, Madrid. I am from Madrid.*

—*Nice. I have been to Barcelona. It is beautiful! Are you feeling better?*

En ese momento entró nuestra maravillosa Frida en escena. Llevaba un vestido verde pistacho por las rodillas y unos tacones bastante altos. También llevaba una pamelita gigantesca con un lazo beige con puntos verdes, a juego con el vestido. Me abrazó muy efusivamente como si nos conociéramos de toda la vida.

—Pero, Marina, ¡qué alegría verte! Muchísimas gracias por venir. Esta es Mallory Mayer, mi mejor amiga de Nueva York. *Mallory, this is Marina, my new babysitter. Isn't she cute or what?*

—Y soltó una carcajada que sonó tan forzada como aguda. En cuanto la vi aparecer, inevitablemente recordé la escena de los gritos del último día. No me daba buena espina hablar con ella y ese efusivo recibimiento me había parecido un tanto sospechoso. Ella le hizo una carantoña muy molesta a Sam y continuó hablando:

—Marina, Mallory Mayer es la diseñadora jefe del departamento de niños de Gap. Ven conmigo, que te voy a presentar a otros contactos de interés.

¡Vaya! ¡Por fin! Los malditos contactos de interés. Me agarró del brazo fuertemente, le dijo algo más a Mallory en inglés, que no entendí, y comenzamos a caminar por el jardín. Frida iba clavando sus tacones en el césped de manera bastante patosa y ridícula. Creo que estaba un poco borrachilla por lo alterada que se movía. Me iba presentando de grupo en grupo, hablando en inglés; por supuesto, yo seguía sin entender. Bueno, sí, entendía algunas sandeces. Como, por ejemplo, ese repetitivo e irritante: «*Oh, my God! This is my new nanny, isn't she cute or what?*». Aunque le hubiera quitado de un puñetazo aquella pamelita espantosa, me limité a sonreír y a saludar. Además, así evitaba abrir la boca que todavía tenía dolorida por el desafortunado manotazo de Sam. De repente, llegamos a un grupo con el que Frida empezó a hablar por fin en español.

—¡Mercedes, qué alegría verte! Me encanta que hayas sacado un hueco de tu apretada agenda para venir. —Se rio irónicamente—. Mira, esta es *my new and super cute nanny*, se llama Marina, es de Madrid, como tú.

—Hola, Marina, encantada, ¿de qué parte de Madrid eres?

—De Chamberí, vivo justo enfrente de Islas... —Frida nos interrumpió.

—Pero bueno, Mercedes, ¿a qué esperas a presentarme a tu novio? *Finally you've got a boyfriend! Oh, my God!! I am gonna die!!!* Pronto ya podrás hasta tener niños. A ver si empiezan a gustarte... —Y soltó otra vez esa nerviosa e irritante carcajada que puso los pelos de punta a su amiga. Mercedes respiró profundo. Soltó el aire fuertemente por los orificios nasales y se dirigió hacia mí con un tono que denotaba resignación.

—Perdona la interrupción, Marina, Fri-fri a veces es bastante inoportuna. ¿Decías? —Noté el choque de miradas con la anfitriona.

—Sí, perdona, vivo en Islas Filipinas. —Por favor, dime que el mote de Frida no es real. Fri-fri, la llaman Fri-fri, la impecable y elegante Fri-fri. Y el dolor de muela se suavizó al instante. Me entraron unas ganas espantosas de reír. No le podía venir más a pelo. Fri-fri. Carcajada interior otra vez.

—¡No hace falta que digas perdona, Marina! ¡Y no me digas! ¡Qué casualidad! Mis padres tienen una casa justo enfrente de La Habana, ¿conoces la cafetería?

—Claro, es un clásico del barrio, mis padres siempre van allí.

—Los míos también. —Me sonrió amablemente. Parecía muy simpática. Mallory y Mercedes, dos personas amables en la misma fiesta de Fri-fri. Sospechoso, algo tenía que estar a punto de salir mal, esto no era normal.

—Bueno, Marina, cuéntame, ¿qué haces en Nueva York? A parte de ser la *super cute* niñera de Fri-fri. —Me guiñó un ojo con una medio sonrisa burlesca. Obviamente se dio cuenta de que me había encantado conocer su apelativo. Frida, en cambio, no se percató del momento de complicidad. Estaba muy poco interesada en nuestra conversación, la observé mirando de arriba abajo a otro grupo de mujeres que supongo que serían sus siguientes víctimas.

—Pues he venido a estudiar inglés cuatro meses y voy a hacer un curso de moda en Parsons, The New School.

—Interesante.

Fri-fri nos interrumpió otra vez.

—Marina, Mercedes es la directora creativa de Tory Burch Accessories. ¿Conoces Tory, verdad? Es una de las marcas de zapatos más importantes de América. Mercedes, ¿por qué no haces una entrevista a Marina la semana que viene? Es estudiante de moda y tiene mucho potencial. Podría ser tu perfecta «intern». —Me guiñó un ojo con total hipocresía. Nunca había sido «víctima» de tanto guiño fingido. Estaba totalmente desubicada, no sabía quién me quería ayudar realmente y a quién le importaba una mierda en ese ambiente tan engañoso y poco afín.

—Bueno, Marina, nosotros no entrevistamos a nadie a mitad de temporada. Pero si te hace ilusión, y solo si tu inglés es realmente bueno para una entrevista, puedo verte el lunes que viene en mi despacho con Kevin, el subdirector. A las diez de la mañana. ¿Puedes?

Justo cuando creía que me iba a dar un ataque al corazón, Frida nos volvió a interrumpir:

—Ay, lo siento, chicas, tengo que dejaros. —Se esfumó entre sus invitados mientras Mercedes la seguía con la mirada con un gesto de desaprobación que acompañó negando con la cabeza. Volvió a suspirar y me miró con firmeza.

—Mira, Marina, este es Brad, es un compañero de trabajo. No es mi novio, de hecho es absolutamente gay. —Sonrieron ambos levemente—. Pero tú no se lo digas a Fri-fri. Ella está encantada de pensar que tengo un hombre en mi vida. En fin, ¿qué te voy a decir? Si eres su niñera, la conocerás más e incluso mejor que todos nosotros. ¿Y qué era lo que me decías?

—Decía que me encantaría asistir a la entrevista. Y que mejoraré mi inglés en lo que pueda. —

Y sonreí también.

—Perfecto, te doy mi tarjeta.

TORY BURCH

Mercedes Trobador Castillo

Senior Accesories Designer

231W 39th Street 4th Floor. New York 10018

Me quedé observando la tarjeta. Paralizada. La directora de Tory Burch acababa de concederme una entrevista, en Nueva York. En ese momento les interrumpió otra pareja y volví a transformarme en una sombra invisible para todos. Mejor, porque estaba a punto de que me diera un ataque al corazón. Necesitaba llorar. Necesitaba llamar a mi madre, a Lolita y a mi hermana. Y me daba igual la hora que fuera. Tenía una entrevista en Tory Burch. La oportunidad de que mis sueños se hicieran realidad. Poder vivir en Manhattan. Caminé hasta uno de los lujosos lavabos. Me aseguré de que nadie me viese entrar. Cerré la puerta de golpe apoyándome con las manos y la espalda. Cerré los ojos. Los abrí de nuevo y observé otra vez la tarjeta de Tory Burch. Mucho más minimalista que la de Paula, por cierto. Aún recuerdo con ternura lo extremadamente feliz que fui en aquel momento. En aquel baño, rodeada de velas y toallas bordadas con las iniciales de Fri-fri.

Me deslicé hasta quedarme sentada en el suelo. Recuerdo la sensación del frío en las nalgas. Cómo sujeté fuertemente aquella tarjeta contra mi pecho, con mis manos aún sudorosas de los nervios. Estaba segura de que todo aquello era una señal del destino. Que todo pasaba por algo. Y que, por alguna razón estelar, inexplicable, yo me iba a quedar en Manhattan. Iba a conseguir cumplir mis sueños y llegaría a ser una empresaria en Nueva York. Se me pusieron los pelos de punta. Estaba tan emocionada, tan inquieta, tan vulnerable. Nada me parecía real. Era todo surrealista, descabellado, inconexo. Lo veía todo de una manera nueva, conmovedora y teatral. Como si me encontrara en una burbuja borrosa, afectada por la resaca y por el efecto de aquel gigantesco ibuprofeno efervescente. Nada podía ser más maravilloso que todo aquello que estaba viviendo. Y en aquel baño, sentada en el suelo, fui inmensamente feliz.

Me enjuagué la boca como pude con agua templada y salí otra vez a aquel escenario tan teatral. La tarde transcurrió un poco más sosegada que la mañana. Como el cielo se cubrió de nubes y parecía que iba a llover, trasladaron la fiesta al interior de la casa y mandaron a todos los niños a la sala de juegos del piso de abajo. Aquel cuarto era impresionante, tenía hasta un minicastillo hinchable donde estuve toda la tarde saltando con *baby* Sam. Era casi el triple de grande que la sala de juegos de la casa de Fri-fri del Upper East Side. No podía evitar acordarme del mote de Frida y reírme a carcajadas por dentro. De verdad que le venía a pelo, y cada vez que aparecía borracha titubeando subida a sus tacones con esa ridícula pamelita, me entraba un ataque de risa interior y asomaba un esbozo de sonrisa malévola a mis labios. Mallory venía de vez en cuando preocupada a examinar la evolución de mi muela. Con aquella pastilla se me había bajado un poco el flemón. Aun así, parecía todavía una de esas muñecas de porcelana de carrillos sobredimensionados. Mi aspecto era realmente penoso. A Frida, por supuesto, no le importaba. Sin embargo, su mejor amiga Mallory se preocupaba mucho por nosotras y una de las veces que entró en la sala para asegurarse de que estábamos bien, nos trajo una bandeja con un remix de bebidas y canapés. Me sorprendía que fuera la única madre de todas que viniera de vez en cuando a la sala de juegos a ocuparse de los niños. Aunque bueno, yo tampoco me hubiera preocupado mucho, éramos catorce niñas para veintiún niños.

Sobre las ocho de la noche, los invitados comenzaron a irse. Mallory y Sam se despidieron

muy cariñosamente y aquella mujer que me había cuidado toda la tarde me dio una tableta entera de pastillas para el dolor. «*I hope to see you soon*», me dijo al despedirse. Y yo también deseaba volver a verla, lo que no sabía es que ella se convertiría en una parte tan importante de mi vida. Y que aquel niño sería mi niño, mi Sam. Me despedí de aquel bebé con dulzura, sin saber que algún día lo querría casi más que a mis propios hermanos. A los pocos segundos Fri-fri volvió a entrar en escena, me llevó hacia uno de los cuartos de invitados y, después de leer unos cuantos libros a Gaba y Nico, me quedé absolutamente dormida. Hacía tiempo que no estaba tan agotada. Lo único que pude hacer justo antes de cerrar los ojos fue mandarle un mensaje a mi amiga Pepa:

¡Pepa, soy Marina! ¡Qué bien me lo pasé anoche! ¡Mil gracias por acogernos en tu casa! Oye, por fa, ¿crees que me podrían ver en tu universidad mañana? No sabes cómo me duele la muela. Estoy pasándolo realmente mal. ¡Te lo agradecería muchísimo!

No me podía creer que hubiera perdido los dos mil malditos dólares. ¿Con qué iba a pagar el tren de vuelta a Manhattan? Aunque bueno, había escuchado a una de las niñeras latinas aquella tarde decir que le habían subido el salario y que por el fin de semana en los Hamptons le pagaban seiscientos dólares + *tips*. No sabía cuánto me darían a mí, pero, vamos, fuera lo que fuese, sería bienvenido. Y me quedé dormida profundamente, soñando con la esperada entrevista. Y de vez en cuando, entre sueños, aparecían esos preciosos ojos azules. Los de aquel niño llamado Sam.

VI

EVERYTHING HAPPENS FOR A REASON

Me desperté en aquella fabulosa cama de un sueño tan profundo que ni siquiera era capaz de recordar. Hacía tiempo que no dormía tantas horas seguidas. Miré el reloj, eran las nueve cincuenta de la mañana. Había dormido unas once o doce horas del tirón. Con la cara aún adormilada, rocé con la lengua el flemón para ver cómo evolucionaba el dolor. Desgraciadamente, estaba casi peor que ayer. Sin dudarlo ni un segundo, me tomé otra de aquellas pastillas que Mallory me había proporcionado. Me moría de hambre, llevaba sin comer nada desde aquella espantosa palmerita que me dejó KO. Después de ducharme en una revitalizante sauna que tenía mil chorros y diferentes posibilidades de masaje, salí embutida en los vaqueros nuevos que me había traído en la mochila. Combinaban a la perfección con la camiseta de rayas que me había regalado Lolita por mi cumpleaños. Me encantaban las camisetas de rayas. Creo que tenía en total como diez. Salí tranquilamente de mi cuarto haciendo el recuento mental de cuántas camisetas eran: tenía la roja, la azul marino de manga corta, la de mangas tres cuartos, la de rayas más anchas, la de las finitas... De repente observé que Fri-fri estaba al final de pasillo, en aquella misma planta baja. Sonreí interiormente recordando su ridículo mote, no la podía describir mejor. Era perfecto. Estaba tumbada en un sofá blanco precioso, con una bata de seda japonesa, leía una revista de decoración. Me fui acercando tímidamente por el impecable pasillo rodeada de cuadros. No se escuchaba nada, me pregunté dónde estarían Gaba y Nico. Me pregunté cómo podía estar todo tan reluciente después de la fiesta. Eran solo las diez de la mañana.

—Buenos días, Frida.

—Buenos días, Marina —me contestó sin levantar la mirada, clavada en aquella revista.

Me quedé un poco parada, pensando qué decir.

—¿Bueno, qué tal la fiesta ayer? —Me senté amigablemente en uno de los pufs de enfrente—. ¿Dónde están Gaba y Nico?

De repente se quitó las gafas bruscamente, suspiró, golpeó la revista contra su rodilla, como si acabara de decir algo malo. Tenía las fosas nasales hinchadas, exactamente igual que aquel día que no recogí los dichosos *chicken nuggets*.

—¿Te gusta dormir, Marina? —me preguntó. No me dio tiempo a contestar, como de costumbre—. No sé a qué estás acostumbrada en tu país, Marina. Pero aquí, cuando trabajas, tienes que cumplir unos horarios. Nico y Gaba tenían *lacrosse* a las ocho y media de la mañana. *Obviously*, como puedes imaginarte, ya se han ido. Les ha tenido que llevar Mitch porque tú estabas plácidamente dormida. ¡Enhorabuena, hija mía! Cualquiera diría que te estamos pagando. —Volvió a sujetar la revista con las dos manos y fingió seguir leyendo con sus gafas.

—Lo siento, Frida. Nadie me dijo ayer que tenía que despertarme a las ocho. Si me lo hubieras dicho, *obviously*, me hubiera despertado. Y estaba agotada por la fiesta. Yo, ¿qué quieres que te diga? Pues lo siento.

—¡Bueno, esto ya es el colmo! Encima nos ha salido contestona. —Se reincorporó aún más enfadada de lo que aparentemente ya estaba. En uno de sus bruscos movimientos en aquel sofá, pude percatarme de que tenía un moratón considerable en la cara interna de un muslo. Se sentó en el sofá mirándome con exasperación—. ¿Cansancio de la fiesta, Marina? ¿Pero se puede saber qué hiciste?

—Bueno, Frida, pues estuve cuidando de Sam.

—¡Efectivamente, Marina! ¿Es Sam hijo mío? Contesta. ¿Es mi hijo?

Intenté pensar un poco en la respuesta. No sabía muy bien si tenía trampa. Sam era el hijo de su mejor amiga. Intenté controlar mis ganas de mandarla a tomar por saco. Pero antes de que pudiera abrir la boca se volvió a tumbar en el sofá y cambió instantáneamente el tono histérico que estaba empleando por uno totalmente pausado.

—*It's ok, Marina, you know what? I am not even mad.* Haznos el *laundry* y vete a tu casa. Ya no te necesito. Muchas gracias por tu ayuda.

Me retiré a mi cuarto deseando estar sola para poder pegar un puñetazo a cualquier pared. Esta mujer estaba verdaderamente mal de la cabeza. Y por cierto, mi país, resulta que es su país también. ¿Cómo se podía ser así de imbécil siendo española? Y a todo esto, ¿adónde narices quería que me fuera? Si no tenía ni un dólar suelto, no podía llegar a la estación sin coche y encima me habían robado todo mi dinero. Cuando salí del lavabo, me encontré a una de las chicas de la limpieza que seguía llevando el uniforme con cofia del día anterior. Estaba sacudiendo mis almohadas y ventilando el cuarto. Me miró sonriente. Supongo que sí, era una chica de lagrimilla fácil. Pero es que estaba tan agobiada. Tan cansada. Me sentía tan sola en aquella ciudad.

—Lo siento, yo... solo quiero irme de aquí. —Comencé a recoger mis cosas.

—Tranquila, linda, ¿qué pasó? ¿Estás bien? ¿Quieres que te deje sola?

—No, no. Es solo que... —Llanto otra vez.

—¿Le habló mal la señora Frida, verdad? ¡Ay! No te preocupes, niña, nos habla así a todas. Está completamente mal de la cabeza. Pero no has de prestar atención, linda. Te acostumbrarás. Y Mitch es muy bueno con todas. Olvida lo que te haya dicho. Te aseguro que se le va a olvidar en un momento. —Pero, bueno, ¿cómo alguien va a acostumbrarse a esta zumbada? Que no, que no, que yo paso de acostumbrarme. Seguí llorando desconsoladamente, hasta que tuve que parar por miedo a que me reventase el tímpano de los pitidos y de la presión del flemón—. Tranquilízate, linda. ¿Y qué te pasa en la cara? ¿Quieres comer algo? —Cuanto más me hablaba la pobre señora, más ganas tenía de llorar yo. Estaba muy débil por el dolor—. Mira, te voy a traer un té calentito, para que te tranquilices.

Abandonó la habitación. Encontré mi móvil en mi bolso cochambroso del radiocasete. Gracias a Dios, tenía un mensaje de Pepa de ayer por la noche:

«¡Rubia! Yo también me lo pasé fenomenal. Mañana domingo hacemos cena en casa con los de la uni. ¿Quieres venirte y me enseñas la muela?».

«Pepa, te llamo en diez minutos. Pero no, si no puedo comer nada. No sabes cuantísimo me duele».

Intenté controlar el llanto mientras recogía mis cosas. Ahora que las ventanas estaban abiertas había mucha luz en el cuarto. Observé que el cuadro colgado en la pared me resultaba familiar. Lo había visto alguna vez en algún sitio, aunque no recordaba muy bien exactamente dónde. Era como la silueta de una mujer caminando. La rodeaban pinceladas en forma redonda de diferentes colores llamativos. Creo que alguien una vez me contó que ese cuadro representaba las diferentes etapas de la vida de una mujer. Los pelotazos de color representan los golpes que da la vida y como la mujer sigue esquivándolos o caminando sobre ellos. ¿Quién me contó esto? ¿Sería mi padre?

—Aquí tienes tu té, linda —me susurró la chica, ya de vuelta—. ¿Te gusta ese cuadro? Es de la colección de arte impresionista del señor Mitch. Colecciona cuadros carísimos que tiene colocados por toda la casa. No sé ni de quién son. Pero creo que hay algunos de un tal Cézanne.

¿Te sientes mejor?

—Muchas gracias, estoy un poco mejor. Es solo que no estoy acostumbrada a esto y no pienso acostumbrarme.

Se hizo el silencio durante unos instantes.

—Disculpe, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro, linda, ¿qué necesitas? Mi nombre es Ana, por cierto.

—Yo me llamo Marina.

—Ya lo sabía, chiquita. Nos lo dijo ayer Frida.

—¿Cuánto cree que me pagará Frida por estar aquí este fin de semana?

—Bueno, chiquita, desgraciadamente en eso no puedo ayudarla. Debería haber cerrado el *deal* con ella antes de venir.

—Lo crea o no, no tuve tiempo ni de pensarlo.

—Ha, ha, ha, bienvenida a Nueva York, chiquita. Aquí todo transcurre así. Sin tiempo para nada. Váyase acostumbrando. Pronto caminará alocada por las calles, llegando tarde a todos sitios y nada le afectará. Esa será su rutina diaria. Así es como funciona la gente en esta ciudad.

Se rio afable y continuó limpiando. Yo no entendía muy bien nada de lo que decía. Seguí recogiendo mis cosas, acabé de colocar y guardar delicadamente la carpeta de Silvana con sus conmovedoras cartas. Me pregunté cómo estaría la doctora, qué sería de James, su hijo, el que estaba a punto de perder la vida y al que ella llamaba cariñosamente Jarú. Mientras pensaba en ellos y en el dinero que necesitaban, observé aquella lujosa casa. Solo uno de esos cuadros superaba el precio que aquella mujer tenía que afrontar si no quería perder a su hijo. Paradojas de la vida. Continué recogiendo y limpiándome la cara, Ana seguía sacudiendo almohadas y cojines que ni siquiera habíamos utilizado. Pronto empezamos a escuchar unos pequeños pasos correteando por el pasillo. Entraron Gaba y Nico corriendo con unos impecables uniformes de *lacrosse* a la habitación. Empezaron a saltar en las camas, riendo y anunciando que nos habían traído el desayuno. ¡Dónuts de colores y *cupcakes*!

Gritaban emocionados mientras destrozaban ágilmente las camas que Ana había estado haciendo durante los últimos quince minutos con aquellos saltos. Miré a Ana, sonriente, encantada de ver a los niños emocionados. ¡No se salta en la cama, eh! ¡Que os pillo, que os pillo! Jugueteara con ellos y Nico especialmente se moría de la risa. Estaban ideales con los uniformes, se les veía muy felices. Claramente no eran conscientes de la madre que tenían, menos mal, porque madre mía, qué esquizofrénica la Fri-fri. Me encantaba poner el «la» en tono despectivo.

Ana y yo dejamos lo que estábamos haciendo y seguimos a los críos hacia arriba por unas escaleras de caracol imponentes situadas en otro salón, a la derecha de mi cuarto, que ni siquiera había visto. La casa era gigantesca y Fri-fri, la perturbada, aunque me costara reconocerlo, tenía muy buen gusto para la decoración. Consciente de que eran coleccionistas, me fui fijando por el camino en que de cada una de las paredes pendían cuadros, a cual más espectacular. Creo que eran todos óleos sobre lienzo; en uno de ellos, el que estaba situado al final del pasillo, conseguí leer la firma, creo que rezaba Hassam. Me sonaba el nombre.

Al llegar a la cocina, nos encontramos con Mitch, en la mesa un montón de cruasanes, dónuts de colores y diferentes piezas de bollería que había dispuesto en unas bandejas doradas. Mientras ojeaba el periódico tranquilo, hablaba con una de las chicas uniformada con la cofia. «Espero que Fri-fri no se haya planteado que algún día vaya a ponerme eso». Me impresionaba mucho lo de la cofia, sobre todo miraba a una de las chicas porque era realmente joven. Me atrevería a decir que no llegaba a los dieciséis. Gaba y Nico se sentaron en la mesa y empezaron a discutir

sobre quién se quedaría con el único donut con pepitas de colores que habían comprado. Mitch les regañó en inglés y se dirigió hacia nosotras muy sonriente entonando un simpático: «*Ladies first*». Yo escogí una de las magdalenas, que parecía lo más blandito y fácil de masticar. Ana bromeó escogiendo el donut de las pepitas de colores, Nico y Gaba la miraban serios, nerviosos, estaban muriéndose de la impaciencia. Eran realmente monísimos. Cuando las cuatro chicas terminamos de elegir entre las delicias americanas, y digo americanas porque aquellos donuts eran del tamaño de una *pizza*, debían de tener cinco mil quinientas kilocalorías como poco, Mitch partió el donut de colores en cuatro partes, cogió una de ellas y se marchó sin levantar la vista del periódico. Antes de salir por aquella puerta, se giró y nos indicó muy amablemente que también había traído zumos y que por favor nos sirviéramos café. «*Enjoy, ladies!*».

El día transcurrió con serenidad. Mitch y Frida se fueron a pasar la tarde a casa de unos amigos, supuse que serían de la talla de Hugh Jackman. Aquel vecindario estaba plagado de gente megafamosa. Nosotras, las cuatro chicas de servicio de la casa, nos quedamos viendo *Alicia en el País de las Maravillas* en el proyector que habían instalado en la «sala de cine del ático». Yo hacía esfuerzos para no quedarme dormida.

Ayudé a Fernanda a empaquetar las maletas de los niños, el armario de Gaba parecía la colección de primavera-verano de Zara Kids de Princesa. Cuando Frida y Mitch llegaron de vuelta a la mansión, traían cara de no estar pasando un buen rato. Frida entró en la cocina, como de costumbre sin mirarnos; Mitch vino hacia mí con el horario de los trenes en la mano. Me indicó con señas que había uno que salía en treinta minutos. Recogí mis cosas en medio segundo y, cuando llegué al piso de arriba por las escaleras de caracol, Frida estaba en el mismo salón de sofás blancos donde conocí a Mallory. Me armé de valor para hacerle la gran pregunta sobre cuánto me pensaba pagar. Me fui acercando a ella mientras permanecía inmóvil, de pie, con la vista clavada en uno de los muebles de marfil blanco. Esa mirada de psicópata que indicaba que algo iba mal, muy mal.

—Frida, ya me voy. Muchísimas gracias por el fin de semana. Me lo he pasado muy bien y estoy entusiasmada con la entrevista de trabajo. Te lo agradezco de corazón. No sabes la ilusión que me hace.

—¿Sabes qué es esto, Marina? —me preguntó, sin levantar la vista del mueble de hueso y señalando con el dedo. Me acerqué realmente asustada para observarlo y me di cuenta de que había un cerco mínimo, una marca provocada por la humedad. Me acordé instantáneamente de mi copa de vino con agua templada y de la pastilla efervescente que me había dado Mallory. El pánico se apoderó de todo mi ser. ¿Cómo se podía tener tanto miedo por una marca? Me sentía desamparada, como cuando te pillan tus padres fumándote un pitillo de adolescente y te sientes como si hubieras cometido un crimen. Esa sensación de tragedia griega que sentía yo en aquel momento. A pesar de todo, opté por la opción más fácil y sensata, hacerme la tonta.

—¿A qué te refieres, Frida, al marco de fotos? —«*Good job*, Marina, no has podido hacer más el ridículo con semejante pregunta», me dije a mí misma.

—¿Has perdido la memoria con tantas horas de sueño, hija mía? Me refiero a la marca que hay aquí. ¿La ves? ¿O tampoco?

—Mira, Frida, no sé de qué me hablas. Como te he dicho esta mañana, tengo una muela mal. Ayer no bebí nada. Y esa marca tiene forma ovalada como la de tus copas de vino de Baires. —«*Good job*, Moli», me dije a mí misma. Había visto el nombre de aquellas copas esa misma mañana desayunando mientras Fernanda las limpiaba muy delicadamente. Así que nuestra Fri-fri se quedó mirándome sorprendida por mi comentario estrella sobre la marca de sus copas y cambió el tono ipso facto.

—No me refería a que fueras tú, Marina. Me refería a si sabías quién lo ha hecho.

—Ni idea, a lo mejor alguno de tus miles de invitados. Fue una fiesta tan maravillosa, Fri-fri... ¿Hablamos pronto, de acuerdo? —Le di un falso abrazo y me dirigí hacia la puerta caminando como si fuera Espartaco saliendo de su primera victoria en la batalla del Vesubio. Película favorita de mi padre, por cierto. Es impresionante lo bien que nos sentimos las mujeres después de una minucia así.

La alegría se me pasó rápidamente cuando, sentada en el coche junto a Mitch, de copiloto, me di cuenta de que no le había pedido el dinero. ¡Seré gilipollas! Al llegar a la estación, balbuceé como pude en inglés lo del billete. Mitch me dijo que no tenía nada de efectivo para darme. Pareció molestarle bastante mi comentario. Finalmente se bajó del coche conmigo, me acompañó a las máquinas expendedoras y me compró el billete con su propia tarjeta de crédito. Me despedí amablemente y me subí en el tren pensando en los cuatro dólares que, literalmente, me quedaban en el monedero.

Durante el viaje releí algunas de las cartas de Silvana. No podía evitar imaginarme a uno de los niños de las fotos de su cuarto en un hospital lejos de aquí. Qué horrible tenía que ser estar viviendo todo eso. Por eso está siempre tan amargada. Normal. Me parecía tan triste todo aquello. Me encantaría poder contárselo a mi hermana. Me imaginé a Ariadna, en su casa, en esa preciosa casa que compartía con su novio de toda la vida. Qué sensata, pulcra y comedida que era Ariadna. El orgullo de la familia. Qué bonito era el apartamento que compartía con Roberto. El bueno y trabajador de Roberto... A ver si algún día sigues los pasos de la sensatez de tu hermana.

Ari me sacaba nada más y nada menos que diez años. Era guapa, alta, delgada, ojos marrones, tez morena, una belleza tropical deslumbrante. Era profesora de inglés en el colegio público de Guadarrama, en la sierra de Madrid. Recordé con nostalgia lo bonita que había decorado su casa. Tenía muebles preciosos y solo algunas veces me la había dejado para pasar alguna noche abrazada a mi Lucca. En su cuarto tenía una placa: «*Everyone you meet is fighting a battle you know nothing about. Be kind, always*». Aquella frase me recordaba a Silvana. La repasé en mi memoria, cerré los ojos pensando en las cartas y justo después, me quedé dormida.

Cuando llegué a la residencia eran las nueve de la noche. Entré sigilosamente en el cuarto y respiré con alivio cuando vi que Silvana ya no estaba. Coloqué muy cuidadosamente las cartas de vuelta en su estantería y salí a la sala de estar donde estaban Paula y Andrea, mis nuevas mejores amigas mexicanas. Andrea me contó superemocionada que tenía su primer *date* ese mismo día. ¡Su primera cita! ¡Ay, Dios mío, *date* significa cita! Rápidamente me acordé de mi patética conversación con el guapo noruego de la academia.

—*Do you want to go on a date?*

—*Sorry, is not my birthday.*

Se lo conté a las dos hermanas que creían que se ahogaban de la risa. Ellas hablaban perfectamente el americano. Como todo mexicano de buena familia, se habían criado en Baja California. En ciudades como San Diego, cerca de Tijuana. Estuvimos bromeando con el tema todo el tiempo mientras Andy se arreglaba para salir con Marcel. Marcel era uno de los cuatro galanes de Andrea. Paula me explicó que en México, cuando eres mujer y no estás casada, es totalmente normal tener tres o cuatro galanes. Es decir, tres o cuatro chicos diferentes con los que quedar para ir decidiendo si te gusta uno más que el otro...

—Claro, *güey*, no vas a saber si no más te late uno o el otro en un solo *date*, ¿no? Hay veces que los más guapos son los más pinches mamones y los más normales son los más lindos. En Nueva York tengo ya dos galanes. ¿Tú cuántos tienes?

—Ninguno. ¿Acaso no me ves? *Is not my birthday, is not my birthday*. —Bromeé con ellas una y otra vez. No era capaz de mantener a Lucca, como para preocuparme de mantener a seis.

Me sorprendió un poco aquello de los galanes. La seguridad con que me lo decía Paula, como si yo estuviera loca porque me parecía impensable que me estuvieran pagando todo cinco hombres diferentes. Pero, al parecer, ¡así funcionaba, *güey!* Tendría que ponerme las pilas en la búsqueda de galanes porque, la verdad, estaba bastante verde. Me vendría estupendamente tener un par ahora que me quedaban solo cuatro dólares. Aunque, en fin, en realidad, creo que preferiría morirme de hambre e ir caminando a todas partes antes que tener que aguantar a algún mamarracho como el tal Marcel Mendivel. Andrea me había enseñado una foto en Facebook y tenía pinta de ser de todo menos normal. Pijo, achacoso, majadero, mentecato. Me contaban mis amigas que la vendría a buscar con chófer para ir a Brooklyn a cenar. La iba a llevar a un restaurante nuevo que se llamaba Momo.

Marcel anunció vía mensaje su llegada a la residencia, la emoción entre nosotras se acrecentaba como el tono de piel de Andrea, que no paraba de echarse maquillaje. Al parecer, el chico tenía chófer en Manhattan por miedo a contagiarse de las enfermedades tan espantosas que se transmitían en los transportes públicos. Al señor Mendivel le daba asco agarrarse de la barra del metro o del autobús. Le repugnaba tocar cualquier barandilla de cualquier establecimiento público. Por eso llevaba un pañuelo de tela en el bolsillo, porque, en caso extremo, tiraba del pañuelo. ¡Valiente idiota! La mejor parte era la admiración con la que nos lo relataba Paula. Yo estaba realmente horrorizada. Lucca siempre dice que nunca debes fiarte de un hombre que no se agarra a la barra del metro. ¡Ay, mi Lucca! suspiraba. Para qué quería yo galanes si la única ilusión que había tenido siempre era Lucca.

Nos asomamos todas a la ventana para ver partir a Andrea con el chófer de Marcel. Ella lo esperaba nerviosa, espectacular, fumando un pitillo de esos franceses muy finos en la calle. Era un bellezón: alta, delgada, con unos gigantescos ojos verdes que destacaban sobre una piel blanquita con pecas, cubiertos por un pelo castaño oscuro, largo y rizado. Tenía unos labios carnosos, muy sensuales, y era capaz de venderte un radiador en el desierto a plena luz del sol. Era tan apasionada que cualquier cosa que te contara la escuchabas como si estuviera hablando Steve Jobs. Estaba obsesionada con las tortugas de mar. Decía que era un animal maravilloso y lo comparaba muy a menudo con la mujer en sus conversaciones. «Porque caminan lento, pero son capaces de recorrer el mundo entero. Porque cuando no les gusta algo, se esconden en su coraza con facilidad. Porque son capaces de viajar kilómetros y kilómetros solas y volver a su lugar de nacimiento para poner los huevos y tener a sus crías. Porque es de los pocos animales que viven años y años en solitario viajando por aguas tanto tormentosas como tropicales, con la certeza de que llegarán a su destino».

La primera vez que me soltó el rollo pensé que lo que decía eran pamplinas. Pero la segunda, la comparación me pareció realmente interesante. Así eran mis nuevas amigas, con ellas compartiría mi día a día en Manhattan.

Revoloteo en la residencia. Secretos nocturnos de una habitación a la otra. Travesuras. Pastillas para la hinchazón. Sueños profundos en Manhattan.

Alicia: ¿Cuánto tiempo es para siempre?

Conejo: A veces, solo un segundo.

VII

MY DENTIST TOLD ME I NEED A CROWN. I WAS LIKE, I KNOW, RIGHT?

Dentist: How are you?

You: Arghrfa Arghrafa, arsgdu gurch?

Dentist: Good, good.

Me desperté algo temprano por el dolor de muela y remoloneé en la cama mientras me hacía efecto el ibuprofeno que me acababa de tomar. Me vestí con mis fabulosas botas moradas y un vestido blanco corto, tipo *hippie*, que me había comprado en las rebajas de Zara. No pude ni lavarme el pelo. Me lo recogí en un moño y agarré un bolso de esos de flores que le había robado también a Ariadna. Al menos, algunas de las flores iban a juego con las botas moradas. Bueno, y también iban con mi cara. Menudo desastre. Por el camino, llamé. Evité contarle lo del dinero a mi madre.

Al terminar la academia, después de esquivar un par de veces al guapo noruego por los pasillos, me dispuse a caminar hacia la NYU. Estaba a unas veintiséis manzanas de distancia y, como quería conservar los cuatro dólares para una emergencia, decidí ir caminando poco a poco, mientras organizaba algunas cosas. Algunos asuntos importantes.

Hola, Frida,

Mil gracias por el fin de semana. Me preguntaba si podría pasarme esta tarde por la oficina para recoger el dinero del finde. Mil gracias.

Al llegar al edificio de odontología de la New York University, divisé a Pepa sonriente, estaba en la entrada hablando con un par de doctores, todos con uniformes verdes y blancos. Se lanzó efusiva a darme un abrazo y me agarró del brazo dirigiéndome hacia el interior.

—Pepita, linda, ya sabes que no se pueden traer invitados.

—Anda, María, que ha venido solo a verme desde España y le quiero enseñar las instalaciones.

Seguimos caminando entre medias de los mil millones de sillas de dentista separadas por pequeños gabinetes. La sala estaba perfectamente iluminada por unos inmensos ventanales de suelo a techo, con unas preciosas vistas del Empire State. Toda esa luminosidad disimulaba un poco el aspecto tétrico de tanta silla verde de dentista y los consiguientes aparatos metálicos conectados a enchufes en diferentes columnas pintadas de blanco. Mientras esquivábamos tubos, placas y otros aparatos odontológicos, Pepa me contó que la NYU ofrecía un programa especial muy barato para gente que no podía pagarse la Seguridad Social en Nueva York. «Por eso casi todos los pacientes son afroamericanos o sudamericanos, gordi». Ofrecían los mismos tratamientos y servicios de un dentista normal, en manos de los profesionales y doctorados de la mejor universidad de NY. La única condición por la que solo pagabas unos trescientos dólares por cada visita era que los estudiantes estaban observando el proceso de las cirugías. Vaya, trescientos dólares por cada visita. ¡Bueno saber que es lo más barato! Tan real como la vida misma. En ese momento, se me empezaron a enfriar las manos. Pestañee rápido un par de veces comprobando que no iba a desmayarme. Falsa alarma. Comencé a tranquilizarme, decidí taparme la nariz por si las moscas y rápidamente llegamos por uno de los pasillos a una cabina un poco más decente. Parecía más higiénica, un poco más nueva, y lo mejor de todo, un chico joven y

bastante atractivo se encontraba colocando material.

—Mira, Isma, esta es mi amiga Moli.

Isma se giró. Me observó de arriba abajo con unos preciosos ojos negros que destacaban entre una selva tupida de pestañas. Era alto y robusto. Se retiró la mascarilla de papel azul clarito de la cara. Escondía una atractiva barba de tres días que enmarcaba unos jugosos y gruesos labios de un color rosa palo. Tenía una sonrisa de medio lado que le dibujaba unos hoyuelos en las mejillas del todo irresistibles. No pude evitar quedarme embobada mirándole a los ojos. Tenía una mirada muy intensa, seductora, con imán. Me puse muy nerviosa cuando se quitó los guantes de látex y vi aquellos brazos fuertes de venas bien marcadas. Él se debió de dar cuenta de que le estaba contemplando y, mirándome fijamente, me sonrió otra vez. Noté que Pepa comenzaba a explicarle lo de la infección de mi muela. De repente visualicé aquella escena desde un punto de vista lejano. Como ficticio o artificial. Poco a poco, como si fuera una película simulada, comencé a escuchar la voz de Pepa cada vez más lejana. Las rodillas me flaqueaban. Me toqué el codo rozando aquel sudor frío y desagradable con las manos. Aquellos resplandecientes y radiantes focos blancos comenzaron a apagarse. Otra vez la nube gris. Apoyé las rodillas amoratadas en el suelo y lo último que pude escuchar antes de desvanecerme por completo fue la voz de Pepa: «Gordi, gordi, que te vas, que te vas, gordi».

Debilidad. Fatiga. Agobio. Frío. Mucho frío. Me desperté completamente desubicada y con la nariz congelada, en una de esas espantosas sillas de hospital. Estaba empapada en sudor y me encontraba muy débil. Lo primero que vi al recuperar la consciencia fueron esos intensos y preciosos ojos negros que me miraban atónitos, preocupados, por encima de aquella mascarilla azul. Intenté enfocar la mirada para dejar de ver las estrellitas grises y reconocí al instante el cabello rubio de Pepa. También avisté a otro doctor de pelo blanco y ojos arrugados, que estaba intentando abrirme la boca con un asqueroso guante de látex. Me tocaba con el guante bruscamente la inflamación, yo estaba a punto de perder el conocimiento por segunda vez. En uno de mis intentos por enfocar la vista buscando un punto de referencia, observé una gigantesca aguja que se acercaba a mi labio superior. Noté un pinchazo que hizo diana en el punto de mayor dolor y me volví a desvanecer.

—Gordi, gordi, despierta. Que ya estamos terminando.

Otra vez esos intensos ojos negros se situaron frente a mí.

—¿Cómo te encuentras, Marina, puedes oírme? Si me oyes, sigue con la vista la luz de esta linterna.

Seguí la luz de la linterna con la mirada mientras pensaba en el ridículo que acababa de hacer. Ya podía haberme avisado Pepa. Debía de tener unos treinta y dos o treinta y tres años. Podía observar a través de sus guantes que no llevaba anillo de casado. Las mexicanas me habían enseñado a fijarme en ese detalle. Mientras seguía la luz de la linterna una y otra vez, empecé a recuperar un poco el aire, las manos me entraron en calor y comencé a sentirme un poco mejor. Dejé de sudar y lentamente la temperatura del cuerpo empezó a estabilizarse de nuevo.

—Marina, lo que tienes en la boca no es ninguna tontería. ¿Cuánto tiempo llevas con esta inflamación? Te ha atravesado el órgano pulpar y se te ha extendido al seno glacial. Hay muchas probabilidades de que te haya infectado también las cápsulas respiratorias, es muy peligroso. ¿Tienes seguro médico en Estados Unidos? ¿Puedes respirar con normalidad? ¿Qué te ha pasado en las rodillas?

A ver, un momento de tranquilidad. Que tampoco voy a morirme por una herida en la boca. Además, me está empezando a poner muy nerviosa la manera intimidante en la que me miras, señor Ismael.

—No, no tengo. —¡Fenomenal! Al intentar responder con el tubo en la boca y los labios medios dormidos por la anestesia, se me ha caído la baba. Me sonrío y me la quita con un babero de papel que llevo puesto. ¡Muy bien, Marina, le debes tener en el bote! No te puede estar saliendo mejor la escena. No, en serio. ¿Se podía estar haciendo más el ridículo?

—No te preocupes, Marina, ya me lo contarás mañana. —Sonrió mientras se quitaba los guantes y me apartaba el tubo de la boca—. Yo tengo una cirugía ahora, pero Pepa se va a encargar de llevarte a la sala de rayos y hacerte las pruebas necesarias. Yo te puedo ver... —¡Ay, madre, que quiere verme! Sacó una preciosa agenda de piel marrón en la que distinguí bordadas sus iniciales, IK. Me fijé en su placa de la NYU. Ismael Kahlid. Sonaba muy bien. ¿Sería de ascendencia árabe? Me vendría genial porque siempre he querido ir a Dubái y a Kuala Lumpur—. Te puedo ver mañana a las nueve y media de la mañana. ¿Ok? Tómate esta noche estas pastillas antes de dormir. Te va a doler bastante, te hemos extraído la muela entera desde las raíces. Te hemos puesto puntos, los notarás con la lengua cuando se te pase el efecto de la anestesia. Procura dormirte cuando te hagan efecto las pastillas y aplícate hielo para que no se te inflame. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo? Y cuídate, ¿eh? No hagas tonterías.

Me dieron ganas de responder un «Sí, papá». Justo entonces me acarició la cara de modo cariñoso. ¿Se puede uno morir de vergüenza? Porque yo sabía que de amor sí. ¿Pero de vergüenza? Porque yo en aquel instante de verdad creía que me estaba muriendo.

Al instante llegó Pepa con su cara de revoltosa. Esta Pepa era todo un terremoto, pero reconozco que me hacía muchísima gracia que actuara con tanta picardía. «Rubiiiiita mía», canturreó acercándose traviesa.

—Le gustas al doctor Kahlid.

—Ay, Pepa, no digas tonterías, anda. No será verdad. ¿Le gusto? ¿En serio? ¿Tú crees?

—Que sí, gordi, que te va a colar mañana entre sus pacientes. Eso no lo hace ni por su hermana. Y él no cuela nunca a nadie. Ay, rubi, que le gustas al doctor Kahlid. El doctor más guapo de toda la universidad.

Pepa me agarró del brazo, me ofreció un vaso de agua, se aseguró de que estaba bien y después me estuvo mareando un rato por la universidad. Me contaba sus batallas mientras caminábamos de una sala a otra haciendo esta y la otra radiografía. Finalmente me metí en un taxi. Pepa estaba preocupada por mi palidez, y yo le prometí que me cuidaría y que no me encontraba tan mal. Me encontraba peor que nunca. Estaba mareada, agobiada, molestísima. Y para colmo estaba cabreada por haber tenido que inventarme que había perdido la cartera para que Pepa me dejara dinero para pagar el taxi. Muy bien, no solo había perdido todo lo que tenía, sino que ahora, además, contaba con una deuda de veinte dólares. Llegué a la residencia, tardé tres segundos en quedarme dormida, lo último que vi al cerrar los ojos fueron aquellos profundos ojos negros.

Pero a la mañana siguiente, aunque estaba todavía realmente dolorida por la muela, me levanté con bastante energía, me duché e incluso me maquillé. Nunca tardo mucho tiempo en arreglarme. Tengo amigas que necesitan literalmente tres horas para salir de casa. Yo, sin embargo, tardo unos diez minutos de reloj, incluyendo el lavado del pelo. Procuro lavármelo todos los días. A no ser que me esté muriendo, como ayer, aún no me puedo creer que tuviera la extraordinaria mala suerte de conocer al doctor Kahlid con el pelo graso y las bragas de las Supernenas para desmayarme como presentación. La única vez que he hablado con él era mientras me aspiraba con un tubo la saliva ensangrentada de la boca. ¡Qué romántico! ¡Ya me puedo morir tranquila! Cada vez que lo recuerdo se me pone la piel de gallina.

Mientras caminaba por la preciosa Quinta Avenida, recordé que en menos de una semana tenía

la gran entrevista para Tory Burch. No había tenido ni un minuto para estudiar inglés, ni para preparármela. Y encima aquel día tenía que faltar a la academia. Revisé mi correo con la esperanza de aquel e-mail de Frida que nunca llegaba. No podía vivir con cuatro dólares eternamente. Decidí reenviarle el mismo e-mail del día anterior. Fingí como si no me hubiera dado cuenta de que se lo había enviado ya. Todos estos pensamientos se me pasaban cuando inevitablemente me venía Ismael a la mente. Le iba a volver a ver. ¡Qué nervios! ¡Qué guapo era, qué brazos tenía, qué espalda! Era consciente de que no me hacía absolutamente ningún caso. Ni siquiera pensaba que se hubiera fijado en mí, me sacaba doce años de edad. Aun así, yo estaba muy ilusionada por volver a verle. Y esta vez iba a intentar por lo menos no desmayarme. Del resto, no podía prometer nada. Siempre había sido muy dada a revivir escenas de Bridget Jones. ¿Qué puedo decir? Ay, me estaba enamorando de mi dentista.

Seguí caminando hacia la NYU mientras me acordaba de cuando vimos *El rey león* con Nico y Gaba durante el fin de semana. Era curioso, ¿no? En las películas de Disney, siempre es el padre de los protagonistas el personaje principal. ¿No es cierto? Me pregunto por qué no salen casi las madres. En *El rey león*, es Mufasa quien prácticamente cría a Simba; en *La sirenita*, es el rey Tritón, su padre, quien se encarga de su educación y de cuidarla. En *Aladín*, la princesa Jasmin solo tiene a su padre bajito y loco que se pelea con Jaffar. Y ahora que lo pienso, en *La Bella y la Bestia*, también Bella solo cuenta con su padre loco e inventor. ¿Por qué será? ¿Dónde están las madres? A todo esto, llevo días sin llamar a la mía.

Cuando llegué a la clínica ya eran las diez y diez de la mañana, llegaba tarde, muy tarde, como de costumbre. Había quedado en verme con Pepa a la entrada. La llamé varias veces y como no contestaba, decidí subir por mí misma a la quinta planta. Cuando llegué, salí del ascensor buscando encontrarme con Pepa; de repente, apoyado en el mostrador de recepción, observé que allí estaba el llamativo, atrayente y exótico doctor Kahlid.

Estaba hablando con una de las secretarias sobre unos informes que llevaba en su mano derecha. Le indicaba cosas con aquellos dedos tan varoniles en un tono serio que me volvía loca. Luego sonrió a la pobre chica. Era absolutamente consciente de la fortaleza de su atractivo. La pobre recepcionista estaba a punto de derretirse. Decidí acercarme intentando disimular mis incontrolables nervios.

—Hola, Ismael.

—Hombre, Marina, ¿cómo estás? Mira, perfecto que estés aquí porque me acaba de cancelar un paciente. Pasa, pasa. —Sonrisa de medio lado, insinuante y sensual. Hoyuelo en la mejilla derecha. Vuelco al corazón. Nervios, muchos nervios.

Se movió rápido y le hizo una mueca cariñosa a otra de las recepcionistas. Me pregunté si sería esa con la que estaba tonteando. Ayer Pepa-terremoto me contó un rumor sobre el lío de una de las administrativas con Ismael. Yo comenzaba a estar celosa sin ningún motivo de cualquiera de las oficinistas. Aunque, bueno, estaba tan dolorida que tampoco prestaba mucha atención. Comencé a seguir al doctor por otro de los pasillos mientras me fijaba en su bata impecable. Hoy llevaba debajo un traje gris oscuro con una corbata azul clara. Me detuve a observar que por encima de sus brillantes zapatos de cordones marrones, asomaban unos calcetines muy simpáticos que hacían juego con su corbata; eran de rayas azul marino y verde. Por fin llegamos a su consulta, me pidió que me tumbara.

—¿Cómo te encuentras, Marina? ¿Te duele?

—Bueno, un poco sí, la verdad.

—¿Has pasado muy mala noche? ¿Pudiste dormir ayer?

—Sí, aunque, bueno, la verdad es que estuve con unas amigas un rato y por lo menos no pensé

en el dolor.

—¿Con amigas? ¿Vives con amigas? ¿Tienes *roomates*?

—Bueno, vivo en una residencia.

—Ya veo, ya... Perdona, eh, es que tengo que revisar unos *scanners*. —Empezó a revisar gráficos y documentos en un gigantesco ordenador mientras me seguía preguntando. Yo me incorporé en la silla, intentaba evitar marearme, y el olor a hospital no ayudaba.

—¿Y dónde está tu residencia?

—Está en la calle 14 y la Octava Avenida. Se llama El Carmelo Residence. ¿La conoces?

—Interesante.

—Bueno, si tú lo dices. —No consideraba yo que fuera nada interesante, pero en fin. Él respiró de resignación y luego continuó hablando mientras sacaba de las bolsitas transparentes algunos instrumentos. Parecía concentrado, serio, se notaba que le gustaba su trabajo.

—¿Sabes? Desde aquí arriba, desde las ventanas de esta sala, se puede ver la entrada principal del hospital. A veces, cuando no llegan mis pacientes, me asomo por la escalera de incendios para ver si acuden. —Se hizo el silencio y me pregunté por qué me estaba contando todo eso. Utilizaba un tono serio. Me costaba definir si era espantadizo o normal—. Antes te he estado observando un rato, mientras tú estabas en la puerta. —Levantó la vista del ordenador y me miró sonriendo, una sonrisa conminatoria, tenía un punto vicioso. Me intimidaba. —¿A quién esperabas allí abajo? A Pepa, supongo, ¿no?

—Pues, sí. Habíamos quedado. Pero como he llegado tarde, pues no me ha cogido el teléfono. Estará en cirugía.

—Efectivamente. —Y volvió a sonreír, como si le agradara de un modo u otro lo que le estaba contando.

—Bueno, he llegado tarde porque tenía cosas que hacer.

—Ya veo, y bueno, ¿en qué pensabas, que parecías tan distante?

—Bueno, en tonterías. Qué cotilla, ¿no?

—Qué más te da. Parecías intrigada. Cuéntamelo.

—No tiene importancia. En serio, tonterías.

—Bueno, a mí sí que me importa, cuéntame tus tonterías, a ver.

—Si insistes... La verdad es... que estaba pensando en Disney.

—¿En Disney? —Otra vez esa sonrisa ladeada. Me gusta la gente que sonrío de medio lado. Me ha llamado la atención desde siempre. Tienen algo.

—Vamos a ver, doctor. —Me incorporé sintiéndome muy segura de mí misma en aquel momento. Tanto interés y tanta preguntita empezaban a ubicarme en una posición de poder que nunca antes había sentido con él.

—La escucho atentamente, señorita. —¿Estábamos tonteando! Marina, no te emociones, que luego ya sabemos lo que pasa.

—Pues, doctor Kahlid, no pensaba en Disney en plan princesitas, pensaba en que en ninguna película de Disney hay un protagonista que sea la madre, ¿sabes? No hay figura maternal. Si te fijas, la Bella tiene al padre loco inventor, la sirenita tiene al rey Tritón del mar y... —Mierda, no me salía ningún ejemplo más con aquellos nervios. Tenía la mirada de Isma clavada en los ojos. Había dejado de mirar con atención el ordenador y en cambio ahora me observaba con delicadeza. Con sus ojos negros clavados en los míos, eso me apabullaba.

—Continúa, continúa, me parece realmente interesante.

—Ya está, eso es todo. Me da por pensar por qué no hay ninguna madre. Tendrá que haber alguna historia seguro. No sé. Fin de la historia.

—Bueno, en *Toy Story* sí que es la madre la que tira los juguetes del niño a la basura, ¿no? En ese mismo momento nos interrumpió Pepa.

—*Good morning*, gordiiii —canturreó mientras se lanzaba a darme un fuerte abrazo—. ¿Cómo te encuentras, rubi, qué tal has dormido? ¿Qué tal estás, doctor Kahlid?

Creo que al doctor Kahlid no le hacía mucha gracia el tono burlesco que empleaba Pepa. A mí, la verdad, no me podía hacer más gracia aquella rubia torbellino. El resto de la mañana transcurrió efectivamente con la única voz protagonista de Pepa. Nos contó esto y aquello, nos informó de absolutamente todos los cotilleos de la universidad. Y justo al final de la mañana, me dieron la horrible y espeluznante noticia de que: «Iba a tener que perder otro diente». Es curiosa la manera en la que los dentistas te informan de que «vas a perder una pieza». Cara de luto, frustración, pena. Y luego te dan una palmadita en la espalda dejándote en aquellas salas, con sensación de abandono, pena, soledad. Como si acabaran de anunciarte que peligras un ser querido. La verdad es que no me pareció tan horrible lo de perder un trozo de hueso. Hasta que escuché a Pepa que el implante de hueso que necesitaba valía nada más y nada menos que nueve mil seiscientos dólares. Casi vuelvo a desmayarme. Sobre todo cuando mi amiga recalcó que en la NYU había que pagar por adelantado.

Cuando Pepa se marchó a su siguiente cirugía, Isma empezó a explicarme la teoría del asunto, mientras me mataba no sé qué nervio y me vaciaba las fosas nasales de la infección de pus. Otra escena superseductora, *by the way*.

—Ya está, Marina, tienes que asegurarte de que te pones hielo cada dos horas. Tienes que estar con antibiótico una semana y me tienes que escribir un e-mail con tu seguro médico esta misma noche. Sería conveniente que te operásemos en una semana. De hecho, tengo hueco tanto el lunes como el martes de la semana que viene. Me tienes que decir, ¿ok? Y ahora te dejo que me tengo que ir a otra cirugía. —Me guiñó el ojo y abandonó la sala. Espera, espera Isma, que te has olvidado decirme que me querías, que te quieres casar conmigo y que vamos a vivir juntos en el campo.

—¿Chuli, te encuentras muy mal? La verdad es que tienes malísima cara.

—Me encuentro fatal, Pepix. No te voy a engañar. Me siento como el culo. Me quiero ir a casa.

—A ver, tranquila, que te va a durar el dolor solo un par de días, luego estarás bien. Y mira, siempre puedes quedarte con el agujero hasta que llegues a Madrid en Navidad y hacerte las cirugías allí. Porque aquí es carísimo.

—Ah, pues sí. Parece buena idea.

—Claro. Yo, si fuera tú, me esperaría. Eso te va a cicatrizar en nada. Ya, cuando llegues a Madrid, vas a tu dentista normal y que te lo hagan allí. No tienes seguro, ¿verdad? A ver, que a mí me lo puedes decir. Que me va a dar igual.

—No tengo, tía, no tengo. Me gasté el maldito dinero en un mp4 y en unas entradas para un concierto.

—No fastidies.

—Sí fastidio. Maldito mp4. En fin, que ahora necesito irme a descansar. Y me vas a matar, Pepa, pero se me ha vuelto a olvidar la cartera.

Días en Nueva York: ocho; lloreras en la ciudad: doce; euros perdidos: dos mil; desmayos: dos; deudas: cuarenta dólares; galanes: cero; mensajes de Lucca: dos. Joder, los números, por más que lo intentaba, no cuadraban. Más bien no eran los que esperaba. Ningún inicio en la vida de nadie en Nueva York fue fácil. Eso ya me lo habían dicho, pero los míos estaban siendo realmente agónicos. Menos mal que, aunque yo no lo sabía, quedaba poquito, muy poquito para

que comenzara a cambiar mi suerte. Y de una manera radical, así había sido siempre.

VIII

DEAR BAD LUCK. LET'S JUST BREAK UP

El resto de los días de esa infernal segunda semana viviendo sola en Nueva York fueron realmente agónicos. Se me hinchó la cara como una pelota de baloncesto. Tenía el ojo amoratado de la hinchazón y el lado derecho de la cara, de un color entre amarillento y negro, bien alejado del aspecto sano que tenía solo hacía un par de semanas. De vez en cuando vomitaba de malestar al tomar los antibióticos. Así que dejé de tomarme las medicinas. De ese modo, aunque estaba todo el día mareada, al menos no me moría de dolor cuando aquel líquido ácido rozaba los puntos sangrantes.

La peor de las sensaciones vino dos días después de la operación, el dolor de muela se pasó al oído y fue realmente infernal. Me dolía tanto que tenía que cerrar los ojos fuerte y a veces hasta lloraba pensando que jamás se me iba a pasar. Mis padres me ofrecieron un billete de vuelta a casa, pero yo solo pensaba en la entrevista de Tory Burch. Disimulé, me hice la fuerte, hasta que por fin el viernes, por primera vez después de tres días, me desperté sintiéndome otra vez persona. La hinchazón había remitido un poco y aunque seguía teniendo la cara amarilla, volvía ser yo.

En algunos de los momentos en los que me encontraba un pelín mejor, me esforzaba en escuchar por encima lecciones de inglés que descubrí en una maravillosa página web: «serbilingueentresdias.es». Era un curso de cuarenta lecciones que te preparaba para ser absolutamente bilingüe en tres días. ¡Fantástico! Me lo había recomendado un amigo del cole que no aprobaba ni la asignatura de religión. Pero yo, a medida que memorizaba las lecciones, me creía que estaba cada vez más preparada para acompañar a Obama en uno de sus discursos económicos. Mi madre dice que es lo bueno que tengo, le pongo tanta pasión a todo lo que hago que acabaré triunfando en algún momento de mi vida.

Mi hermana Ariadna, que sorprendentemente estuvo toda la semana pendiente de mí, se encargó de escribir un e-mail a la academia de inglés informándoles de mi baja. Ellos prometieron reembolsarme los días perdidos en cuanto les trajera el documento médico verificando el motivo de mi ausencia. Mi hermana me dijo que ella se ocuparía de pedirselo a uno de sus amigos médicos de España. Qué bien me cuidaba mi hermana Ariadna. Era la mujer perfecta. Guapa, alta, lista, divertida, amable, complaciente, cordial, ni muy gorda ni muy delgada, la hija perfecta. Mis padres la adoraban. No había roto un plato en su vida. Tenía el novio perfecto, la típica relación madura y sana, de toda la vida. Mi familia también le adoraba. Aún me costaba entender cómo podíamos ser hermanas. Era inevitable tenerle envidia. Era de esas personas que jamás pierden los nervios.

Actuaba con actitud sosegada, siempre calmada. Mientras que yo me caracterizaba por ser la persona más impulsiva de la familia. Gritos, rebeldía, escapadas, travesuras...

Ese viernes por la noche me quedé un poco triste en la residencia viendo como se arreglaban Paula y Andrea para salir de fiesta. Esa sensación de abandono que tienen casi todos los veinteañeros cuando por algún motivo de fuerza mayor se tienen que quedar en casa un viernes o un sábado noche. Escuché su plan con envidia y desazón. Iban a ir, como de costumbre, a Bennys Burritos a tomar margaritas y luego, uno de los galanes de Andrea, que se llamaba Alai, había comprado una botella en la zona VIP de la discoteca Lavo. Estaba muy cerca de Central Park. Me despedí de ellas mirándolas desde la ventana y me quedé sola en la cama, con un

sentimiento de pena y desidia que casi no podía ni explicar.

212-202-2609 10.21 pm

Hola, Marina, no me has dicho nada del seguro medico. Te he reservado cita en mi clínica privada de Central Park este lunes a las diez y media am. Espero que te encuentres mejor y que pases un buen fin de semana. Ismael Kahlid.

Tuve que releer varias veces el mensaje para asegurarme de que lo que me estaba pasando era verdad. ¡El doctor Kahlid! ¿Me estaba escribiendo un mensaje? ¡Qué emoción! Oh, no, pero el lunes era la entrevista en Tory Burch a las diez. Tenía que decirle que no podía ser. Por otro lado, tampoco podía ir a la entrevista con semejante pinta, lo había pasado tan mal esos días... Debería solucionarlo. Pero sin Frida contestando a ninguno de mis mensajes... ¿Y si Mercedes tampoco contestaba jamás? ¿Y si perdía la oportunidad de Tory, mi oportunidad de trabajo en Nueva York? ¿Qué hacer?

10.23 pm

Ismael, tengo una entrevista de trabajo superimportante el lunes a las diez am. ¿Puedo ir a la clínica un poco más tarde?

10.24 pm

Curioso, no me habías dicho que tenías una entrevista. Lo siento, tengo ocupado el resto del día.

Pero bueno, ¿acaso eres mi padre, tengo que contarte toda mi vida? ¡Pues quédate con tu tubo de la baba aspirando la boca de la secretaria, no te digo! Indignación. Comencé a redactar los posibles mensajes.

1.26 pm

No sabía que tenía que contarte mi vida, Ismael. Sí que tengo la entrevista. Sorry que no me puedas atender.

(No, Marina, no seas impulsiva. Venga, relájate, actúa como si fueras Ariadna. Mandar mensaje a borradores y redactar uno nuevo).

1.26 pm

La entrevista es a las diez am como digo. ¿No puedo pasarme más tarde?

(Mandar a borradores).

1.27 pm

Sí que tengo la entrevista. Pero igual me puedes ver otro día, ¿no?

(Borradores).

¡Mierda! ¿Qué narices le pongo? Justo antes de que redactara mi última cagada, recibí otro suyo.

1.28 pm

En realidad, también te puedo ver el martes a las siete pm, pero en la NYU. ¿Es muy tarde? Dime algo. IK

1.29 pm

Mil Gracias! Estaré allí a las siete, prometo ser puntual.

1.29 pm

Suerte en la entrevista y cuídate. IK.

1.30 pm

Gracias. MH. (Yo también tengo iniciales, no te fastidia).

Durante el resto del fin de semana lo único que hice fue estudiar inglés. Siempre he tenido buena memoria, así que me estudié, una a una, todas las lecciones de la web. Incluso llamé a Ariadna un par de veces para ensayar la entrevista. ¡Qué paciencia tenía mi hermana! Le colgaba el teléfono enfadada y la volvía a llamar al minuto. Colgaba indignada otra vez y vuelta a llamarla otra vez, tres minutos después. También busqué ejemplos de preguntas en entrevistas de empresas americanas. Me esforcé en pensar las respuestas por si de casualidad caían. Había veces que me echaba minisiestas para descansar del dolor de muela y luego seguía estudiando. El domingo me encerré en mi cuarto para seguir con las lecciones mientras oía a Paula y Andy cotillear en Facebook. Me moría por salir a cotillear con ellas, pero solo de imaginarme viviendo en un futuro en Manhattan y trabajando en una firma como Tory Burch, me volvía a meter de lleno en el inglés. Seguí estudiando sin parar; además, comenzaba a encontrarme mucho mejor.

Lo único que me quitaba el sueño de vez en cuando era que hacía muchos días que no veía a mi *roommate*, la doctora. La «*crazy doctor*» como la llamaban las mexicanas. No había aparecido por la residencia desde el lunes y me preguntaba dónde podía estar. A veces hasta me asustaba en sueños pensando que Jaru había fallecido. Inconscientemente, había creado un lazo emocional con esa mujer que no conocía de nada y apenas había visto, pero deseaba con todas mis fuerzas que las cosas le salieran bien. Que operaran a su hijo, que utilizara los malditos dos mil dólares desvanecidos para la cirugía y que pudiera regresar con su familia y su hijo restablecido a su país.

El domingo llegó volando, entre lecciones, ibuprofenos, mensajes de amor con Lucca, llamadas a mi madre, prácticas de entrevistas con mi hermana e ilusiones de que todo saldría mejor la siguiente semana. Antes de dormirme, preparé con primor la ropa que iba a llevar a aquella entrevista en Manhattan. Unos vaqueros Levi's con unos tacones de punta beige de Jimmy Choo que había encontrado en el mercadillo de las pulgas de Bruselas. Un *blazer* blanco de Zara que combiné con una camiseta básica de Stradivarius, beige. También me puse de pendientes unos aros que había tomado prestados del joyero de mi madre. Ese que, como bien ella decía, «disminuye con los años». Había planeado tantas veces mentalmente cómo asistiría a aquella entrevista.

Me desperté el lunes por la mañana un par de horas más temprano.

Mandé un mensaje a la pesadilla de Frida recordándole que estaba de camino a ver a Mercedes y que, después de la entrevista, me pasaría por su despacho a por el dichoso dinero. Después de ducharme, maquillarme y hacerme una trenza de raíz en el pelo, salí con mis tacones hacia el metro de Nueva York en el que invertí mis últimos cuatro dólares en la maldita metro card. Cada viaje eran unos fastidiosos dos con veinticinco dólares. Barátísimo, como todo aquí. Acababa de quedarme sin blanca.

Llegué al Fashion District de Manhattan bastante emocionada. Caminando por la Séptima Avenida, también llamada Fashion Avenue, me sentía como en la película de *El diablo viste de Prada*. Mis tacones y mis *boyfriend jeans* de camino hacia Tory Burch. La desgracia es que la

película de ensueño se terminó muy rápido cuando llegué a la recepción de Tory y, después de dos horas y media de reloj esperando, una pobre secretaria que había levantado el teléfono unas doscientas veces delante de mí se me acercó y me dijo que iría a buscar a Mercedes. Al minuto salió informándome de que Mercedes estaba en París y no regresaría hasta el jueves. Me dijo un *supernice*: «*I am sorry, honey*».

Salí de la oficina abatida, hundida y derrotada. ¡Bienvenida a Manhattan, Marina! La ciudad que cumple igual de rápido tus sueños que tus desilusiones. Me sentía perdida, desubicada. Y por primera vez, en vez de ganas de llorar, me dio por reír. Reí histéricamente por las calles pensando en lo absurda que había sido mi vida los últimos días. No solo me habían tenido esperando tres horas muertas de los nervios y memorizando las preguntas en inglés, sino que encima ni siquiera estaba en Manhattan la tal Mercedes. Nadie me había prestado ni la más mínima atención en aquellas oficinas y encima había perdido otro día de academia, y lo que es peor, había perdido la cita con Isma en el dentista. Pues si Mercedes era como Frida, dudé mucho que fuera a contestar mis e-mails.

Joder, había puesto toda mi ilusión en aquella entrevista, llevaba preparándola días, otra vez me abatieron las ganas de llorar. Me sentía inútil, desamparada, como un bebé indefenso perdido en esta inmensa ciudad. Se me hacía tan grande. Me senté en aquellas inmensas escaleras rojas de Times Square. Y entonces empecé a cabrearme. ¡Se acabó este sentimiento de inutilidad! Voy a presentarme en las oficinas de Fri-fri de inmediato. Caminé taconeando con mis Jimmy Choo las diez manzanas hacia el Rockefeller Building. Estaba furiosa, exasperada, descompuesta. Entregué mi ID sulfurada y me metí en aquellos ascensores sintiéndome muy extraña.

Al llegar al lujoso piso dieciocho, me encontré con la preciosa Liu en la entrada. La visualicé a través de una puerta de cristal transparente nueva, donde estaban inscritas las iniciales de la empresa: «CERES International Consulting and Enterprises». El nombre sonaba tan imponente como todo lo que me rodeaba. Qué ficticio resultaba todo y qué poco me importaban las apariencias en aquel momento. Se abrieron las puertas, Liu estaba hablando por teléfono y me miró sonriente indicándome que entrara. Aquella preciosa asiática me hizo una seña con el dedo para que esperara en la entrada y seguidamente comenzó a buscar algo entre sus papeles. Sin mediar palabra y colocando su dedo índice en la boca indicándome silencio, me entregó un sobre. Observé que llevaba mi nombre escrito a mano: Att. Marina Hernández. Abrió las puertas de cristal dándome a entender que saliera y, justo cuando estaba a punto de abandonar la sala, me susurró un «*Have a nice day*» sin dejar de atender su llamada.

Salí por la puerta de cristal con la misma cara de imbécil con la que había salido minutos antes de las oficinas de Tory Burch. Abrí el sobre corriendo en cuanto me metí en el ascensor. Por lo menos esperaba encontrarme doscientos dólares. Pero lo único que había era un mísero billete de diez dólares, seguido de otros dos billetes de veinte y veinte. Cincuenta dólares de una tía que colecciona cuadros de Cézanne. ¡Qué generosidad! La mejor parte, sin duda, era la carta que los acompañaba:

Querida Marina, ha sido un placer tenerte con nosotros este fin de semana. Supongo que no hay mejor recompensa para ti que una entrevista en Tory Burch en Nueva York. Espero que haya ido fenomenal. Un abrazo, Frida.

Decidí caminar a la residencia, para pensar, para airearme, para recapacitar. Tampoco tenía otra cosa mejor que hacer y no me quedaba dinero para pagar otra *metrocard*. Llegué a la 14 un poco más sosegada, tranquila. En realidad, había venido a esta ciudad a aprender inglés. Me tranquilicé. Justo cuando estaba a punto de meterme en la cama, Paulix tocó la puerta de mi

habitación. A los pocos minutos estábamos caminando por el Meatpacking District. Paulix me arrastraba del brazo efusivamente, estaba nerviosa. Uno de sus galanes, el que más le gustaba, nos había invitado a tomar una copa en The Jimmys, la terraza de la última planta del James Hotel, situado en Tribeca. Su *rooftop* es una de las terrazas más conocidas de la zona Downtown de Manhattan; Paula me contó emocionada que era uno de los diez mejores hoteles según las publicaciones Conde Nast. En su azotea tiene una impresionante piscina donde puedes ver los atardeceres con vistas fabulosas. En ese local se celebraban las mejores fiestas privadas. Terry Richardson, el famoso fotógrafo, siempre celebraba sus cumpleaños allí.

En cuanto llegamos, nos recibieron dos mexicanos bastante bien vestidos en la puerta del hotel. Subimos por los ascensores y la estampa no podía ser más espectacular. Se veía perfectamente la parte oeste del río con todos los edificios de Nueva Jersey al otro lado. También impresionaban todos los edificios altos de la zona de Downtown. Como se acercaba el 11S, los mexicanos nos contaron que esos dos focos gigantescos de luz representaban las dos torres. «La luz que habían dejado los fallecidos». Nos sentamos en la terraza y pedimos unos mojitos. Los mexicanos empezaron a hablar de un proyecto de restaurante que iban a abrir justo debajo de este maravilloso hotel. Se llamaría Taka Taka. Un restaurante mezcla de mexicano y japonés, que efectivamente iba a llevar un original logo de «tacos japoneses y sushi mexicano». Iban a meter ingredientes del sushi en los tacos y viceversa. La idea me pareció del todo original. Sobre todo viniendo de dos chicos que apenas acababan de cumplir los veinticinco años. Así era todo en Manhattan. Una ciudad plagada de emprendedores jóvenes que venían con ganas de cumplir sus sueños. Así precisamente me sentía yo en aquel momento. Aunque la mitad de la tarde la pasé fingiendo que escuchaba, realmente solo pensaba en el incidente de las impresionantes oficinas de Tory Burch. Aquella maravillosa perspectiva, los edificios, las luces, ese escenario único me provocaban unas ganas inmensas de quedarme a vivir allí.

Seguí pensando en el edificio de Tory Burch que me había dejado con la miel en los labios. Era gigantesco, como el de las oficinas de Fri-fri en el Rockefeller plaza. Techos muy altos y, en esta ocasión, una recepción con cuatro secretarias situadas en círculo. A la entrada, te encontrabas una fuente inmensa llena de pétalos de flores, tenías que rodearla pisoteando una impecable alfombra dorada para llegar a los ascensores. Justo después de la recargada fuente, te encontrabas con otro gigantesco mostrador en forma de «L». Un diseño bastante novedoso que parecía que te indicaba, por la forma de la mesa, dónde se encontraba la segunda tanda de ascensores. Todo un lujoso escenario, lleno de luz artificial y un aire acondicionado altísimo con olor a lirios. Me encanta el olor a lirios. Había aprendido sobre el olor de las flores gracias a mi padre. A veces íbamos al Jardín Botánico de Madrid y me explicaba con ternura la diversidad y las características de los diferentes tipos de plantas. El olor de los lirios era uno de sus favoritos. «Es un olor muy característico, Moli, y además, los lirios son un símbolo icónico floral de la llegada de la primavera».

Continué pensando en aquel edificio y en las ganas que tenía de taconear todos los días de mi vida por allí. Repasé mentalmente una y otra vez los nombres de las empresas que compartían edificio con Tory Burch. Monique Lhuillier, una de mis diseñadoras de vestidos de novia favoritas, había visto que se encontraba en el piso tres, al lado de Erickson Beamon, parecía importante, me había quedado con el nombre en mi memoria para luego *googlearlo*. Erickson Beamon. ¡Bea-Mon, como Bea y Emon, dos compañeros de mi clase del colegio que llevaban juntos toda la vida y que sabía con certeza que acabarían casándose! Así no se me olvidaría el nombre.

La tarde pasó volando y los mexicanos nos invitaron a cien mil mojitos. Yo disimulé

bebiéndolos lentamente y, en cuanto no me veían, los tiraba al suelo o a la piscina. ¡Cualquiera era capaz de decirle a los mexicanos que no te apetece beber! En cuanto me empezó a doler la hinchazón puse una excusa cualquiera y me fui a casa. Por supuesto, uno de los amigos de Paula tenía chófer y me acercó a la residencia. Creo que tenía intención de ligar conmigo aquel pobre, pero yo, para variar, estaba realmente cansada. Llegué a la residencia. Como de costumbre, mi *roommate* no estaba.

Cerré los ojos escuchando el sonido específico de Nueva York. Cláxones, sirenas, ruedas, gritos, metales. Aquella particular estética caótica de la gran urbe del siglo xx. Me sentía atrapada por aquella fascinante ciudad. Todo el mundo se deja atrapar por Nueva York alguna vez. Sin saber que, en este caso, quizá fuese yo la que me dejara atrapar muy fácilmente por los distintos escenarios, por motivos diversos, por distintos sentimientos. Eso era precisamente lo que siempre me decía mi hermana.

IX

WE DON'T MEET PEOPLE BY ACCIDENT, THEY ARE MEANT TO CROSS OUR PATH FOR A REASON

I checked the clock at ten pm. Cool air was blowing in through the sky roof and we were drunk of each other's laughter. I was happy.

El día transcurrió con normalidad. Asistí a la academia, aprendí un par de conjugaciones y verbos irregulares. Por suerte conocí a un chico latino llamado Conrado en el *lunch break* que me contó que su tío era dueño de una tienda de perritos calientes cerca de Madison Square. Estaban buscando trabajadores para repartir publicidad en la calle a la salida de los partidos y pagaban quince dólares la hora. Me comentó que había quedado con otra chica española de su clase de gramática la mañana siguiente para ir a trabajar después de la academia. Entusiasmada, le confirmé que estaba «cien por cien IN» para el plan de los perritos.

A la salida decidí regresar dando una vuelta para hacer tiempo hasta las siete p.m., hora de mi cita en la NYU con el doctor Kahlid. Como me había llevado el ordenador a clase, hice un descanso en un Starbucks y mandé algunos e-mails pendientes por orden de importancia, la que desgraciadamente le daba en aquel momento:

– El primer e-mail fue para mi querida amiga Frida, estaba escrito en un tono generoso, amable, dándole las gracias por el espléndido sobre que me había dejado en su oficina y por la cantidad de mensajes amables que me había enviado aquellos días.

– Por supuesto, el segundo e-mail fue para Mercedes, explicándole lo absolutamente feliz que había sido perdiendo tres horas de mi valioso tiempo en una sala de espera en la que era totalmente invisible para todos los asistentes, especialmente para ella que estaba en París, probablemente brindando con su maridito gay y el mejor champán.

– El tercero, a mi madre, pidiéndole perdón por no hacerle ni caso esos días.

Como tenía tiempo, también busqué en Google quiénes eran «Erickson Beamon», la firma que compartía edificio con Tory Burch. Wikipedia me informó de que EB era y es una de las firmas de joyas más conocidas de Estados Unidos. Las diseñadoras presentaban su próxima colección en las siguientes semanas. Al parecer, sus propuestas eran siempre impecables. Esta vez, el evento tendría lugar en las galerías Milk del Meatpacking District de Manhattan. El escenario perfecto para desfiles de moda con aires *vintage*. Cómo me gustaría asistir a un *show* allí.

Después de estar un par de horas revisando mi Facebook y hablando con Lolita de su nuevo medio novio Gonzalo, inicié mi caminata al dentista. Cuando me fui acercando a la NYU, empecé a ponerme un poco nerviosa pensando en Ismael. Intenté retocarme el pelo en los escaparates y fui estirando mi vestimenta como si la diferencia fuera a ser notoria. Al subir a la recepción del quinto piso, le mandé un mensaje dejándole saber que estaba allí. De repente le vi caminando por uno de esos pasillos anchos de las consultas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Llevaba el móvil en la mano y su agenda marrón de cuero en la otra. Esta vez, bajo la bata se veían unos vaqueros acompañados de unas zapatillas de deporte bastante viejas. ¡Qué raro se me hacía verle vestido así! Con un jersey fino de pico gris por el que le asomaba el vello. ¡Madre mía, tiene pelo en el pecho! Lucca no tiene absolutamente ni un solo pelo en todo el cuerpo. Sin darme cuenta, cuando aparté la mirada de Isma, observé ruborizada que estaba justo frente a mí. Sonreía, fingía que se estaba abrochando algún botón de la parte superior de la bata. Me sonrojé

del bochorno. ¡Me había pillado mirándole! Él bromeó dándome un empujoncito y preguntándome qué miraba. Yo le devolví el empujón y le respondí con un tono flirteante «nada, nada». Continuamos riendo mientras caminábamos por los pasillos que parecían prácticamente abandonados, como era tarde no quedaba ni un alma. Muchas de las consultas estaban cerradas y con las luces apagadas. Casi no se escuchaban máquinas y, para mi tranquilidad, casi no olía a productos médicos ni a enfermedad. El doctor Kahlid me revisó con su linternita y me informó de que iba a quitarme los puntos sin anestesia ni nada, que la cosa pintaba bastante bien. También me dijo que estaba bastante más guapa. Yo sonreí. Me ponía muy nerviosa tenerle cerca. Cuando noté que cortaba los hilos, cerré los ojos asustada. Lo había pasado tan mal la semana anterior que me temía cualquier cosa. Él me sujetó la mano. No llevaba guantes de látex. Me susurró un cariñoso: «No pasa nada, esta vez no voy a hacerte daño». Y a mí me recorrió un escalofrío por las entrañas que me subió al instante el rubor a las mejillas, otra vez rojo pasión. Su voz, sus brazos, su pinta de hombre adulto. Me sentía como la protagonista del libro de *Cincuenta sombras de Grey*. Le deseaba.

—Ya está, Marina, ¿te ha dolido mucho?

—¿De verdad?

—Bueno, hoy solo te he quitado los puntos, ahora dentro de una semana o dos, cuando la boca se recupere, deberíamos hacer el implante de hueso. Pero para eso necesito que me mires lo del seguro médico. ¿Lo has mirado?

Sonreí tímidamente reincorporándome en la silla. Él se mordió el labio y se quedó sentado observándome, también sonriente. Justo entonces reímos los dos.

—Bueno, Marina, no te lo había dicho, pero tengo una cosa superimportante que contarte. Creo es de extremada urgencia que lo sepas.

Volvió a sonreír mientras organizaba sus instrumentos y tiraba a la basura un par de guantes de látex. Se sentó en un taburete con ruedas que había justo al lado de mi silla y apoyó sus manos en mis rodillas. Yo creí que me iba a dar un ataque al corazón. Los dos solos, en un hospital medio abandonado, Manhattan atardeciendo de telón. Los rascacielos, aquel jersey gris de pico.

—Bueno, venga, ¿qué? —O me besaba ya o era capaz de desmayarme.

—Atención, estate atenta porque, tras días de diversas investigaciones, ya sé lo que le pasó a Walt Disney. Lo he investigado todo.

Se mordió el labio otra vez. Mierda. ¿En serio? ¿La noticia no era que te habías enamorado de mí y querías casarte conmigo? Bueno, venga, está bien, lo de Walt Disney también me interesaba bastante.

—¿De verdad investigaste? Bueno, y cuéntame, ¿qué es?

Se retiró entonces de la silla. Se levantó y empezó a desenchufar los cables y a recoger sus cosas.

—Para saberlo vas a tener que dejarme que te invite a cenar. ¿No querrás que te cuente esta información de tal importancia aquí, rodeados de tanta gente que se muere por saber el desenlace?

Miré a mi alrededor, estábamos completamente solos. Los dos. No había nadie. Se apagaron algunas luces y cada vez se oían menos pisadas.

—Bueno, tendré que aceptar la invitación entonces, doctor Kahlid.

Sonrió, me pidió que le esperara en la entrada. Yo estaba a punto de que me diera un ataque de los nervios. No me podía gustar más. No podía ser más atractivo. Su barba y su aspecto adulto me provocaban un escalofrío por toda la tripa que conseguía ponerme los pelos de punta.

De camino a la recepción, aproveché para retocarme en alguno de los reflejos que provocaban

los carteles. Enseguida le vi caminando hacia los ascensores, él se atusaba también el pelo entre zancada y zancada. Y de inmediato me vino una oleada a su perfume, olía maravillosamente bien. Me pregunté qué colonia acabaría de utilizar disimuladamente mientras yo le esperaba.

—¿Cuántos años tienes, Isma? —¡Huy, para que habré preguntado eso!

—Veinticuatro, ¿y tú? —Sonrió.

—Yo, veintiséis.

—Perfecto, entonces. Vamos. —Me agarró de la mano.

Debía de tener unos treinta y cuatro. Salimos de la universidad y me llevó caminando a un sitio japonés que se llama Amber Kips Bay. Estaba situado a unas cuatro manzanas del edificio de la NYU en la Tercera Avenida y la calle 28. Me contó que, al parecer, hacían los mejores mojitos de la zona. Algunos días, después de trabajar, solía venir aquí con sus compañeros del máster. Aunque, bueno, me contó entristecido que todos le habían abandonado ya. «Eso es lo malo de Nueva York, querida paciente, que todo el mundo se va... Para quedarte tienes que realmente amar lo que haces, si no, al final te acabas marchando, es una ciudad muy dura, ¿sabes? Quizá la más dura del mundo, diría yo». Noté cierta melancolía en sus palabras, eso me gustó mucho, me agradaba la entereza con la que hablaba. No lo hacía en vano, y a menudo se refería a experiencias vividas en la ciudad, eso me encantaba. Y además, su postura, sus cálidas palabras reflejaban seguridad, autoridad. Yo, acostumbrada a Lucca, que era un crío más que otra cosa, no me podía inquietar más. Me encantaba.

Nos sentamos en una de las barras altas de la planta de arriba del restaurante, él se encargó de pedir dos mojitos y luego me preguntó si me gustaba el sushi. A decir verdad, pocas veces lo había probado. Y no me apasionaba demasiado, me daba vergüenza comer con palillos. No se me daba nada bien. Decidí que la mejor opción era contarle una mentirijilla para salir de aquella situación incómoda. Le comenté que de pequeña había tenido una infección en el estomago debido a un atracón de salmón ahumado. Desde entonces, dejé de comerlo porque me recordaba lo mal que lo pasé.

—Aun así, eso fue hace mucho tiempo y tengo ganas de volver a probarlo.

—Fenomenal, si confías en mí, voy a pedir cosas ricas y medio blandas para que puedas masticar sin forzar.

—Genial.

—Bueno, ¿y lo de Walt Disney?

Sonrió y en ese momento empezaron a traernos unas apetitosas bandejas de sushi. Empecé a sentir vergüenza cuando me di cuenta de que solo habían traído palillos. Además, eran de metal, yo estaba acostumbrada a los de madera. Y aquel juego de palillos de metal requería de un talento impensable, muy difícil de desarrollar en aquellos momentos.

—Bueno, doctor Kahlid, tengo que confesarte algo. Como ya es literalmente imposible que haga aún más el ridículo contigo después del día del desmayo... Tengo que decirte que no sé comer muy bien con palillos. Y menos con estos de plata tan pesados. Lo digo para que cuando rompa los trozos de sushi y se me caiga la salsa en tu jersey gris, estés avisado por lo menos. Es la última catástrofe que me falta.

Soltó una carcajada.

—Oye, a mí lo del desmayo me encantó. Me pareció muy sexy la manera en la que te caíste. Y la manera en la que te despertaste.

—Te refieres a cuando me desperté mientras se me caía la baba.

Carcajada otra vez.

—Y mira, yo puedo enseñarte a usar los palillos.

Acercó mi taburete al suyo. Sujetó mis manos y la noche se convirtió en el escenario de una película romántica. Sus manos acariciando mis manos. Su sonrisa ladeada. Sus fuertes brazos, sus manos retirándome el pelo de la cara. Yo practicando torpemente con los palillos de metal. Él riéndose de mi torpeza. Me contó historias sobre el sushi, una de sus comidas favoritas. Me habló de los mil restaurantes japoneses que hay en esta ciudad, de cómo los había ido descubriendo, uno a uno, año tras año. Se reía con mis contestaciones y me llamaba de vez en cuando Moli Jones porque le hacía mucha gracia que yo me comparara con Bridget. También me contó la historia de Disney. Resulta que, después del éxito de *Blancanieves*, Walt y su hermano llevaron a su madre Flora a una nueva casa en Burbank, California. Una casa que acababan de comprar gracias al dinero que estaban ganando con los éxitos de sus primeros escritos. El gas del horno no funcionaba bien y Flora murió por asfixia en esa misma casa, a finales de 1938.

—Dios mío, pobre Flora —dije con cara de abatimiento y desconsuelo.

—No hace falta que sufras, Briggi, eso pasó hace mil años.

—Bueno, déjame sufrir si me da la gana por la pobre Flora. —Y otra vez nos sonreímos.

Cuando me di cuenta, la noche había terminado. Estábamos los dos fuera, esperando un taxi. Yo iba bastante contenta después de los tres mojitos, él no tanto. Saqué una sudadera de lino morada de mi bolso y me la puse sobre los hombros con gesto de frío. Él se puso enfrente y me colocó la capucha dándome un abrazo.

—Isma, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, dime.

—El día que me desmayé. Me viste las...

—¿Las qué?

—Las bragas.

Y entonces nos separamos debido a la carcajada que soltamos los dos de inmediato. Al segundo me arrepentí de haber formulado esa pregunta. Última vez que bebo mojitos de esta manera descontrolada. Pero es que ¡necesitaba saberlo! Necesitaba saber si había visto a las Supernenas o no. Seguimos riendonos y bromeando toda la velada hasta que, en uno de mis ataques de risas nerviosas, presioné la mandíbula y sentí un dolor terrible en la mejilla, cerca del labio. Rápidamente coloqué mis manos en un acto reflejo sobre el moflete derecho e Isma se acercó con cara de preocupado.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No sé, me ha dado un pinchazo en la mandíbula. Pero sí, creo que estoy bien. —Mantenía mis manos apretadas. ¡Joder, me dolía otra vez muchísimo!

—A ver, déjame ver. Me sostuvo con cariño de los mofletes y me indicó con un gesto que abriera la boca.

Inviabile, no pienso abrir la boca ahora después de comer.

—Que no, que no, que estoy bien, de verdad...

Imposible que me revise ahora después de cenar.

—Déjame ver.

—Que no, en serio, que estoy bien.

—Bueno, a ver, déjame ver un segundo, no hace falta que abras la boca si no quieres. Es una revisión exterior. Déjame ver. —Se acercó. Cerré los ojos. Volvió a hablar—: A ver, muerde ahora como puedas. —Lo hice sin rechistar, abrí los ojos. Observé a muy pocos centímetros de mí esos profundos e intensos ojos negros—. Ahora deja de morder fuerte, lentamente. —Lo hice también—. Ahora muerde otra vez. —Mordí, pestañee y, sin darme cuenta, cuando estaba a punto de perderme en la mirada profunda del doctor Kahlid, estaba sumida en el más profundo y

romántico de los besos.

Todavía recuerdo las mariposas que sentí en el estómago. Y recuerdo sus manos, esas gigantescas manos, acariciando mi espalda y acercándose lentamente a su cuerpo. A ese cuerpo corpulento. Esos brazos, esa espalda. El tiempo se paró ante nosotros como si el ruido del tráfico de Manhattan nos abandonara. Me besaba tan lentamente que yo creía que iba a perder el sentido. Solo con los labios. Mi cuerpo deslizándose entre esos gigantes brazos, mi corazón cada vez más acelerado y nuestros cuerpos cada vez más cerca.

Me sentía segura, viva, protegida.

—Bueno, Moli Jones. Me quedaría haciéndote un par de revisiones externas más. Pero te van a cerrar la residencia y no quiero que duermas entre cajas en una sandwichería.

Sonrió de medio lado, me acercó a su pecho, me besó en la frente y, mientras me abrazaba, me paró un taxi con la otra mano. Nos despedimos con otro beso, esta vez mucho más intenso que el anterior, quizá porque no hay nada mejor que un beso cuando se piensa que puede ser el último. Y justo antes de subirme al taxi, me recordó lo del seguro médico. Me pidió que se lo prometiera. Se lo prometí, como para no prometérselo. Y entonces me subí al taxi. Felicidad, nervios, ganas y energías para parar un tren. ¡Me he besado con el doctor Kahlid! Y pensé en cómo se lo contaría a Pepa, a Lolita y a las mexicanas. Para colmo de mis alegrías, cuando miré el móvil para asegurarme de la hora, tenía un mensaje de Mercedes. ¡La felicidad completa!

Marina, lo siento muchísimo. Acabo de volver de París. Voy a estar viajando por Europa hasta octubre. ¿Nos vemos el lunes 5 de octubre a las nueve am? Podemos quedar en café Macarrón y te invito a desayunar. Está en la esquina de la calle 36 y la Séptima Avenida. Mándame un mensaje el día anterior para que no se me olvide. Siento todo el lío. Un cordial saludo. Mercedes.

Perfecto, Mercedes, nos vemos allí a las nueve. Te mando un mensaje más adelante.

X

LOOK AT YOUR FRIEND AND WONDER WHY THE HELL AREN'T YOU COMEDIANS

A la mañana siguiente, justo antes de salir hacia la academia, me crucé inesperadamente con Silvana. Llevaba días desaparecida y sus cartas no estaban. Mientras bajaba por la escalera, agarrándome de la barandilla, pude notar, por la manera en la que arqueaba su espalda y movía sus manos, que debía de estar angustiada por algo. Hasta me atrevería a decir, sin verle la cara, que estaba llorando. Explicaba algo alteradamente a la hermana Norma. No entendí muy bien qué, creedme que intenté por todos los medios escucharlo.

Me santigué repentinamente, como si de algo fuera a servir tal gesto en la operación de su hijo Jaru. No sabía qué otra cosa podía hacer. Aunque, bueno, bastante había hecho sin decir nada a las monjitas sobre la desaparición de mis queridos dos mil euros. La verdad es que ya empezaban a darme igual y deseaba con todas mis fuerzas que operaran a aquel niño cuanto antes. Recordé cuando le conté la anécdota a Isma. Estuvo un rato explicándome otras desdichas y situaciones escabrosas que había vivido alguna vez en su hospital. Me dijo que en Manhattan, sin dinero, era realmente imposible recurrir a buenos médicos. Conocía a gente que se había endeudado de por vida con tal de conseguir una operación quirúrgica. Simplemente el hecho de que te recogiera una ambulancia ya rondaba entre los dos mil y los tres mil dólares. Obviamente, cuando te despertabas en el hospital, si no los tenías, te endeudabas. Cuando le conté lo de las cartas, me explicó que aquella operación podía oscilar entre los doscientos mil y los trescientos mil dólares. Menuda desazón pensar que mi aportación a la causa no había servido ni para cubrir un uno por ciento de los gastos. Todo se movía así en esta ciudad, dinero, dinero, dinero, y recordé que Isma me había vuelto a preguntar lo del seguro. Aún no sabía muy bien cómo iba a salir de esta, pero ya me las arreglaría. ¡Malditos The Killers!

Al salir de la academia, me dirigí con Conrado hacia el estadio Madison Square Garden donde se encontraba el puesto de perritos calientes de su familia. Al llegar, vi en la puerta a una chica morena, más o menos de mi edad, de mi peso y de mi estatura. Es decir, bajita, menuda y ni muy gorda ni muy delgada. Iba vestida con unas bailarinas marrones y unos vaqueros ajustados que combinaba con una camisa estampada en azules. Nos hizo un gesto simpático de bienvenida. Mientras nos acercamos, observé que se metía en la boca casi de golpe una barrita de esas energéticas Special K, de cereales y chocolate. Nos habló aún con la boca llena y con un tono simpático y burlón, muy divertido.

—Hola, Conrado. ¿Qué tal? Perdona que esté comiendo, ¿eh? No vaya a ser que desperdicie unas pocas calorías para este culo gordo que estoy echando, ¿eh? —Soltó una risotada nerviosa y se movió guasonamente, meneando el culo de un lado al otro como si de una función de circo se tratara. Se volvió para dirigirse a mí—: Es que, tía, ¿tú no has engordado en este país? ¿Hablas español, no? ¡Por Dios, yo me siento como una vaca! —Se observó el trasero arqueando la espalda—. Mi madre ya me ha dicho que para Navidad viene a buscarme en remolque. —Carcajada nerviosa otra vez. Estaba completamente loca, una trastornada muy desinhibida. Su actitud me hacía reír. Era muy gansa. Le importaba un bledo no conocernos de nada y estar actuando así—. Bueno, después de esta maravillosa introducción con la que os acabo de deleitar, ¿cómo te llamas?

—Yo me llamo Marina. Y sí, yo también voy a volver en remolque en Navidad. No hace falta avión, ya iremos flotando por el mar.

Saqué unas patatas Lay's sabor «Mediterráneo» de mi bolso. Nos echamos a reír sin que el pobre Conrado entendiera nada de lo que hablábamos. Lo cierto es que había engordado un poquito en aquella semana y media en Nueva York. Con lo de la muela, solo me había dedicado a comer helado, batidos y sopas de esas americanas llamadas Clam Chowder. Aparte de los *muffins* y donuts blanditos que me habían traído al cuarto las mexicanas. Ya comenzaba a sentirme un poco más hinchada, especialmente en la cintura e incluso en las nalgas. Todo en Estados Unidos parecía engordar más de lo normal. Isma me había explicado lo que significaba el concepto «orgánico». En Estados Unidos hay dos tipos de supermercados bien diferenciados. Los que son orgánicos y los que no. Los primeros son mil veces más caros que los anteriores. Básicamente, te aseguran que en sus mercancías han evitado el uso de productos químicos, como pesticidas, herbicidas y fertilizantes artificiales. En resumen, te aseguran que el pavo es pavo y sabe a pavo, y que el pollo es pollo y sabe a pollo. La diferencia es bastante notable, en los supermercados normales, aunque son mil veces más baratos, muchas de las frutas y las verduras son absolutamente insípidas, parecen de plástico. Por no hablar del pescado y la carne, que tienen un sabor muy distinto y bastante desagradable.

Mientras caminábamos hacia la Octava Avenida rodeando Madison Square Garden por la 33, pasamos por un escaparate de espejos. Mi nueva amiga, Julieta, lo sabía por Conrado, se paró a mirarse. Se volvió a reír y se dirigió a mí canturreando.

—Es que mira, mira, Marina, taka taka taka taka ta. —Movié el culo de una manera burlona acompañada por esa risa contagiosa—. Te prometo que últimamente yo JURO que soy Jennifer López. Pero en gordo y en blanco. —Carcajeo nervioso, gestos exagerados, era hilarante la manera en la que bailaba el «takatá» haciendo burla de sí misma, no podía ser más divertida. Conrado hizo una mueca de desentendimiento y nos pidió que esperáramos fuera mientras entraba a buscar los pases y los uniformes.

—Bueno, Jennifer López, y ¿de dónde eres?

—Soy de Marbella. ¿Y tú?

—De Madrid. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Y qué haces?

—Ah, pero ¿no te lo he dicho antes? Soy gogó de tallas grandes. —Se agarró a una farola de manera ridícula y tarareó el *Single Ladies* de Beyoncé mientras ponía caras sexys jocosas agarrada a ella. De repente soltó una carcajada y se acercó de nuevo hacia mí, riñéndose—: ¡Basta ya, Julieta, por favor, eh, que tienes veintiocho años! ¡Esto no puede ser! Ya paro, ya paro, perdona.

—Ah, ¿no eres gogó en serio? Pensaba que sí. —No me podía caer mejor la locutis esta, creo que podíamos llegar a ser grandes amigas.

—No, lo de gogó lo estoy dejando —me dijo en tono serio, y justo después, volvió a reír—. Por ahora estudio inglés, me gustaría estudiar algo de cocina en Manhattan. El sueño de mi vida es abrir un restaurante español en Manhattan. ¿Te imaginas?

—Un restaurante en Manhattan. Suena muy bien, sí.

—Lo malo es que todo el mundo me dice que es imposible. Que es carísimo y que no tendría sentido. Pero bueno, yo ya he pensado hasta el nombre. Se llamaría el Comilón. ¿A que no te imaginas por qué? —Volvió a sonreír.

—Me lo puedo imaginar un poco, sí.

—No sé, me parece un nombre divertido. Me imagino que quedo con mis amigas a tomar algo en el Comilón y mola. Aunque, bueno, igual tengo que trabajar un poco más el *marketing*. Por eso ahora lo que estoy haciendo es un curso *online* de *marketing* digital en FIT, Fashion Institute of Technology.

—¡Qué guay! Pues a mí el Comilón me gusta. Mola.

—¿Sí, verdad? Bueno, ¿y tú? ¿Qué haces? ¿Cuándo has llegado?

—Yo acabo de llegar, hace apenas una semana, estoy estudiando inglés. Pero también me gustaría informarme de los cursos de *marketing* y PR en Parsons. The New School.

—Ah, ya, Parsons está considerada la mejor universidad de diseño del mundo, junto con St Martins en Londres. Lo que pasa es que ahora dicen que se han quedado un poco estancados en los contenidos digitales. Y que por eso la gente de *marketing* digital y de diseño gráfico se está pasando a FIT. Que es la segunda mejor universidad de diseño de la ciudad.

—Ah, no lo sabía, bueno tendré que mirarlo.

Y justo cuando estábamos a punto de mantener dos minutos de conversación medio decente e interesante sin hacer el ganso, Julieta comenzó a partirse mientras miraba hacia el escaparate de nuestra nueva oficina 33 Chicken Hot Dogs. Me giré y vi que, a lo lejos, Conrado y otro amiguito suyo estaban cargando dos gigantescos disfraces de gomaespuma. Uno era de *hot dog* gigante y el otro era de un pollo monumental amarillo. ¿No pretenderían que nos pusiéramos eso en serio? Antes de que me diera tiempo a reaccionar, observé a Julieta corriendo entusiasmada hacia Conrado.

—¡Me pido el pollo, me pido el pollo! Bueno, bueno, bueno, me encanta, o sea, ¡me encanta! Siempre he querido disfrazarme de pollo loco. ¿Cómo se pone esto? ¡Ayúdame, Conrado! —Tiró rápidamente su bolso al suelo, se puso eufórica aquel disfraz absurdo con ayuda de los dos chicos. Entre ambos sujetaban a Julieta para que no perdiera el equilibrio mientras se embutía en la gomaespuma amarilla. Y cuando por fin asomó la cabeza por el agujero situado justo dentro del pico, pude ver que estaba completamente despeinada y ahogada de la risa—. Mira, Marina, mira, qué sería soy para tener veintiocho años. —Y agitaba las alas mientras hacía un movimiento ridículo con el disfraz, moviendo consecutivamente sus rodillas—. Po koko kokoko kokooo —gritaba mientras yo lloraba de la risa—. ¡Corre! ¡Ponte el tuyo!

Todavía seguíamos soltando carcajadas mientras me ayudaban a meterme en el disfraz de salchicha gigantesca. El mío era bastante más incómodo porque la salchicha llegaba hasta los tobillos impidiendo absolutamente la movilidad normal de las piernas. Me acerqué dando unos ridículos saltitos con los pies juntos hacia mi amiga-pollo. Literalmente, a tres metros de distancia. Con cada salto se doblaba la salchicha y estaba tan muerta de risa que en uno de los saltos perdí el equilibrio y caí rodando. Empecé a gritar, despeinada, haciendo la croqueta con cara de pánico y chillando un patético «*Help, help!*». A Julieta casi le da algo.

Después de aquel absurdo atracón de risa, nos tranquilizamos e intentamos escuchar las instrucciones que nos daba Conrado. Parte de las risas venían de la actitud seria que había mantenido Conrado durante toda nuestra *performance*: pretendía que nos tomáramos en serio nuestra labor. ¡Ni que fuéramos las nuevas presidentas del gobierno!

—Estos son los *flyers* que tenéis que repartir. Cuando los acabéis, entráis. Y mi papá les entrega más. Pónganse separadas, cada una en una esquina, para que no atropellen a los clientes.

Y así, disfrazada de salchicha gigante, asomando la cara por una redecilla marrón y con dolor de tripa de tanto reírme, inicié la que sería la amistad más bonita que he tenido en Manhattan. Cada día era una aventura y, sobre todo, risas aseguradas. Cuando no bailábamos *La Macarena* disfrazadas, hacíamos apuestas: a ver quién ligaba con más chicos dentro de la salchicha. Era el disfraz más ridículo de los dos. Hasta apostábamos porcentajes muy altos de nuestros increíbles salarios para ver quién se atrevía a hacer cosas cada vez más absurdas.

—Venga, Marina, te doy tres dólares si vas corriendo agitando las alas y moviendo el culo de pollo y gritando ¡TUPANKA! Y te tiras encima de ese tío bueno con la camiseta de los Lakers.

¡No hay huevos!

Lo sorprendente era que con Julieta siempre había huevos. Y bailó el *Single Ladies* vestida de salchicha en la Quinta Avenida, se bañó en Columbus Circle vestida de pollo. E incluso atacó gritando Tupanka a varios grupos de tíos buenos. Las dos éramos fans incondicionales de la película *Tomates verdes fritos*. Nos encantaba su grito de guerra. Lo que más gracia nos hacía, tras más de dos horas metidas en los disfraces, ya no tan divertidas, era sacarle punta a la situación.

—Tía, veintiocho años, gorda como una vaca y disfrazada de salchicha. Y luego me pregunta mi madre que por qué no me caso. ¿Pero cómo me voy a casar así? —Y yo me volvía a ahogar de la risa. Muy pocas veces me había reído tanto con alguien.

La siguiente semana transcurrió rápido y fue tronchante. Julieta vivía en un apartamento muy cerca de Times Square. En la calle 49 y la Sexta Avenida. Era un pasillo gigantesco que terminaba en tres habitaciones minúsculas. Una era de Julieta, la otra de Samantha, una chica muy pijita americana, y la última de un indio muy raro que no hablaba inglés y que le llenaba a Juls la nevera de cosas con curry. Muchas noches me quedaba a dormir en su casa y planeábamos juntas las contestaciones a los mensajes de Ismael. Isma estaba constantemente de viaje de negocios en Barcelona. Pero me escribía muy a menudo recordándome que se moría por hacer otra revisión externa. Yo me moría por volver a verle y planeaba con mi Juls, y a veces con Samantha el modelo de nuestra siguiente cita que sería el próximo fin de semana.

La madre de mi nueva mejor amiga vino a visitarnos ese precioso mes de septiembre y nos llevó a sitios maravillosos. Un día nos invitó al *rooftop* del 230 de la Quinta Avenida a hacer *brunch*.

También nos llevó a cenar al restaurante Thao de la calle 59. Nada más entrar, te encuentras con el gigantesco Buda que aparece en el restaurante donde Penélope Cruz conoce a Mister Big en *Sexo en Nueva York*.

En realidad, el sitio no es tan espectacular, me recordaba un poco al antiguo Buda Bar de Madrid donde muchas veces iba con mis amigas a perseguir a Lucca y al Polilla. De vez en cuando, me acordaba de Lucca. De su moto, de sus abrazos, del cosquilleo que me recorría el cuerpo cada vez que me silbaba desde la calle y esa emoción con la que me asomaba a la ventana. Allí estaba, en San Francisco de Sales, con su moto, con sus ojos, con su tatuaje. Recordé también la primera vez que hicimos el amor. Pequeños, insensatos, nerviosos, apasionados, cuerpos de niños. Me daba mucha pena que cada día que pasaba en Nueva York pensara cada vez menos en él. Ahora tenía a Isma, no sé... Igual no me gustaba tanto como yo creía y era una obsesión infantil como siempre decía mi hermana. Qué razón tenía casi siempre Ariadna.

De la visita de la madre de Juls aprendí muchas cosas. Aprendí que mi amiga Juls tenía un novio valenciano. Se llamaba Santiago, su madre lo adoraba. A menudo hablaba muy bien de él, aunque Juls jamás lo nombraba. Me sorprendió un poco que nunca antes me hubiera hablado de él. Llevaban toda la vida juntos, supuse que cuando las relaciones son tan eternas, pasaban a ser el segundo plato en las conversaciones con las amigas. No sé, no me veía diez años con la misma persona. Paradojas de la vida de una joven sin compromiso.

De aquella visita de Mercedes también aprendí sobre una fotógrafa norteamericana llamada Berenice Abbott que presentaba una fotografía degradada de la mujer en el famoso MOMA. Lograba captar una imagen fija del movimiento de la mujer que simbolizaba el cambio y la evolución con el tiempo del ser humano. Mucho más simbólico en las mujeres, tanto físicamente como psíquicamente, nos explicaba Mercedes. La madre de Julieta era una mujer preciosa. Muy

elegante, iba siempre perfecta, impecable a todas partes. Tenía una belleza madura, plena, impresionante. Era también coleccionista de arte y estaba divorciada desde hacía muchos años de un marido al que casi no mencionaban. A menudo hablaba de los hombres de una manera un poco despectiva debido a distintas experiencias que había sufrido. Y a menudo discutía con Juls por lo exageradamente desastre que era.

—No sabes qué sustos me ha dado esta niña, Marinita, hija; un día se tatuó un diablillo rojo en pañales con un tridente en la espalda y llegó como si tal cosa. Imagínate el disgusto.

—Bueno, mamá, tenía catorce años. ¡Superémoslo ya, eh, por favor!

—Bueno, ahora tienes veintiocho y no sé qué te ha dado de repente con la cocina.

—Mamá, no me ha dado de repente. Llevo toda la vida interesándome por la cocina, lo que pasa es que a ti no te ha dado la gana de dejarme hacer lo que me gusta.

—Hija, pero si te he mandado ya dos veranos a Francia a estudiar en Le Cordon Bleu. ¿Qué más quieres?

—Efectivamente, mamá. Dos veranos. Me lo regalabas cuando era pequeña para que me callara. Pero resulta que ahora soy mayor y voy a abrir un restaurante. Punto. No quiero discutir.

—Hija mía, no digas disparates. Aún no entiendo por qué, con lo lista que eres, no te dedicas a algo más importante. Menos mal que tienes a Santiago que te guía en tus decisiones. Qué buen chico es Santiago. Deberías conocerlo, Marina. Es lo mejor que le ha pasado a mi hija.

Juls hacía oídos sordos a Mercedes. Y luego me decía que lo del restaurante era una tontería. Que lo hacía solamente por fastidiar a su madre. Que no creía que nunca llegara a abrirlo. Y cambiaba la mirada rápidamente y hacía aspavientos con las manos. Yo, que comenzaba a conocer muy bien a mi amiga, notaba en sus ojos la ilusión que le haría llegar a abrir ese restaurante. Y soñaba en silencio, junto con ella, cómo sería la apertura del Comilón. Aquel restaurante español en Manhattan.

Las citas con Isma también fueron evolucionando. La segunda vez que nos vimos me llevó a cenar al restaurante Spice Market, del Meatpacking District. Recuerdo que me puse un vestido negro muy corto y ajustado que me dejó Julieta. Nunca antes me había vestido así. Supongo que intentaba parecer mayor. Isma me sacaba trece años y me hacía sentir insegura. Me pinté los labios de rojo oscuro siguiendo instrucciones de mi inseparable amiga. También me dejó unos tacones altísimos de Top Shop y un bolso burdeos «a juego con los labios, tía». El «tía» nunca faltaba en nuestras conversaciones. A Isma aquellos conjuntos le encantaban. En un momento dado, incluso me acarició la pierna por debajo de la mesa bromeando con que llegaba a las Supernenas. He de reconocer que, con esas caricias y sus intensos besos mientras me acariciaba el cuello, llegaba a casa bastante... Bueno, bastante inquieta, vamos a decir. Juls bromeaba conmigo llamándome virgencita. Yo me defendía llamándola Julieta la Piedra. En dos de las últimas citas con Isma me ofreció ir a su casa y yo, muy nerviosa y sonrojada, le puse excusas absurdas para irme a casa. Simplemente me moría de la vergüenza solo de pensar en estar a solas con él. Me daba miedo no ser lo suficientemente buena para él. No olvidemos que el doctor Kahlid tenía bastante más experiencia que yo. Ya me había contado Pepa las mil aventuras que había escuchado en el hospital. Enfermeras, secretarias, anestesistas, todas estaban coladas por el seductor y atractivo doctor Kahlid, me daba mucho miedo no estar a la altura y solo de imaginarme su torso velludo me ponía mala.

A finales de septiembre, el doctor Kahlid me llevó al cine a Central Park, al cierre del verano. Era la última película al aire libre antes de que empezara el espantoso invierno neoyorquino. Isma me pidió que yo llevara una manta y que él se encargaría de coger sitio en su rincón favorito para ver películas al aire libre. Al llegar al mágico lugar, le distinguí con su jersey gris.

Tenía debilidad por ese jersey de pico. Le marcaba los brazos y le daba ese *look* desenfadado que me gustaba tanto, como si le diera exactamente igual lo que llevara puesto, y eso le hacía estar realmente guapo. Mientras me acercaba esquivando a la gente que estaba ya sentada en el césped, recordé los últimos besos que nos habíamos dado la última noche. Había sido el sábado, en uno de los *rooftop* donde me llevó a tomar un cóctel. Esta vez estábamos en el Standart Hotel, en la parte al aire libre llamada Le Bain. Salimos a la terraza para contemplar el panorama e incontrolablemente, como siempre, nos empezamos a besar. Yo llevaba otro vestido corto con tacones que me había prestado Julieta. Esta vez era gris y de tela de gasa, e Isma me había repetido mil veces esa noche que estaba excesivamente guapa. Llevaba una chaquetilla finita y negra sin sujetador, porque la espalda del vestido era abierta. La verdad es que tampoco lo necesitaba. Mi hermana Ariadna se había llevado toda la parte proporcional de pechos de la familia Hernández, dejándome a mí sin nada.

Isma, en un momento de la cena, me susurró al oído que le estaba volviendo loco saber que no llevaba sujetador. Reconozco que cada vez que me tocaba las piernas mientras nos besábamos me subía un cosquilleo por el estómago hasta la garganta que me ponía a cien. Algunas noches, al llegar a casa, había tenido que ducharme con agua fría para que se me quitara esa sensación imparable y el temblor de piernas cada vez que pensaba en las caricias de Isma. Jamás había sentido esto con nadie.

Esa noche, en una de las románticas escenas en las que nos besábamos solos en aquel *rooftop* del Standart, me miró fijamente con esos ojos negros mientras me movía lentamente el vestido de gasa en la parte del escote. Entonces empezó a acariciarme el pecho con una mano, haciendo semicírculos en la parte más delicada. Con la mano izquierda me tocaba el pelo mientras me besaba apasionadamente en los labios, rozándome la oreja. Creo que en mi vida había estado tan excitada, y lo siento, pero Lucca jamás me había acariciado así. Isma repetía muchas veces:

—Buf, me encantas, Moli, me encantas.

Y he de reconocer que esa noche yo también le acaricié un poco por encima del pantalón. La verdad es que ver como Isma tenía totalmente controlada la situación me intimidaba cada vez más. Se notaba que tenía demasiada experiencia y, aunque me ponía muy nerviosa, no me podía gustar más. Me moría de ganas de hacer cosas prohibidas con el doctor Kahlid.

Aquella tarde en el parque Isma había conseguido un hueco apartado a la derecha de la pantalla, justo a los pies de un árbol gigante. Había puesto una manta bastante grande en el suelo, y me explicó que era el mejor sitio para ver la peli porque las raíces del árbol creaban un sofá individual con acomodamiento para los brazos.

—Es perfecto para dos, mi Bridget, porque yo me siento aquí. —Se sentó con los brazos apoyados en las raíces y con las piernas abiertas dejando un hueco perfecto para mí—. Y tú te sientas aquí —añadió. Y me hizo un hueco entre sus piernas para rodearme con sus enormes brazos.

Aquel día no había dispuesto del armario de Julieta para mi vestimenta. Así que había elegido para la ocasión un vestido negro largo con una cazadora vaquera por encima. También llevaba un pañuelo de colores verdes y grises, y unos botines con un poco de tacón que combinaban con aquel pañuelo. Me senté con la espalda apoyada en Ismael y me besó la frente y los ojos. Yo giraba la cabeza todo el rato para darle besos, infinidad de veces. Y luego me quedaba con los ojos cerrados simplemente disfrutando de sus brazos y de su perfume. Olor a mi hombre de negocios. Frase de la que Juls se burlaba muy a menudo. La película que elegimos para aquella cita fue una de mis favoritas. *Vicky Cristina Barcelona*. En muchos momentos de la película, Isma me susurraba cosas al oído y yo le respondía en bajito girándome. Cada vez que lo hacía,

me agarraba el rostro y me besaba cada vez más apasionado, en uno de los besos pude notar con la espalda que Isma estaba bastante contento de estar allí conmigo. En cuanto me giré de nuevo y, para qué engañarnos, también bastante caliente, Isma me susurro: «Vamos a hacer una revisión externa», y noté una risita al oído mientras me quitaba la cazadora vaquera tapándome seguidamente con una de las mantas. Me empezó a hacer cosquillitas por los brazos y me bajó los tirantes del vestido para desprenderse del sujetador acariciándome otra vez en círculos los senos. Yo me movía y me reía también, y me intentaba girar para darle besos, pero él me susurraba al oído que prestara atención a la película.

Sus manos empezaron a deslizarse por mi cuerpo hasta que empezaron a hacer círculos en mi ombligo. Con la mano izquierda me seguía haciendo cosquillitas por los pechos mientras la mano derecha bajaba lentamente acariciándome el vientre. Con cada desplazamiento a la zona cero sentía un revoloteo en el estómago que parecía que me iba a hacer estallar. El corazón me latía tan fuerte que a veces sentía que iba a explotar. Por otro lado, los nervios, su olor y la manera tan delicada con la que me acariciaba me tenían totalmente paralizada. Por nada del mundo quería irme de allí. Isma empezó a acariciarme por encima de las braguitas y provocó con caricias lentas por mis muslos que abriera un poco más las piernas. Yo me giraba y le decía al oído: «¡Paraa, paraa!», aunque en realidad lo último que quería en este mundo era que Ismael parase. Me susurraba que siguiera viendo la película y me giraba la cara con el brazo izquierdo.

—Mira la película, que nos van a ver, Briggi, y cuanto más me digas que pare, menos voy a parar, te lo advierto. —Me lo decía de broma, con un tono medio imponente, así que yo no tenía otra opción que dejarme. Las manos empezaron a deslizarse por debajo de mis braguitas nuevas de encaje y el movimiento lento de sus dedos me hacía sentir que iba a echar a volar en cualquier instante, de vez en cuando paraba para hacerme rabiarse, yo me giraba y él entonces me decía:

—Ah, pensaba que querías que parase, Briggi.

Pero luego nunca paraba... Así hasta que empezó a mover los dedos en círculos rápidos una y otra vez. Yo intentaba fingir disimulando. Arqueaba la espalda. Trataba de que no se me notase que estaba a punto de llegar al cielo. Pero a veces, la respiración fuerte o el cerrar los ojos y abrir la boca era un acto reflejo absolutamente incontrolable. Todos estos suspiros iban acompañados de los susurros de Isma que repetían sin cesar ese: «No me puedes encantar más, Moli. Ya paro, ya paro, te prometo que ya paro». Las piernas se me tensaron y todos los músculos de mi cuerpo se estrujaron hasta que sentí que las luces del cine se apagaron y mi cuerpo se estremeció de pies a cabeza. Isma apretó aún más fuerte sus manos contra mí mientras yo sentía que me moría del placer. Instantáneamente empecé a reírme con unas carcajadas muy nerviosas y placenteras.

—Moli Jones, no veo que estés prestando atención a la película. No te pienso volver a traer al cine.

—Doctor Kahlid, para.

—Ahora entiendo porque te llamaban molinera de pequeña. Te van a estallar los mofletes, Briggi.

Y me los besaba, los mofletes, digo. Y me abrazaba fuertemente mientras continuaba dándome besos por la cara, el cuello, los hombros, la frente. Era inevitable, Ismael me requeteencantaba. Me volvía completamente loca. Sentía un deseo infinito de estar con él. A los pocos minutos de la escena descontrolada de pasión escondida, en un sitio público, Isma y yo nos encontramos recogiendo las mantas para irnos a casa. Me rodeó con su brazo y continuamos charlando sobre las escenas que más nos habían gustado de la película.

—A mí una en la que la protagonista decía: «Ahora no pares, ahora no pares». ¿A ti también esa, Briggi? —Me ruborizaba y le volvía a pegar en el pecho entonando un patético: «Para,

para», y él repetía ese «para» en tono burlesco, mientras me volvía a rodear con su brazo y me besaba.

Y así transcurrían los días. Academia, perritos calientes, risas con Julieta y cada vez que me llegaba uno de los mensajes de Isma, suspiraba de emoción y se me ponía cara de idiota al leerlo y releerlo. Y tardé muy poco en borrar a Lucca de mi mente, y aún menos en empezar a contarle todo a mi hermana Ariadna. Le conté que Ismael me volvía loca. Que me sentía protegida, resguardada. Aprendía. Era un hombre al que le apasionaba su trabajo y que había llegado muy alto por sí mismo. Eso le convertía en un ser superatractivo. Le conté por encima la escena del cine y, para mi sorpresa, Ariadna se alegró. Me hizo jurar y perjurar que tendría cuidado y usaría preservativos. Y después me dio un par de consejos para aquel fin de semana en el que mi doctor me había invitado a los Hamptons. Solo de pensarlo me descomponía, no me podía hacer más ilusión ir allí, de viaje con él. Encima, me había prometido que me ayudaría a preparar la entrevista de Tory Burch. Era justo el lunes siguiente. «Así la preparamos juntos», me encantaba como se preocupaba por mí. Estaba locamente enamorada del doctor Ismael Kahlid.

1.00 am. ¿Bridget, estás? No me puedo dormir pensando en una cosa muy importante.

1.02. Doctor Kahlid. Sí que estoy, A ver, cuéntame, ¿qué te pasa?

1.03. Un momento, ¿qué haces despierta?

1.03. Estoy estudiando para la entrevista. Je, je, me tiene bastante nerviosa.

1.04. ¿Seguro, no?

1.05. No, en realidad, estoy con otro. Ups, me has pillado. ;)

1.05. No tiene gracia, Marina. ¿Dónde estás?

1.05. ¡Que estoy en la residencia estudiando! ¿Qué te pasaba?

1.06. Ah, ok, ok.

1.06. Celosillooooooooooooo.

1.06. Pues no me des esos sustos.

1.07. Bueno, ¿me lo cuentas o qué? Que tengo que estudiar.

1.07. Pues estudia.

1.07. Ok.

Cada día que pasaba al lado de Isma me daba cuenta de lo absolutamente celoso que era. Se ponía histérico cuando tardaba más de un segundo en contestar a sus mensajes y me decía que «le hacía pensar de todo». Aunque sé que suena un poco raro... me encantaba que fuera tan celoso. Supongo que eso me hacía sentir que era muy especial. Aunque el otro día le conté a Juls que me mandaba a veces ese tipo de mensajes y me dijo que era un auténtico gilipollas. De todos modos, mi querida Juls, igual que su madre, tenía opiniones bastante severas en lo que a los hombres respecta. A menudo utilizaban una frase que a mí me horrorizaba, creo que era algo así como «Sexo con amor es magia y, si no, gimnasia».

—Juls, no digas eso, por favor. No puedo soportar esa frase.

—Tú hazme caso, Moli. ¿Sabías que durante el sexo quemas las mismas calorías que corriendo cinco millas? ¿Quién cojones corre cinco millas en diez minutos? Es maravilloso.

Y Mercedes parecía estar totalmente de acuerdo con este tipo de especulaciones. Otra de las cosas que aprendí de Mercedes es que las mujeres tendemos mucho a criticar a nuestras parejas muy a menudo.

«Nos encanta cagarnos en ellos en cuanto hacen algo mínimamente malo y, luego, lo más triste de todo es que continuamos siendo sumisas en las relaciones. Lo que tenemos que aprender es a saber callarnos cuando tenemos discusiones de este tipo. No debemos contar nada a las

amigas porque luego, desgraciadamente, siempre perdonamos y hacemos el ridículo volviendo con ellos después de haber contado todas las historias raras. Has de aprender a controlar tus palabras sobre Santiago, Julieta, hija».

Julieta había venido a Manhattan a pesar de tener un novio de toda la vida, con el que llevaba nada más y nada menos que diez años. Jamás hablaba de él, de hecho tardó días en nombrarlo. Y en muchas ocasiones, para ser exactos en casi todas, le criticaba sin cesar y le ponía muy nerviosa todo lo que decía o hacía. Y eso es todo lo que hablaba de él, poniéndole a parir diciendo que le daba pereza llamarle, que no entendía por qué el tal Santiago no comprendía lo que significaba la diferencia horaria, que no tenía tiempo para llamarle, que estaba ocupada, etc. Yo sí que creo que tenía tiempo, pero lo que le pasaba era que no estaba enamorada en absoluto. Que me lo dijeran a mí, que era capaz de sacar tiempo de la nada con tal de volver a ver a Ismael. Sin embargo, por una razón u otra, mi Juls no se atrevía a dejarle. Y odiaba que habláramos del tema, le molestaba que le preguntasen. Yo, en aquel momento, aún no tenía la suficiente confianza, así que lo dejaba pasar. Aunque estaba claro que estaba con él, como mil millones de chicas, por estúpida y absurda seguridad. Pero bueno, Juls me caía demasiado bien para decirle nada y estropear nuestra amistad. Intenté seguir estudiando.

1.35 am. Bueno, quieres saber lo que pensaba o no.

1.35 am. Pero, Isma, jajajaja, ¿sigues enfadado?

1.36 am. No me puedo dormir, Bridget. Tengo ganas de abrazarte.

1.36 am. Bueno, pues menos celitos milagritos. ¿Me cuentas lo que te pasa?

1.37 am. Pues que he estado pensando en lo que me dijiste.

1. 37am. ¿El qué?

1.37 am. Lo de que qué diría si me dejaran hacer una última llamada a familiares en el hospital. ¿Te acuerdas, no?

Una vez, al principio, habíamos hablado sobre esta cuestión cuando me contó que un amigo suyo había contraído una enfermedad.

1.38 am. Wow, ya no me acordaba de eso. Bueno, ¿y a quién llamarías?

1.38. Me da vergüenza decírtelo.

1.38. Jaja, vengaaaaa, por faaaaaa!

1.38. Prefiero el paaaraaaa que el venga, eh!

1.38. Jaja.

1.38. Pues creo que ahora, en este momento de mi vida...

1.38... Sí...

1.39. Vale, ¡creo que te llamaría a ti!

Creí que me iba a dar un ataque al corazón. ¿Qué podía responder a eso? Me moría de la felicidad. Me veía casada, con hijos y viviendo en su casa de Manhattan, para qué engañarnos.

1.39 am. Jajaja, ¿de verdad?

1.39 am. No, de mentira, ¡no te fastidia! ¡Sí, Marina, sí!

Se enfadaba hasta diciéndome algo que en realidad era romántico.

1.39. ¿Y tú a quién llamarías, Bridg?

1.39. Yo, mmm tengo que pensarlo, eh... ;)

1.40. ¿En serio?

1.40. Hombre, Isma, es una pregunta muy importante, pero bueno, dados los últimos acontecimientos...

1.40. Ok. Buenas noches, Marina.

1.40. ¿Pero por qué te enfadas? Estoy jugando.

1.40. Pues juega con otro.

1.41. ¡Paraaaaa!

1.41. No me enfado. Buenas noches.

1.41. ¡Paraaaaaaa!

1.41. No.

1.41. ¡Paraaaaaaa, paraaaaa!

1.41. ¿Pero tú me quieres o no?

1.41. Bueno, Isma, querer son palabras mayores. Te conozco desde hace apenas un mes.

1.41. Ah, ok. Buenas noches.

Me moría por decirle que le quería. Y que le llamaría, por supuesto, a él y solo a él. Estaba completamente enamorada. Pero no entendía por qué tenía aquellos brotes tan absolutamente psicóticos. ¿Qué le pasaba? No quería darle bola. ¿Cómo se podía estar así de loco? No me daba la gana. Continué estudiando un rato y como aquellos mensajes me habían desconcentrado, me metí en la cama.

1.53. ¿Bridget, estás?

XI

SEX IS LIKE MATH: YOU ADD THE BED, SUBTRACT THE CLOTHES, DIVIDE THE LEGS AND PRAY YOU DON'T MULTIPLY

A la mañana siguiente, pedí el cambio en las clases de inglés para ver si me ponían en gramática con Julieta. La pobre señora de la recepción se debía creer que me había enamorado de ella. Cada semana acudía a su despacho con cualquier excusa nueva para que me cambiara de nivel en las clases. Finalmente, aunque a regañadientes, aceptó mi propuesta. Primero, me hicieron un examen oral bastante fácil. Luego, me pasaron a una sala a hacer el escrito. Noté que mi inglés había mejorado bastante. No supe si habrían sido las lecciones *online* o todas las veces que había hablado con mi hermana Ariadna memorizando preguntas que me podrían hacer en la entrevista. Pero entendí a la perfección todas las preguntas y me fue bastante fácil contestarlas. A la salida de la academia, busqué a mi Juls en la recepción del segundo piso, donde siempre quedábamos para comer algo antes de asistir a nuestro apasionante trabajo. Nadie sabía que trabajábamos en eso. Y las dos pactamos el juramento de no comentarlo jamás con absolutamente nadie. Nos reíamos. Julieta era siempre superpuntual. Es más, se quejaba últimamente de comerse varias bolsas de patatas por culpa de mis retrasos. Como no llegaba, empecé a impacientarme, ¡íbamos a llegar otra vez tarde! No era la primera vez que nos amenazaba el de Conrado con quitarnos los disfraces. La pérdida de aquel salario era lo último que podía permitirme.

Después de mandarle cinco mensajes seguidos plagados de exclamaciones, la divisé caminando rápido por uno de los pasillos de la cafetería. Se notaba que había estado llorando.

—Moli, no puedo ir hoy al trabajo, necesito que salgamos de aquí.

Se puso a llorar mientras nos dirigíamos rápido hacia los ascensores. Yo recogí rápidamente todas mis pertenencias. La seguí por el pasillo y, justo al entrar en el ascensor, se abalanzó en mis brazos. La abracé muy fuerte también e intenté tranquilizarla. «Seguro que no es nada, Juls, relájate, ahora buscamos una buena cafetería y hablamos». Empezamos a caminar por la Octava Avenida en dirección a Uptown. Juls seguía hipando. Incesables, sus lágrimas recorrían las mejillas.

—Juls, es mejor que te desahogues. ¿Adónde vamos?

—Tú calla y camina, Moli, que me va a dar algo, te juro que me va a dar algo. —Seguimos andando arrebatadamente mientras Juls lloraba de forma desconsolada, apartábamos a los turistas con los brazos y nos pitaban algunos taxis cuando nos saltábamos los semáforos. Parecía que el antídoto para cesar su llanto estaba justo al otro lado de la calle. De repente, paró en seco en la esquina de la calle 37 y la Octava.

—¡Júrame que jamás en la vida le vas a contar esto a nadie! ¡Júramelo!

—Te lo juro, te lo juro.

—¡Júramelo porque te mueras mañana!

—Te lo juro. ¡Cojones, Juls, cuéntamelo ya de una vez! ¡Que me va a dar algo!

—Mi novio es un depravado, tía, es un puto depravado. Y yo no puedo más.

Se echó a llorar otra vez descontroladamente. Yo no entendía nada. ¿A qué venía esto? ¿Y a qué se refería con lo de depravado? Estaba fuera de sí.

—A ver, Julieta, tranquilízate. Vamos a dar un paseo para calmarnos y tú llora todo lo que tengas que llorar y, cuando te calmes, me lo cuentas.

Entonces me miró con cara de cordero degollado y continuamos caminando, esquivando las alcantarillas por las que salían humos asquerosos y bastante sospechosos, por cierto. Esquivamos también mil millones de personas que se dirigían apresuradamente hacia algún destino desconocido, pero que, al parecer, como a nosotras, les iba la vida en ello. Llegamos por la Octava a la famosa calle 42. Mirando hacia la derecha, se podían ver multitud de luces de colores que acompañaban a los excéntricos escaparates de Times Square. Julieta seguía llorando desconsoladamente. Incontenible el llanto, estremecedor. De vez en cuando sacaba un clínex usado del bolsillo de su cazadora. Yo me tranquilizaba pensando que empezaba a encontrarse mejor, y luego, de un segundo a otro, comenzaba de nuevo, sin control.

De repente, en uno de los semáforos de la calle 43 con la Octava, vimos a una Minnie Mouse de gomaespuma que estaba haciéndose fotos amablemente con algunas familias de turistas. Aquel disfraz de Minnie, aunque era tan poco agraciado como el nuestro, era bastante más femenino y más mono. El personaje se acercó a nosotras.

¡Por Dios, espero que no sea tan inoportuna de venir a pedirnos propina a cambio de una foto! Juls estaba descompuesta. Siguió acercándose, lentamente, moviendo las manos, saludándonos. Y justo cuando teníamos la redecilla de la boca de Minnie Mouse a menos de veinte centímetros de nuestra cara, escuchamos una desagradable voz ronca que nos gritaba:

—Te comería toda la concha, *mija*. Agrrrr, cuánto daría por ver ese coñito.

Me gustaría decir que lo entendí mal. Que la adorable, simpática y afable Minnie Mouse no acababa de gritarme tal grosería. Me hubiera gustado pensar que aquello fue una alucinación. Desafortunadamente, yo seguía intentando digerirlo cuando Julieta se giró sobre sus talones y abalanzándose sobre ella comenzó a gritar llena de rabia:

—¡Cerdo, hijo de puta, pervertido, asqueroso!

Le pegó un bolsazo en la cara a Minnie que casi provocó su caída. Continuó persiguiéndola, amenazándola con el bolso mientras yo intentaba calmarla y sujetarla con los brazos. Para mi sorpresa, y la de algunos padres que se quedaron anonadados con la escena, Minnie seguía susurrándonos burradas con una voz ronca que salía de la redecilla. Comenzamos a oír llantos. Vi que un grupo de niños de entre cinco y seis años estaban llorando, con caras compungidas. Oí a uno de los padres tranquilizarlos. Eran argentinos. Una de las niñas, debía de ser la mayor, se armó de valor y gritó a Julieta enrabietada, entre lágrimas y con todas sus fuerzas:

—¿Por qué pegas a Minnie? ¡Boluda! ¡Mala!

Me asusté. Juls estaba claramente fuera de sí y me daba miedo que perdiera los papeles con aquella niña pequeña, y eso fue exactamente lo que pasó. Con los ojos fuera de las órbitas, soltó un bufido histérico y resopló:

—¡Porque Minnie es un pervertido, cerdo, hijo de la gran puta! ¡Como todos los hombres de la tierra! ¡Mejor que lo sepas desde ahora, niña!

Fue entonces cuando la madre de la familia apartó a los niños hacia el padre y vino hacia nosotras enfadada y gritando: «¿Cómo se atreve a hablar así a mis hijos?». Yo arrastré a la guerrera Juls del brazo y logré por fin que nos pusiéramos en marcha. Cuando llevábamos unos veinte pasos caminando con resignación y muy indignadas, observé que Julieta me miraba de reojo. Después comenzó a sonreír y acabó soltando la más eterna y divertida de las carcajadas.

—¡Dime que no acabo de pegarme con Minnie Mouse, dímelo!

Y nos sumimos en una risa histérica que era incontrolable. No había palabras, no hablábamos de nada, solo nos mirábamos, hacíamos gestos con la cara y nos ahogábamos de risa, llorando, entre suspiros y carcajadas.

—No solo le has pegado, Juls, le has llamado cerdo, pervertido, hijo de la gran puta. Y delante

de los niños. —Y jolgorio otra vez.

Me alegré mucho de que Juls empezara a encontrarse mejor. Cuando llegamos a Central Park con nuestro picnic de Pret-à-Manger y nuestros zumos de verduras mezclados con frutas, todo un *lunch* verdaderamente neoyorquino, buscamos un espacio en el césped para sentarnos. Divisamos uno de los lagos. El pequeño, el que se encuentra justo al lado del Hotel Plaza y de las jugueterías Fao. Mientras sacaba mi zumo de zanahoria, naranja, mango y espinacas, Juls me advirtió de que me preparara para escuchar aquella historia.

Intenté pensar adónde podía llevar a Julieta. Necesitaba evadirse de todo. Y a mí de repente se me ocurrió la más brillante de todas las ideas del mundo. Saqué el móvil de mi bolso para mirar la hora y comprobé que, efectivamente, era 26 de septiembre. Recordé al instante la firma de joyas que iba a realizar su *performance* en las famosas galerías Milk justo hoy. ¿Cómo se llamaban? Recordé el nombre de la pareja de mi cole que iban a casarse. Bea y Emon, ¡Beamon! ¡Erickson Beamon! Así se llamaban las diseñadoras.

—¡Juls! Me acabo de acordar de que hoy hay un cóctel espectacular, presentación de una firma de joyas preciosa. Es en las galerías de arte Milk, en el Meatpacking District. ¿Por qué no intentamos colarnos y nos tomamos allí, entre modelos, unas cuantas copas de champán? Y luego, si por lo que sea, no conseguimos colarnos, pues ya nos tomamos algo en cualquier bar del Meatpacking. ¿Te apetece?

—¿En serio hay un desfile? —Se secó las lágrimas como si aquella espeluznante conversación acabara de ser olvidada—. ¡Claro que vamos! ¿Pero no iremos así vestidas, no?

—Bueno, ¿qué hacemos? El evento es a las siete p.m. Son las cinco cincuenta p.m.

—A ver, nos compramos cualquier cosa en el centro comercial ese de Columbus Circle y vamos como dos señoras. Que, si no, no nos colamos ni de coña. Créeme, que soy experta en estas cosas. O bueno, espera, podemos ir a por nuestros disfraces e ir de salchicha y pollo, ¿te imaginas?

Volvió a ser la Juls de antes. Y yo sentí una placentera sensación de alivio mientras nos alejábamos hacia aquel centro comercial. Caminando, nada más y nada menos que por Central Park, con la posibilidad de poder entrar a un desfile en Manhattan. Qué intenso era todo en aquella ciudad y qué de cosas estaba aprendiendo. Qué poco sabía sobre la vida y cuánto me quedaba por aprender, y no era todo sobre el terreno sexual. Aunque de ese, en Nueva York, había mucho, estaba por todas partes. Estaba presente en todas las miradas, aunque de una manera discreta. Y aquel día aprendí que, efectivamente, en todas las sociedades del mundo, aquello estaba más presente de lo que imaginaba. Y aprendí que nadie se desataba en público, y sin embargo, allí estaban, caricias, excesos, sonrisas maliciosas, Manhattan, miradas que quemaban, empresarios triunfantes y corbatas que reflejaban ansiedades aún no satisfechas. Y a partir de ahí, mi vida en el terreno sexual continuó como si fuera un guion abierto por el que pasas de escenario en escenario, pero puedes hacer en ellos lo que te venga en gana. Sin darle importancia a la opinión del público.

XII

EVERYDAY WAS A FASHION SHOW AND MANHATTAN WAS OUR RUNWAY

Me encanta la gente que me hace reír. Me asombraba la capacidad que tenía Juls de sacar una sonrisa y hacer una broma incluso en un momento tan delicado como el que acabábamos de vivir en Central Park. Entramos en el centro comercial, Juls me llevó directamente a una fascinante tienda que se llama Antrophology. Al parecer, era de las favoritas de su madre, Mercedes. Y solo existía en las mejores ciudades de Estados Unidos. Juls estaba nerviosa. ¡Madre mía, tía, vamos a asistir a un desfile en las famosas galerías Milk! ¡Qué emocionante! Empezó a revolver la ropa y a coger frenéticamente un montón de perchas que iba amontonando en su brazo. Yo estaba todavía un poco sobrecogida por aquella historia. Me quedé pensativa, observaba la decoración. Era espectacular. Un ambiente *hippie*, recargado de lámparas de colores que colgaban del techo. Olor a incienso, paredes pintadas a mano, biombos de madera, ventanas con cortinas de colores flúor y diferentes estampados. Un montón de ropa preciosa que se encontraba dispuesta en diferentes maniqués. Todo estaba organizado por colores. Juls se había ido directamente al esquinal que estaba decorado de azul. Me quedé observando a mi amiga. Ella, por supuesto, no se daba cuenta. Seguía amontonando cosas en su brazo, que ya empezaba a pesarle demasiado. Arqueó su espalda, me miró y me sonrió.

—Venga, ¿qué te vas a poner? ¡Coge algo, que vamos a llegar tarde!

Aún tenía los ojos hinchados del berrinche, empezaba a querer muchísimo a mi amiga Juls. Me acerqué tímidamente a un precioso jersey de lino que estaba dispuesto en la sección de los colores naranjas. Manga tres cuartos, forro de seda, estampado de rayas. Miré hacia un lado y hacia otro asegurándome que no me veía nadie y justo entonces analicé la etiqueta. Setecientos ochenta y dos dólares. Fenomenal, pensé. No podía comprarme ni la etiqueta. Me acerqué a Juls con intención de anunciarle que yo me tendría que ir a H&M. De camino hacia mi amiga, divisé un sombrero de ala marrón de cuero. Me lo probé y me miré en un espejo. Cómo me gustaba aquel sombrero. Algún día tendría el placer de comprármelo. Juls también se estaba probando un sombrero, el suyo era verde caqui, de ala también. En su brazo llevaba cargando unas quince prendas apiladas y desorganizadas que intentaba no pisotear. Supongo que notó mi cara de agobio, se acercó a mí y me susurró unas palabras al oído:

—A ver, pánfila, yo tampoco tengo dinero para comprar todo esto, ¿qué crees? Mi madre me mata. Pero lo compramos con su tarjeta y mañana venimos, lo devolvemos todo y listo. Esto es América, y nosotras somos españolas. ¡Aquí se puede devolver todo en las tiendas! Venga, coge lo que quieras, ¡que ya paga la tarjeta de la Merche! —Se alejó con una de sus carcajadas tan pegadizas.

Sonreí. Me di la vuelta contemplando tal paraíso de prendas increíbles que me rodeaba. Diseñadores europeos, prendas cosidas a mano, plumas, fulares de seda, olor a cuero, pieles buenas. Quien diga que nunca se ha imaginado comprando en una tienda así, sin mirar las etiquetas, miente. Miente, os lo aseguro. Los nervios y la emoción se apoderaron de mi cuerpo. Empecé a caminar por uno de los pasillos decorados con una alfombra larguísima fucsia con forma de elefante.

A lo lejos, me fijé en unas fabulosas sandalias de tiras de cuero en piel marrón. Tenían una plataforma de madera de unos catorce centímetros de alto. ¡Perfectas para disimular mi estatura! En la sección de tonos grises y azules, que, por cierto, eran mis colores favoritos, encontré unos

pantalones de raso de pata de elefante que imaginé que me quedarían bien y disimularían mi figura. Para la parte de arriba de mi *outfit* elegí una camiseta blanca básica de tirantes que sorprendentemente costaba doscientos dieciocho dólares. Me pregunte cuál sería el coste original de estos dos trozos de tela blanca. Realmente había gente que gastaba todo ese dinero en una camiseta blanca. El toque final, el maravilloso sombrero de ala marrón de cuero que combiné con un precioso bolso gigantesco al módico precio de mil ochocientos cincuenta dólares. ¡Baratísimo! Me miré en el espejo. Me sentía maravillosa. Ojalá pudiera verme Ismael. Con tanto trajín, no me había dado tiempo a escribirle ningún mensaje.

Julietta se probó ciento cincuenta prendas. Yo la esperaba sentada, impacientándome por lo tarde que llegaríamos si se seguía probando cosas. Suerte la mía que nunca tardo más de diez minutos en elegir lo que me voy a poner, especialmente si estoy en una tienda con tal abanico de posibilidades.

—Mira, Moli, ¿te gusta? Aunque bueno, parezco idiota, jamás me han quedado bien los vestidos largos. Pero en qué estaré pensando. Vale, vale, te juro que es la última cosa que me pruebo. Ya verás. Esta va a ser la definitiva.

—Te quedaba mejor lo primero que te habías probado. Los vaqueros, Juls. Pero, venga, pruébate lo que sea. Si estás guapa igualmente. Pero vámonos.

Yo estaba segura de que acabaría comprándose los vaqueros. Todas las mujeres hacemos eso. Nos probamos el armario entero, lo desordenamos exageradamente y, al final, salimos de casa con lo primero. Yo esperaba a que Juls hiciera precisamente eso. Comencé a probarme unos preciosos collares. Uno llevaba colgando un minilibro de metal que acompañaba a un miniboli dorado. Una de las dependientas se acercó y me explicó que con aquel boli se podían grabar cosas por encargo dentro del libro. La dependienta tenía un acento cerradísimo que me costaba muchísimo descifrar. Si no había entendido mal, acababa de contarme que también se podían grabar en oro las huellas dactilares en las páginas. Que había gente que se grababa las huellas de los hijos y de los familiares. Me pareció un detalle precioso. Dejé el collar exactamente donde estaba. Una cosa era pegar el tarjetazo con la tarjeta de la Merche y otra cosa era pasarse ya de rosca. Juls volvió a salir del probador. Era la tercera vez que salía desde que yo me había quedado mirando los collares. Llevaba unos vaqueros pitillo medio rotos por las rodillas, unos altísimos tacones burdeos y una camisa ancha con un estampado de flores beige, verde y rojas.

—¡Me encanta! —grité eufórica y muy ilusionada. O nos íbamos ya de la tienda o me iba a dar algo. No podía con tanta indecisión. Sonrió, exclamó un agitado «*Finally*» y, aunque luego acabó poniéndose los primeros vaqueros, en pocos minutos nos dirigimos a la caja. El total del *outfit* de Juls, contando con el bolso de ante de flecos y otros accesorios que escogió frenéticamente mientras esperábamos la cola, fueron tres mil ochocientos noventa y cinco dólares. Yo tampoco me quedé corta, dos mil seiscientos setenta y cinco dólares, y eso que en el último momento decidí abandonar aquel collar y un anillo precioso que se parecía a los de Givenchy, que había arramplado en la cola.

Salimos de la tienda, escondimos las etiquetas, actitud gloriosa, placentera, paramos un taxi. Nos sentíamos como Carrie Bradshaw y Samantha Jones. «Aunque bueno, en gordo y en bajo», añadió Juls la coletilla de siempre. Y eso que debía de pesar cincuenta y ocho kilos como máximo.

El taxi aparcó en segunda fila en la propia puerta de las Milk Gallery. Estaban abarrotadas de gente. El ambiente era inquietante, chispeante, festivo. Todo el mundo iba muy bien vestido. Sombreros exuberantes, cámaras de fotos, gafas de colores. En la cola, tres gigantescos guardaespaldas gritaban un desagradable «*Back up, ladies, back up*», mientras empujaban a la

gente de las filas hacia las vallas. Los nervios se apoderaron de nosotras. Cómo narices íbamos a entrar allí. Fotógrafos, *paparazzis*, más guardaespaldas y, de repente, ¡Chiara Ferragamo! Apreté el brazo de Juls.

—Mira, mira, es la bloguera esa famosísima. La de «The blond salad».

—¿Qué dices? ¿Quién narices es esa? ¿En serio su blog se llama una rubia ensalada?

—Juls, es una de las blogueras más importantes del mundo. En Harvard se estudia el caso de su blog como uno de los negocios jóvenes más millonarios.

—Y yo qué sé, Moli, tía. ¡Hasta ahí no llego! ¿Has visto al buenorro ese de la cola?

—Joder, Juls, concéntrate en idear una estrategia para poder entrar.

—Bueno, que si me tengo que quedar aquí fuera con el buenorro, no me importa.

—¡Juls! ¡Paga el taxi, me estás poniendo realmente histérica!

—Tranquilita, ¿eh? No te pongas nerviosa. Tú no me conoces. Voy a entrar aquí como que me llamo Julieta. Tú déjame a mí y sígueme muy segura de ti misma. Siéntete importante. Que parezca que somos alguien.

Desde la ventanilla, observé como aquella bloguera había entrado enseguida esquivando a los fotógrafos y dirigiéndose a un mostrador que había en la puerta derecha. Los *doorman* le abrieron sin cuestionarse nada debido a aquella actitud engreída y un tanto altiva. Había un mostrador con varias secretarías que sostenían iPad con listas. En un gigantesco cartel ponía VIP. Caminé con decisión, pisando fuerte con mis nuevos tacones de quince centímetros, Juls me dejó realmente sorprendida cuando se plantó unas gigantescas gafas de sol que atrajeron la atención de algunos *paparazzis*. Levantó la mano como tapándose de las cámaras. Los porteros nos abrieron la valla. Jamás pensé que nuestra entrada en escena sería tan absolutamente maravillosa y estelar. La miré atónita mientras nos colocábamos en la fila VIP rodeada de chinas preciosas que olían al nuevo aroma de Chanel Chance. Lo odiaba.

—¿Qué esperabas, Moli Guacamoli? Si te digo que me meto en el papel, me meto en el papel.

—Y se volvió a poner las gafas mientras lanzaba una amenazadora e inquietante mirada a una de las secretarías.

Miré los mostradores. Tres filas bien diferenciadas. VIP, *Guest List* y, por último, *Authorize Invitation*. El ambiente era muy *cool* e internacional. La gente iba vestida de lo más estafalario y excéntrico que se podía. Rozaba el ridículo y el aspecto hortera, y muy poco tenía que ver con las elegantes semanas de la moda que se vivían en Londres o en París. Aquí la gente no tenía vergüenza en absoluto y en muchos casos las vestimentas llegaban a ser un completo disparate. Juls se movió hacia la cola de *Guest List*.

—Tú hazme caso a mí; la china de esta cola no tiene ni la menor idea. ¡Mírala! No sabe ni sujetar el iPad, está claro que es nueva. Está más perdida que una vaca en un garaje. Es mi presa. Tenemos que atacarla a ella.

Juls me estaba dejando del todo sorprendida. Me cambié de cola sin rechistar y me puse a su lado. A la fila de la derecha llegaron dos modelos espectaculares que acarreaban dos preciosas invitaciones doradas en sus manos. Pude ver el nombre de una de ellas. Estaba inscrito en la invitación con una tinta negra que tenía como brillantes. Lauren Cournet. ¡Perfecto! Pensé. Fácil de pronunciar. Se acercaba la hora. Manos sudorosas. Uñas mordidas. Sudores fríos. «Juls, tú déjame esto a mí», grité un segundo antes de que nos indicaran con un gesto con las manos que nos acercáramos al mostrador.

—Hi, your name and last name, please.

—Lauren Cournet and sister —respondí dignamente mientras ella buscaba mi nombre en el iPad. Impaciencia. Nervios. Tensión. Emociones a flor de piel. Déjenos entrar, déjenos entrar.

—*Here you are, Lauren. What is the name of your friend?*

Antes de que me diera tiempo a contestar, Juls se abalanzó contra el mostrador y, quitándose las gafas, pronunció un nervioso y apurado:

—*Courtney Cournet, she already told you. I am her sister.* —Noté cómo la secretaria se ponía nerviosa; era cierto que debía de ser uno de sus primeros días, le sudaba la frente, me dio pena. Se le notaba inquieta y nos indicó con un gesto que nos abrieran la puerta. Me parecía impensable lo fácil que había sido colarnos allí. Igual de impensable que aquella pobre chica se aprendiera los millones de nombres, de *celebrities* y de invitados que nos íbamos a encontrar a continuación.

—*Oh my God! Finally!* —exclamó Juls, indicando resignación y desesperación.

Entramos en el ascensor. Serias, nerviosas, yo estaba aún atónita con la actuación de Juls. Estábamos a punto de soltar una carcajada cuando entró en el ascensor Blake Lively, la guapísima actriz de la serie *Gossip Girl*. Mis coloretes subían de tono una vez más. Era indescriptible lo guapísima que era. Iba vestida con unos altísimos tacones beige y miraba su BlackBerry tranquilamente mientras esperaba a que subiéramos en aquel ascensor. Juls se tapó la boca con las manos y me miró con mucha emoción.

—*Have fun, ladies.* —El botones del ascensor nos indicó con aquellos impecables guantes blancos dónde comenzaría el desfile. Obviamente, se había percatado de que estábamos requetecoladas allí.

—*Good afternoon, ladies. Mint mojito or mimosa?*

Escuchamos cómo Blake decía un educado y simpático «*I am ok, thank u!*». Juls se bebió una mimosa de un trago y dejó el vaso vacío mientras se agarraba a otro mojito.

—¡Estamos dentro, estamos dentro! Me voy a beber hasta el último mojito de la fiesta.

—Tranquilízate, Juls, que como lo noten nos echan. Y quítate esas gafas de sol, por Dios.

—¡Ni hablar!

Dos molineras en la Fashion Week de Nueva York, así se llamaba la película. Caminamos detrás de Blake, que tenía unas piernas larguísimas. Se podía escuchar un violín a lo lejos y los susurros de gente que chismorreaba cosas en una de las salas. Estaba nerviosa. Cuando el sonido del violín retumbó en nuestros oídos y los susurros comenzaron a formar parte de nuestro propio ambiente, entramos en aquella sala. La puesta en escena era aún mejor de lo que me había imaginado. Entre montones de ladrillos y aparejos de obra, como paneles de cemento y andamios, se disponía un grupo de bailarinas que endulzaban el grotesco ambiente con sus delicados movimientos. Todas iban vestidas con uniformes de ballet rosa combinados con collares de diamantes, anillos de oro y pulseras con diamantes de rubís. Juls me miró sonriente y se bebió de un sorbo el último trago de champán con zumo de naranja que nos habían dado al entrar. Al instante teníamos otra camarera con una bandejita ofreciéndonos más bebida. También se nos acercó otra de las azafatas y nos dio un catálogo con imágenes de la colección.

En aquel librito decorado con encanto y encuadernado en dorado, pude comprobar que las diez bailarinas que se disponían en los andamios llenos de polvo eran las encargadas de protagonizar todos los espectáculos del Ballet Bolshói. Se movían al compás de la música de violín con la que nos deleitaba un apuesto y joven galán. Noté que Juls me hacía un gesto y le señalaba revoltosa; estaba mezclando demasiadas bebidas, se notaba que comenzaba a estar contenta. El hombre llevaba un traje gris precioso, tenía unos ojos azules que resaltaban en una piel morena y cubierta de pecas. Era fuerte, y la manera en la que movía su cuerpo mientras tocaba aquel instrumento le daba un aspecto de lo más atractivo y sexy. Leí en el folleto que interpretaba la música de Jeff Palmer. Julieta me susurró al segundo que su nombre era Tim Fain, uno de los violinistas más

conocidos del momento. Juls le miraba coquetona y se alejó hacia la entrada en búsqueda de otra mimosa o champán.

Yo me quedé en la sala, disfrutando del momento y de todo lo que me rodeaba. El ambiente te hacía sentir que retrocedías unos cuarenta o cincuenta años en el tiempo. Ese era precisamente el concepto de la colección, una joyería exagerada e inspirada en lo *vintage*. Música suave y agradable en un ambiente delicado y elegante. Tomando champán entre diamantes, nadie querría marcharse de allí. Cuando separé mi vista de las bailarinas, observé que a solo unos metros de mí caminaba nada más y nada menos que Hamish Bowles, el editor de *Vogue* más internacional. Le llevaba siguiendo en las revistas desde que tenía uso de razón, era la mano derecha tanto de Anna Wintour como de Carine Roitfeld, las directoras de *Vogue América* y *Vogue París*. Mis mentoras, las había leído desde que era niña. Se me quedó paralizado el cuerpo. Me quedé pasmada, me temblaban las rodillas. Había repasado tanto sus críticas y sus palabras. Le admiraba. Me fijé en su traje de cuadros rojos escoceses y en un anillo gigantesco de Yves Saint-Laurent, sus zapatos dorados, su capa de cuadros a juego con el traje. Llevaba como siempre sus famosas y típicas gafas de pasta, insignia del afamado escritor Hamish Bowles. Tenía las manos congeladas.

—Moli, tía, agárrate, porque lo que voy a anunciarte ahora es para desmayarse.

No podía contestar, Hamish se acababa de girar y, después de revisarme entera de arriba abajo sin que yo fuera capaz de articular palabra, me había levantado la copa en señal de brindis. Me temblaban las rodillas. Era el crítico de moda mejor considerado del momento.

—¿Hola? Llamando a Moli. Moli volviendo a tierra. ¡Que te estoy hablando!

—¡Ay! Perdona, es que está allí Hamish Bowles. ¿Sabes quién es?

—Ni idea. ¡El que sí que está es James Franco! Moli, James Franco. Y también está Penélope Cruz. La he visto cruzar a otra de las salas.

—¿Quién es el Franco ese?

—Ay, madre, tú y yo, ¿por qué somos amigas? A mí que me lo expliquen. —Sonreí, no podía dejar de observar a aquella fantástica lista de editores. Estaba tan nerviosa que hasta me daba igual que estuviera Penélope, y eso que ella también me encantaba.

—Bueno, Juls, ¿quién es?

—Aparte de mi futuro marido, es el actor de *Spiderman*. El hijo del personaje malo, el que hace de mejor amigo de Spiderman. ¿Tú sabes lo bueno que está?

Claramente, Juls y yo a veces no nos comprendíamos. Me agarró del brazo y me arrastró hacia la entrada para enseñarme al tal James Franco. Se me cortó la respiración y por un momento me faltó el aliento. Justo cuando íbamos a salir, entraron a disfrutar de la melodía Anna Wintour y su hija Bee Shaffer. De verdad que no exagero si digo que Juls y yo debíamos de ser las únicas dos personas no famosas de aquella sala.

Después de bebernos cinco mojitos *mint* cada una, intercalados con tres refrescantes mimosas, nos dirigimos a la fiesta de Purple Magazine a la que nos acababan de invitar dos chicos gais que Julieta había conocido entre bailarinas, mojitos y andamios. La fiesta se celebraba en el Boom Boom Room, el increíble *rooftop* del Standart Hotel, situado en el Meatpacking District. Entramos con nuestros nuevos amigos, que saludaron a los porteros como si los conocieran de toda la vida. Seguramente serían gente importante también. Tanto Juls como yo íbamos bastante contentillas para darle más bola al asunto. En los ascensores sacaron un botecito con un líquido bastante extraño y todos, incluida mi Juls, metieron el dedo en el bote y lo chuparon. Yo fingí que lo hacía también, aunque no lo toqué en absoluto. Me daba miedo, me parecía muy sospechoso. Al salir del ascensor, nos encontramos con unas vistas increíbles de Manhattan. La

sala estaba llena del típico humo de discoteca que no te deja ver muy bien lo que tienes enfrente. Bailamos toda la noche como locas, como si no hubiera un mañana. Movíamos el pelo eufóricas y estábamos rodeadas de gente muy importante. Una de las veces abandoné a mi Julieta en la pista para ir al baño. Los servicios de este *night club* tenían dos de las paredes del cuadrado completamente de cristal transparente. Una esquinera diáfana de techo a suelo que te permitía ver, mientras estabas sentada, las mejores vistas de Manhattan. Una verdadera experiencia ir al baño allí.

Cuando volví del servicio, aparte de encontrarme a Lindsay Lohan esperando la cola, me encontré a Juls comiéndose a besos al violinista. Estaban en el centro de la pista medio cayéndose de un lado a otro mientras se besaban de una manera apasionada. Me alegré, ¡que se joda Santiago! La pista de baile se estaba convirtiendo en un escenario de buitres que, atacantes, se peleaban una y otra vez, por las tres o cuatro mujeres despistadas que quedaban. Me despedí de Juls asegurándome de que estaba bien y de que la dejaba en buenas manos y me retiré. Llegué unos minutos antes de que cerraran. Entré a mi cuarto, borracha, cansada, mareada.

Una sensación de abandono me recorrió el cuerpo cuando me di cuenta de que Silvana ya no estaba. Y no me refiero a que no estaba tumbada o dormida o recostada. Sus cosas, tampoco. Su parte del cuarto estaba vacía, y en la encimera, donde normalmente guardaba sus marcos y cartas, encontré una nota. Una nota con una sola palabra: «Gracias»

Me acosté triste, aterrada, desubicada. No me podía creer que jamás en mi vida fuera a saber nada de Silvana. Volví a releer el sobre, estaba demasiado mareada para hacer nada. «Gracias». Lo leí y releí, una y otra vez. Había estado semanas viviendo con aquella mujer y jamás había tenido la oportunidad de preguntarle nada. Y tenía tantas preguntas, y quería saber tantas cosas, y deseaba tanto que la operación de Jaru se realizara y saliera bien. Cerré los ojos. Necesitaba cerrarlos, estaba aterrada. Y me quedé dormida pensando que realmente jamás volvería a ver a aquella mujer, a aquella madre, a Silvana. Pero qué equivocada estaba. Qué equivocada estaba.

XIII

WE STICK TOGETHER LIKE COPY AND PASTE

La semana transcurrió con nervios y emoción. Me dediqué intensamente a estudiar inglés. No había nada que más quisiera en este mundo que conseguir trabajo en Tory Burch. Quedarme en esta increíble ciudad en la que, en apenas dos semanas, habían transcurrido años. Así que me concentré en el inglés, en hacer dieta, en ahorrar y en disfrazarme de salchicha voladora de vez en cuando. Gracias a Dios, Juls y yo nos inventamos una buena excusa que, acompañada de nuestra angelical sonrisa, consiguió que no nos despidieran de aquel formal y maravilloso trabajo. Bueno, eso y que el tío de Conrado estaba literalmente encantado de tener a dos rubias españolas que le hicieran la pelota en su puesto de perritos calientes. De vez en cuando, toda la monotonía se interrumpía por un mensaje del doctor Kahlid. No me podía hacer más ilusión recibir cualquier cosa que viniera de aquel número de teléfono que había memorizado al dedillo. *Two one two, two cero two, two six cero nine.*

Cuando llegó el viernes, preparé con ilusión mi maleta para el fin de semana acompañada de mi tropa mexicana. Había quedado con Isma en su clínica a las seis de la tarde. Al parecer, antes de marcharnos, quería ver cómo había evolucionado la cicatriz. Subí a la quinta planta con las manos frías. Me fijé que habían cambiado el cartel publicitario, en vez del musical de *Mary Poppins*, anunciaban un superteléfono móvil gigantesco con la pantalla llena de diferentes emoticonos.

Cuando llegué, Isma estaba atendiendo a un paciente. Me pidió que le esperase en otra de las consultas, me dio un cariñoso beso en la frente con las manos sujetas tras la espalda.

—Estás guapísima, Bridget, espérame aquí que ya termino.

Puf, la manera en la que me miraba Isma era abrumadora. Me ponía del revés. Mientras terminaba, yo revisé mi *outfit*. Mis botas moradas de la suerte, una faldita corta con vuelo de flores y un jersey grueso y negro. Ya empezaba a refrescar en la ciudad. Inevitablemente, mientras me retocaba, empecé a fantasear imaginándome cómo iba a ser la cena de esta noche en su casa. Isma siempre se reía de mí por lo mala cocinera que era, y me había dicho que se moría por cocinarme su especialidad. Pescado al horno que iba a acompañar con uno de sus vinos tintos favoritos. También quería enseñarme a saber apreciar un buen vino tinto. Yo supuse que tendría que fingir, la verdad. De repente, Isma me sorprendió en aquella consulta.

—¿Ya has terminado, doctor? —Nos reímos.

—No, pero no puedo pensar que estés aquí sin poder darte un beso. A ver.

Me besó con verdadera pasión mientras yo me abrazaba a su cuello. Con las manos a la espalda, sin rozarme con el látex. Nos miramos fijamente, le acaricié el pelo y se marchó a continuar con su operación. Inevitablemente imaginé cómo sería mi vida en Manhattan. Saldría de Tory Burch tarde e Isma me esperaría en casa cocinando. Irremediablemente, siempre tiendo a hacer eso. A divagar sobre cómo serán las relaciones con hombres con los que no llevo prácticamente nada. Me imaginé nuestra casa en el West Village, mi zona favorita de Manhattan; nuestro coche, un Jeep rojo, nuestro salón, nuestro jardín privado, la piscina, hasta la decoración de nuestra casa. La zona del West Village está situada entre el Soho y el Meatpacking District. Está llena de edificios bajitos con una pequeña escalinata en la parte frontal. Casi todas las escaleras están decoradas con flores y plantas muy bien cuidadas. Es como el vecindario rico de los artistas. La gente con dinero pero dedicada a la banca o a las finanzas vive en el Upper East

Side: dos estilos totalmente diferentes.

Isma interrumpió mis pensamientos y elucubraciones sobre mi vida en aquel maravilloso barrio. Llevaba un jersey azul claro de pico, sin nada debajo, de un material finito, como de un punto suave que resaltaba perfectamente los músculos de su espalda y sus torneados brazos.

—A ver, Brigs, voy a tener que reforzarte esa muela con composite. Ven al almacén porque tengo que comprobar exactamente tu tono. —Se rio.

No sé por qué Isma aquel día estaba todo el tiempo medio sonriendo mientras me hablaba. Su mirada me provocaba una risa excitada. Le seguí sonriendo por un pasillo y entramos en un cuartito muy pequeño lleno de cajas de medicinas. Un minialmacén con ese terrible olor a hospital que tanto detestaba. También había un pequeño lavabo donde Isma se lavó las manos mientras seguía riéndose y me miraba. Yo le pregunté tímidamente de qué se reía y me contestó a carcajadas que de nada, que simplemente le apetecía mucho el finde, y se le marcaban los hoyuelos de las mejillas que tanto me gustaban. Terminó de lavarse las manos y se acercó a mí, sonriendo. Me intimidaba. Su gesto cambió tornándose serio y seductor. Me sujetó la cara, esta vez sin sonreír y me preguntó:

—¿Qué pasa, que no me puedo reír o qué?

Justo antes de que pudiera contestar nada, me lanzó un beso tan intenso que me dejó sin respiración. Empezó a besarme apasionadamente, sujetándome la cara fuerte mientras le rodeé el cuello con mis manos. Mi falda comenzó a subirse lentamente debido al movimiento. Noté cómo Isma bajaba sus manos lentamente por mi espalda. Seguimos besándonos apasionadamente. Sus dedos llegaron al borde de la falda, me quedaba cortísima, podía palpar perfectamente mis nalgas. Retiré las manos de su cuello y las bajé tímidamente tirando de la falda. Isma sonrió.

—Me encantas, Briggi, me encantas.

Me sujetó con sus gigantescos brazos y me levantó en volandas. Me cargó delicadamente hacia el lavabo. Mis piernas le rodearon, temblaban. Me apoyó delicadamente y me quitó el jersey. Mi corazón latía tan fuerte que sentía que iba a explotar, le deseaba. Seguimos besándonos desenfadadamente hasta que, sin casi darnos cuenta, estábamos medio desnudos en el almacén. Eso es lo que me pasaba con Isma, que me besaba de tal manera que se me olvidaba dónde estaba. Él me acariciaba y yo me estremecía, perdía el sentido y la noción del tiempo. Sus besos, sus brazos, sus labios, su olor, la manera en la que su boca se deslizaba por mi cuello. Cuando quise darme cuenta, estábamos haciendo el amor en aquel almacén. Con mi falda aún perfectamente colocada, las braguitas, esta vez de encaje, simplemente deslizadas y los botones de la camisa desabrochados. Isma me abrazaba fuertísimo y me decía cosas preciosas mientras nuestros cuerpos se convertían en uno en ese almacén de la NYU donde cualquier persona podía haber entrado en cualquier momento. Sudor, efusión, pasión, risas, contracciones, cosquilleos, besos, placer, qué delicia sus brazos.

A los pocos minutos salimos despeinados, sonrientes, muertos de risa, yo, como siempre, con colores de molinera a punto de estallar.

—Cada vez entiendo más por qué te llaman Moli, mi Briggi.

Debía de estar como un tomate, aunque tenía las manos congeladas de los nervios. Isma me besó en la frente al salir, después en los labios, y me volvió a susurrar al oído ese apasionante: «Me encantas». Se me pusieron los pelos de punta. Después me indicó que le siguiera por uno de los pasillos. Firmó muchos papeles a una de las secretarias mientras me miraba y seguía sonriendo. Yo me ruboricé y noté cómo la secretaria se percataba de la situación e intentaba disimular desviando la mirada, parecía enfadada. Isma me seguía mirando y sonriendo, como si no le importaran las borderías que ella le soltaba. Al cabo de unos minutos nos marchamos y en

cuanto se cerraron las puertas del ascensor, se abalanzó sobre mí como si nada.

El fin de semana fue sencillamente maravilloso, espectacular, perfecto. Hicimos el amor todo el tiempo y en todas las partes de la casa. Estuvo lloviendo todo el día, así que nos dedicamos a ver millones de películas abrazados. La noche entera me envolvía, me ceñía, me rodeaba, no me dejaba respirar ni un momento, si me giraba y huía de sus brazos, él se giraba y buscaba otra manera nueva de abrazarme. Me abrazaba todo el cuerpo, las extremidades, la espalda, las piernas, incluso sujetaba mis pies con los suyos. Parecía que los cuerpos se fusionasen en uno, que estábamos hechos para encajar el uno con el otro. Me encantaba. Me conocía. Parecía que sabía perfectamente cómo colocarme para que yo me quedara dormida en su pecho al instante mientras me acariciaba el pelo, los brazos, la cara. Y de vez en cuando me besaba los ojos mientras yo me quedaba dormida sonriente. Durmiendo tan abrazados era imposible que jamás quisiera despertar. Incluso a veces soñaba que estaba fantaseando. Que todo aquello no podía estar pasándome. Con la mala suerte que tenía siempre para todo, no me correspondía. Me despertaba exaltada y entonces él me abrazaba. Y yo me tranquilizaba, me sentía querida.

—Parece que ya hemos dormido juntos más veces, Bridget. Creo que vamos a tener que dormir así toda la vida.

El sábado, a media mañana, totalmente dormida, noté que se levantaba y después de besarme la espalda y taparme con las sábanas, me susurró que se iba a comprar el desayuno. Yo me desperté en aquella maravillosa casa. Estaba situada en South Hamptons, justo enfrente de un lago precioso donde había un par de barcos amarrados. Era un chalé. Ni muy grande ni muy pequeño. Estaba decorado con encanto. Isma me había contado que se lo compró hacía tiempo a unos amigos de sus padres. Los muebles eran viejos y todavía quedaban algunas fotos de aquella familia. Eran fotos antiguas, muchas de ellas en blanco y negro. Después de desayunar en la cama, zumo de naranja, café y cruasanes calentitos, nos quedamos abrazados viendo una película. Luego salimos al supermercado a comprar, dimos un paseo por el pueblo, caminamos saboreando un helado de Nutella.

—No, en serio. ¿Puede haber algo mejor en el mundo que el helado de Nutella?

—Tendré que comprar kilos y kilos de helado para engañarte y que vengas a verme a casa. Es la única solución.

Más besos, abrazos, volvimos a casa. Fue inevitable volver a hacer el amor. Y entre copas de vino, quesos y patatas comenzamos a repasar la entrevista. Isma me hacía bromas sobre mi acento, se metía cariñosamente conmigo cuando pronunciaba algunas palabras. Y tenía relativa paciencia para explicarme algunas frases. Se ponía serio formulándome las preguntas y me regañaba cuando no me centraba. Resultó que era aún más maniático de lo que yo me imaginaba.

—Sobre todo no te sientes en el borde de la silla, da sensación de inseguridad. Pero tampoco repantingada, que es una falta de respeto. No seas la primera en extender la mano. Cuando saludes, sonrío, mirándole a los ojos. Ah, y no te sientes hasta que no te lo digan, Bridget. Sé atenta y simpática. Evita ponerte nerviosa y, sobre todo, no te muerdas las uñas, que nos conocemos, Brides.

—¿Algo más, friki doctor Kahlid? —Fingí que bostezaba y él me abrazó.

—Pues mira, ahora que lo dices, sí. —Me besó y siguió con el interminable discurso. Empleaba un tono irónico que me encantaba—. No interrumpas, mira al entrevistador a los ojos, pero sin intimidar. Deja que él tome la iniciativa. No hables demasiado, ni demasiado poco. Cuida tu lenguaje. Y no te aproximes mucho al entrevistador.

—En serio, me estoy durmiendo.

—Bueno, pues te aguantas. Quiero que lo hagas bien. Es la única oportunidad que tengo de

que te quedes conmigo en Manhattan. Además, yo sé cómo hacer que no te duermas...

XIV

IF YOU CAN MAKE IT IN NEW YORK, YOU CAN MAKE IT ANYWHERE

Me desperté nerviosa varias veces durante la noche. Soñé que me quedaba dormida para la entrevista. A las siete a.m., cuando ya había intentado veinte posiciones diferentes en la cama, decidí bajar a desayunar. Tomé las correspondientes tostadas con zumo de naranja, porque todavía no me gustaba el café, y empecé a arreglarme para la entrevista. Esta vez, por si acaso me dejaban tirada, decidí no ponerme tacones y me puse mis preciosas botas moradas de la suerte.

En la ruidosa línea A del metro, donde siempre divisaba ratas, repasé algunas de las palabras en inglés que consideraba importantes. Revisé mi portfolio una y otra vez, maldecía mi suerte por no haber hecho otro proyecto de fin de carrera diferente. En la primera parada no me gustaba nada; a pesar de todo, cuando estaba a punto de llegar a Times Square, concluí que mi portfolio era el más maravilloso de la historia. Que mi talento era inaudito y que me iban a querer contratar inmediatamente. Vaivenes de emociones de cualquier artista o diseñador.

Aquel proyecto constaba de una colección de baño inspirada en los presocráticos. Siempre había sido muy friki de la filosofía. Los presocráticos argüían que toda imagen que el ser humano percibe es falsa, todo el origen de las cosas viene de elementos de la naturaleza, que todo lo que perciben nuestros sentidos es una ilusión. Me parecía bonito el concepto. Mi favorito, Tales, consideraba que cualquier imagen que nuestros sentidos perciben está constituida por agua. Mi colección de ropa de baño era una colección en gasas azules y sedas vaporosas que se identificaban con el movimiento del agua. También diseñé unas diez piezas en tonos anaranjados y rojos que hacían alusión al fuego. Según Heráclito, otro de mis favoritos, cualquier cosa que el ser humano percibe está constituida por fuego en movimiento. Me encantaba pensar a veces locuras de estas; definitivamente, la gente en aquella época tenía demasiado tiempo para pensar. ¡Qué envidia! Poder sentarse en círculos de piedras con tus amigos y dedicarte a pensar sobre el fuego y el agua. Obviamente, fumando hierbas maravillosas. Luego intercambiar unas cuantas vacas por piedras preciosas y fin de la jornada.

Mi madre siempre dice que los seres humanos nos complicamos con el tiempo. Qué razón tiene. También dice que me hago la interesante fingiendo que sé de filosofía cuando no me he leído un libro en la vida. Dice que lo mío no es filosofía, que se llama vivir en las nubes. Yo me enfado mucho, pero sé que en el fondo tiene razón. Vivo un cincuenta por ciento de mi vida soñando e imaginando cosas que podrían pasarme. Pero ¿y si fuera cierto? ¿Y si todo lo que captamos a nuestro alrededor fueran solo imágenes creadas por el movimiento, como decía Anaxágoras? Se podría hacer una buena película sobre eso.

Me bajé en la parada Porth Authority Bus Terminal y llegué rápidamente caminando entre las luces de la 42 a la famosa Fashion Avenue. Me deslicé a paso rápido entre los diversos olores de perritos calientes y comida tailandesa. A unas manzanas, divisé la escultura gigantesca de un hombre cosiendo en una máquina. Está justo en la esquina de la 39 con la Séptima Avenida, al lado hay otra escultura en honor a la moda que es, sin ir más lejos, un botón colosal clavado en el suelo con una aguja enorme. Como había llegado con antelación, decidí entrar en la oficina de turismo y enterarme de por qué habían plantado aquí ambas esculturas. La oficina estaba vacía, ni un solo turista. Y una peruana con cara de simpática pareció alegrarse mucho de que yo hubiera pasado por allí.

—*Mija*, con el ruido de las obras parece que nadie quiere entrar aquí.

Así que muy felizmente, me explicó que la escultura era de Judith Weller y que representaba a un esclavo viejecito que cose botones en una máquina vieja. En 1800 muchas plantaciones del sur de Estados Unidos empezaron a encargar los uniformes de los esclavos en la ciudad de Nueva York. Al parecer, no les compensaba el tiempo que empleaban los esclavos en confeccionar sus uniformes en las tierras, perdían mucho tiempo de cosecha y no les salía a cuenta. Así que abrieron las primeras fábricas de confección precisamente aquí mismo, en la calle 39 con la Séptima Avenida. En las épocas bajas de confección de estos uniformes empezaron también a encargarse de los trajes de marineros y exploradores occidentales.

Antes de mediados del siglo XIX, la mayoría de los estadounidenses ya aprovechaban este Garment District para hacerse su propia ropa, o si eran ricos, encargaban incluso trajes a medida. Alrededor de 1820, la industria empezó a extenderse debido al aumento de la demanda de este sector. La calidad mejoraba con el tiempo y llegó a su momento álgido con la invención de la máquina de coser en la década de 1850. A partir de aquí, debido a la guerra civil americana y a la necesidad de confeccionar millones de uniformes para los soldados, el Garment District amplió el número de empresas y empezó a ser una de las industrias más ricas y solicitadas de Manhattan. Me parecía alucinante cómo se enrollaban las latinas, lo mucho que les gusta hablar. Por Dios, cuánto da de sí una pregunta tan sencilla como de quién narices es esta escultura. Intenté interrumpir.

—Muchísimas gracias, señora, tengo que irme.

—No he terminado, *mija*, ahora viene lo más interesante. *Long story short*. —Una cosa que he aprendido en este país es que no debes fiarte de cuando una persona te dice «*Long story short*», que literalmente significa una historia larga contada en versión corta. Cada vez que alguien te dice eso, significa que van a tenerte escuchando cinco horas por lo menos. Total, que continuó hablando mientras yo, inquieta, me empecé a morder las uñas enérgicamente—. A mitad del siglo XIX, vinieron inmigrantes alemanes y de Europa central. Aparte de la experiencia en el sector de la confección traían también conocimiento de negocios y habilidades de confección industriales que revolucionaron el sector e hicieron que creciera aún más.

—Lo siento, señora, tengo que irme.

Lo de la *long story short* de verdad que no lo había pillado en absoluto. Pensaba que iba a hacerme un resumen. Hombre, era muy fácil. Así que hace solo doscientos años este negocio multimillonario era una cosa de esclavos. Impresionante. Conseguí escabullirme finalmente y pronto llegué al edificio de Tory Burch. Atravesé la recepción y me dirigí con seguridad hacia los ascensores sin decir mi nombre, esta vez, sabía adónde iba. Me sentía una más en ese ambiente de tacones y diversidad de perfumes. Me senté en la sala de espera, pensé inevitablemente en mi doctor y mandé un mensaje a Mercedes. Ya había aprendido que cuantas menos palabras utilices en los mensajes de Nueva York, mejor.

Here. Xx, Moli

Dudé por un momento si me había pasado.

Al segundo la vi aparecer por la puerta. Se quedó hablando con la recepcionista mientras se acomodaba el pelo detrás de la oreja de forma compulsiva. Todos los intentos eran un fracaso porque lo llevaba demasiado corto. Pero ella insistía, las uñas de rojo oscuro. Le hice un maravilloso escáner que probablemente sería mutuo en segundos: botines negros de tacón ancho y piel buena, unos pitillos negros y una camisa blanca muy ancha de seda. Se acercó a mí pisando con fuerza. Me lanzó un par de besos rápidos con esos labios pintados de marrón y me

indicó que la siguiera hacia su despacho. Apestaba a Chanel Chance y yo le tengo una manía horrible a ese perfume. Intenté disimularlo y caminé detrás de ella al paso de sus tacones. Las oficinas de Tory Burch estaban decoradas con colores superllamativos, insignia de la marca. Escritorios rosa fucsia, material de oficina en amarillo fosforito y un pasillo largo donde se intercalaban varios ordenadores con trozos de pieles exóticas y pares de zapatos perdidos por encima de las mesas. Los trabajadores (más bien trabajadoras) no levantaban la mirada del ordenador y muchos de ellos estaban comiendo encima de los teclados. Todos tenían el vaso de cartón de Starbucks dispuesto en sus mesas, como si fuera el uniforme de cualquier trabajador aquí. Seguimos caminando por el largo pasillo de mármol blanco. Estaba reluciente y aún olía un poco a productos de limpieza.

—Quédate aquí, Marina, voy a avisar a Kevin, de recursos humanos. Él es el que siempre hace las entrevistas.

Me quedé sentada en un sofá redondo en tono verde pistacho dispuesto enfrente de una sala que debía de ser la de reuniones. «Dios mío, estoy haciendo una entrevista en Nueva York». La mezcla de colores de toda la decoración me recordaba un poco a Agatha Ruiz de la Prada. Pero en este caso, mucho más hortera y fosforito. Más exagerado, muy a la americana. Como les encanta exagerar todo aquí. Al fondo de la sala había una estantería de cristal altísima donde estaban colocados millones de zapatos, todos de tacón. La estantería llegaba hasta el techo, y el techo era verdaderamente alto. Colgaban diferentes lámparas de cristal que daban muchísima luminosidad a todo este lujoso espacio, eso sí, sin ventanas. Lo que cuesta tener ventanas en este país.

—Marina —me interrumpió Mercedes—, vamos a hacer la entrevista en el despacho de Kevin. Sígueme. ¿Has visto esa estantería? ¿Te gusta? Es una obra que nos ha hecho Gina Czarnecki, ¿la conoces?

—Me suena, pero ahora no caigo. —¿Gina za qué? ¡Ay, madre! Se me ve el plumero.

—Es la artista de Liverpool. *Whatever*, nos ha diseñado esta pieza para que dispongamos los accesorios que más hemos vendido en la historia de Tory Burch. Es una maravilla de obra, ¿verdad?

—Sí, es preciosa. Estaba mirándola precisamente.

—Bueno, ahora vamos a hablar en inglés, que ya está aquí Kevin. *How are you doing with your English?*

—*Very good, thank you.*

Entramos en el despacho de Kevin. Estaba serio, escribiendo muy concentrado en su ordenador. Era bastante feo, pero parecía amigable. Larguirucho, muy delgado, con gafas de pasta, iba vestido muy casual, camiseta de manga corta azul, vaqueros y unas zapatillas de deporte. Se podía notar a la legua que era extremadamente gay. «Fenomenal, siempre suelo caer bien a los gais». Mercedes se sentó frente a mí y me pidió que le dejara mi portfolio. Kevin comenzó a pasar las páginas y, sin mirarme a los ojos, con la vista clavada en mis diseños, comenzó a hablar en inglés de manera acelerada.

—Bueno, Marina, ¿cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir veinte. —Isma me había enseñado ese fantástico: «*I just turned twenty*».

—¡Oh, qué *cute*! ¿Cuánto tiempo llevas en Nueva York?

—Un mes exactamente.

—*Nice!* ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Bueno, eso depende de si encuentro trabajo. —Sonreí con esa cara angelical que tan bien se me daba.

—¡Vaya! ¡Qué lista! ¡Vas directa al grano por lo que veo! —Gracias a Dios, se rio también—. Y dime, Marina, ¿por qué te gustaría trabajar en Tory Burch?

—Bueno —comencé a hablar temblorosa con mi patético inglés. Notaba que estaba cometiendo varios errores gramaticales, pero me esforcé en no dejar una frase sin terminar—. *Well*, Tory es una de las mejores compañías de moda. Es famosa y está en continuo crecimiento. Creo que la mejor manera de aprender es empezar a trabajar en una compañía de tal importancia en el país. Además, me encanta el diseño. Los colores, los zapatos, etc. Tengo varias bailarinas de Tory en casa. —Volví a sonreír angelicalmente, aunque a Kevin no había parecido convencerle.

—Bueno, ¿y cuál ha sido tu diseño favorito de la casa? ¿De qué temporada?

—Hace un par de años creasteis unas botas de agua con un estampado que simulaba ser los cordones de la bota. —Esta frase la había preparado con Isma, pero no me había quedado muy bien. Intenté explicarlo mejor y me miré mis botas moradas—. Eran como estas, pero en ¿*fake*? ¿Falso? —Comencé a ponerme muy nerviosa. Kevin estaba mirándome, tenía cara de mal humor. Me faltaban las palabras, necesitaba continuar en mi idioma. Estaba perdiendo la única oportunidad que tenía de quedarme en NY. Intenté relajarme, las rodillas me temblaban. Miré a Mercedes, buscaba algo de ayuda, pero allí estaba ella, mirando su BlackBerry sin prestarnos ningún tipo de atención. Kevin pareció darse cuenta de mis nervios y contestó de una manera amable.

—Ya sé a lo que te refieres, ese estampado en las botas lo diseñó Mercedes. Y dime, ¿cuál es tu diseñador favorito?

—Me gusta mucho Alexander Wang.

—Esa es una respuesta juvenil. Dime un diseñador que trabaje para una casa de moda importante. Por ejemplo, dime que te gusta Karl Lagerfeld para Chanel. O que te gustan Jack McCollough y Lázaro Hernández para Proenza Schouler.

¡Ay, madre! Ahora sí que sí, todo está saliendo mal. ¿Qué digo? ¿Qué hago? Miré a Mercedes buscando complicidad. Seguía inmersa en su maldita BlackBerry.

—No sé, es una pregunta difícil. Me gusta mucho Alexander McQueen, pero trabaja para su propia casa. También me gusta Miuccia Prada y todo lo que hace en Miu Miu.

—No te pongas nerviosa, Marina, te hago todas estas preguntas porque quiero tener en mi equipo a gente que realmente entienda de moda. Y no a candidatos que no tienen la menor idea de lo que significa. Me gusta saber que la gente entiende de esto. ¿Qué es para ti la moda? —Noté cómo me caía una gota de sudor por la espalda.

—Bueno, es una pregunta un poco complicada para responder con mi nivel de inglés.

—Tu inglés es perfecto, Marina. Vamos, responde. —Me sonrojé y en ese momento nos interrumpió una chica jovencita con pinta de japonesa que traía un café a Kevin.

—Aquí tienes, Kevin. Doble expreso con leche de soja.

—Muchas gracias, Jen Kao. ¿Por dónde íbamos, Marina? ¡Ah, sí! Te propongo que juguemos a algo. Yo soy una persona que no tiene ni idea de moda y te pido que me lo expliques. Adelante. ¿Qué es la moda?

De repente me acordé de Ariadna, no sé muy bien por qué, pero apareció en mi mente. Me dio confianza. Parecía que de alguna manera me había venido la inspiración divina y comencé a hablar, con seguridad, sin nervios, dando patadas gramaticales, pero sin recular. Empecé a vomitar palabras.

—Bueno, vamos allá. (Ese «*here we go*» que las mexicanas siempre utilizan). Para mí la moda es una obra de arte. Una obra de arte preciosa debido a su dificultad y complejidad. Es más bien

la dificultad de adaptar una obra de arte al tiempo y a las necesidades del ser humano. Porque claro, *fashion is everywhere, is in the streets, is there, out in the world*. ¿Me explico? Cuando he dicho antes que me gustaba McQueen o Miu Miu, no es que me guste lo que puedo comprar en las tiendas. Eso es el producto final y me encanta también. Pero lo que más me gusta es el proceso tan complejo por el que pasa una idea maravillosa hasta que se convierte en unos zapatos. Por ejemplo, la colección de Miuccia Prada de esta temporada inspirada en la primavera. Me ha parecido maravillosa. El cómo la primavera y las mariposas de colores han desembocado en esas faldas estampadas o esos volantes que hacían alusión a los pétalos de las flores. Es el proceso hasta llegar al producto final. Eso es lo que me encanta. ¿Me explico?

—*Keep going, Marina, give me another example.*

—Por ejemplo, me pareció increíble también la última colección que presentó McQueen hace solo dos temporadas. Era una colección inspirada en la muerte. ¿Lo recuerdas? McQueen decía que la muerte era un proceso de la vida igual de bonito que el nacimiento. Y que había que tratarlo con normalidad y apreciar la parte bella de ello. Que no había que tenerle miedo. Era una celebración de otro momento de la vida igual que se celebraba lo bonito que es nacer. ¿Te acuerdas de que las modelos llevaban los cascos de hierro y las máscaras? ¿Estoy hablando demasiado?

—Continúa, continúa.

—Pues me gusta la moda por eso. Porque creo que entiendo el concepto de la colección. Por ejemplo, mi madre se quedó horrorizada con ese desfile de McQueen del que estoy hablando. Se quejaba de lo exageradas que eran las prendas. Y pensaba que nadie jamás compraría esas cosas tan espantosas y tan rococó. Recuerdo cómo le expliqué con cariño que el desfile es simplemente la manera con la que McQueen presentaba a la prensa el concepto de su colección, la belleza de la muerte. Y me encantó cuando fui por primera vez a su tienda en Londres y vi todos los jerséis en pieles exóticas, los pantalones de cuero o los zapatos que había diseñado para la venta en tienda. Todos inspirados en la locura de su desfile. *I think it was just beautiful...* Que un concepto tan impresionante se convirtiera en unos zapatos tan bonitos...

Sonó el teléfono, Kevin me hizo un gesto con la mano para que parase de hablar y contestó. Yo estaba tan nerviosa que creía que nada de lo que había dicho tenía sentido. «¿Para qué narices le he contado esta historia interminable? A él qué le importa. Y además, me he eternizado, ¡le he hablado hasta de mi madre! Pero ¿por qué hago esto? Me siento como la peruana del puesto de información. Igual, si te ves muy animada, cuéntale también lo de los esclavos, no te jode. ¡Ya que estás! Y encima he repetido muchas veces ese patético “*You know what I mean, you know what I mean?*” Isma me había dicho mil veces que procurara no utilizarlo. En fin, tranquilízate, piensa en otra cosa. Piensa en la tienda de McQueen. Recuerdo que fui con Lolita. Hubiera matado por comprarme cualquiera de esos jerséis negros, especialmente uno que tenía piel de lagarto en la delantera. Tiene que ser una pasada llevar algo así. Una prenda que representa lo bello de la muerte. ¡Qué locura! ¿Qué más me va a preguntar este hombre?». Colgó el teléfono y me habló con un tono cariñoso que hasta ese momento no había empleado.

—Mira, Marina, es precioso que tengas tanta ilusión. Eres joven y se te ve entusiasmada. Nueva York es la ciudad de los sueños y con esa energía tan positiva y soñadora vas a llegar adonde quieras. ¿Verdad, Mercedes? A veces se nos olvida por qué estamos aquí. —Mercedes llevaba un rato escuchándonos, los dos se miraron y se sonrieron con verdadera complicidad—. En fin, Mercedes, yo ya no tengo más preguntas. ¿Tú?

—Una última, Marina. Ya sabes, Kevin, que esta es mi pregunta favorita. Si entras en la empresa y tienes que definirte con un animal, ¿qué animal serías?

—*I will be, I will be... I don't know the word in English.*

—Dime en español —me dijo Mercedes con curiosidad.

—Una luciérnaga. Porque no me hace falta ser muy grande para brillar, tengo luz propia y me muevo volando a todas partes.

—*Good answer.* —Kevin se levantó, mirando unos papeles y caminando hacia la puerta de su despacho como si se fuera ya. Antes de irse, me puso la mano en el hombro y me dijo unas palabras que claramente carecían de importancia. Yo creía que me desmayaba.

—Empiezas mañana a las nueve. Mercedes te dará ahora el contrato.

Recuerdo ese primer año en Nueva York. Todo el mundo es feliz en su primer año. Nueva York siempre sabe a Nueva York. Es un sabor dulce, a veces exageradamente punzante, pero siempre te deja con ganas de más. Es una ciudad que lo tiene todo. Tiene los mejores *night clubs*, los mejores restaurantes, las mejores empresas y, por lo tanto, los mejores trabajos. Recuerdo mis noches de fiesta con Julieta.

Recuerdo con verdadera nostalgia mi día a día en Tory Burch. Cómo me arreglaba cada mañana para ir impecable a la oficina. Cómo me rizaba el pelo algunos días y cómo me lo alisaba otros. Cómo me ponía los tacones y corría hacia la línea azul del metro. Recuerdo con qué ilusión salía de la oficina a las diez de la noche, después de catorce horas de trabajo sin descanso, y me iba corriendo a casa de Isma. Recuerdo qué excesivamente feliz era yendo de camino allí. Salía del trabajo, agotada, de noche, con dolor en los pies, pero qué más daba. Trabajaba y diseñaba zapatos para Tory Burch en Nueva York. Era extremadamente feliz. Recuerdo mi primer día de trabajo en Nueva York.

—*Good morning, Marina* —me saludó Mercedes nada más entrar en las grandes y coloridas oficinas. Y he repetido Tory por si no ha quedado claro. ¡Trabajaba en las oficinas de Tory Burch! ¡Qué felicidad! Mercedes revisó mi modelito de arriba abajo con cara poco amigable. Primero, mis botas moradas, mis pantalones negros, mi *blazer* negro remangado y una camiseta negra con hombreras que había heredado de mi madre. Se quedó observándome sin decir nada. Yo me coloqué mi trenza de raíz a un lado. Como vi que no decía nada y tenía la cabeza completamente en otra parte, como ida, paralizada, en otro mundo, me lancé a hablarle:

—Bueno, Mercedes, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Mercedes volvió a la tierra y con su típico gesto de intentar colocarse el pelo detrás de la oreja, me respondió en inglés:

—*From now on, let's keep our conversation in English so Elzio can understand.*

—*Oh, ok, I am sorry* —contesté.

—*Well, Marina* —continuó Mercedes—, *for Fall Winter 2009 our inspiration mood board is gonna be about Rock and Roll. Have you ever done a mood board?*

—*Mmmm, yes?* —De hecho, nunca lo había hecho, pero cómo narices se lo explicaba yo a la chalada aquella que hoy había venido a la oficina con una incómoda e inquietante actitud tan altiva.

—*Well, Marina, this is my credit card. You have ten thousand dollars budget for the mood board. Good luck.* —Me entregó la tarjeta de crédito y salió de la habitación. Antes de cerrar la puerta se giró y, dirigiéndose a un chico que llevaba todo el tiempo sentado en el escritorio sin mover la vista del ordenador, dijo—: *Oh, and by the way. Marina, that is Elzio.* —Y abandonó la sala taconeando.

Vaya, *That's Elzio?* Pensaba que el tal *that* era para referirse a cosas y el *this* para personas. ¿O era al revés? ¿Eso es Elzio? Qué horror. En fin, me quedé de pie mirando la tarjeta de crédito

que me acababa de entregar Mercedes. Tenía diez mil dólares de crédito para gastarme en la inspiración de esta temporada. Pero ¿a qué se refería? ¿En qué me lo gasto? No me quedó más remedio que preguntarle al tal Elzio de qué se trataba. Así que suspiré, me coloqué la trenza y me lancé al inglés.

—*Sorry, to bother you. I don't understand what Mercedes just said. I have to spend ten thousand in what?*

—*Oh, you never did this before. Did you?*

—*I guess I did'nt.*

Se levantó.

—Perdona, no es que me moleste tener que explicártelo. Es que trabajo en una compañía multimillonaria y en vez de invertir dinero en personas del equipo que sirvan para algo, nos mandan a becarios que no tienen ni idea, como tú. Y perdona, ¿eh? No quiero ser despectivo. Pero es que nos hacen perder el tiempo a nosotros explicando otra vez todo el trabajo. Y en fin, que pierdo mi tiempo y luego me retraso en mi trabajo y creo que sería bastante más productivo que por una vez contrataran a alguien mayor de... —Me miró de arriba abajo—... No sé, mayor de dieciséis años.

Me quedé mirándole sin decir nada, intentando analizar lo que me acababa de soltar en aquel momento. Venía básicamente a decirme que era subnormal y que no le apetecía nada explicarme lo que era la maldita *mood board* que me acababan de encargar. Decidí contestar.

—*I am not sixteen, I just turned twenty actually.*

—No, si no lo digo por ti. En fin, da igual. ¿Te lo explico o no?

—Sí. —Este tipo de gay cabroncete podía llegar a ser *very annoying*.

—A ver, mira, te enseño fotos de otros *mood boards*. Por ejemplo, la temporada pasada nuestra inspiración para crear la colección de primavera-verano 2008 fueron los duendes y el mundo mágico de las hadas. Mira lo que compró la última becaria, que, por cierto, era también venezolana, como tú.

—Yo no soy venezolana. Soy española.

—*Whatever.* —Me observó con un *nasty look* y siguió hablando—. La venezolana compró muchísimas revistas infantiles llenas de hadas, duendes, mundos mágicos y maravillosos. Compró libros de setas y de naturaleza para crear la carta de colores. También compró telas fantasía y brillantes. Incluso trajo mariposas disecadas y las puso con alfileres en el *mood board*. También se inspiró mucho en la película de *Avatar*.

—¿Cómo de grande es el *mood board*?

—¿Ves esa pared blanca de allí? ¿La que está justo enfrente de los escritorios? Llena tanto como puedas la pared de cosas inspiradas en el Rock and Roll. Yo qué sé, compró hasta chucherías que sujetaba con alfileres. La pared es de corcho, así que puedes usar imperdibles y alfileres. Y nada, el resto ya te lo ha explicado Mercedes. Tienes diez mil dólares para gastar. Empieza a buscar revistas y tiendas de música. Venga, hija, no te quedes ahí parada. Necesitamos el *mood board* para pasado mañana. El tiempo aquí es oro. Espabila.

—*Ok, thanks.*

¡Por Dios, qué amabilidad en el ambiente! Cómo se podía ser tan antipático, tiene que ser malo para la salud. Y cómo se puede llevar un jersey de cuello vuelto morado. ¿Acaso no tiene novio ni madre este chico? Salí pitando de la maldita oficina y me dirigí hacia una cafetería que había visto al salir del metro y que tenía ordenadores de pago. Ojalá tuviera una de esas BlackBerry. El minuto en internet valía tres dólares con diecisiete centavos. Así que le expliqué al indio que quería estar tres minutos en internet y le pagué doce maravillosos dólares.

¡Estupendo, baratísimo! Según se encendió el temporizador me metí en Google y, como loca, filtré un ocurrente «*best music stores nyc*», luego un «*best magazines stores in Manhattan*». Antes de que me hubiera dado cuenta se me había apagado el maldito ordenador y había consumido todo el tiempo.

Aquel indio me miraba de reojo tan contento de que se me hubieran agotado los minutos y no me hubiera servido para nada. Me ofreció pagar otros doce dólares, le dije que no. Intenté negociar un minuto más, y como fue una absoluta pérdida de tiempo, salí del establecimiento con un trozo de papel donde había escrito en bolígrafo un par de nombres de tiendas.

A pocas manzanas de la calle 39 había leído que se encontraba Barns and Novels; en la calle 17, para ser exactos. «*Best library shop in NYC*». Caminé las veintidós manzanas con las manos en los bolsillos porque ya empezaba a hacer mucho frío. Cuando entré, comencé a ojear revista tras revista. Compré varias ediciones de *The Rolling Stones magazine*, un par de revistas que se llaman *Rolling In*. Incluso un libro de los Rolling Stones con imágenes de conciertos, etc. El libro valía setenta y cinco dólares; me pareció un poco excesivo sabiendo que en unos minutos lo estaría deshojando y cortándolo en pedacitos, pero ¡qué más daba! ¡Tenía diez mil dólares para gastar en dos días! No me había gastado ni un diez por ciento y ya iba cargando con unas veinte revistas más el libro de los Rolling. En la sección de moda, también encontré revistas, con modelos vestidas con cuero y tachuelas al cuello. Las metí en la pesada cesta y continué ojeando revistas, libros, e incluso me pasé por la zona de niños, donde encontré algunos libros con ilustraciones de Tim Burton. Aquellos dibujos en colores grises, negros y blancos podrían quedar genial en mi pared del Rock and Roll. Salí de la tienda cargada como una mula con las bolsas de los libros. Solo había gastado doscientos cincuenta dólares. No sabía muy bien qué iba a hacer con el resto. Me quedaban nueve mil setecientos cincuenta dólares para gastar. De vuelta a la oficina, caminando desde la calle 17 hasta la 39 por Broadway con las manos congeladas, observé el Empire State, a lo lejos; estaba iluminado con luces blancas. Inevitablemente me acordé de dónde estaba viviendo y trabajando. Y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Era incontrolable la alegría que me producía vivir allí.

Descargué las bolsas en la oficina y volví a salir muy emocionada con aquella ilimitada tarjeta de crédito. Me dirigía a una tienda que había visto cerca de la oficina y que se parecía a nuestro querido Pontejos de Madrid. Nunca me olvido de su cartel roñoso en la puerta: «Fundado en 1913». Cuántas veces me he peleado con las señoras mayores que intentan saltarse la cola haciéndose las despistadas. Qué gracia me producen esas señoras. Mi abuela siempre compra allí. Qué típico es Pontejos, las paredes antiguas, los cajones de madera donde se guardan los hilos desde hace décadas. Están los señores tan mayores que te atienden. Rogelio, por ejemplo, al que le he comprado todo mi material de la asignatura de ganchillo de la universidad. Siempre me contaba que llevaba toda su vida vendiendo botones, de hecho tiene memorizados al dedillo todo tipo de enganches, corchetes, automáticos, hebillas, hilos, lanas. Me parece tan entrañable que sienta tanta pasión por el mundo de los botones. Entré en una mercería equivalente, pero en Manhattan: M&J Trimming. Igual encontraba a alguien como Rogelio, con una sensibilidad innata para el mundo de los botones. Vi un cartel en la puerta que ponía que estaba fundado en 1936. También tenía ese tono antiguo, tal vez. Desilusión. La tienda no podía ser más moderna. Techos altísimos y millones de cajones dispuestos en novedosos materiales. Los dependientes corrían de un lado a otro, y no había ninguno mayor de treinta años. Estaban divididos en lanas, lazos, botones, manualidades y otra serie de palabras que no entendí en inglés. Me acerqué a una chica que no estaba haciendo nada en la zona de los lazos de seda. Le pregunté si podía ayudarme.

—Sorry, yo solo estoy a cargo de los lazos —me respondió—, para cualquier otra cosa tienes que hacer la cola allí.

Empecé a darme cuenta de lo cuadriculados que son los americanos. Qué más le daba a aquella chica ayudarme si no estaba haciendo absolutamente nada en aquel momento. Pero en Manhattan todo funciona así. La gente es mucho más egoísta y solo mira por su propio interés. Me sentí igual de desubicada que se sentiría cualquiera de las señoras de Pontejos si tuvieran que ir allí.

Acabé haciendo la cola y tuve la suerte de que me atendiera una chica portorriqueña que se entregó a la causa, con seguridad porque iba a comisión. Y al ver que yo no tenía ningún problema con los precios, comenzó a sacarme diferentes materiales. Me mostró incomparables cadenas de metal, tiras de cuero para hacer cinturones con tachuelas, cordones de colores plateados, negros y morados. Conos de plata, cadenas para hacer collares, e incluso unas plumas negras que me servirían para hacer las veces de crestas en la cabeza y que podría intercalar con las cadenas. En total, todo el material, que incluía también algunos encajes negros y piezas de lencería, me costó otros doscientos cuarenta dólares.

De camino a la oficina pasé por una de las zapaterías Steve Madden. Había unas Doctor Martin moradas. La cantidad de veces que había regañado mi madre a mi hermana Ariadna por comprarse unas botas de nazi. Sin pensarlo dos veces, entré en aquella tienda y compré dos pares, unas moradas y otras con un estampado escocés de cuadros rojos. También compré otras botas macarras con tachuelas en las que decidí meter algunas de las plumas y algunas de las cadenas que acababa de comprar. El total de los tres pares de botas me costó mil setenta y ocho dólares. Me dio un poco de vértigo utilizar la tarjeta de esa manera. Pero, en fin, esta era una actitud puramente neoyorquina. Encima tenía diez mil dólares que gastar, así que, adelante. Dejé las bolsas de Steve Madden en el suelo, en la misma sala donde había empezado mi aventura con la tarjeta de crédito. Y justo cuando iba a salir por la puerta, Elzio me miró y, para mi sorpresa, se acercó interesado a ver qué había estado haciendo. Creo que intentaba ayudarme.

—Marina, es buena idea que camines por Madison Avenue y que vayas a nuestras tiendas de reseña. Vete a Chanel, vete a Gucci, a Prada, a Michael Kors y compra alguna pieza de alta costura que pueda servirnos de referencia. Al fin y al cabo, es lo que hacemos aquí. Fijarnos en las firmas de referencia (otra vez la palabrita) para inspirarnos. No pasa nada si te pasas un poco de los diez mil dólares. Mientras compres cosas que tengan sentido a Mercedes le va a dar igual.

Se referiría a que comprara algo de aquellas casas de moda para copiarlo. Me pareció fatal. Pero decidí callarme, sonreírle y volver a salir. Empecé a caminar por Madison Avenue, como me había dicho. Una calle absolutamente limpia y con un ambiente totalmente distinto al sucio Times Square. La calle tenía maceteros con flores preciosas y todo estaba impecable. La primera tienda a la que entré fue La Perla. No me pudo parecer más elegante todo lo que vendían allí. Compré un conjunto de ropa interior de cuero negro que me costó otros seiscientos cuarenta dólares. Ojalá que algún día pudiera comprarme aquí ropa interior. A Isma le encantaría. Al pagar en la caja, la dependienta, que era latina y me había contado su vida en español, me recomendó que comprara una liga negra de piel de lagarto. Era sencillamente preciosa. Pero valía setecientos cuarenta dólares solo la liga y, aunque en la vida me había visto en otra situación así, decidí renunciar a ella y saltar corriendo a Óscar de la Renta, situado justo enfrente. Allí, como llevaba la bolsa de La Perla, noté que las dependientas me trataban de una manera distinta que en las primeras tiendas a las que había entrado. Qué sensación tan maravillosa que te pelotearan así. Me ofrecieron zumo de naranja y galletitas, yo me probé zapatos, camisas de seda y ropa del todo inalcanzable.

Después de entrar en Chanel, en Miu Miu, en Diane von Fürstenberg y en Alexander McQueen, decidí ir a Bergdorf Goodman, los grandes almacenes más lujosos del país. Están en la Quinta Avenida y la 58, sus escaparates son verdaderas obras de arte. En la planta de calzado encontré unos zapatos de punta grises oscuros de piel de avestruz. Llevaban en el tobillo unas cadenas bastante bastas y eran de Alexandre Birman, un diseñador de zapatos brasileño que, al parecer, según la dependienta, estaba siendo el no va más en el mundo de las *celebrities*. Todo el mundo los lleva: Rihanna, Kate Winsley y hasta Blake Lively los había sacado en *Gossip Girl*. Y en aquel momento también los iba a llevar Moli Hernández del barrio de Chamberí. Ochocientos noventa dólares; los compré sin dudarlo. Con suerte me podía quedar esa preciosa caja de cartón negro con las letras del diseñador en relieve dorado. Me moría de hambre. Miré el reloj: eran las cuatro y cuarto de la tarde. Salí a la calle y me compré un perrito caliente en un puesto mientras volvía corriendo a la oficina. Tenía tres días para comprar material, volvería mañana a las tiendas del Soho y compraría en Philip Lim o Comme des Garçons, que me encantaban y también estaban por aquella zona.

Cuando volví a la oficina ya eran las cinco de la tarde. Saqué todas las revistas de las bolsas, cogí unas tijeras, me senté en el suelo y empecé el proceso de recorte. Recorté guitarras eléctricas de un catálogo que había buscado en internet y había impreso con la ayuda de Elzio, fotos de grupos musicales de rock que conocía como AC/DC, Bon Jovi o los Rolling. Otras fotos de grupos que no había oído en mi vida. Cuando tuve suficientes recortes, empecé a sujetarlos con alfileres en la pared. Muchos de los recortes los hacía a mano, sin las tijeras, rompiéndolos delicadamente para darles un efecto más transgresor. Incluso algunos los quemé un poco con un mechero, para que le dieran un toque avejentado y rocambolesco que quedaba fenomenal. Entre las imágenes de los rockeros intercalé algunas de las cadenas que sujeté también con alfileres. Metí plumas negras y rojas entre los recortes. Con mi propio pintalabios rojo escribí una frase de Frank Sinatra que había leído en una de las revistas: «*Rock and Roll: the most brutal, ugly, desperate, vicious form of expression it has been my misfortune to hear*».

En el otro lado de los recortes escribí en su defensa una frase que había leído en otra de las revistas, de Meat Loaf: «*Rock and Roll came from the slaves singing gospel in the fields. Their lives were hell and they used music to lift out of it, take them away. That's what Rock and roll should do - Take you to a better place*».

Busqué en internet recortes de disfraces y vestimentas. Imprimí una foto de John Lennon en una de las manifestaciones a favor de este tipo de música. John estaba al lado de Yoko con un cartel que ponía: «*Don't hate what you don't understand*».

Cuando me di cuenta era de noche otra vez y me sonaban las tripas del hambre. Eran las diez menos cuarto de la noche y todo seguía exactamente igual que antes. Bienvenida a una empresa de moda en Manhattan. Elzio seguía con la mirada clavada en el ordenador, con los ojos un poco afectados por el cansancio. Asomé la cabeza a aquel pasillo y la mitad de los escritorios seguían encendidos y con las chicas tecleando. Elzio vio que estaba cotilleando y me dijo algo en inglés que no entendí muy bien. Me quedé mirándolo para ver si lo repetía y, como no hacía nada, asentí con la cabeza y continué recortando. A las diez y media recogí los recortes, me levanté y le expliqué que tenía que irme porque me cerraban la residencia.

—Ok, te vemos mañana a las nueve.

—Gracias, aquí te dejo la tarjeta de crédito.

—Oh, no, llévatela. Estás a cargo de ella hasta el miércoles. No quiero saber nada de eso.

Salí de la oficina realmente cansada, pero muy feliz de estar allí. En el metro, no paré de pensar en todas las cosas que tenía que comprar aún. Me gustaría ir a una tienda de motos y

comprar algunas pegatinas de Harley Davidson. También algún vinilo antiguo o algo relacionado con los tocadiscos. Recordé también algunas frases que había leído en aquellas revistas. Siempre he sido buena para memorizar al dedillo estas cosas.

«When I am on stage the savage in me is released. It's like going back to being a cave man. It takes me six hours to come down after a show». Angus Young. AC/DC.

«Don't let anyone tell you you can't do something. Make your own victories and make your own mistakes». Joan Jett.

Ya en la cama, cansadísima, me acordé de que no había contestado a Isma en todo el día.

Pequeño doctor. Perdona, llevo todo el día corriendo de un lado a otro como una loca. Acabo de llegar a la resi y me estoy quedando dormida. ¿Estás despierto?

No me hace ninguna gracia estar todo el día sin saber de ti. Pensaba hacerme el indignado, pero venga, te llamo en cinco minutos. Te echo de menos.

Intenté esperar su llamada, pero fue imposible, cerré los ojos con intención de descansar un poco y me quedé totalmente dormida.

XV

DREAMS DON'T WORK UNLESS YOU DO

A la mañana siguiente, nada más llegar a la oficina, salí corriendo hacia el Soho en busca de alguna pieza de alta costura. Un diseñador llamado Rubin Singer acababa de inaugurar su tienda *flagship* para presentar una colección de corsés diseñados para la gira de Beyoncé. Llegué a la tienda. En el escaparate tenían dispuesto un modelo en diferentes tipos de cuero realmente impactante, tejido a mano, con tachuelas en las hombreras. Entré y pregunté el precio pensando que valdría más de veinte mil dólares. Me atendió un chico bastante antipático. Me miró de arriba abajo con una actitud altiva y una expresión despectiva y cara de impaciencia ante mis pintas.

—¿Para qué quieres saber el precio?

—Para comprármelo.

Me miró con cara de sorpresa.

—¿Es para ti?

No, hijo, yo no entro ni queriendo en ese minicorsé, pero de todas maneras... ¿A ti qué narices te importa?

—No, es para mi madre. Que es muy moderna. ¿Me dices el precio?

—No creo que puedas comprarlo. Aunque está rebajado. Se quedaría en siete mil trescientos dólares sin incluir tasas.

—Perfecto, ¿me lo puedes envolver para regalo? —¡GI-LI-PO-LLAS!

Estuve recortando y armando mi mural hasta las once de la noche sin descanso. Para las partes más altas utilizaba una escalera gigantesca para colocar los alfileres. También usé trozos de pieles exóticas que Elzio me dejó recortar de algunos restos de temporadas pasadas. En uno de los maniquís negros que tenían en las salas de confección dispuse el maravilloso corsé de piel tratada de Rubin Singer. Era un diseño que Beyoncé le había comprado para abrir el espectáculo de la Super Bowl la temporada siguiente.

Cuando Mercedes llegó a la sala el jueves por la mañana, se quedó un buen rato frente a mi mural. Recortes de Rock and Roll cubrían la base de aquella pared blanca que ahora era una mezcla de negros y grises combinados con toques burdeos y anaranjados. En el centro, delante, el corsé negro. Parecía una escultura de una mujer que iba a echar a volar. Me miraba con una minisonrisa que indicaba éxito mientras Mercedes observaba cada detalle.

—Me gusta, Marina. —Eso fue todo lo que dijo. Ni siquiera me miró. Es gracioso, porque yo sentía que lo que acababa de terminar era la nueva versión del *David* de Miguel Ángel. También se dirigió a Elzio sin mirarle a la cara—. Elzio, ya sabes, para el jueves que viene necesitamos ochocientos diseños de zapatos inspirados en esto. A Marina se le da muy bien hacer *sketch*, que te enseñe su portfolio y que te ayude.

Supongo que esa fue la manera de decirme que había triunfado, que lo que había hecho me había llevado a poder diseñar bocetos para la nueva colección. Esa era la manera que tenían en Manhattan de agradecerte las cosas.

Y así, en ese mismo instante que recuerdo con verdadera nostalgia y melancolía, empezó mi primera etapa neoyorquina. La más feliz de todas, sin duda alguna. Por otro lado, la más inocente. Los días siguientes me dediqué a dibujar bocetos sin descanso. Bocetos de diferentes zapatos, todos inspirados en el mural que yo misma había creado. Y así descubrí cómo era el día

a día de un diseñador en Manhattan. Horas y horas dibujando, creando, diseñando, pensando, sin ningún tipo de descanso ni de vida social. Elzio me enseñó a dibujar con pluma negra y también a pasar ese mismo diseño al ordenador. Todas las mañanas me arreglaba feliz, planeaba mis modelos con mis amigas, mis mexicanas. Al poco tiempo empecé a guardar algunas cosas en casa de Ismael. A él le encantaba todo lo que yo le contaba del trabajo y la ilusión con la que le describía mis jornadas en la oficina. Decía que le sacaba de la monotonía de su vida de dentista. Yo le explicaba todo con mucha alegría, aunque, cuando realmente lo pensaba, me daba cuenta de que era exageradamente cansado el trabajo. Prácticamente vivía en la oficina y mi contrato, recién firmado para los próximos seis meses, partía de un salario base como «*intern*» de CERO dólares al mes.

—Marina, la gente mataría por trabajar aquí, así que tómatelo como un máster y siéntete afortunada.

Recuerdo que para entregar los ochocientos bocetos en una semana tuvimos que ir a la oficina sábados y domingos, sin descanso. Salíamos tardísimo y a veces realmente costaba encontrar inspiración. Pero yo salía a la calle y caminaba con el Empire State de fondo y se me olvidaban todas esas interminables horas de trabajo. Es lo que tiene Nueva York, que, a veces, sin saber por qué, eres extremadamente feliz. Con veinte años trabajaba y vivía en Manhattan. Estaba enamorada de uno de los doctores más importantes de la NYU y además tenía a Juls. Con Juls me trasladaba a situaciones inimaginables y me ilustraba sobre asuntos de sexo que ni siquiera hubiera sospechado hasta entonces. Desde que había roto con Santiago, aparte de su época de revancha y flirteo, estaba estudiando diferentes cursos de cocina en Nueva York. Aunque estaba muy despendolada, había iniciado un par de cursos *online* de negocios en América. Quería con todas sus fuerzas aprender lo máximo posible sobre cocina para poder cumplir su sueño en Manhattan. Abrir Comilón. Me llamaba a menudo con sus dudas sobre posibles menús y después me contaba sus alocadas aventuras. En realidad, ninguna de las dos pensábamos que aquel restaurante se fuese a abrir, a menudo planeábamos nuestra vuelta a España y la apertura de Comilón en Valencia o en Marbella. Éramos conscientes de lo difícilísimo que era conseguir una visa para los Estados Unidos. Pero, bueno, soñar es gratis. Y eso era efectivamente lo que hacíamos. Y mientras soñábamos juntas, mi Juls se lo pasaba bomba, de fiesta en fiesta, de cama en cama, de sobrecito en sobrecito. ¡Qué bien le había venido romper con Santiago!

—Sexo con amor es magia y, si no, gimnasia, Moli. A ver si empiezas a disfrutarlo.

—¡Qué asco, por favor!, no digas esa frase.

Los días pasaban. Elzio y yo empezamos a hacer buenas migas. Nos reíamos trabajando y comenzamos a tener mucha complicidad. Sobre todo en las miradas, cuando Mercedes nos llamaba «*that*», básicamente refiriéndose a nosotros como si fuéramos una cosa, no una persona. Eso me daba igual porque, en ese momento, no necesitaba nada más. Trabajaba a veces, cuando podía escaparme de Tory, disfrazada de *hot dog* con Juls. A mi querido doctor le engañaba y le decía que repartíamos *flyers* sin más. Juls y yo planeábamos cómo correríamos torpemente en el caso de que algún día Isma apareciera en nuestro trabajo.

Isma me esperaba casi cada día a la salida de Tory para llevarme a los mejores restaurantes. No me dejaba pagar nada y cada vez dormíamos más abrazados. Yo cada día era más feliz. Entramos en una rutina preciosa de convivencia, aunque Isma tenía sus cosas raras y me montaba pollos sin sentido. A mediados de noviembre me apuntó a su gimnasio para que fuera con él los días que pudiera salir temprano de trabajar. Ir al gimnasio y matarse a hacer ejercicio es una actividad principal en la vida de cualquier neoyorquino. En Tory Burch no podías salir a la hora

de comer más de veinte minutos, no podías hacer descansos a media tarde e ir a darte un paseo, por supuesto era impensable que llegaras tarde a la oficina. Eso sí, si la excusa de tus descansos y tus salidas era que ibas al gimnasio, estabas salvado y estaba totalmente permitido. Todo el mundo se iba al gimnasio en el *lunch break*. Y luego hablaban durante horas de comida orgánica, de la maratón de Nueva York y de la nueva dieta a base de mermeladas que había sacado Gwyneth Paltrow. El punto obsesivo de los americanos con el gimnasio y las dietas de desintoxicación a base de zumos era el día a día en nuestra oficina. Hasta yo me animé una vez a probar la dieta líquida. Estar tres días solo a base de zumos de frutas y verduras que te mantenían a flote y te desintoxicaban el cuerpo. Tardé literalmente tres horas y media en desmayarme y lo tuve que dejar. Otra de las obsesiones americanas que más me impactaban era la de llevar las uñas perfectamente pintadas. Todas mis compañeras de Tory se hacían la manicura y la pedicura en diferentes locales de *spa* todas las semanas. Daba igual que fueran hechas un Cristo, pero eso sí, las uñas, perfectamente arregladas.

Isma y yo hacíamos juntos clase de pesas y condición física en el New York City Sports Club. En cuanto volvíamos del gimnasio, nos acostábamos. Empecé a llamarle «pequeño doctor» cada vez más a menudo. Me sorprendía con flores y las clases de *spinning* que hacíamos a las siete de la mañana entre risas y bostezos. A principios de diciembre estaba viviendo con él. Independizada en Manhattan con el doctor Kahlid.

Un día, Isma me dijo «te quiero». Estábamos en el *rooftop* del Standart Hotel. Había pedido dos *gin-tonics*, de esos carísimos que llevaban frambuesas y moras.

—Buenas noches, señorita, ¿por qué se ríe usted tanto?

—Explíquemelo usted, caballero.

—Yo sonrío porque estoy muy feliz. ¿Usted lo está, señorita?

—Sí, lo estoy, sí. —Solté una carcajada.

—¿Has oído lo que te he dicho, no?

—Sí, lo he oído.

—¿Bueno y no tienes nada que decir?

—Sí.

—Pues dilo.

—Pues que yo también, un poco.

—¿Tú también un poco qué? —Dios mío, qué facilidad tenía este chico para estropear momentos tan bonitos.

—Pues que yo también te quiero un poco.

—No, Marina, no me quieres. Si me quisieras, no te tendría que tirar de la lengua para que me lo dijeras.

—Moli, yo ya paso de ser un perrito caliente. En serio, no puedo seguir llevando ese disfraz de pollo loco. Este trabajo es la bomba. ¿Seguro que no quieres hacerlo conmigo de vez en cuando? Aquí lo único que tenemos que hacer es ir a los mejores restaurantes muy arregladas. Si vas con vestido corto, mejor. Nos invitan a cenar y luego nos llevan en limusina a las mejores discotecas. Nos ponen mesa VIP con todo gratis y encima nos pagan ciento cincuenta dólares por noche. ¿Es un chollo o no?

—Que no es para mí, Juls. Además, Isma me mata si le digo que me hago chica de imagen. En diciembre ya no voy a pagar la residencia porque me mudo con él y sobreviviré con ese dinero. No me hace falta.

El plan no pintaba nada mal. Así funcionan las discotecas en Nueva York. Las chicas guapas

entran gratis y sin pagar nada. Los chicos pagan siempre millonadas y tienen que ir perfectamente vestidos. Las copas son muy caras, los porteros suelen ser muy desagradables y normalmente en los locales te sueles encontrar con gente famosa. Jul se empezó a convertir en reina de la noche neoyorquina. Salía todos los días. De tantos excesos se estaba quedando muy delgada, estaba más guapa, ligaba con un montón de chicos y tenía la autoestima por las nubes. Me contaba maravillas de la cantidad de gente rica y famosa que conocía en los locales, millonarios que le prometían que serían inversores de su restaurante. Cada día volvía más emocionada. Pero se despertaba triste y me prometía que iba a dejar de salir tanto, que todo era un engaño y que quería volver con Santiago e irse de la ciudad.

A la mañana siguiente, tenía once mensajes ni más ni menos.

12.43. Te echo de menos, Moli.

12.51. ¿Estás despierta?

12.57. ¿Estás despierta y has decidido evitarme?

01.07. ¿Ves como no me quieres nada? Estás leyendo esto y te da igual.

01.08. ¡Joder, lo siento, Briggi, me estoy volviendo loco! ¿Me perdonas?

01.11. ¿Hay algo más que te haya molestado?

01.21. Te quiero, Moli.

01.26. ¿En serio no me vas a contestar? Seguro que estás de risitas con tus amiguitas mexicanas.

01.38. Te quiero, Moli. Me muero. Te juro que me muero.

02.00. Asumo que no vas a volver a hablarme.

02.11. Buenas noches. Espero que te arrepientas de esto. No te mereces estar conmigo. No sé cómo te atreves a tratarme así. Olvídate de mí. Yo no quiero una novia así.

02.25. Te quiero, Moli.

Mi hermana Ariadna llevaba ya tiempo advirtiéndome sobre Ismael, que debía andarme con cuidado con aquellos brotes de celos de mi chico. Que no le gustaban nada y que no me venían bien. ¡Claro, como ella tenía una relación idílica con el pesado de Roberto! Yo me enfadaba mucho con ella y a menudo la colgaba el teléfono. Sin embargo, sabía que tenía mucha razón, esas peleas eran un dolor de corazón.

—Pequeña, que yo no te estoy prohibiendo nada. Que no hay nada que me haga más ilusión que estés feliz con un chico. Pero, no sé por qué, me da mala espina, Moli. No me gustan esos pollos que te arma. Y un chico que te saca trece años de edad no debería actuar así. Al revés, debería tener mil veces más tacto. Ten cuidado. Hazme caso, ten mucho cuidado. —Y qué razón tenía y qué rabia me daba que la tuviera y qué pena que precisamente por eso empezara a ocultarle cosas.

Un día paseando por el mercado de Navidad, mientras le aconsejaba a Isma que le comprara un sombrero o una gorra roja con las típicas letras de Nueva York en azul marino para su hermana, vi a Nico y a Gaba correteando entre los pinos recién cortados. ¡Ay, madre, los hijos de Frida! Los dos niños vinieron corriendo a darme un abrazo. Y allí estaba nuestra fabulosa Fri-fri, bastante más gorda que la última vez, por cierto. Eso me encantó. Y recordar el mote me provocó un regustillo interior que exterioricé con una leve sonrisa de satisfacción. Hacía mucho que no nos veíamos y ya se me había olvidado el famoso sobre con la nota y el insultante pago. Esta vez, Fri-fri se mostró encantadora. Además, yo estaba con Isma, me sentía protegida y más espabilada. Nos dio un falso abrazo, seguido de un cínico: «Los niños te echan de menos, no hacen más que preguntar por ti, tenemos que estar en contacto, por qué no vienes a visitarnos,

nos hemos mudado a una zona mucho mejor. Cuantísimo te queremos y te echamos de menos, Moli». Besos y abrazos de plástico.

¿Moli? Frida nunca antes me había llamado Moli. Isma y yo nos fuimos caminando a casa. Sin darme cuenta, por el encontronazo con Fri-fri, me había dejado la gorra roja puesta. Así que la envolví con los demás regalos que Isma había comprado con ilusión para su hermana la mediana, su favorita. Había tenido problemas de alimentación y se preocupaba mucho por cuidarla. Iba cargado de regalos para ella. Incluso le había conseguido algunas de las bailarinas de Tory Burch del treinta y nueve.

Le conté a Isma la historia con Frida y me dijo que no fuera tonta y que intentara hablar con ella. Esta ciudad se movía por contactos y, de un modo u otro, Frida podía ser de ayuda, más ahora que trabajaba con Mercedes. A la semana siguiente estaba tomando café en la lujosa nueva residencia de Frida Galbo Carmona. Me contó emocionada que se acababa de cambiar el apellido para ponerse el de Mitch.

—*Isn't it cool? From now on, just call me Fri-fri Galbo.* —Me tuve que tapar la boca para no soltar una carcajada. Me pregunto cómo siendo tan lista se puede aparentar ser tan idiota.

Los *new* Galbos se habían mudado a la calle 22 con la Novena Avenida. Ahora vivían en un edificio bajito, el típico de escaleritas delanteras. Tenían toda la casa para ellos, cinco pisos decorados a la perfección con muebles de Roche Bobois y otra serie de diseños que Fri-fri me iba explicando encantada mientras caminábamos por las diferentes salas. Junto con el cambio de casa, también quería cambiar la energía de su vida. Había dejado de trabajar para dedicarse plenamente a sus hijos. Por un momento me pareció una mujer renovada y bastante cuerda hasta que, por supuesto, soltó una de sus maravillosas frases.

—Moli, tengo algo que ofrecerte. Como puedes ver, tengo varias arrugas en la cara. ¿Las puedes ver aquí? —Y también estás bastante más gorda, por cierto...

—Qué va, Fri-fri, si estás estupenda.

—¿Oh, en serio? Estoy intentando hacer una dieta a base de sirope de arce. No como absolutamente nada excepto eso. Y cuando estoy a punto de desmayarme, me tomo una manzana con almendras.

—Desde luego... ¡Estás radiante!

—El caso es que, ahora que soy una mujer nueva, no quiero tener que madrugar para que los niños estén listos por la mañana. Y por eso me están saliendo las arrugas, por los madrugones que me pego con los críos. Ya sabes lo traviosos que son... —Carcajada falsa—. Como Mercedes no te paga absolutamente nada, ¿verdad?...

—Sí, estás en lo cierto. —Gracias por recordármelo, Frida.

—¡Pues he pensado que te podrías venir a vivir con nosotros! ¡Ta-chán! Yo te pago un poco y tú me ayudas con ellos por la mañana.

—Pero si ya tienes a Anna, a Fernanda y a Jenny, ¿no? —Tienes dos hijos y tres niñeras, ¿se puede saber a qué te dedicas ahora?

—No, no, Moli. A esas niñeras las tengo cuidando la casa en los Hamptons. Aquí, a Manhattan, solo me he traído a Fernanda y a Roxanna. Pero Fernanda entra a trabajar a las doce y Roxanna solo se ocupa de la limpieza y la cocina. Tu trabajo sería solamente levantarte a las siete de la mañana y preparar el desayuno de los críos. Ya sabes que a cada uno le gusta una cosa diferente. Después, les ayudarías a vestirse y te irías con Mansur, nuestro nuevo chófer, a dejarlos en el colegio. Cada uno al suyo. Y después, nada, ya te puede dejar Mansur en tus prácticas con Mercedes. ¿Qué opinas?

—Bueno, Frida, ahora estoy muy a gusto viviendo con mi novio. —Cómo nos gusta a las

mujeres decir alto y claro la palabra novio—. La verdad, no me había planteado otra cosa.

—Ya, bueno, con él puedes vivir los fines de semana, piénsatelo, Moli. Yo te pagaría. —¿Y qué narices me pagarías Fri-fri, veinte dólares?

—Ahora mismo no está en mis planes, Frida, de verdad.

—Ay, Moli, *you are impossible*. —Otra carcajada falsa—. ¿Cuánto quieres que te pague? Venga, dime.

—Frida, que no es por el dinero. Déjame pensarlo y te digo algo, ¿ok?

La cara de Frida cuando no conseguía algo era de todo menos agradable. Cuando bajé las escaleras para despedirme, observé como Gaba revoloteaba entre las piernas de su madre. Se movió la bata. Observé que tenía aún más moratones y más marcas. Recordé que ya le había visto alguno aquel fin de semana en los Hamptons.

Salí de allí pensando en lo extremadamente infeliz que era esa mujer. No entendía muy bien qué era lo que le faltaba. Pero debajo de toda la ropa cara y ese perfume odioso se encontraba una persona absolutamente vacía, manifiestamente infeliz. Y con el tiempo, desgraciadamente, descubrí por qué. Frida era una víctima más de Nueva York, como todas. Había caído presa del ritmo frenético de la ciudad y ya no podía vivir sin esa adrenalina, no podía soportar no trabajar. Trabajar era lo único que había hecho en los últimos veinte años. Anhelaba no tener tiempo para nada, su despacho en el Rockefeller Center y sus tacones, anhelaba el no tener ni un segundo para pensar en las cosas realmente importantes. Porque, a veces, inexplicablemente, era más fácil seguir así. Sin pensar en cómo había llegado hasta aquí, en cómo había manejado su vida hasta convertirla en una vacía y aparentemente envidiable rutina, entre edificios altos, reuniones indecentes y caprichos prohibitivos. Frida había intentado hacer un parón y buscar la felicidad. Esa que no encuentra todo el mundo fácilmente. La felicidad que suelen dar los hijos, los amigos y una vida acomodada en general. Pero allí estaba ella, intentando rellenar su agenda con citas en el cirujano, el masajista o el psicólogo. ¡Qué más daba! Utilizando su tarjeta de crédito a destajo; al fin y al cabo, era lo único que en ese momento parecía llenar el agujero de su pasado. Un pasado reciente en el que Frida era una brillante abogada en Manhattan.

Por eso nos cuesta tanto tener fe, pero aunque no seamos conscientes nunca dejamos de tenerla. Y no hablo de religión, hablo de fe. Hablo de desear con todas tus fuerzas que algo que aún no ha ocurrido y que no sabes si ocurrirá, ocurra. Y así haber estado en lo cierto.

Es gracioso, ¿no? Ese escenario tan típico de las películas en las que la protagonista viaja en el avión a su destino añorado. Mirando por la ventanilla, melancólica y llena de recuerdos. Volviendo de un gran viaje, emociones encontradas y muchas cosas que contar de aquello tan maravilloso que has vivido y que ahora ya forma parte de tus recuerdos. Yo volvía a mi Madrid con una sensación totalmente distinta. Me estaba yendo de Nueva York, pero, en realidad, como un vampiro que chupa la sangre, necesitaba cada vez más beberme la ciudad. Solo pensaba en la vuelta. Estaba ansiosa por regresar y ni siquiera me había marchado. Hambrienta de Nueva York, de mi nueva etapa de convivencia con Isma. De mi nuevo puesto en Tory Burch, donde Mercedes había accedido a ayudarme con la visa y, al parecer, a pagarme un poquito. «Estamos muy contentos contigo, Moli, recarga pilas en Madrid y vente en enero con este nuevo contrato firmado, ya negociaremos el dinero». Miraba orgullosa en aquel avión mis nuevas *business cards*, por fin tenía una tarjeta profesional. Mercedes me había recomendado escribir mi nombre como Molie. Era más fácil de pronunciar para los clientes americanos y, encima, tenía su aquel.

Molie Hernández

*Assistant Designer Tory Burch
231W 39th Street, suite number 406, Nyc 10018*

Me creía sin duda la última Coca-Cola del desierto. En el avión pensé en mi madre, en las ganas que tenía de abrazarla. Pensé en la Gran Vía y en el olor a castañas asadas de los puestos de Callao. Pensé en las campanadas de Sol y en la Nochevieja. Me moría por saborear un buen trozo de turrón de Suchard. Ningún chocolate americano se acerca, ni por asomo, a ese sabor tan dulce y característico de cualquier infancia española. Me sentía muy nostálgica, muy melancólica. Nunca jamás antes había añorado un olor ni un lugar ni una calle. Me moría de ganas de pasear por Madrid, de tomar churros, patatas bravas y sobre todo, de estar con mi madre y con mi hermana. Echaba muchísimo de menos a Ariadna. En el eterno avión haciendo una absurda escala en París, también me acordé de Lucca; no voy a mentir, muchas veces me acordaba de él. Pero ya no era lo mismo. Inevitablemente, tanto Lucca como mis amigas del colegio habían empezado a formar parte de los recuerdos del pasado. Y tristemente, confirmé esta teoría el primer día que me tomé unos vinos con ellas. Aquellos nombres y apellidos que me habían acompañado desde pequeña ya no significaban lo mismo.

Yo venía maravillada con Nueva York y con muchas ganas de contar mis experiencias. Me imaginaba que me preguntarían cosas con mucha curiosidad. Soñaba con compartir con ellas risas, anécdotas y nuevas inquietudes. Soñaba con contarles al detalle mis nuevas vivencias con Ismael. Sin embargo, me encontré una reunión en la que la envidia y la mala baba eran las protagonistas. Recuerdo cómo me dolió el vacío que sentí tras el encontronazo y las frases tan duras e hirientes que escuché. Recordé con mucho cariño el consejo de mi madre explicándome desde niña que no lo entregara todo a las amistades, que son algo efímero que vienen y van, lo defensora que había sido siempre de las causas perdidas y cómo inevitablemente estaba cambiando todo poco a poco. A veces, echo de menos a esa niña llena de ilusiones y de inocencia. Y me gustaría ser ella de nuevo. Por lo menos no sufriría al darme cuenta de que, desgraciadamente, la relación de amistad se evaporó tan rápido como se evapora el agua de los océanos. Esos océanos que ahora, finalmente, nos separaban en la realidad.

Fueron unas Navidades raras. De despedidas y preguntas de los familiares que aún no tenían contestación. Ni siquiera me había planteado lo de la famosa visa estadounidense, ni lo de que mis padres ya no podían ayudarme económicamente. Yo solo sabía que quería estar allí. Y, además, allí estaba Juls y también estaba Isma.

—Pero, hija mía, no te estarás yendo solo por ese tal Ismael, ¿verdad? Serás más sensata que todo eso.

—Claro que no, mamá. Me voy por las prácticas, por mi carrera profesional. Porque quiero terminar de mejorar el inglés y forjar mi futuro como diseñadora profesional.

XVI

JOURNALISM IS, IN FACT, HISTORY ON THE RUN

Esa mañana de marzo me había levantado como siempre al lado de mi doctor. Es difícil describir cómo me sentía desde que Isma me hizo sacar mis cosas de allí, de su casa, de la que llevaba siendo nuestra casa varios meses desde principios de octubre. La primera vez que me dejó fue porque, al parecer, no me interesaba por la política: fue la primera de nuestras discusiones, en febrero. La siguiente escena de las interminables tragedias en las que yo, la protagonista, acababa llorando en casa de Julieta hasta que recibía sus malditas flores y sus trabajados perdones fue en Makondo. Para asegurarse de que me recuperaba aquella vez, reservó en uno de mis restaurantes favoritos de Nueva York. Fue ese mismo día, el día de San Valentín, cuando Isma me escribió una carta con las cien razones por las que me quería. Es curioso, ¿no? Algunas razones distaban mucho de las cosas que me gustaban. Pero, en fin, la carta, las flores, el frío de Nueva York y mi sensación de lejanía ayudaron a que me creyera todo lo que el doctor Kahlid me contaba. Y siempre acababa haciendo el amor con él para reconciliarnos.

Yo me sentía perdida, sin casa, cargando mis maletas de su casa a la de Juls, en esa ciudad que se me quedaba grande. Que era inmensa para lo encogido que llevaba el corazón. Me veía así, arrastrándome de un lado a otro, trabajando millones de horas en una oficina de lujo, sin ganar un duro, viviendo sin más dinero que el poco que recaudaba dando *flyers* de perritos calientes, ahora ya sin Juls. A mis padres nunca les había gustado la idea de que me dedicara a la moda.

—Hija, eso no tiene futuro y con la nota media tan buena que tenías en selectividad, podías haberte dedicado a cualquier otra cosa. Tu hermano es ingeniero informático y tu hermana ya tiene un máster en filología inglesa. A tu primo Gonzalo le han aceptado en ICADE y encima ya sabes que tu tío tiene contactos en KPMG. Con la buena memoria que tienes, podías ser consultora o incluso abogada.

Y allí estaba yo, embutida en un disfraz de perrito caliente con el pelo sudado por la gomaespuma e intentando no llorar. Pasando el frío polar de marzo con más nieve y llegando a abril. Y yo empecé a escribir mis sentimientos encontrados. Sin saber que, efectivamente, escribiendo saltaría al siguiente capítulo de mi vida. Quizá el más apasionante de todos.

Nos despedimos, pero siempre con la esperanza de volvernos a encontrar. Todos hemos querido convertir un adiós en un hasta luego. Y todos hemos sentido ese «algo» diciendo un ¡cuánto tiempo! No hay abrazos más fuertes que los que se dan cuando parecía que no iba a haber más abrazos. Hemos encontrado la manera de hacernos daño para después sentir el placer de curarnos. Retrasamos lo que no queremos que llegue, porque nos hemos convencido de que no somos capaces de hacerlo. Porque así, cuando inevitablemente llega, somos también capaces de demostrar que no éramos tan débiles. Que somos capaces de todo.

Todos sentimos la necesidad imperiosa de querer a alguien que no nos quiere en algún momento, porque, a fin de cuentas, no hay conciencia más tranquila que la de quien lo ha puesto todo por su parte. Por mí que no quede.

Lo único que rompió esa monótona, romántica y caótica rutina, fue un mensaje que recibí de mi querida amiga Adriana Salama. Adriana y yo nos conocimos trabajando como dependientas en la inauguración del gigantesco Zara de Princesa en Madrid. Fue mi primera entrevista de

trabajo con tan solo diecisiete años. Seis plantas de Zara que se convertían en mi nuevo espacio de trabajo. Adriana, con sus veintiséis años en aquella época, era la encargada de la planta de la colección Trafaluc, en el tercer piso. Con Adri aprendí a doblar mil camisetas en una columna perfectamente cuadrada en menos de un minuto. También aprendí a utilizar la caja y calcular los cambios rápidamente. Me enseñó un programa que tenían esos gigantescos, negros y pesados ordenadores que convertía los precios de euros a pounds británicas o incluso a dólares americanos. Me gustaba lo orgullosa que estaba Adriana de ser la encargada de planta. Me encantaba ver como, cuando había mucha cola, entraba en la caja pisando con fuerza y seguridad, haciendo movimientos exagerados, doblaba la ropa y conseguía agilizar la cola. La veías ahí, perfectamente maquillada y quitando los imanes con una habilidad innata que había aprendido de sus años anteriores de experiencia, lo tenía todo bajo control. Lo orgullosa que estaba de su trabajo, lo resolutiva que era para todo, las horas extra que echaba en el almacén o donde fuera. Se le saltaron las lagrimillas la mañana que, justo después de un par de noches de empalme en las fiestas de Majadahonda, me pilló la encargada de Zara Basic, en la segunda planta, en unas condiciones poco presentables para la imagen del renovado Zara.

Estaba yo echándome una siestecilla en horas de trabajo en el probador. Cerré la cortina a punto de vomitar de la resaca y se me ocurrió pensar que nadie me pillaría jamás. En un principio iba a ser una siestecilla de diez minutos, no pensé que haría daño a nadie, pero me pillaron y me echaron. Adri me dio un abrazo y le quitó el imán a escondidas a un par de prendas que cayeron en mi bolso justo antes de salir de la tienda. Así concluyó mi etapa en Zara, con la peor de mis resacas y haciendo tiempo en la calle Princesa para que nadie se enterara de que me habían pillado en esas maravillosas circunstancias. Bendita Ariadna que, como siempre, tuvo que venir a rescatarme.

El caso es que, justo antes de venirme a Nueva York, Adriana, que ahora era la encargada general del Zara de Serrano, había empezado a trabajar también como *freelancer* para Unidad Editorial. Nunca había visto a nadie tan entusiasmado. En sus descansos en el almacén, Adri escribía pequeños reportajes para *Telva*, para *Yo Dona* e incluso para la sección de cultura de *ElMundo.es*.

—Moli Guacamoli, necesito que me hagas un favor. Tú escribes muy bien y sé que te vas a tirar el pego de maravilla y vas a hacerlo fenomenal. Mañana domingo presenta su nueva película Gaspar Jabel en el Movie Film Festival de Nueva York. Me han dado un pase en *Yo Dona* y me han dicho que, si consigo la entrevista, puede que me hagan fija. Yo me he inventado que tengo mis contactos en la ciudad. Pero ¡Moli!, solo te conozco a ti. El caso es que tienes que estar allí a las cinco de la tarde, tienes que decir que eres Adriana y que vienes de parte de *Yo Dona*. Tu nombre está en la lista de medios. Supongo que verás la película con todo el mundo y luego tendrás tu turno con las demás revistas para hacerle las preguntas al director. Por favor, es superimportante para mí. Sé que lo vas a hacer genial, Moli. Muero de ganas de verte.

Ese domingo yo estaba un poco enfadada con Isma. Estábamos desayunando con Julieta y Ernesto y no hacía más que recibir llamadas de su empresa. Nevaba muchísimo y hacía menos dieciséis grados centígrados. Me subí al taxi, hasta las narices de todo. Estaba harta de trabajar más de diez horas al día recibiendo únicamente comentarios desagradecidos de Mercedes, hacía un frío horrible y me dolía la espalda de la cantidad de veces que me había resbalado en el hielo congelado de las calles. Haciendo movimientos bruscos para no caerme, me había dado un tirón horrible en el cuello. Encima se me había perdido un guante y mi abrigo no tenía bolsillos, llevaba la mano izquierda literalmente tumefacta. El paraguas roto por el viento y, en fin, que lo último que me apetecía en el planeta Tierra era irme a tomar por saco al Lincoln Center a

entrevistar al tal director de cine español que, sinceramente, no me sonaba de nada.

Como de costumbre, discutí a gritos con mi querido taxista Abdul Solteck. Él quería coger la FDR, que es la carretera que rodea Manhattan, y yo prefería ir callejeando porque el tráfico en esa carretera, en fin de semana, es insufrible. Así que después de pegarme los cuatro gritos correspondientes con Abdul y salir corriendo intentando que no me dieran en la cabeza los copos de nieve que empezaban a convertirse en granizo, entré por fin en el Lincoln Center. Mi imagen, como se podrá visualizar después de la descripción meteorológica anterior, era sencillamente lamentable. Pelo enredado y empapado que se me pegaba a la cara. Abrigo calado de pies a cabeza, rímel corrido, cara de extremo arrebato y cólera y encima el estrés de llegar media hora tarde. En la puerta había dos chicos jóvenes hablando. Me fijé en el jersey de renos que llevaba uno de ellos. Tengo la teoría de que la gente que lleva jersey de renos o mochila mola. Les pregunté con prisas mientras me sacudía la nieve de los zapatos.

—Perdonad, ¿sabéis donde proyectan una película española? —Ay, mierda, en inglés—. *Excuse me, do you know where...*

—Tranquila, hablo español —me interrumpió—. ¿Qué película buscas? —Como era de esperar, se me había olvidado el nombre. Deseé con todas mis fuerzas parecerme un poco a la perfeccionista de mi hermana.

—Mmmm, algo de... Espera, perdona, que lo tengo apuntado en alguna parte. —Me quité el guante y traté de buscar dentro de mi bolso un papel cutre en el que había apuntado los detalles que me había dado Adriana. Noté que, aunque su amigo le seguía hablando, él me estaba mirando atentamente con unos gigantescos y llamativos ojos azules sin prestar ninguna atención al otro. Alzó la vista mientras yo seguía buscando el papel con la torpeza de mis manos congeladas. Su mirada era muy intimidante. Sentirme tan observada me estaba poniendo realmente nerviosa. Por fin palpé el papel arrugado en el fondo de mi desastroso bolso. Lo saqué con rapidez y se cayó a mis pies el neceser transparente en el que llevaba los Tampax. ¡Fenomenal, Moli! Una vez más, te superas a ti misma. Intenté disimular y noté instantáneamente el calor en mis mofletes.

—¡Ay, qué vergüenza! Lo siento, menuda escena... —Él se agachó y con su intensa mirada azul clavada en mis ojos, me entregó el neceser con los Tampax.

—Toma, tus Tampax.

Así de explícito hablaba el chico. Y se rio al pronunciar Tampax, yo sonreí muerta de la vergüenza, intentando abrir el papel hecho un guiñapo. Me seguía mirando sin pestañear. ¡Qué vergüenza estaba pasando! Además, el chico que estaba a su lado era extremadamente atractivo y tenía esa actitud tan típica de un seductor. Una sonrisa entre viciosa y exótica, apoyado en una pared con los brazos cruzados. Tendría unos treinta y pocos años, aquel hombre de ojos azules debía de tener unos pocos años más. Le miré fijamente yo también y nos reímos.

—La película creo que se llama *Hermano*.

Se miraron con complicidad.

—Ah, sí, es en la sala dos, tienes que ir caminando por ese pasillo y girar a la derecha. Y, por cierto, llegas tarde.

Me pregunté cómo se atrevía aquel listillo a indicarme que llegaba tarde. Decidí hacerme la indignada y contestarle antipáticamente.

—Eso ya lo sé, hijo. —Después me alejé.

Me senté en la butaca en la fila tres que tenía asignada la afamada periodista Adriana Salama, en el espacio reservado para *Yo Dona*. El amigo de Ojos Azules estaba bastante bueno. Aun así, qué ojos tan bonitos tenía aquel hombre. Eran unos ojos pequeños, pero que habían visto grandes

cosas. Muy poca gente tiene esa forma de mirar tan profunda, tan insondable, tan dramática. Mientras los créditos llenaban la pantalla, un sinfín de pensamientos desordenados comenzaron a recorrer mi mente.

Que si mañana era lunes otra vez. Que tendría que dibujar doscientos bocetos nuevos en piel de vaca tratada. Que era feliz con Isma, que me había escrito informándome que estaba cocinando un *tupper* de lentejas para llevarme a la oficina. Me acordé de Silvana, ¿qué habría sido de Silvana? Me acordé de Lucca, de su silbido en mi ventana aquellas Navidades; ni siquiera me había asomado a verle, me daba miedo que Isma se enfadara. Pobre Lucca, me hubiera gustado verle, abrazarle y contarle. Sin embargo, tardó muy poco en venirme a la mente otra vez aquella mirada.

Eso sí, entre el calorcito del cine, la butaca tan cómoda y el petardo de película, no tardé más de tres minutos en cerrar los ojos y acurrucarme. De vez en cuando los abría e intentaba memorizar alguna escena para luego preguntar al director. Adri me había dicho que lo importante era escuchar la rueda de prensa que se daría a continuación. Que de ahí podía sacar el material, eso me tranquilizaba y me daba la paz necesaria para quedarme otra vez dormida en la butaca. De repente se encendieron las luces. Subieron la pantalla de cine y colocaron un par de sillas para proceder con la rueda de prensa.

—¡Recibamos al director Gaspar Jabel con un fuerte aplauso!

Observé anonadada que comenzaba a subir al escenario Ojos Azules, con su jersey de renos. Cerré los ojos, me tapé la cara y recé un padrenuestro, esperando con toda mi alma que no fuera el director. Efectivamente, estaba en lo cierto. Le presentaron entre aplausos y honores, y él comenzó a hablar de su película, se le veía tímido, humilde, dócil, apagado. Y noté cómo su mirada, de alguna manera, estaba más quieta también. Ya no me parecía tan observadora como antes. Hablaba con una mirada cansada, explicando que aquella era su película más personal hasta el momento.

—Pasaba por una crisis total que quería trasladar a un personaje que necesita huir hacia delante y escapar. El guion era una forma de curar las heridas de una manera activa y sana.

Ahora que estaba escuchando aquellas preguntas, me hubiera gustado prestar un poco más de atención a la película. Debajo de mi trasero adormilado, encontré un folleto que hablaba de Gaspar Jabel. Al parecer, había ganado no sé cuántos Goyas y más de cincuenta premios en festivales de todo el mundo. Tanto nombre desconocido me daba un poco de pereza e incluso me mareaba un poco. Y para haber ganado tanto premio, se le veía bastante infeliz. Estaba encorvado, contestando las preguntas aparentemente sin ninguna gana, con la mirada perdida en el suelo. Me fijé en sus manos y en sus brazos, no eran muy grandes como a mí me gustan, pero no estaban mal tampoco. Las manos eran larguiruchas, con unos dedos descuidados, y llevaba una pulsera bastante espantosa. Desde el principio me había parecido atractivo, aunque estaba muy delgado, con esa mirada tan triste: seguro que era de esas personas a las que se les olvida comer. A mí eso no se me olvida jamás. No vaya a ser que me salte alguna kilocaloría.

En el folleto leí que su nombre real no era Gaspar Jabel, sino Miguel, pero se lo había cambiado hacía diez años cuando ganó el premio no sé cuántos con el que «fue acogido en el mundo del cine internacional con gran ternura y pasión por los americanos». Parece ser que muy pocos directores españoles apostaban por películas tan nacionales por miedo a caer en la trampa de que el público internacional no entendiera nuestro humor y sobre todo nuestros mil juegos de palabras.

Jabel había recibido bla, bla, bla... Me aburrió mortalmente la lectura de aquel folleto. No me interesaba esa gente con aires de grandeza. Estaba todo el día rodeada de diseñadores, modelos y

fotógrafos importantes. Lo último que me apetecía era tener que hacerle la pelota a otro desconocido importante. Era domingo, estaba de vacaciones, me dio mucha pereza entrevistarle. Estaba segura de que podría buscar en internet y encontrar más información de la que ya tenía. Sería suficiente para escribir el texto de Adriana, siempre he tenido imaginación, el resto me lo inventaría. Estaba salvada. Me levanté revisando el móvil mientras salía de aquella sala de cine.

¿Dónde estás, Briggi? Empiezo a echarte mucho de menos.

Marina, soy Frida, ¿puedes hacer babysitting el sábado por la noche?

Moli Guacamoli, soy Adri, porfa hazte foto con él, ¿eh? Que la voy a publicar en el artículo y diré que la foto es mía, que estaba contigo en la proyección de la película.

¡Mierda, no me fastidies! Me incorporé algo enfadada, ¡una foto! Tenía que hacerme la maldita foto antes de irme. Me giré con aspecto extraviado y de repente me di cuenta de que tenía sus ojos azules absolutamente clavados, me observaban. Me quedé descolocada, pensando en cómo me había encontrado aquí, entre tanto público y periodistas guapas. Y encima se notaba que muchas de ellas estaban a la expectativa, haciéndole la pelota para llamar su atención y que les contestara. Me senté y me escurrí en la silla para que no me mirara. Cuando pasaron unos segundos, alcé un poco la cabeza por encima de aquellas butacas para ver si ya no estaba. Seguía mirándome sonriente. Esta vez, al cruzarse nuestras miradas, soltó una pequeña carcajada. Me había pillado escondiéndome. ¡Qué bochorno! Me incorporé e intenté disimular como si prestara atención a otro entrevistador que lanzaba preguntas a su compañero, el seductor de la puerta. Resulta que era actor, el protagonista de la película. Ahora sí que sí, no había manera de que me hiciera aquella fotografía. Aplaudí amablemente, recogí mis cosas y salí del cine a paso rápido mientras el resto de los periodistas se abalanzaban sobre Miguel muriéndose por preguntarle algo.

En el baño recordé el mensaje de Adriana. Necesitaba aquella foto para su reportaje. Decidí retocarme un poco mientras me lavaba las manos. Tenía que reconocer que me hacía bastante ilusión que me estuviera mirando. Después, salí al revuelo de gente que estaba en la entrada sujetando diferentes cámaras y grabadoras, le vi allí, con su jersey de renos, respondiendo preguntas de aquí a allá. Se me revolvía el estómago. Nervios, confusión, y me empecé a impacientar pensando en que tenía que esperar mi turno eternamente para poder hablar con él. ¿Sabes qué? ¡Paso! Moli Hernández y la paciencia nunca fueron buenas amigas. Ya me inventaré algo para la foto de Adri. Y empezaba a tener bastante hambre y en este cine raro no vendían palomitas. ¿Desde cuándo no se venden palomitas en el cine? Yo voy siempre y exclusivamente para comer palomitas. Me voy de aquí.

Salí simulando que tenía prisa, gracias a Dios no estaba lloviendo, caminé saliendo del Lincoln Center hacia Broadway. Allí siempre era y es más fácil coger un taxi. En tres minutos tenía los pelos de punta del frío. Me dolían las manos y tenía coagulados los dedos de los pies. Pensé en coger el metro para no congelarme esperando aquel taxi que jamás llega cuando lo necesitas. En fin de semana es absolutamente imposible que funcionen las líneas bien en Nueva York. Siempre hay retrasos, cancelan el servicio en muchas de las estaciones y, además, parece que es la feria de degustación de basura para las ratas. ¡Salen todas de paseo! Es sencillamente asqueroso. Como estaba comenzando a chispear, esperé debajo de un toldo de la cafetería Guy and Gallard.

Me puse la capucha y me intenté meter la mano izquierda, sin guante, dentro del abrigo a la

altura del pecho. Me salía vapor por los orificios de la nariz. Hacía menos dieciséis grados. La sensación era totalmente sobrecogedora. Grité sin sentido.

—¡Qué maldito frío, por favor, que venga un taxi ya!

De repente divisé a lo lejos la esperanzadora luz de un taxi, estaba a unos metros, en un semáforo. ¡Gracias a Dios! Levanté la mano haciendo aspavientos, como si aquella luz fuera mi última esperanza de vida. A lo lejos, noté que alguien se acercaba a mí, caminando rápido. Iba tapado con un gorro. Agilizaba sus zancadas mientras se aproximaba el taxi. Pensé que no sería capaz de quitármelo, llevaba minutos esperándolo. Y minutos con ese frío es como estar esperando horas. Aquella sombra se acercaba cada vez más y más rápido, apresuré mis pasos también y empecé a correr desesperada.

—¿Pero adónde vas? ¡Espera! ¿Por qué corres? —Reconocí aquella voz. Y entre ese gorro gris y aquella bufanda blanca divisé esos profundos y preciosos ojos azules. Me puse nerviosa. Muy nerviosa.

—Pensaba que me ibas a quitar el taxi. Hijo, yo qué sé...

—Ya, yo pensaba que tenías que hacer una entrevista, ¿no? Y no me llames hijo, por favor. Si podría ser tu padre. —Sonrió, pude ver unas pequeñas arrugas enmarcando aquellos ojos. Me inquietó. Había salido a buscarme.

—Sí tenía, pero ya ves, debido a las condiciones climatológicas los planes han cambiado.

Nos reímos los dos dejando que saliera ese horrible efluvio de nuestras bocas.

—Bueno, ¿cómo te llamas? —Cuidado, Moli, no vayas a meter la pata, que puedes meter en un lío a Adriana.

—Me llamo Adriana. ¿Y tú?

—Yo, Jabel.

—No, tú te llamas Miguel. No sé por qué te has cambiado el nombre. Miguel mola. —Se quedó mirándome sin decir nada. Yo continúe hablando. Nervios. Muchos nervios delante de aquella mirada tan profunda—. A ver, que no te lo decía a mal. Es solo que, no sé. A mí, Miguel... ¡Pues me gusta! Me gusta mucho, de hecho.

Se paró el taxi delante de nosotros. ¡Gracias a Dios! Mientras abría la puerta, me sonrió. Sin decir nada. Solo sonrió. Y justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, por fin habló:

—Solo una pregunta, ¿te ha gustado la película?

—Sí, muchísimo, pero ya podrías haberme dicho que era tuya cuando te he preguntado antes, ¿no?

—Me alegro de que te haya gustado. Toma, te doy mi tarjeta, por si quieres preguntarme cosas para la entrevista.

—Gracias, bueno... ¡Nos vemos! —¿Nos vemos? ¿Para qué le dices eso, Moli Jones?

Confusión. Nervios y más nervios. Intenté entrar despacio en el taxi, inevitablemente sentía que aún quedaban muchas cosas por decir. Algunos temas de los que hablar. Él seguía observándome así, mirándome una y otra vez, analizándome. Eso me inquietaba. Estaba como diciéndome algo sin decir nada. Sonrió, cerró la puerta y el taxi arrancó. ¡Gaspar Jabel ha salido a buscarme! ¡Y me ha dado su tarjeta! Le tendré que escribir preguntándole por la entrevista. Adri se va a morir cuando se lo cuente. Moli, sé realista, no vas a volver a verle. Y además, no le harías eso a Isma. Es verdad, jamás le haría eso. Miré por la ventana aquella ciudad congelada. Un escenario maravilloso, inolvidable. Nueva York siempre seduce. Siempre atrapa. Nueva York siempre sabe a Nueva York. No había nadie en las calles, la nieve y aquellos vapores se habían apoderado de todo. Y así, desafortunadamente, entre aquellos fascinantes edificios, fue como tardé muy poco en olvidar aquella profunda mirada azul. Sin imaginarme que volvería a verla,

muchas veces y en diversos y fascinantes escenarios de mi vida.

Pasaron meses de verdadera rutina en las oficinas. De vez en cuando salía con las mexicanas y con Pepa. Pero yo me iba pronto a casa para poder dormir abrazada a mi doctor.

A Pepa le encantaba cotillear cosas sobre nuestra relación. El doctor Kahlid me regaló por nuestro quinto aniversario mensual una BlackBerry Curve y con ella conecté con el novedoso mundo del WhatsApp. Me pasaba el día hablando con Lolita y con Julieta. Nos mandábamos fotos de todo. Incluso empecé a intimar con mi hermana, que, sorprendentemente para mí, era de las personas que más me comprendía en los peores momentos. Me empezó a ayudar a pedir información para el visado. Le había enseñado algunos artículos que había escrito sobre NY, como el de Frida y el de Jabel, el director de ojos azules. Mi hermana me recomendó que mandara algunos de aquellos relatos a diferentes revistas españolas. De aquella manera, cabía la posibilidad de que me dieran el visado de periodista. Ari estaba empeñada en que contara lo de la casa de Frida, lo de los Hamptons y lo de aquellos desfiles impresionantes a los que de vez en cuando asistía emocionada. Yo no lo veía muy claro; era Ariadna la que siempre había escrito mejor de las dos. Ella no lo sabía, pero yo me había leído y releído sus diarios. Escribía poemas preciosos sobre el amor, la vida, la amistad, ser madre. Era ella la que debería escribir algo en un momento de su vida, así que no prestaba mucha atención a lo que me decía. Me esforzaba únicamente en solucionar mi relación con Isma, que era de lo que me preocupaba en aquel momento.

Bueno, eso y la Fashion Week de febrero en Nueva York. Fue la primera vez que asistí a un desfile de Carolina Herrera. Me estuve arreglando durante horas. Llegué media hora antes del desfile, nerviosa al entregar las preciosas invitaciones que Mercedes me había regalado porque no le apetecía utilizar. A Mercedes le llegaban unas quince invitaciones cada temporada. Escogía un par que le interesaban y el resto lo tiraba a la basura. De allí rescaté yo la del desfile de Carolina Herrera junto con muchas otras. De hecho, aún conservo, ordenadas por fecha y día, todas las invitaciones de los desfiles a los que he asistido en todos estos años. Cada una está plagada de diferentes recuerdos y emociones. La degradación de mi emoción ha ido acrecentándose, como la llegada de estas invitaciones. A veces incluso reviso el álbum con cierta melancolía y memorizo visualmente las sensaciones que experimenté. Es muy bonito recordarlas y ver como ha pasado el tiempo, como han cambiado las cosas. Inevitablemente cambian, en esta ciudad cambian a un ritmo demasiado acelerado.

Fue precioso asistir al desfile. Ese día salí eufórica, me sentía muy feliz. Tenía ganas de hacer algo emocionante. Julieta seguía en Valencia, aún renovándose el visado, y las mexicanas últimamente me daban un poco de pereza. De repente, me acordé del jersey de renos de Miguel. Aquellos pequeños ojos azules que habían visto grandes cosas aparecieron en diversas imágenes de mi memoria. Me inquietaron. Saqué su tarjeta de la cartera y sin pensarlo dos veces, le escribí. Total, *why not? It's once in a lifetime*. E Isma, como siempre, estaba enfadado por algo, ya ni recuerdo qué era. Aunque recuerdo perfectamente lo amargada que me tenía.

Hola, Miguel, soy Adriana, la periodista de Yo Dona. ¿Estás en Nueva York?

Hola, Marina, no sé por qué me dijiste que te llamabas Adriana. Marina... no sé, mola. ;)
¿Dónde quieres que te recoja?

Mmm, interesante, ¿debería quedar con él? Isma me mataría. ¡Que le den! ¡Basta ya de tanto pollo, hombre! ¿Cómo sabe que me llamo Marina?

Estoy saliendo de un desfile caminando por la 59 hacia Columbus Circle.

Perfecto, justo en la esquina de la 59 y la Octava está el Mandarin Hotel. Espérame en el rooftop, que voy a invitarte a un sitio que te va a gustar.

Ok.

¡Acabo de quedar con él! No me ha dicho cuánto va a tardar. Necesito comprarme chicles. Y retocarme un poco el maquillaje. Suerte que voy genial vestida. En el desfile algunas blogueras le han hecho fotos a mis botas. Son de Prada por encima de la rodilla, en marrón. Las compraron en Tory Burch hace dos temporadas como inspiración *cowboy*. Yo las rescaté de un cuarto oscuro lleno de basura. Mercedes me las regaló como quien regala un juguete viejo con el que ni siquiera has jugado una vez en tu vida. Son las botas más maravillosas que jamás hubiera soñado tener.

Cuando llegues al rooftop dile a la encargada que vienes a la mesa de Jabel.

El *hall* del Mandarin Hotel no es tan lujoso como pensaba. Lo que son impresionantes son las vistas de la cafetería. Nada más salir de los ascensores en la planta cuarenta y cinco, te topas con unos ventanales de techo a suelo maravillosos. Se ve Central Park al completo en un plano cenital. Te encuentras el parque a la izquierda con los diferentes lagos. Un contraste increíble con todos los edificios altos y llenos de luces de la derecha. Inconscientemente había caminado hacia las ventanas sin preocuparme por encontrar a la camarera. Qué bonito era estar allí. Además, salía del desfile donde había visto a Anna Wintour y a Suzy Menkes, dos de mis escritoras favoritas. También estaban los periodistas Grace Coddington y Bill Cunningham, a los que llevaba admirando desde que era niña y tuve edad para leer y apreciar las buenas críticas. Estaba en el punto álgido de la felicidad personal. Entonces se me acercó una preciosa afroamericana. Era altísima y me preguntó si estaba esperando a alguien. Yo balbuceé el nombre de Jabel y ella me indicó sonriente que la siguiera. Me sentó en una mesa redonda justo en un extremo de la cafetería. Estaba atardeciendo en Central Park y los taxis amarillos se veían como diminutas figuritas de Polly Pocket a lo lejos. Me retoqué los labios y disimulé cuando le vi aparecer por el reflejo del cristal.

—¡Pero bueno, Adriana! Qué alegría verte.

—Lo mismo digo, Jabel.

—No me llamo Jabel, me llamo Miguel.

—*Really?* Yo soy Marina. —Nos reímos de una manera nerviosa y tonta. Como todo el mundo se ríe cuando está tonteando. ¡Ay, madre, estaba tonteando con Jabel!

—¿Quieres quedarte aquí o quieres que vayamos a otro sitio?

—Quiero vivir aquí, Jabel —le indiqué sin dejar de contemplar el panorama.

Se sentó, observándome vigorosamente. Enseguida se acercó la camarera y nos preguntó qué queríamos beber. Yo me pedí un vino blanco fresquito.

—No eres realmente periodista, ¿verdad?

—Ahora estoy en contacto con un par de revistas a las que les estoy enviando relatos. Pero no, soy diseñadora. Diseñadora de zapatos.

Nunca antes le había dicho eso a nadie. Soy diseñadora de zapatos. Qué sensación más placentera. Estuvimos hablando de muchas cosas. Miguel era totalmente distinto a la imagen que mi mente había forjado. Era tímido y estaba lleno de inseguridades. Estaba cansado. Cansado de la vida en general. Eso me causaba una espeluznante sensación de pena. Inevitablemente me

hacía pensar en todo lo que tenía que pasarme en la vida para perder la ilusión de vivir. Así veía yo a Jabel, desde un punto de vista nuevo y más dramático. Afectada por la nostalgia que me producía ese preciosísimo atardecer de Manhattan.

—No sé. Simplemente no llego a entender por qué te cuesta tanto ser feliz. Está claro que yo debo necesitar muy poco. —Le señalé las nubes naranjas que cubrían Central Park y le sonreí. No podía dejar de observarlas. Al mismo tiempo sentía que él tampoco podía parar de observarme a mí. Yo estaba maravillada, estupefacta. Aparte de las mejillas, notaba que me brillaban los ojos.

Era bonito darse cuenta de la cantidad de atardeceres que debían haber visto esos profundos ojos azules. Miguel tenía una mirada preciosa y me gustaba que fuera una persona sencilla. Sus ojos escondían algo, nunca supe definir muy bien qué. Imaginé que me llevaría a un sitio *fancy* y caro a cenar. En vez de eso, me sorprendió y me llevó a un sitio en medio de Chinatown. Se llamaba Cocoron Soba y estaba escondido en Delancey Street con Allen. Esas calles perdidas del Lower East Side que tienen nombres raros y que los turistas no suelen frecuentar. Tenía cuatro mesas contadas y te obligaban a quitarte los zapatos a la entrada. Yo, como siempre, en mi modo Bridget Jones, llevaba unos calcetines de abejitas amarillas que le hicieron mucha gracia. El menú estaba escrito en japonés. Y el resto de los clientes tenía rasgos asiáticos. Me encantó el local. Era una delicia charlar con Miguel, me gustaba el tono desenfadado que utilizaba al hablar, no era nada creído. También me gustaba cómo se reía y cómo escuchaba con atención todo lo que yo le contaba. Parecía que nos conociéramos de toda la vida, como si entendiera perfectamente la inestabilidad de mis sentimientos.

Aquella noche aprendí que el valor de las palabras se mide con la cercanía que se pronuncian. Y pierden toda su grandeza en la lejanía al pronunciarlas. Me acordé de Isma. Le hablé de cómo me sentía con él, le conté que se enfadaba porque yo no tenía planes de futuro y ese tipo de cosas. Él me respondía con frases cortas y bonitas que me dejaban sin saber qué decir.

—Yo tampoco tengo planes y soy mucho más feliz así. He tenido épocas de depresión y era porque estaba anclado a mi pasado, épocas de ansiedad porque estaba pensando en exceso sobre mi futuro. Vivir en presente es estar en paz. Me gusta que no tengas ni idea de lo que vas a hacer con tu vida, eres joven, aprovéchate de eso. Es sano.

Le daba importancia a las chaladuras que yo le decía. Pero le añadía un punto de vista más adulto y por lo tanto más sensato y coherente. De repente parecía que era el único que entendía el porqué de estar en esta gran ciudad. Me escuchó durante toda la cena y me aconsejó con mucho cariño y sabiduría. Como si le importara lo que me pasaba, aunque acabáramos de conocernos. Después de cenar fuimos a un *speakeasy* del Lower East Side. Bajabas unas escaleras llenas de basuras y entrabas en un miniclub escondido con la única luz tenue que proporcionan las velas. Allí fue la primera vez que sentí ganas de besarle, supongo que también influía el vino y el sake que habíamos tomado en la cena. Bueno, y el par de *gin-tonics* de mojito que llevaba encima. Como estaba locamente enamorada de la pesadilla de Ismael, me contuve y le dije que tenía que irme a casa.

Me acompañó al taxi amablemente, sin insistir. Me fui a casa de Juls feliz y contenta, escribiendo un par de mensajes falsos a Isma explicándole que estaba en la oficina. En realidad, no quería mentirle y me hubiera encantado contarle mi cena con el director, el desfile en el barco y las vistas del Mandarin Hotel. Pero tristemente temía que fuera el doctor Kahlid quien arruinara ese día tan especial que yo me moría por compartir.

Molinera. ;) Me lo he pasado muy bien contigo y me ha encantado conocerte. Tienes una energía maravillosa y joven que me ha hecho olvidarme del resto del mundo. Mañana me vuelvo

a Madrid. Cuídate mucho y avísame cuando pueda leer en las revistas los artículos de una emprendedora periodista. Un fuerte abrazo para la mejor diseñadora de zapatos.

No pude evitar comenzar a escribir. Al día siguiente publicaron mi primer artículo en *Yo Dona*.

XVII

NEW YORK IS THE ONLY CITY IN THE WORLD WHERE YOU CAN GET RUN DOWN ON THE SIDEWALK BY A PEDESTRIAN

Un jueves del mes de abril, salí de la oficina relativamente temprano, llevaba varios días trabajando sin parar y sintiéndome un poco sola sin Julieta. Un sentimiento al que vas adaptándote con el tiempo en esta ciudad, el de la soledad. Mi Juls estaba en Valencia con sus problemas personales y renovándose el visado de estudiante. Isma también estaba fuera, llevaba varios días en Washington DC de viaje de negocios, con sus jefes. Me había dicho que estaría de vuelta sobre la hora de comer, después quedaríamos al salir del trabajo para hablar. Eran las siete y media de la tarde. Yo llegué un poco antes a nuestro punto de encuentro: Casa Mono. Un bar de tapas catalán. Era de los pocos locales en la ciudad que me acercaban a nuestra fabulosa cultura de vinos y tapas española. Me pedí un vino tinto, nunca antes había bebido vino tinto por iniciativa propia, pero ese día, sin saber por qué, sentía más que nunca ganas de probar algo nuevo. Bueno, no, mentira, sí que sabía por qué, estaba celebrando que *Yo Dona* me había ofrecido empezar un miniblog *online* sobre mi vida en Nueva York. Después de millones de e-mails y más de diez relatos cruzados con los editores, por fin iban a publicar mi primer articulillo sobre el día a día en unas oficinas de moda en Manhattan. Estaba muy contenta de haber logrado tal cosa sin haber estudiado periodismo. Una manera de demostrarme a mí misma que tenía razón y que es más importante la experiencia laboral que los estudios. En América funciona precisamente así. Las prácticas en las empresas y la experiencia en las oficinas son lo que más relevancia tiene sin duda alguna.

Isma llegó unos minutos tarde, ese día no traía ni flores ni regalos, una señal un tanto rara. Fingió como pudo que le hacía ilusión mi nuevo trabajo en *Yo Dona*. Además, aquí me pagaban un poquitín, un mínimo bastante ridículo, pero, bueno, el caso es que me pagaban. Durante la cena, mientras mojaba mis ilusiones de la que sería mi nueva vida de periodista, me estuvo hablando de sus planes de verano. «El barco de mi padre tiene ocho camarotes, como a mi hermana ya la conoces, puedes dormir con ella... El barco del amigo de mi padre... El otro barco de su primo...». Por primera vez en muchos meses me daba mucha pereza nuestra conversación. Muchísima. Me acordé del director. En lo cercanas que fueron sus palabras aquella noche, en la lejanía que yo sentía en aquella conversación vacía con Isma. Probablemente nunca jamás volvería a ver a Jabel. Julieta y yo habíamos concluido que probablemente había quedado conmigo porque estaría aburrido de casualidad ese día. Normalmente los directores de cine tienen agendas apretadas. Pero no sé, me hubiera gustado contarle que estaba escribiendo artículos sobre sentimientos encontrados en Manhattan. Estoy segura de que lo hubiera entendido. Seguro que se alegraría por mí. Isma seguía hablando de barcos, política, dinero... Me sentí inmutable ante lo que me rodeaba en Casa Mono. Un sentimiento que luego se ha repetido en diversas ocasiones en Nueva York. Estaba tan cansada de cómo me hacía sentir Isma. De una manera u otra, no me quería. Me costaba tanto encontrarle el sentido a mi adicción por él. Había algo en el ambiente que absorbía toda mi energía. No era la primera vez que estar con Isma me causaba esa sensación. Y entonces me entraron unas ganas inmensas de escribir a mi hermana. Fingí que tenía una urgencia, me alejé a los servicios y escribí un WhatsApp a Ariadna.

Mientras esperaba impaciente aquella contestación, me di cuenta de que un principio que guía mi propia vida es que las cosas más trágicas casi siempre vienen precedidas por lo más increíble.

Con Isma había vivido cosas increíbles, pero hacía días, me enfrentaba a la elección de seguir adelante con él o hundirme sola en mi propia miseria. Últimamente me había visto inmersa en ese tipo de profundidades. Y una se siente precisamente así. Es impresionante, pero hay pocas cosas que te pueden destruir más rápido que los malditos temas del corazón.

Mientras Isma me hablaba de barcos y de materiales odontológicos que no me interesaban absolutamente nada, yo recordaba las palabras de mi hermana: «Cuando alguien te ame, lo sabrás. Si le importas a alguien, va a encontrar una manera de estar contigo. Si no lo hace, está inventando excusas». Pero no sé, yo tenía la esperanza de que a veces pueden no estar seguros de si te aman o no, así que los verás ir de un lado para otro tratando de averiguarlo. Por otro lado, el amor no es algo que requiera de trabajo cerebral. No es un puzle que debas resolver o un misterio que debas descubrir. Simplemente es. Y debemos dejarlo ser —o no ser— naturalmente. No lo sé, seguía escuchando...

—El barco de Borja también te gustaría. Tiene seis camarotes. Bla, bla, bla... —En un momento dado me preguntó cómo sería mi boda. La verdad es que nunca me lo había planteado —. ¿Nunca te has planteado cómo te querrías casar, Briggi?

—No, no lo he pensado. No sé, supongo que soy joven aún para estas cosas. Además, ahora que lo dices, creo que no quiero casarme. No me importaría no hacerlo, no sé. Hay mujeres que se mueren por una boda con miles de invitados, como mi hermana. A mí me resulta más romántico casarme a solas con mi pareja en mis diez sitios favoritos del mundo. Tailandia, Costa Rica, Australia, Suiza, Noruega... Invertiríamos el dinero en ir juntos a todos esos sitios.

—Moli, voy a pedirte que recojas tus cosas de mi casa. Yo no puedo estar con una persona que no quiere casarse.

Y así empezó otra vez la que sería nuestra última discusión, lo que yo no me imaginaba era lo que aquel doctor escondía, lo que había estado escondiendo durante todos aquellos meses. Esas excusas absurdas que el zumbado de Isma buscaba para empezar a discutir. A la mañana siguiente recogí todo con una sensación rarísima. No podía creerme que me estuviera yendo de allí. Principalmente porque estaba enamorada de Isma. Bueno, enamorada, obsesionada o enganchada, lo mismo daba. En segundo lugar, no tenía adónde cojones irme. Y no quería darle a mi madre la razón. Me había vuelto a Manhattan por él. Y el doctor Ismael me estaba mandando al carajo.

—Siento todo esto, Moli, siento estar mareándote así. ¿Tú lo entiendes, verdad? Entiendes que yo tengo treinta y tres años y que meterme en una relación tan seria ahora significa que el siguiente paso es... Eso que tan poco te gusta, el matrimonio. Y no sé, quiero estar seguro. Tú lo tienes todo, pero... Lo siento, sé que me voy a arrepentir.

—Eso ya me lo has dicho, Isma. —Terminé de abrocharme mis botines nuevos de Tory y me puse el abrigo. Por lo menos aquel día hacía un clima medio decente, ocho grados centígrados en abril es como si estuviéramos en agosto para la gente que hemos vivido algún invierno aquí. Y hacía sol, algo novedoso después de haber estado viviendo muchos meses bajo un cielo gris oscuro tirando a negro. Intenté pensar en el clima para evadirme de toda la mierda de la situación. Isma estaba de pie, nervioso, esperando que yo me fuera.

—¿Me das un abrazo?

—Anda, ven. —Nos abrazamos muy fuerte, no me soltaba. Yo intenté separarme porque había algo que no me cuadraba desde hace días. No sabía exactamente muy bien qué, pero me sentía muy extraña cada vez que había venido a buscarme a la oficina. No lo comprendía y había empezado a cansarme. Conseguí que me soltara y abandoné aquella casa. Salí por el pasillo con una sensación muy rara. Nunca más volvería allí. Habíamos vivido muchas cosas en esos

ascensores. Habíamos vuelto borrachos y nos habíamos tirado por el suelo, bromeando. Habíamos ido al gimnasio y habíamos hecho el amor allí mil veces. De repente escuché que se abría aquella puerta. Mi única esperanza de que estuviera arrepentido, de rebobinar, de que fuese un espejismo.

—Pequeña Briggi, te olvidas el secador. Y el neceser.

Fe-no-me-nal.

—Tíralo a la basura, Isma. No lo quiero.

Seguí caminando hacia los ascensores.

—¿Pero y adónde vas a ir? Me siento fatal, Moli.

—No te preocupes, Isma. *I 'll be just fine*. —Qué más daba. Estaba tan triste que podía haber dormido en la calle.

Julieta me había dejado una copia de sus llaves. Me iré allí hasta que ella vuelva, y eso me dará tiempo para pensar qué narices voy a hacer con mi vida. Probablemente me vaya. Qué sensación más extraña, me encontraba realmente fatal. Tenía los ojos cansados y sentía que me iba a desmayar. Manos frías, sudor helado, estrellas grises. Hacía tiempo que no me desmayaba. Me senté en el ascensor, pálida, congelada y, como de costumbre, perdí la consciencia durante unos segundos. Me desvanecí. Comencé a ver un montón de puntos oscuros en el suelo que poco a poco se transformaron en un fondo mate que se ennegrecía completamente. Me desperté completamente desubicada en el piso L, el puñetero *lobby* de los malditos americanos. Uno de los porteros estaba intentando reanimarme dándome pequeñas palmaditas con la mano. «*Güerita*, despierta, chica, que te he visto por las videocámaras, que te duermes».

Lo último que quería en la vida era que Ismael me encontrara allí, desmayada. Cogí fuerzas, me levanté corriendo y salí del edificio. Tenía el cuello literalmente empapado. Cogí un taxi y grité la dirección de la casa de Julieta. Yo me acababa de quedar sin casa. Después me quedé profundamente dormida hasta que Abdul Sajaris, el taxista, me despertó en el portal. Subí como pude los cuatro pisos por las desvencijadas escaleras. Caí redonda en la cama, KO.

Es interesante saber que, en Manhattan, no hay término medio en lo que a los edificios respecta. O bien tu *building* no tiene ascensor, está viejo, descascarillado y lleno de ratas en la planta baja, que suele ser la de las basuras, o pasas al extremo contrario: el de los edificios de lujo, como el de la casa del doctor Kahlid, arquitectura moderna, puertas giratorias que te llevan a gigantescos recibidores, tres ascensores como mínimo, gimnasio en el edificio, sala de lavadoras, sala de reuniones y de cine e increíbles terrazas en los *rooftops*. Así es el contraste de casas en Manhattan. Yo me quedo con los edificios viejos. Los que tienen en las fachadas las típicas escaleritas de incendios. Esas escaleras por las que Richard Gere sube a buscar a Julia Roberts en *Pretty Woman*.

Me desperté tres horas más tarde absolutamente desubicada. Miré mi nueva BlackBerry, me dieron ganas de tirarla a la basura al acordarme de cómo y quién me la había regalado. Tanto regalo y tanto rollo, ¿para qué? Si había acabado dejándome. Comprobé que tenía numerosos y desagradables mensajes de Mercedes. Solo ella me llamaba Molie, mi precioso mote Moli, pero a la americana. No es difícil imaginar el tono en el que estaban escritos.

¿Molie, dónde estás? Molie, llegas tarde. Molie, tienes proyectos que entregar mañana. Molie, contesta. Molie, es viernes. Tenías que estar a las nueve en la oficina. Molie, tenemos la reunión con Saks 5th Avenue a las tres pm. Te pido, por favor, que vengas. Molie contesta.

¡Mercedes, vete a tomar por saco! De verdad que me hubiera encantado contestarle exactamente eso.

Miré el reloj, era la una y media, así que contesté con un seco, «Mercedes estoy de camino, he estado muy enferma, pero en breve estaré allí». Lo pensé un poco más tranquila. Decidí mandarle un segundo mensaje: «Mercedes, te puedes ir yendo a tomar por el culo. Eres bastante ordinaria y muy egoísta, no sé en qué momento llegué a pensar que eras diferente a tu querida amiga Fri-fri. Por si no te acuerdas, me habías prometido pagarme después de Navidades. Aquí sigo esperando a que te dé la gana después de trabajar dieciséis horas diarias, inclusive los fines de semana». Respiré hondo y finalmente escribí un patético: «No te preocupes, estaré superpuntual para lo de Saks». Como me encontraba un poco débil, cogí otro fabuloso taxi de los amarillos. Esta vez se llamaba Abdul Majasari, y no es broma, como el sesenta por ciento de los conductores de Manhattan. También olía mal. De repente recibí un mensaje de Alexandre Jabel. ¡Qué ilusión! Hacía semanas que no sabía nada de él.

Hola Marina;). El chico con el que estás viviendo se llama Ismael y es doctorado en odontología por la NYU?

Se me revolvió el estómago cuando comencé a leer aquellas letras.

Sí.

Estoy haciendo un casting de actrices, estoy con una chica, se llama María. Resulta que dice que Ismael es su prometido.

¿Qué dices, Ojos? Será otro.

Dice que si te puede llamar.

Emoticono de «los ojos como platos». Seguido de un «No estamos hablando del mismo Ismael, seguro».

Que sí, que sí, la chica está a punto de que le dé un telele. Dice que si te puede llamar. Que me llame rápido, que estoy a punto de entrar a la oficina.

Sonó el teléfono, contesté. Aún me cuesta definir la sensación que me recorría el cuerpo en aquellos momentos.

—¿Hola? —Escuché una voz temblorosa y dulce—. Mira, perdona que te moleste. Esto es muy raro. Me llamo María. —Se echó a llorar.

—Perdona, María, es que estoy a punto de entrar a una reunión bastante importante. Dime.

—¿Tienes algo con Ismael Kahlid?

Ehhh, ¿es broma, no? Cómo que si tengo algo, te refieres a que si llevo viviendo con el más de siete meses.

—Algo tengo, sí.

—¿Pero te has acostado con él? Recientemente, digo.

—Sí.

—¡Ay, Dios mío! —Se echó a llorar como una Magdalena.

—A ver, puf, cómo te explico esto, María. ¿En serio estás prometida con él?

—Claro que sí, Marina. ¡Vamos a casarnos! El 18 de junio... La semana que viene viajo a Nueva York para la boda civil. Iba a pasar con él una semana. ¿Has estado en su casa?

De repente, de un segundo a otro, mi cabeza empezó a atar cabos. Como si, de repente, el cerebro comenzase a funcionar debidamente tras haber estado hibernando durante meses. Meses de absurda y verdadera ceguera. Tonta, más que tonta, cómo he podido ser tan idiota. La

reconstrucción del puzle mental era tan inmediata como catastrófica e hiriente. Me aprisionaba el pecho y, aun así, tenía esperanzas de que nos estuviéramos equivocando. De que no habláramos de la misma persona con la que había convivido. Por eso me ha echado de esa manera tan repentina esta mañana. Por eso ha vaciado su casa de mis cosas, bueno, nuestra casa, bueno, no, la suya, lo que sea. ¡Ahora me cuadra todo! Y entonces empecé a construir y reconstruir en mi cabeza mil millones de momentos. La sensación más extraña que he tenido nunca. ¡Cómo podía haber estado tan absolutamente en Babia!

—¿María, hace una semana has estado con él en Washington DC de viaje?

—Sí, me llevó allí porque decía que como íbamos a vivir en NYC pronto, mejor aprovechar ahora a conocer otros sitios, que estar en Nueva York era una tontería. ¿Por qué lo dices?

Tragué saliva. Era delirante.

—Dios santo, María... ¿Dime que estas Navidades no te ha regalado una gorra roja?

—Sí. ¿Por qué?

—¿En el puente de diciembre estuvisteis juntos en Boston?

—Sí, fuimos allí a visitar a mi hermana que vive en Georgetown.

—¡Cerdo, hijo de la gran puta! Cómo se puede ser tan rastroso...

—¿Por qué dices eso? ¿Tienes algo con él?

—María, no sé ni cómo explicarte esto. Llevo meses, no días, ¡meses! teniendo algo con él.

—No, no es verdad. No me digas eso... —La notaba tan destrozada, ahogada en llanto, que me resultaba imposible seguir con la verdad. Me sentía fatal. Sucia. Como si hubiera hecho algo malo. Estaba más cabreada que dolida. No me podía sentir más inútil. Me hervía la sangre. ¡De qué más me tenía que enterar!

—¿No estarás embarazada, no? —Pregunta absurda que se me ocurrió con los nervios del momento, pero puestos ya a meternos en el culebrón a fondo...

—No. Espero que no. ¿Tú?

—No. —María seguía llorando desconsoladamente, yo no sabía qué decir—. De verdad que lo siento, no tenía ni idea de que existieses. Ni la más mínima sospecha. Igual no estamos hablando de la misma persona. Cómo he podido ser tan gilipollas. —Me ardía el cuerpo de la rabia. El corazón me iba a mil y el pecho me apretaba, me faltaba el resuello.

—¡Ay, madre mía, madre mía! Por favor, dime que no es cierto. ¿Pero te has acostado con él? Dime que no, Marina.

¡Y dale! Sí, hija, sí, básicamente en todas las esquinas de Nueva York.

—María, sí, joder, he vivido con él. ¡Qué asco! ¿Estas Navidades estuvisteis juntos, verdad, os fuisteis a esquiar?

—Claro que estuve con él, presentando a nuestras familias. Hicimos la fiesta de pedida. Pero no, no fuimos a esquiar a ningún sitio. Estuvimos en Madrid.

—No me lo puedo creer. ¿El día de Reyes cenó contigo?

—Sí.

De repente me acordé de la escena del cine de verano en Central Park. De sus manos en mi cuerpo, inevitablemente me entraron ganas de vomitar. La sensación más repugnante que he tenido nunca. Eché hacia atrás la cabeza y cerré los ojos en el taxi. Le pedí a Abdul que condujera más despacio. Era inevitable. Iba a vomitar.

—María, tengo que colgar. Perdona, de verdad que lo siento. Siento muchísimo todo esto.

—No me cuelgues, por favor, Marina. —Seguía llorando. Insistiendo.

Colgué, abrí la puerta del taxi y lo que vino a continuación fue tan desagradable que ni siquiera hace falta que narre los detalles. Allí estaba yo, arrodillada contra una farola en el medio

de la glamurosa Sexta Avenida y la famosa calle 39. Había dejado Madrid asegurándole a mi familia que todo iba a pedir de boca. No tenía casa ni dinero y me habían roto el corazón en pedazos.

Los neoyorquinos me esquivaban a paso rápido sin preocuparse siquiera. En ese momento estaba tan paralizada que no fui consciente de la escalofriante escena. Lo cierto es que nadie se paró. Todo el mundo anda con mucha prisa en Manhattan. Es la única ciudad del mundo donde los peatones se atropellan continuamente. A muy pocos metros de mí observé la estatua del esclavo y la del botón y la aguja. Me acordé de nuestro fin de semana en los Hamptons para preparar la entrevista, me acordé de mis nervios y de cómo le conté la anécdota del puesto de turismo. Me acordé de cuando se iba a buscar el desayuno y tardaba mil horas en regresar. ¡Claro, hablaba con ella! Pero cómo no me había dado cuenta... Me acordé de sus viajes de negocios, estaba incomunicado durante días porque iba con sus jefes. Por eso no me escribía nunca, solo un mísero WhatsApp de un «Te quiero, te echo de menos, en cuanto acabe este infierno de trabajo te escribo». ¡Tonta más que tonta, cómo he podido ser tan idiota! Cómo me han podido mentir así... ¡Bienvenida al siglo XXI! Pensé. Igual Juls tenía razón y hoy en día los hombres eran infieles sí o sí. Tendríamos que acostumbrarnos. Con las nuevas tecnologías, era tan fácil engañar así...

Me acordé de las palabras de Juls. A continuación, me acordé de las palabras de Ariadna. Me dolía todo el cuerpo. Intenté incorporarme y un par de trabajadores de UPS se acercaron a ayudarme. Me preguntaron si había bebido. Y créeme que hubiera deseado estar borracha. Ojalá hubiera bebido todo el vodka del mundo para que mi cerebro dejara de buscar evidencias. Jamás hubiera imaginado que podrían colármela de esa manera. No soy tan lista como creo. Soy más imbécil de lo que pensaba.

Y la BlackBerry, esa maldita BlackBerry que no hacía más que vibrar. Contesté desesperada:

—Sí.

—Marina, lo siento, por favor no me dejes así. Necesito hablar contigo.

—María, lo siento, estoy en *shock*. No sé qué quieres que te diga.

—Necesito que me jures que no le vas a decir que lo sé.

No estaba pensando en hablar con él precisamente ahora.

—¿Qué más da eso, María? Nos ha engañado a las dos. Como a dos bobas.

—Marina, necesito que me lo digas. Que me lo jures. —El llanto entrecortaba sus palabras. Me daba mucha pena aquella niña. Estaba destrozada.

—María, no sé tú, pero yo no voy a volver a hablar a ese desgraciado en la vida.

La noche aquella, ¿qué día era? Vamos, Moli, acuérdate, eres muy buena con la memoria. Creo que era el finde del cumple de mi padre.

—María, vamos a ver, el finde del veintialgo de noviembre. ¿Pasó algo ese viernes? Joder, tuvo que pasar algo para que me dejara así.

—El 24 de noviembre era un viernes, fue mi cumpleaños. Estuvimos toda la noche en Skype.

—¡Hijo de puta!

—¿Qué paso, Marina?

—Vamos a ver, María, yo llevo teniendo una relación con Isma desde principios de septiembre.

—¿Qué dices? ¡No es posible!

—Sí, María, es verdad. He vivido con él, he ido a los Hamptons con él. Me he acostado con él, muchas veces y en muchos sitios. ¡Joder! —Se hizo un silencio y lo único que oí fueron los llantos de María.

—Lo siento, Marina, no creas que no te creo. Sé muy bien que dices la verdad. Es simplemente que no puedo parar de llorar. Dios mío, la boda, ¿qué hago? ¿Qué les digo a mis padres?

—No lo sé, María. Pero bueno, si te sirve de consuelo, a mí me ha dejado, ¿eh? Me ha mandado a freír espárragos hace un par horas, de hecho. Recogí mis cosas de su casa y...

—Claro, porque voy yo. Cabrón. Malnacido, mala persona, mala gente. No tiene corazón. No hables con él, por favor.

—Pero, vamos a ver, María, ¿de qué quieres que hable con él? ¿Del tiempo? ¿De fútbol? ¡No quiero hablar con él en la vida, por Dios! —Seguía llorando mientras encajaban las piezas de aquel puzle interminable—. Otra pregunta, María, ¿te mandó unas postales recortadas en Navidad, de cartón, recortadas a mano? ¿Las recibías durante el mes de diciembre?

—Sí. ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—Mira, María, si quieres, luego te llamo. Pero va a tener que ser tarde, porque saldré de la oficina a las seis/siete de la noche, como pronto.

—Vale, no le voy a decir nada, Marina. Hasta que hablemos. Le he dejado de contestar, ¿ok?

—Tranquila.

—Mil gracias, Marina, gracias por contármelo. Gracias, de verdad.

—Lo siento, María. Siento todo esto. Hablamos luego.

—Vale, llámame, por favor.

—Ok. —Caminé hasta la oficina haciendo respiraciones profundas. Pensaba. Intentaba tranquilizarme a mí misma.

Quédate con lo bueno, Moli. Di tus últimas palabras, como si no hubieses tenido tiempo para decirlas antes. Escríbele un WhatsApp. Mándale a la mierda. Teclea en esa BlackBerry un par de insultos que sirvan para liberarte. Siéntete en pleno derecho de analizar uno por uno todos los puntos por los que las cosas son o no son, según tú. Bueno no, mejor no se lo mandes. Mejor no le digas nada. Recuerda que el único punto que no supiste escribir te lo pusiste en la boca y que a veces las palabras solo pueden decirse en un momento y en un lugar. Luego ya no. Pero tú tampoco quisiste gritar, ¿verdad? Tuviste la oportunidad y no quisiste gritar cuando Ariadna te lo advertía. Idiota. Esto te ha pasado por tonta.

Y allí estaba yo. En la sala de reuniones de las oficinas centrales de Tory Burch Manhattan, Nueva York, esperando a las compradoras de Saks Fifth Avenue. Intenté maquillarme en el baño. Intenté decirle al espejo que no se preocupara, que solo sería cuestión de tiempo. Que todo lo que entra sale y todo lo que sube baja, que solo me había tragado una gigantesca e hiriente espina. ¿Que si te vas a morir, Marina? No. No te preocupes. Dentro de diez años, después de unas cuantas más como esta, te reirás. Pero nos han dicho que vivamos el ahora, ¿no? ¿En qué quedamos? Pongámonos de acuerdo, por favor. Náuseas y ganas de vomitar de nuevo.

Cuando entré en la sala de reuniones, estaba Elzio histérico colocando todos los bocetos que los dos habíamos estado tanto tiempo dibujando. «Marina, ¡qué susto! Pensé que no vendrías. ¿Estás bien? Mercedes ha seleccionado estos trescientos bocetos para que se los enseñemos a Saks. Revísalos a ver si quieres retocar algo». Me senté y empecé a pasar las trescientas hojas con la vista clavada en ellas, pero sin poder ver absolutamente nada.

—Molie, coloca estos diez bocetos también entre las hojas. ¿Estás revisando para retocar? —dijo Mercedes.

—Sure.

—¿Marina, me has oído? Quedan veinte minutos para que lleguen. Voy a bajar con Kevin a comprar algo de *catering* para que coman algo. Ya me explicarás por qué has llegado tan tarde.

Durante la reunión, me esforcé en concentrarme en los zapatos. Es verdad que cuando vi entrar a las dos famosas compradoras, gracias a Dios, me acordé de por qué estaba allí, me entraron unas ganas inmensas de superarme, de aprender, de progresar. Anna María Pimentel y Grace Kathsiratgi estaban frente a mí, dándome la oportunidad de enseñarles mis bocetos. Parecían muy interesadas y me hacían numerosas preguntas. Era una escena de ensueño para cualquier diseñador novel. Saks Fifth Avenue es conocido por elegir las mejores firmas a nivel internacional. Pero ellos normalmente piden a las casas de moda que les hagan colecciones en exclusiva para sus tiendas. Que sean piezas únicas que solo se pueden encontrar allí. Me sentía tan herida en ese momento que solo quería venderles mis zapatos, mis diseños. Era una especie de revancha. Una demostración de que mi persona merecía la pena. Les enseñé los bocetos detenidamente. Les expliqué los materiales que había pensado para la colección y les hablé de pieles exóticas que me había enseñado Germánico. Una de las *buyers*, Anna María, era latina y hablaba español. Así que pude explicarle con soltura los detalles que habíamos elegido para la colección. Hilo de piel de caballo, plumas de diferentes colores, tachuelas cubiertas de moldes hechos en piel. La impecable producción italiana. Poco a poco, me empecé a venir arriba. ¡Maldito embustero! Tuve que salir al baño porque me vi flaquear. Después volví a la reunión, primero un pie, luego el otro, cabeza alta y hombros rectos. Fingiendo que todo iba bien.

Al salir del trabajo me fui a casa de Julieta y me metí en la cama. Me quedé dormida veintiuna horas seguidas. Con descansos provocados por la pura necesidad de ir al lavabo. Dormir repara. Estaba sencillamente agotada de la decepción. Me moría de la presión en el pecho y me avergonzaba de mí misma por haber venido a Nueva York solo por él. Era inevitable preguntarme una y otra vez cómo había podido ser tan idiota.

A partir de ahí, lo único que intentaba en mi día a día era ser mejor persona, caminar recto.

Primero un pie y luego el otro. Levantar la cabeza, fingir, aparentar. No sea que a uno de los mil seiscientos veintiséis millones de habitantes de Nueva York le dé por sospechar que algo va mal. Dejaba que los viernes se vistieran de largo, y me aseguraba de que la cola arrastrara por lo menos hasta el martes. Dos días malos los tiene cualquiera. Y después, vuelta a empezar. Miraba al techo de la habitación de Julieta, era la única cosa que no se movía de ahí, desde hacía tiempo. No tanto, pero los minutos se me hacían horas y las horas, días e incluso meses. Yo seguía ahí, en esa oficina, encadenando mentiras y mentiras entre las mil llamadas y los dos mil mensajes de la desesperada e insegura María.

Caminaba ida, sin ganas. Alejada y distante de todo. Solo las mentiras se agitaban de un lado a otro. Me sentía ridícula, atrapada. No quería llamar a mi madre por orgullo, bastante estúpida me sentía ya. Las madres son muy buenas recordando esas cosas. No sabía qué cojones hacer con mi vida y la historia era demasiado melodramática para contársela a nadie. Pensaba: qué tontería, Marina, estás trabajando y viviendo en Nueva York. ¡Recupérate! Es una estupidez estar mal por un tío que, al fin y al cabo, ni siquiera era mi novio. Daba igual, nada funcionaba, estaba tan desolada, tan perdida, sin ganas de nada. Ni siquiera podía llorar. Estaba totalmente noqueada y era simplemente infeliz. Me sentía tremendamente sola en esa ciudad que se me quedaba enorme. Días que se hicieron eternos. Días en los que caminaba de un lado a otro, invisible, como un fantasma.

Hasta que decidí a llamar a las mexicanas. Quedé con ellas en el mismo Benny Burritos de siempre, iban todas extremadamente arregladas, como solo hacen las latinas. Uñas perfectas, pelo bien rizado, kilos de maquillaje, ropa cara. Y yo estaba allí, destrozada. Con el pelo sucio, los ojos cansados, ojeras, mis Converse viejas y naranjas, y sin ganas de salir. Después de un par de «*güey*, pasa página, *güey*, tú lo que necesitas es un buen mexicano, yo te invito a los tragos y

demás», tuve suficiente y me fui a casa de Juls otra vez. Estaba desolada. Me sentía estúpida y muy sola. Odiaba la ciudad. Odiaba mi trabajo, ser diseñadora era una mierda, y sobre todo odiaba a Ismael Kahlid, echaba mucho de menos a mis padres, a mi hermana, a Lolita.

Caminé por Broadway pensativa y muerta de frío, necesitaba caminar, pasé por Chipotle, el *fast food* de comida mexicana más conocido de Estados Unidos. Recordé cuánto nos encantaba comer burritos allí. Pasé por ese cine de la calle Broadway y la 26 donde tantas pelis habíamos visto juntos. Después vino Madison Square Park con el puesto de Shake Shack, sus hamburguesas favoritas, al aire libre, con las luces encendidas. Seguí caminando hacia Times Square, de repente miré hacia atrás, estaba exactamente en el cruce de la calle 24, el punto exacto donde se corta Broadway con la Quinta Avenida. Miré hacia atrás y vi el Flat Airon Building, precioso e iluminado. Después, a mi derecha, esos increíbles edificios altos que rodean el parque. Miré el reloj que está justo encima de la fachada. Había algunas ardillas, gente caminando por todas partes, los taxis amarillos, me sentía absolutamente sola, rodeada de millones de personas, pero sola. Muy sola. Y entonces, por fin, me eché a llorar. Lloré desconsoladamente durante mucho rato, sin poder parar de caminar. Lloré en ese parque, en la Quinta Avenida, en medio de Times Square, en las oficinas de Tory, en las cafeterías, en la estatua del esclavo que cosía, en fin, en todas partes, durante muchos días. Muchos, muchos días.

Si lo hubiese sabido, habría gritado. Si alguien me hubiese contado que el silencio cortaba, me habría tapado los oídos y habría gritado esa canción horrible que me enseñó a pleno pulmón. Hasta que se rompiesen los cristales. ¿Y ahora, qué? Diecinueve días, quinientas noches y mil trescientos domingos, supongo. O quizá más...

XVIII

SORRY, THE LIFESTYLE YOU HAVE ORDERED IS CURRENTLY OUT OF STOCK

Los días de abril pasaron lentos. Yo caminaba a las oficinas de Tory desgana, no salía, no dibujaba bien, no podía diseñar nada. No tenía nada de hambre, no comía. Casi ni hablaba con mis amigas. Estaba deprimida, vacía. María me seguía llamando, preguntándome más información acerca de mi vida con Isma. En cierto modo le cogí cariño, me daba mucha pena lo que sufría; además, me sentía extremadamente culpable, sin ningún motivo. Juré mil veces a mi hermana y a mi madre que no volvería hablar con ella, pero mil y una veces volví a caer. Ella me enseñaba los mensajes más hirientes que jamás hubiera debido leer.

«María, que Marina estaba obsesionada conmigo, que era simplemente una paciente del hospital y yo no hacía más que decirle que me dejara en paz». «María, que esa chica es una cría, que estaba loca, que se lo inventa todo porque quería estar conmigo por mi dinero y el de mi familia». «Desde que se enteró de lo de los barcos, intentó ir a por todas, yo ya no sabía como quitármela de encima. Fue un error darme un beso con ella una vez. Pero solo pasó una vez, lo juro, María».

Yo los leía, los releía, luego me metía en el despacho a diseñar zapatos. Lo único que me mantenía viva era diseñar. Fueron días duros, me sentí muy sola y muy desgraciada en esta ciudad. Lo recuerdo con ternura porque era muy joven. Con veintiún años te aferras a ese tipo de experiencias como si fuera lo único que existe en la vida. Todos hemos sufrido un trágico desamor. En realidad, es bonito querer así algo o a alguien. Y se hace difícil con la edad querer de esa manera tan sincera, intensa y honesta. Bueno, honesta por mi parte ¡claro!, porque Isma honesto precisamente no había sido. Gracias a Dios, tenía a mi gran amiga Juls apoyándome desde la distancia. Juls me llamaba todos los días, me mandaba mensajes cada minuto, me animaba y bromeaba con el asunto. Pero lo más importante fue que Juls me dejara vivir en su casa y jamás pidiese nada a cambio. Vivir en Manhattan cuesta una media de dos mil dólares al mes más gastos. Juls podía haber alquilado su cuarto mientras ella estaba en Valencia con los trámites y renunció a ello por mí. Quien encuentra un amigo, encuentra un tesoro. Todavía me siento afortunada de haber encontrado a Juls.

Pasó abril entero, una tarde del mes de mayo iba de vuelta a casa de la oficina. Como empezaba el buen tiempo iba caminando a todas partes. Una actitud bastante neoyorquina la de ir andando a todos lados. Caminaba cabizbaja, pensando en lo desamparada que me sentía, en lo lejos que estaba de mis amigas y de mis padres.

Como solía salir a las nueve o diez de la noche, ya era demasiado tarde para llamar a España. Con esas horribles seis horas de diferencia, era inviable. Como para variar no tenía hambre, pero sabía que tenía que comer, entré en un sitio americano de zumos orgánicos. En Nueva York es muy típico sustituir cualquiera de las comidas del día por zumos asquerosos llenos de frutas y verduras. Uno de esos zumos me daría las vitaminas necesarias para no desmayarme y meterme en la cama cuanto antes. Empecé a leer los ingredientes de uno de los de color naranja, los que parecían más apetitosos a primera vista. Tenía mango, zanahorias, naranja, fresas y apio.

De repente, justo cuando menos lo esperaba, experimenté la sensación más maravillosa del universo. Justo delante de mi zumo había una chica joven, estilosa, alta y delgada que estaba leyendo también la composición de los ingredientes. Llevaba unas botas preciosas, increíbles, negras, rodeadas de cadenas y de plumas al tobillo. Un toque macarra que quedaba elegante por

la producción impecable y la calidad de la piel. Un diseño precioso que lucía de una manera impresionante con unos pitillo negro y esa cazadora de cuero en marrón. Un escalofrío de placer absoluto me recorrió el cuerpo entero. Eran las botas que yo había diseñado para Saks. ¡Eran mis botas! Mi boceto, mi idea, mis materiales, mi pelea con Mercedes para que aceptase las plumas que se salían del presupuesto. Mi diseño. Mi obra. Es imposible describir lo que yo sentí en aquel momento. Estaban ahí, en un sitio de zumos de Bryant Park. Y juro que no podían ser más bonitas. Era imposible. La chica me miró y, haciendo un gesto con la mirada hacia sus botas, me soltó un:

—*Do you like them? They are from Tory Burch. Beautiful, ugh?*

Me quedé sin habla, sin poder dejar de observarlas. Luego reaccioné. «*Yes they are, indeed!*». Pagué mi zumo, salí a la calle y empecé a caminar. Tenía el corazón a mil, tenía ganas de chillar, de correr, de saltar. Y ese brote de felicidad precisamente me sacó de la profunda tristeza. Y mi cuerpo se liberó con una llantina que desembocó en carcajadas. El desconsuelo extremo acarreado tantos días había mutado, era una señal de que a partir de ahora todo iba a salir bien.

Al siguiente día me desperté con una sensación que hacía mucho tiempo que no tenía. Tenía hambre, mucha hambre. Estaba hambrienta de Nutella, de helado, de *pizza* y hamburguesas. Pero sobre todo estaba hambrienta de conocimiento, de felicidad, hambrienta de Nueva York. Bajé a un Deli situado en la calle 46 y Broadway, a lo lejos se podían ver perfectamente las luces de Times Square. Me compré un tarro gigantesco de Nutella y pan de molde. ¡Estaba eufórica! Eran las cinco y media de la mañana y los pobres pakistanís que me vendieron la heroína en forma de Nutella estaban alucinados. Era como estar pedo sin estarlo. Tenía ganas de vivir. Subí a casa y empecé a escribir. Sobre los zapatos que había visto ayer. Un artículo sobre cómo me sentí en la entrevista en Tory; después, otro sobre las curiosidades de una empresaria en Nueva York. Sobre todo escribí sobre mi catarsis personal, esa misma de la que justo ahora estaba despertando. El renacer de cualquier persona tras una depresión total.

Después de mandar varios artículos positivos a *Yo Dona* (ya era hora), salí a correr. Jamás antes había corrido en mi vida, planeé correr hacia Central Park por la Quinta Avenida y volver. Salí de la 46, pasé por la Quinta y cuando llegué al Rockefeller Plaza, a exactamente cuatro manzanas de mi punto de partida, tuve que parar porque estaba a punto de que me diera algo. Hubiera quedado más glamuroso describir cómo llegué sintiéndome libre y feliz a ver el amanecer de Central Park, con los brazos abiertos y gritando un energético «soy libre». Pero lo cierto es que tuve que regresar a casa con las nalgas bien apretadas porque, con el meneo del trote, me urgía ir al baño.

Después de soltar varias carcajadas interiores, me hice otro sándwich de Nutella y me arreglé para ir a trabajar. Llegué a las oficinas temprano, recién duchada, con mis botas de Prada marrones, una camisa ancha y cargando uno de esos inmensos cafés. Por primera vez me apetecía tomar café, supongo que, como todo, aquel café era otro símbolo. Algo nuevo y diferente que simbolizaba una nueva etapa. Aquel *Latte* con leche de soja simbolizaba el punto final de esa patética crisis. Además, con los años, me di cuenta de lo mucho que maduré con ese tropezón, más de lo que imaginaba. Como solo se madura cuando estás sola en otro país levantándote de las caídas. Lejos de casa. Ese día incluso me ricé el pelo y me pinté los labios de rojo. Era una etapa de cambios. De cambios radicales.

Elzio se sorprendió al verme entrar así. Había que empezar a preparar el nuevo *mood board*, esta vez la colección estaba inspirada en los felinos. Tendríamos que comprar pieles, estampados, tonos marrones y amarillentos. Otra vez aquel largo e intenso proceso de seis meses. Esta vez ya estaba preparada para comprar las pieles, los materiales, ojos rasgados y colmillos.

Sabía cómo manejarme en la ciudad. Salí con mi tarjeta de crédito de diez mil dólares y me fui a las mejores boutiques de Madison Avenue, a Prada, a Louis Vuitton, a Stella McCartney, a McQueen y a un montón de tiendas a cual más impresionante. Compré pieles estampadas y todo tipo de objetos de pelo. Al llegar a casa volví a escribir sobre cómo me sentía trabajando en Nueva York.

A la mañana siguiente me puse mis botas moradas y planas de la suerte. Sin saber que el destino había ideado un maravilloso plan para mí, me fui a ver a Germánico al taller. Cuando entré en el almacén, estaba atendiendo a una japonesa joven. Le enseñaba unas pieles de vaca tratadas en negro. Me hizo una seña para que me acercara a ellos. Me acerqué tímidamente, la japonesa era realmente guapa y tenía pinta de ser alguien importante. Mirada autoritaria y una actitud muy altiva que me intimidaba bastante. Entonces Germánico nos presentó. Ella se quedó mirando mis botas moradas. Las llevaba un poco sucias, pero ella seguía mirándolas. Luego subió la mirada a mi cara, mis botas de nuevo y luego mi cara otra vez. Finalmente, me preguntó en un tono un poco seco e indirecto:

—*Who are you? I really like your boots.*

—*My name is Moli. And...* —Me quedé bloqueada.

—*What do you work for?*

—*Tory Burch.*

—*What do you do there?*

—*I guess I design shoes.*

—*Oh, shoes... I see...*

—*She is from Spain, Rae, in Europe* —intervino Germánico, sonriente—. *And you should see her sketches she does really, really good.* —Me guiñó un ojo mientras la tal Rae observaba y toqueteaba una de las pieles.

—*Ok. I am actually looking for an assistant. Do you wanna come for an interview? Do you like Alexander Wang?* —Tenía que estar bromeando. Me quedé paralizada, me acordé del último desfile de Wang, los colores de los estampados. De la energía deportiva creada con telas futuristas y la elegancia extrema que proporcionan sus fabulosas pieles. Ella se inquietó y me volvió a preguntar—: *Do you wanna do the interview or not?* —¡Ay, la paciencia nula de estos americanos!

—*Yes, yes. Of course, I do.*

—*Ok. You have to come to our office tomorrow at like... three p.m.? Ask for Rae Liu. Germánico will give you my contact. And bring those boots. Alexander is gonna love them.*

Dios mío de mi vida, voy a conocer a Alexander Wang... ¡Qué emoción! Seguí a Rae con la mirada y observé la manera elegante con la que se metía en el ascensor. Pelo largo negro liso, tacones, vestido largo de seda, cazadora de cuero, una belleza asiática impresionante. Siempre me han llamado la atención las asiáticas. Abracé a Germánico eufórica. Le besé en la cara.

—¡Gracias! ¡No sabes qué feliz soy, amigo!

—¡Tranquilízate, niña, que te va a dar algo!

El 1 de junio de 2009 empecé a trabajar en Alexander Wang. Tengo recuerdos muy bonitos de mi paso por esas oficinas nuevas y perdidas en Canal Street. Normalmente, cualquier diseñador que se precie en la ciudad abre la sede de su empresa en el Fashion District. Tory Burch, Calvin Klein, Donna Karan se alinean una tras otra alrededor de la emblemática estatua del esclavo. Aquel hombre viejo de hierro que ve todos los días como las avenidas del distrito de la moda mueren durante la noche y se llenan de tacones, de estilo y de multitud de turistas durante el día.

En Alexander confluían diferentes energías, ardientes y apasionadas, que se entremezclaban

como en una coctelera. Era un verdadero torbellino, tenía una energía increíble, propia de un chico de veinticinco años, mezclada con la locura de una mente creativa en exceso. Una montaña rusa de sentimientos y emociones que llegaban a la oficina cada mañana. Siempre que coincidíamos en los ascensores me hacía movimientos con las muñecas como si estuviera bailando sevillanas.

Yo trabajaba mano a mano con Rae Liu. La japonesa que se fijó en mis botas con Germánico. Resultó que Rae era mucho más entrañable que lo que demostraba esa imagen de belleza asiática que intimidaba por la sensación de autoridad que transmitía. Fue una jefa perfecta. Aprendí muchísimo de ella, me explicaba al detalle cómo quería que hiciera los *sketch* de los bolsos. También se enfadaba cuando las cosas estaban mal hechas. Pero la manera en la que razonaba era comprensible e, inevitablemente, tenías que callarte porque sabías que tenía razón. Cuando trabajábamos los fines de semana, Rae se encargaba de traerme comida y de comprarme los *lunchs*, los *dinners*, los cafés y los *snacks*. No olvidemos que todavía era una becaria, con una *business card de accesories design assistant* que cobraba una vez más cero dólares al mes. Al menos Rae, al contrario que Mercedes, se preocupaba mucho por mí. Me cuidaba. Incluso hacía la vista gorda cuando llegaba tarde las mañanas de los viernes y los sábados porque salía a darlo todo con mis mexicanas.

Como prestaba total atención y aprendía rápido, Rae quería contratarme. Luchó un par de veces con recursos humanos para ver si podían facilitarme el visado y así poder pagarme. Como todos los intentos fueron frustrados, Rae empezó a pasarme dinero en sobres a final de mes. No era mucho en absoluto, igual ciento cincuenta dólares a la semana. Pero eso me bastaba para tenerme totalmente motivada en una carísima y lujosa ciudad. Me sentía muy valorada y adoraba lo que hacía. Fue una experiencia fantástica. Una época de mi vida en la que me dediqué solo y exclusivamente a trabajar y sorprendentemente fui muy feliz. Muy, pero que muy feliz.

Algunas noches trabajaba de niñera para Frida, y aunque Juls no se quejaba nunca de tenerme viviendo con ella, yo empecé a sentirme incómoda invadiendo la intimidad de mi amiga. Por otro lado, mi Juls estaba en su etapa de plenitud sexual, como ella decía. Así que, aunque era lo último que me apetecía, acepté la oferta laboral de Frida. Justo a finales de ese caluroso y pegajoso verano neoyorquino, empecé a vivir en casa de mi querida Fri-fri. Aquella mujer era maniática y controladora a más no poder, me hizo firmar un contrato para que yo le asegurara mis servicios como niñera. (No olvidemos que había ejercido con bufete en el Rockefeller Plaza). Pues bien, en aquel documento me comprometía a levantarme todos los días a las seis y media de la mañana para realizar las siguientes tareas domésticas:

Preparar conjuntos de ropa de los niños. Preferiblemente, trenzas o coletas para Gaba que tenían que ir a juego con la vestimenta.

Hacer el desayuno (el específico de cada uno de ellos). A Nico le encantaban los huevos fritos, pero la yema tenía que estar absolutamente derretida por dentro. Y no se me podía romper.

Pasear al perro de Fri-fri que, por si acaso no tenía ya pinta de cursi con esos rizos blancos y un collar rosa fucsia, se llamaba *Lola*.

Despertar a los niños a las siete de la mañana, darles de desayunar, vestirlos y peinarlos.

Acompañar a nuestro chófer Mansur a los dos colegios.

Volver a casa. Recoger el desayuno, hacer las camas de los niños y poner la lavadora.

Por estas seis labores tan importantes que Fri-fri describía de una manera excesivamente maniática se me pagarían doscientos cincuenta dólares a la semana. Eso eran mil dólares al mes. Además, podría disfrutar del cuarto de Nico, decorado con aviones y fotos del Capitán América,

durante el año de contrato. No tenía que pagar alquiler y vivía en uno de los barrios más lujosos de Nueva York. Lo único malo era el maravilloso uniforme con cofia que tenía que llevar. Sí, aunque intenté negociar lo de la cofia, fue inevitable. Tuve que aceptar llevar aquel vestido de rayitas azul claritas y rosas. Juré que jamás se lo contaría a nadie. Paradojas de la vida. Me sentía como la Cenicienta. Pero en una versión moderna y actual. Una chica de la limpieza que a las ocho de la mañana pasaba a ser la diseñadora de accesorios de una firma de lujo en Nueva York. Un contraste bastante extraordinario. Así que, aunque a Rae no le hizo ninguna gracia que empezara todos los días a la diez de la mañana en vez de a las ocho, finalmente acabó entendiéndolo y aceptó mi nuevo horario.

Así empezó mi nueva etapa de recuperación plena de la depresión. Vivía en un casoplón del Meatpacking District de Manhattan, cobraba unos dos mil dólares al mes repartidos en mi contrato doméstico con Fri-fri y el dinero negro de los sobres que Rae me entregaba. Llegaba todos los días a Canal Street en un cochazo con chófer a mis fabulosas oficinas. Pintado de esa manera, no estaba nada mal mi nuevo plan. Además, Rae me daba acceso a millones de fiestas VIP en Manhattan. Como yo no rechistaba nunca cuando me pedía que trabajara los fines de semana, me regalaba invitaciones para los mejores desfiles de moda. Recuerdo el cóctel privado que organizó la revista *Glamour* en Nueva York. Se celebró ese verano en el Gansevort Hotel. Allí me encontré a Sarah Jessica Parker, protagonista de *Sexo en Nueva York*, y también al atractivo Gerard Butler. Me puse nerviosa al verlos e intenté disimular allí sola como si fuera algo totalmente normal. Las manos frías, la cara maquillada y unos incontrolables deseos de contarle todo lo que me estaba ocurriendo a Ariadna.

En definitiva, asistí a mil millones de eventos donde tuve la oportunidad de escribir sobre una lista interminable de celebridades que jamás creí que llegaría a conocer. Ese verano, *Yo Dona* me proporcionó mi visado de periodista, aún recuerdo los nervios con los que abrí el sobre que llegaba de la embajada americana con mi nuevo pasaporte y a mí casi me dio un telele cuando comprobé que tenía cinco años de permiso. Ese verano me lo pasé bastante bien. Todavía estaba un poco tocada por la historia de Isma. Sentía una inseguridad bastante grande, me daba miedo conocer a alguien y lo evitaba para protegerme. Estaba entretenidísima trabajando y no tenía ninguna intención ni necesidad de hacerlo.

XIX

I WONDER WHAT MY FUTURE HUSBAND IS DOING RIGHT NOW

El verano pasó rápidamente entre fiestas de famosos en piscinas y hoteles y millones de horas de trabajo en aquellas bonitas oficinas. En un abrir y cerrar de ojos empezaba la esperada «New York September Fashion Week». Llevábamos varios días sin descansar esperando como agua de mayo el día de nuestro desfile. La fecha nunca se me olvidará, el domingo 23 de septiembre de 2010. Esa semana, Alexander Wang Human Resources Department (qué bien suena todo en inglés) había instalado colchones hinchables en las oficinas. De esa manera, las costureras que vivían en Brooklyn y no podían ir a casa debido al exceso de trabajo, podían echarse a descansar un par de horas allí. Yo dormía en el suelo también, Rae había traído almohadas y de vez en cuando se echaba conmigo a dar una cabezadita de veinte minutos. Después seguíamos trabajando. Estábamos agotadas y Alex, como cualquier otro diseñador que se precie, cambiaba de opinión todos los días y a todas horas. Cuando ya estábamos a punto de terminar algo, lo tiraba por la borda y nos pedía que empezáramos de nuevo. Esta vez con otra idea y un concepto diferente. Una mente creativa tiene que ser siempre superinestable para llegar a ser exitosa. Alexander era una montaña rusa de ideas. Fueron una verdadera locura esos días de trabajo. Para colmo, yo a las seis y media de la mañana me tenía que ir corriendo a casa de Fri-fri a desempeñar mis importantes tareas de «niñera». No fuera a ser que le saliera alguna arruga más a nuestra amiguita por madrugar tres malditos días que le había pedido libres.

Por fin llegó el día del desfile. Yo había prometido a Julieta que intentaría colarla como pudiera. Rae me dio una invitación extra para mi invitada. Salí a la puerta abarrotada de blogueros y fans de Alexander que empujaban a los porteros e intentaban colarse. Estaba preguntándole a uno de los porteros por la puerta de prensa cuando me fijé en un bolso verde de Prada, falso, precisamente idéntico al que me acababa de comprar en Chinatown hacía solo unos días, imitación piel de cocodrilo, pero asombrosamente bien hecho. Se lo había adquirido a un chino por el módico precio de veinticinco dólares. La chica que lo llevaba parecía china también. Estaba bastante agitada explicando algo a otro de los porteros. Le sonreí levemente, me daba pena porque parecía no tener posibilidad alguna de entrar. Tras un rápido cruce de miradas, tenía a aquella chica señalándome histérica entre gritos. Se acercó hacia mí intentando entregarme un papel en el que destacaban unas largas y perfectas uñas pintadas de rojo vibrante.

—*Here she is, here she is. I told you. My friend. You see!*

Empujó a todos los fans y a algunos de los porteros hasta que se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo. Yo me quedé bloqueada. No había visto a aquella chica en la vida. Algunos de los fans intentaron colarse por otro lado, eso distrajo la atención de la seguridad y entonces Hanna Choa Yu, agarrándose del brazo fuertemente mientras me arrastraba caminando hacia el interior del recinto, comenzó a hablarme:

—*Oh, my God, thank you so much! You literally saved my life. My name is Hanna. What's your name?*

—*My name is Moli. Nice to meet you.*

—*I seriously owe you a dinner. How did you get in here? Do you work for Alexander Wang?*

—*I guess I do!*

—*Oh, my God, that's amazing! We are gonna be besties! B-F-B. Let's go, let's go, let's sit together.*

Caminé con ella y nos sentamos juntas en el suelo de las escaleras del desfile. Hanna se reía todo el tiempo, bromeaba sobre sí misma y era hiperactiva. Estaba superfeliz de estar allí y te contagiaba esa felicidad instantáneamente. La energía de Hanna era arrolladora. Enseguida me confesó que su bolso era falso y yo admití que tenía otro igual. Nos reímos y dijimos muchas tonterías provocadas por los nervios del desfile. Cuando por fin terminó, Hanna insistió en invitarme a un café. Acababa de llegar a Nueva York hacía solo tres semanas. Me preguntó mil cosas sobre mi experiencia en Manhattan. Estaba pletórica, me recordaba a mí no hacía tanto. Es impresionante la velocidad con la que vives aquí. Parecía que yo llevase en la ciudad una eternidad. Le conté los pasitos que había dado en mi camino, mi paso por Tory Burch, mi inicio en el mundo del periodismo y mi primera temporada en Wang como diseñadora de complementos. Era inevitable ponerme nostálgica con la cantidad de recuerdos de mi vida reciente. Por supuesto, en menos de diez minutos, acabé contándole mi historia con Ismael. Lo tenía bastante superado y con ese ritmo frenético de trabajo muy pocas veces me daba tiempo a pensar en él. Aun así, seguía esperando un lo siento que jamás llegaría. E inevitablemente, cuando contaba la historia a quien fuera, aún me ponía triste e incluso me entraban ganas de llorar. Me había sentido tan engañada. Mi sorpresa con Hanna vino cuando nada más terminar de contarle la parte más trágica de aquella pesadilla, en vez de compadecerse de mí como todo el mundo hacía, rompió a reír en mi cara. Me señaló con el dedo y me gritó carcajeándose: «*Looser, looser!*».

—*Oh, my God, Moli, you are such a looser.* —Y vuelta a reír.

Al principio no supe muy bien cómo tomármelo, no la conocía de nada y se estaba riendo de mí a la cara. Pero su risa era tan contagiosa y su actitud tan sincera, tenía tanta razón en lo que decía... La situación era extremadamente tragicómica. Por primera vez, rompí a llorar de risa también. Me habían mentido durante meses, ni siquiera me había pedido perdón y encima yo había sido la psicóloga de la otra chalada que UNO: estaba mucho más buena que yo, y DOS: había vuelto con el gilipollas ese. Empecé a reírme a carcajadas también.

—Y encima me quedé en la calle, sin casa. Bua, ¡jaajajajaja!

—Y encima le regaló tu gorra. Ahhh, jajajaja, *looser!*

Por primera vez desde hacía muchos meses me harté de reír de mis penas con el gilipollas de Isma. Fue la mejor medicina que jamás me habían dado. La risa. Hanna y yo nos reímos durante horas. Nos convertimos en uña y carne desde aquel día. Era impresionante que mi Han siempre estuviera de buen humor. Eso es lo que más me gustaba de ella. Siempre, sin excepción, me partía de la risa con ella. Y no digo que las amigas que están siempre tristes no merezcan la pena. La virtud de Hanna era que sabía encontrar el modo de relativizar lo más trágico de la vida, usaba su sentido del humor para afrontarlo. «*Life is too short to be on a diet, Moli!*», y las dos nos hinchábamos a helado de Nutella, a palomitas, a crepes de chocolate o cualquier otro dulce que nos pusieran. Uno de los primeros días de nuestra amistad, me llamó llorando y haciendo burla de sí misma precisamente por su tristeza. Me encantaba su sarcasmo.

—Moli Guacamoli, tengo que contarte algo.

—*What happens, my Han?*

—*Oh, my God, I am such a looser! Do you remember the Boston guy? The love of my life?*

Hanna estaba deseando enamorarse. Representaba claramente el papel de Charlotte Johnson en *Sexo en Nueva York*, pero en una versión moderna y actual, del siglo XXI. Me decía siempre que había venido a Manhattan «*to fall in love*». Siempre hablaba de cómo sería su hombre perfecto. De lo que haría con él, de dónde vivirían e incluso tenía ya pensados los nombres de sus hijos.

—*Oh, my Moli, I wonder what my future husband is doing right now.*

El caso es que, antes de venir a Nueva York, Hanna se había bajado una aplicación a la BlackBerry. Se llamaba OK-Cupid, al parecer, podías hablar con chicos que estuvieran en tu misma ciudad. El objetivo era enamorarse *online* y tener citas a ciegas. Hanna había encontrado a un americano que vivía a caballo entre Nueva York y Boston. Era arqueólogo en el National Archaeological Museum de Boston y jugador de rugby para el equipo profesional de Nueva York. La primera semana de Hanna en la ciudad, quedaron para hacer picnic en Central Park. Se morrearon en el césped y el tal Thomas intentó ir a casa de Hanna con la maravillosa excusa de que empezaba a refrescar. Hanna era una romántica absoluta y se enfadaba conmigo cuando yo le explicaba que lo que quería el arqueólogo era inspeccionar bien las entrañas de su sujetador. Estábamos en polos opuestos en lo que al amor respecta. Yo en aquel momento odiaba al género masculino. Y me parecían todos una panda de penes desesperados en la ciudad. Es increíble cómo habían cambiado los tiempos desde la época de nuestros padres. No quería saber absolutamente nada de ellos.

El caso es que como no coló, le dijo a Hanna que la volvería a llamar en cuanto regresara a Nueva York. Como os podéis imaginar, nunca la llamó. Hanna refería su «nostalgia del romance que tuvo bajo el atardecer de Central Park». Exageraba la manera cursi de narrarlo y luego se partía de risa. Decía frases como «*Oh, my God, ¡era el hombre de mi vida!*». Y luego se echaba a reír. Hanna era un huracán de humor y sentimientos entremezclados. Aparte de ser una mujer superinteligente, hablaba inglés, español, chino y filipino. Había estudiado en The Kennedy School of Government, en Harvard y trabajaba en la ONU como delegada, cubriendo el Consejo de Seguridad de Medio Oriente y el Norte de África.

—Total, Moli, que me llamó ayer para decirme que tenía hoy un partido de rugby en las canchas del Battery Park. Que si quería que le fuese a buscar para después comer.

—*Ok, Hanna, and...*

—Pues, Moli Guacamoli, como es arqueólogo, el otro día fui a TJ Max y vi una sandwichera de Dora la Exploradora que podía hacer maquetas con los moldes de sándwiches con diferentes formas de animales. *Guess what?*

—*What?*

—¡Había un molde para hacer sándwiches con forma de dinosaurios! *Isn't it cute?*

—Hanna, dime que no le hiciste sándwiches de dinosaurios...

—Moli, ¡es arqueólogo! *Hello??? How cute!* Hice sándwiches de dinosaurios para todo el equipo de rugby.

—Oh, no, Hanna...

—*Yes.* —Se puso a llorar—. Además, para la ocasión, me había comprado un vestido precioso en Lord and Taylor. De flores naranjas y rojas. Moli, era el vestido de picnic más bonito que jamás hayas visto. Tenía vuelo hasta debajo de las rodillas. ¡Era tan ideal!

—*Hanna, you are a loser.* —Empecé a reírme y ella conmigo. No me podía creer que mi amiga fuera capaz de hacer estas cosas.

—Moli, justo cuando te pensabas que eras la más *loser* de todas, aquí estoy yo, llegando al picnic de sus compañeros de rugby con los sándwiches de Tiranosaurus Rex, *and guess what?*

—*What?* ¿Qué pasó, cómo reaccionó?

—¡Hizo como si no me conociese, Moli!

—*Oh, Hanna, how could he do that to you?*

Me fui corriendo a buscar a mi amiga al parque. Abrimos la cesta de mimbre y estuvimos comiéndonos los sándwiches de dinosaurios juntas. Hanna se manchaba la boca de mermelada y bromeaba con los dientes morados sobre su futuro marido fallido. Fingía que lloraba mientras se

comía los sándwiches y yo no podía evitar troncharme de la risa. Mi querida Hanna era un absoluto desastre para las citas. Lo sabía y le encantaba exagerarlo. Para colmo del disparate fue a juntarse con Julieta Mendoza, el punto opuesto totalmente a la personalidad romántica y soñadora de Hanna. Aún me río recordando cuando Julieta le contó a Hanna la historia del negro de la lavandería. Hanna era lo más cursi que había conocido en la vida. Y Juls, qué decir de mi Juls, según ella estaba viviendo todo lo que no había vivido en aquellos años en los que había sido la novia de Santiago Llorente. «Déjame vivir, que estoy en mi etapa de plenitud sexual», y Hanna se quedaba anonadada.

Un soleado sábado de octubre estaba yo por fin tranquila y sola en casa. Era el primer día libre que tenía desde el mes de junio. En América es totalmente normal trabajar los fines de semana. En Wang tenía diez días de vacaciones al año. Incluso sabiendo que trabajaba sin descanso todos los festivos. Una verdadera locura de país. Ese sábado libre me supo a caviar de Almas, de Beluga. Y lo digo en el sentido literal de la frase. Ese día disfruté de la mano de Frida Carmona de un desayuno a base de tostadas de pan fresco con una lata espectacular que se me derretía en la boca. Estaba sencillamente feliz de estar por fin en casa de relax. De haberme despertado a las once de la mañana. Sin resaca. Estaba encantada haciendo mi colada y comiéndome toda la nevera de nuestra querida Fri-fri que se había marchado a los Hamptons.

Era la fiesta de fin del verano, os podéis imaginar los nervios y el histerismo de nuestra querida amiga Carmona. Abrí la nevera pensando en el fabuloso almuerzo que me esperaba ese día. Frida tenía tres inmensas neveras separadas por baldas en las que ponía carteles con su maldita máquina Demo de hacer etiquetas. La señora Frida empleaba media hora al día etiquetando absolutamente toda la casa. Abrías un cajón de la cocina y lo tenías distribuido por: Cereales – Galletas y dulces – Panes y bollería – *Snacks kids* – *Snacks* adultos – *Others*.

Era increíble lo exageradamente maniática que podía ser Frida. La nevera estaba perfectamente ordenada por secciones. En una, las carnes y los quesos; en otra, las verduras y las frutas, y en la de más abajo, se encontraba el cartel que más me gustaba «*Babysitter's food*». Por supuesto, tanto Fernanda como Roxana y yo solo teníamos permitido tocar las cosas que había en esa pequeña y escasa sección: «Comida para las niñeras». Un desagradable apartado en el que reinaba el pan, acompañado con suerte de tomate, alguna que otra verdura y un poco de pavo. Por supuesto, nada que fuera medianamente apetecible. Frida hacía la compra *online* todas las semanas y nos preguntaba que si teníamos alguna petición especial para el menú de esos días. Recuerdo que, casualmente, los de la maldita compañía de comida Fresh Direct siempre se olvidaban de nuestro salmón, queso o cualquiera de las cosas que le pedíamos.

—¡Huy! ¿En serio no lo han traído? Vaya, qué faena, chicas. La semana que viene lo volvemos a pedir sin falta.

Pero nunca llegaba. Fri-fri nos trataba realmente mal. No entendía muy bien por qué nos odiaba, pero lo hacía a diario y sobre todo se cebaba con las otras chicas. A mí no me afectaba mucho, prácticamente no la veía y, cuando lo hacía, no era en mis horas de trabajo; negarme a pasear a *Lola* no me suponía un mal trago. *Lola* era una perra verdaderamente insoportable. Era una consentida, una perra muy mimada. Características que compartía con la mayoría de las personas de la familia Galbo. *Lola* te ladraba y se enfadaba si la mirabas mientras hacía sus necesidades. Era supermaniática para escoger el sitio. Había veces que tenías que pasearla horas hasta que se decidía. En mi contrato solo especificaba que debía pasearla en mis horas de trabajo, de siete a diez de la mañana. Estoy segura de que Frida se arrepintió mil veces de haber incluido esa cláusula. Su cara era un poema cada vez que no le hacía el favor de pasear a *Lola* a otras horas.

No le tenía ningún miedo a la dueña de la casa, pero evitaba contarle todos estos detalles a mis padres y a mi hermana. Lo de la cofia, por ejemplo. Sabía que ellos no lo permitirían, prefería evitarles el disgusto. Lo único que me consolaba era hacerle la puñeta a Frida de manera inocua. Por ejemplo, innumerables veces bajaba a medianoche a la balda prohibidísima de quesos y embutidos y me preparaba unos buenos sándwiches para el *lunch* de la mañana siguiente. A veces, incluso los escondía como podía debajo de mis almohadas para Roxana y Fernanda. No os podéis imaginar el placer que me producía comerme el jamón ibérico con etiqueta de «*Only Frida*». Era una sensación maravillosa. Con el tiempo, desgraciadamente, tuve que dejar de robar bocatas. Todas las culpas eran como siempre de nuestra querida y amable Roxana. Roxy era la más mayor de todas, por supuesto no tenía papeles y mantenía con el salario de Frida a tres hijos en Ecuador. Fernanda me cotilleaba que Frida había amenazado con despedirla mil veces si volvía a faltar algo de la nevera.

Fri-fri se había ido a los Hamptons muy enfadada conmigo ese fin de semana. Me pidió que fuera a ayudarla a organizar la gran fiesta de despedida, incluso me recordó que «había contactos de interés». Esta vez, los contactos me daban exactamente igual. También se sumaba a la causa que pasaba de encontrarme a Mercedes. Otra que se había puesto histérica el día que le dije que me largaba a Alexander Wang.

—¡Pero, bueno, Moli, qué me dices, justo ahora que íbamos a empezar a pagarte!

Increíble el egoísmo extremo de estas mujeres. Pero, en fin, tuve la suerte de aprender muy rápido cómo funciona todo en Estados Unidos. Te exprimen sin vergüenza hasta que te vas. Y si no les interesas, te largan a sangre fría sin ningún tipo de remordimiento. Ese sábado me daba todo igual.

Seguimos bailando y tomando chupitos de *cachaça* como si el mundo se fuese a acabar. No recuerdo muy bien el resto de la jornada. Pero sí que Juls me empezó a decir que, de vez en cuando, el *cowboy* me miraba. También me acuerdo de que, en una de las esperas de las interminables colas para ir al lavabo, se acercó a preguntarme algo. De cerca era todavía más impresionante de lo que me pareció en la barra. Después recuerdo bailar como loca con un sombrero de *cowboy*. Una conversación superextraña sobre sirenas y otros monstruos marinos que habitan en los océanos. Esas imágenes permanecían medio borrosas en mi cabeza. Una imagen del *cowboy* tocando la guitarra en un impresionante *loft* lleno de fotos de animales. De repente, me empecé a encontrar muy mal entre flashazos de diversión, besos apasionados, risas y bailes. Me desperté con náuseas en medio de una salón gigantesco. Busqué como pude el baño en una de las puertas. E inicié esa desastrosa y típica escena de deshidratación que todo el mundo ha pasado alguna vez. Me encontraba realmente débil. Me lavé la cara y utilicé su cepillo de dientes. Me hice a la idea, poco a poco, de que estaba en casa del buenorro americano. Después de secar el cepillo con la toalla para que no se diera cuenta, salí al maravilloso *loft*. Los techos eran altísimos, tenía una cama gigantesca pegada a la pared y un montón de cuadros de osos polares, diferentes monos y pájaros de colores. Él estaba durmiendo plácidamente sin camiseta entre unas preciosas sábanas blancas. Dormía boca arriba, con un brazo por encima de la cabeza que le marcaba aún más unos increíbles abdominales. Tenía el cabello rubio despeinado. ¡En mi vida me había visto en una así! Este chico era exageradamente guapo. Me tumbé a su lado pensando en el pibón con el que acababa de pasar la noche. Me sentía como en un anuncio de Calvin Klein, claro que yo llevaba unas bragas espantosas moradas y encima las uñas de las manos pintadas de dos colores, algunas sin rematar. ¡Qué desastre! Qué más daba... Había ligado con el doble de Brad Pitt. Y probablemente jamás le volvería a ver. Bienvenidos al siglo

xxi donde esto solo pasa una vez en la vida. Me puse a mí misma un buen pin del Rayo Vallecano y, seguidamente, me quedé dormida.

Me desperté rodeada por ese abrazo de anuncio. El *cowboy* me besaba la cara y me ceñía contra su pecho. Me costaba creer que me hubiera elegido a mí. Me pregunté qué habría pasado con la chica que le acompañaba. Empezaron a entrarme algunas dudas e inseguridades. Comprobé que tenía las piernas depiladas y me tranquilicé. Él sintió que me había despertado, me besó de nuevo y me arrulló con más fuerza. Llevaba meses sin sentir esa maravillosa sensación. Me volví a quedar dormida. Después me desperté por un intenso olor a café. Él seguía durmiendo abrazado, rodeándome con sus piernas. Yo me encontraba otra vez fatal y sentí que tenía que vomitar aquel café que ni siquiera había bebido.

Empecé a agobiarme un poco. Y para colmo, no me acordaba ni de cómo empezaron los besos. Lo que sí recordaba es que mi borrachera era tal que utilicé esa perfecta e infalible excusa para no hacer nada íntimo con él. De pronto me agobió la idea de su despertar del todo, de las conversaciones forzadas que tendríamos. Como es lógico, el chico intentaría que nos acostáramos. Ahora ya no tenía la excusa de estar borracha. No me apetecía absolutamente nada. Además, desde el palo que me había llevado con Isma, andaba inmersa en una etapa de mi vida asexual. A veces hasta llegué a asustarme pensando que ya nunca jamás tendría ganas. Me había llegado a sentir tan sucia por culpa de Isma. Entré en barrena. Me levanté sigilosamente, recogí mis cosas y me largué sin más.

Antes de cerrar la puerta con mis botas aún sujetas en la mano, colgué mi sombrero burdeos en un perchero de la entrada. Tenía que tener un plan B para volver a ver a este chico tan guapísimo. Colgando el sombrero me vino un flashazo de cómo nos lo intercambiábamos bailando al son de los bongós. Empecé a recordar momentos divertidos de la noche. La verdad es que el chico había sido monísimo conmigo. Ni siquiera sabía su nombre. Volví a observarle una última vez antes de cerrar la puerta. ¡Era tan guapo! Cerré la puerta e, instantáneamente, pensé para qué había dejado el puñetero sombrero dentro. ¡Era uno de mis favoritos! *Whatever!* Me calcé en el descansillo y salí a la calle.

La primera ráfaga de frío me quitó las ganas de vomitar de golpe. La segunda, me puso los pelos de punta; y la tercera, me hizo empezar a correr desesperadamente hacia el calor del metro. Como no podía aguantar el frío, me metí en un taxi. Comprobé con alivio que tenía mi cartera. También estaban las llaves y el maquillaje dentro del bolso. ¡Gracias a Dios! Después llamé a Juls. Tardó menos de tres segundos en contestar el teléfono.

—¿Dime que no has dormido con semejante pibón?

—Tía, Juls, no me acuerdo de nada.

—Ayer me mandaste un mensaje a las tres y media de la mañana que ponía explícitamente: «He pillado». —Soltamos la primera carcajada—. Tía, espero que durmieras con él, virgencita mía. También espero que hicieras algo más que dormir. Un poco de ejercicio por lo menos. Ya sabes que sexo con amor es magia, pero si no...

—No seas plasta con eso, Juls. Y no, hija, no. No te emociones, ya me conoces.

—Pero escucha, ¿qué has hecho hasta estas horas de la mañana? Yo me fui de Miss Favela a las ocho y media p. m. ¿Adónde fuisteis?

—¡Ay, Juls! No me acuerdo de nada. —Risas otra vez.

—Bueno, venga, ¿dónde estás? ¡Te invito a comer! ¿Tú sabes lo bueno que estaba? ¡Esto tenemos que celebrarlo, invita la Merche! ¿Dónde estás?

—Pues en Brooklyn, creo, estoy totalmente desubicada, Juls. No me acuerdo de nada...

—Quedamos en Bread en dos horas. Ya he escrito a Hanna y me ha dicho que no se lo pierde.

—Vale, genial. Espera, cuéntame, ¿qué pasó, cómo fue? No recuerdo ¡NADA!

—Moli, el tío no pudo ser más ideal. Se fijó en ti desde el principio de la noche. Bailó contigo todo el tiempo. Estabais superdivertidos bailando juntos. ¡Os saqué mil quinientas fotos riendo con vuestros sombreros! Ahora te las mando por WhatsApp.

—¿Qué dices, ¿en serio?

—Tú, encima, no hacías más que invitarnos a chupitos a todos. Otra ronda, otra ronda, y él iba detrás de ti pagándolo todo. Hasta me pagó dos cervezas a mí. No es broma, debió de invitarnos a todos como a seis rondas.

—Ostras, Juls, no me acuerdo de nada. ¿Qué otros?

—Llegaron unos franceses también. ¿Amigos tuyos, dijiste?

—¡Pero qué dices, Juls, no conozco a ningún francés!

Después de varios minutos de incontrolables carcajadas, colgué el teléfono y empecé a leer mensajes en mi móvil.

6465428897. *Hey, Moli. It was nice to meet you.*

Primer número desconocido.

2123789989. *Haha, you owed me a dinner. Thomas.*

6468743220. *Great and fun night, Moli. Maxime.*

No me acordaba absolutamente de nada y menos de haber conocido a ningún Maxime ni a ningún Thomas. Decidí guardar los mensajes para enseñárselos a Hanna y a Juls en nuestro típico *brunch* (*breakfast + lunch*). Bread es un restaurante del Soho de Manhattan. Está escondido en Spring Street, es una mezcla de comida de estilo italiano con un toque francés. El sitio está muy bien decorado. Es famoso por sus bocadillos de sardinas. Suena asqueroso, lo sé. Pero de verdad son deliciosos. La decoración de los diferentes salones tiene su encanto particular, como casi todos los sitios de Nueva York. Velas en las mesas, librerías con objetos antiguos, como tocadiscos y libros viejos. A nosotras nos encantaba ir allí. Llegué a casa por fin. Solo pensaba en pegarme una ducha rápida y salir corriendo a reírme con mis amigas. Tenía que recogerlo todo antes de que Frida llegara el lunes temprano. Abrí la puerta sigilosamente. Me tranquilicé viendo mi desorden en la cocina. Eso significaba que Frida no estaba. Menos mal. Subí los tres pisos hasta mi habitación. ¡Qué contenta estaba! Entoné esa patética canción que tanto se escuchaba en la radio. El *Single Ladies*, de Beyoncé. «*Put a ring on me, oh oh oh, oh oh oh*». Me quité la camisa mientras canturreaba y, justo cuando me giré, me pegué el susto de mi vida. Estaba la psicópata de Frida sentada en mi cama. Me observaba sin decir nada. Hasta que la miré y me tapé con la camisa. Grité un «¡Joder, qué susto!» como acto reflejo.

—Buenos días, Marina.

—¡Ay, Frida, qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Es mi casa, Marina! —Me quedé mirándola con cara de sorpresa mientras me hacía a la idea de lo que estaba pasando. Ella continuó hablando en un tono frío y paranoico, el que siempre utilizaba cuando nos regañaba—. Hija, Marina, supongo que ya que no tienes respeto por las habitaciones de la casa, todos podemos permitirnos hacer lo mismo, ¿no?

—Perdona, Frida, ayer solamente estaba buscando si tenías acetona para prestarme. Pero de verdad que nunca entro, ha sido una coincidencia. Y yo...

—Mira, Marina, te voy a dar una lección de vida —me interrumpió, elevando la voz—. Como

ya sabes, he sido mucho tiempo abogada. Entiendo muy bien el comportamiento humano. Y ¿sabes qué? Cuando mis clientes empiezan a contarme historias largas sin yo preguntar, significa que se están excusando. ¿Lo entiendes?

—Perdona, Frida, no sé muy bien a qué te refieres.

—Me refiero a que son culpables, Marina. Que no están diciendo la verdad.

—Ah. —Para mi sorpresa, la inestabilidad mental de Frida no parecía tener límites.

—¿Cómo que ah?

—Bueno, pues que me parece estupendo que tus clientes sean culpables, Frida. ¿Qué quieres que te diga? Te diga lo que te diga, te vas a enfadar.

—Marina, no soporto lo contestona que eres. —Me quedé callada ante tal chaladura—. En fin, da igual, no pienso discutir contigo.

—Yo tampoco quiero discutir, Frida.

—Ya sabes que una vez al mes te pedimos que cuides a los niños una noche. Te has leído muy bien las cláusulas del contrato y nunca paseas a *Lola*. Espero que también seas consciente de esa otra parte.

—Sí, las he leído bien.

—De acuerdo. Pues esa noche va a ser hoy. Tienes que ir a buscar a los niños a las tres al cine. Están con Mitch viendo algo en el Movie Theatre de Union Square. Yo me voy a reunir ahora con ellos mientras tú dejas la casa impecable. Es decir, como estaba antes de que te dejáramos sola.

—De acuerdo, Frida.

—Después tendrás que dar de cenar a los niños, Mitch y yo vamos al teatro. Ya volveremos.

Ojalá me hubiera atrevido a decirle que ya había quedado. O también le podía haber comentado que esa maldita cláusula decía que me tenían que haber avisado del día con una semana de antelación. O directamente que aquel contrato era totalmente ilegal. Sin embargo, cancelé mi *brunch* con Hanna y Juls. Recogí mi *laundry*, fregué los platos y me fui a buscar a los niños al cine. Era inevitable sentirme imbécil en casa de aquella señora. Me imaginaba a mi madre si algún día llegara a enterarse de cómo nos trataba. De cómo nos obligaba a ponernos el uniforme y la cofia entre otras cosas. Abochornándonos. Yo aguantaba porque quería con todas mis fuerzas estar en Nueva York. Aun así, fueron muchos los días que Frida Carmona me hizo llorar. Incluso un día me obligó a enseñarle todos los cajones de mi ropa para demostrarle que no tenía ninguna joya suya. Cada quince días sospechaba que le desaparecía algo y nos registraba. Estaba absolutamente mal de la cabeza. Algunos días, los moratones de sus piernas y a veces de sus brazos eran más que evidentes. No sabía muy bien qué escondía, pero aquella mujer tenía un secreto oscuro. Un secreto que estaba a punto de desvelar.

Esa semana, por supuesto, nunca llegó la comida que yo había pedido. También me descontó dinero de mi salario semanal por la comida ajena que había consumido. Gracias a Dios, no se dio cuenta de las latas de caviar. Con el tiempo, conseguí que Roxana empezara a contarme algunas cosas. Le tenía muchísimo miedo a Frida. Jamás le contestaba como yo. Jamás era capaz de decir nada cuando le gritaba. Amenazaba con despedirla constantemente y Roxana se subía a su cuarto asustadísima. Era una señora buenísima, bastante mayor que Frida. Le cogí mucho cariño, de vez en cuando compartía con ella mis manjares españoles. Aquellos que me acercaban a mi añorado Madrid. Me recorría unas veintitrés manzanas hasta el Soho. Me acercaba entonces a la famosa tienda de productos nacionales llamada De España. Allí compraba jamón ibérico y diferentes tipos de quesos. Luego los compartía a escondidas con Roxana. Muchas veces en el cuarto de Fernanda. Allí Roxana me contó que Frida había tenido siempre muy mala suerte con las niñas.

—No te imaginas, Moli, hija. Tuvo una niñera gringuita. Era jovencita como tú. Debía de tener unos veintitrés años. La niña era de un barrio de Nueva Jersey. Frida la dejó vivir con nosotros y la chica, *nomasito*, rompía todas las normas. A menudo la señora la pillaba fumando en el cuarto. Marihuana y otras cosas, creo. Incluso una vez la sorprendió con un hombre en la cama. No sabes los gritos que pegó la señora. Ella antes no andaba siempre tan malhumorada y de cuando en cuando era muy *nice* con nosotras. Incluso nos regalaba cosas por Navidad. Todo cambió cuando despidieron a la gringa. Lauren se llamaba.

Fernanda se ponía muy nerviosa cuando Roxana hablaba demasiado. La regañaba, le decía que era muy chismosa. Yo le pedía que continuara. Fernanda se incomodaba mucho cuando hablábamos de la señora Frida en casa. La verdad, la delgaducha y honorable Fer era la más esclava de todas. También le cogí muchísimo cariño. Ambas se morían de risa cuando les soltaba improperios del tipo: «Yo me cago en Fri-fri si hace falta». Era de las pocas veces que las veía sonreír.

—El caso es que Lauren, la chiquita de Nueva Jersey, no imaginas, *güey*, la loquita le robó una chequera a Frida. Se escribía cheques de diferentes cantidades. Y luego iba al banco y los cobraba. Claro, *güey*. Con esto de la banca de inversión, la señora tiene diferentes cuentas. Es tan rica que ni se entera. Lauren se hacía cheques de quinientos cincuenta dólares una semana, la siguiente de cuatrocientos. Bueno, pues Anna y Jenny, en los Hamptons, me contaron que se hizo uno de dos mil. Estuvo seis meses cobrando cheques cada semana.

—Continúa, Roxana, por favor.

—Pues claro, cuando ella trabajaba aquí, Gabita tenía apenas un año. Y Nico ni siquiera había nacido. Pero claro, el tiempo pasó rápido, *güey*, y Gabita empezó a caminar y pronto comenzó a hablar. Un día fueron a una joyería en los Hamptons la señora con los niños. Nico, recién nacido. Gabita se fue directa hacia una cesta que tenían llena de caramelos, les pidió a las dependientas que le dieran uno. Y claro, *güey*, a la señora le sorprendió mucho que Gabita supiera dónde estaban los caramelos. Y que las dependientas la conocieran. Apenas acababa de empezar a caminar. Y ella nunca la había llevado allí. Entonces la dependienta le contó a la señora que Gabita siempre venía a la joyería con la niñera a comprar joyas para «la mamá de Gabita».

—Y, *güey*, cuando chequeó las cuentas, ni te imaginas el desmadre cabrón. La gringa había gastado millones en joyas. Se iba con la tarjeta de crédito de la señora y gastaba en mil cosas. Al parecer, fueron a juicio y todo. Hasta creo que la *güerita* acabó en la cárcel. Ella era así, *güerita* como tú. Con ojos verdes. Tenía buena pinta la niña, pero ya ves...

Empecé a entender, gracias a Roxana, el comportamiento psicótico de Frida. Me alivió saber que tenía una razón «justificada» por la que odiarme. En cierto modo, le debería de recordar a la ladronzuela que tuvo viviendo en su casa. En ese momento, hasta me compadecí de ella. No por el dinero robado, sino por los niños. Había estado sola con Gabita millones de veces. Le podía haber pasado cualquier cosa a la niña. Aun así, esos moratones en las piernas no tendrían nada que ver. Aquella semana incluso percibí entre sus rodillas algunas marcas y cicatrices de formas no convencionales.

Los días pasaron lentos en Nueva York, sin más emociones que las causadas por el cine, el teatro o algunas de las risas que compartía con Hanna y Juls. Una heladora noche de enero, Frida me pidió que fuese a echar una mano a Mallory Mayer con sus hijos. Me alivió mucho pensar en trabajar de niñera para esa mujer comprensiva y cercana. Me acordé de cómo me cuidó en los Hamptons cuando me moría del dolor de muela. Y me animó pensar que vería a aquel precioso bebé. La casa de Mallory estaba situada en el barrio de Tribeca, muy cerquita del teatro donde se celebra el Tribeca Movie Festival. Mallory me recibió con una enorme sonrisa y me explicó

cómo encender la tele y dónde estaban las cosas en la nevera. Era completamente diferente a Frida. Andaba siempre descalza, corría de un lado para otro y era bastante desastre en general.

—Tú coge lo que quieras de la nevera, Marina. Y, si puedes, procura que los niños no vean mucho la tele. Si se portan muy mal, déjales que pongan una peli y sírvete una copa de vino. A veces es necesario, lo sé. —Me guiñó un ojo y me enseñó dónde tenía la bodega.

Mallory era de las personas que mejor me hacían sentir en Nueva York. Como toda familia bien posicionada en Manhattan, ella también tenía una niñera interna, se llamaba Chimi. Era de origen pakistaní, la habían operado recientemente del codo y debía tener inmovilizado el brazo derecho en los siguientes ocho meses. Mallory le seguía pagando y la dejaba vivir en casa. Chimi cocinaba como podía y seguía yendo a buscar a los niños al cole. Pero estaba exhausta y no jugaba mucho con ellos. Gracias a aquello, poco a poco empecé a trabajar muchas noches entre semana con Mallory. Me encantaba cuidar a sus hijos. Eran tres varones a cual más guapo. Ojos azules, pelo rubio platino, denotaba el origen californiano, de Newport Beach, de Mallory. Se llamaban Henry, William y el pequeño Sam. Henry y Will tenían siete y nueve años. Les fascinaban todos los deportes. Jugaban al fútbol americano, al beisbol, a *soccer* y, los fines de semana, a hockey sobre hielo. Me encantaba pasar tiempo con ellos. Eran tan inocentes, tan buenos. Mallory les tenía muy bien educados y, aunque eran muy traviesos y se peleaban entre ellos todos los días, jamás perdían el respeto a Chimi. Jamás se quejaban por no tener un iPad o cualquier juego de la Play Station, no estaban consentidos en absoluto.

A menudo jugábamos a dibujar animales. Veíamos documentales sobre tiburones, cocodrilos y serpientes; esos niños hacían que me olvidara de mi desastrosa y aburrida rutina de Nueva York. Frida se ponía de los nervios al ver que trabajaba cada vez más en casa de May.

—¿Cómo has llamado a Mallory Mayer, Marina?

—May, Frida, la he llamado May. Es un mote que me ha dicho que utilizan con cariño las personas cercanas. Las que no sienten la necesidad de utilizar su «*last name*». *You know...*

Y a Fri-fri le hervía la sangre con mis contestaciones. Y yo disfrutaba mucho cuando intentaba pedirme como fuera que trabajara más horas para ellos. Se volvía loca cada vez que yo me negaba y entonces recurría a recordarme mis condiciones contractuales. Tanto es así, que un día de febrero que me negué pasear a *Lola* a las once de la noche con menos ocho grados, gritándome a la desesperada, me echó de su casa. Fue un alivio más que otra cosa. En ese momento, me sentí sola y muy desamparada. Pero no era la primera vez que me pasaba. Y como mi madre siempre decía, es la mejor forma de madurar, a bofetadas. A lo mejor solo se madura así, a golpes. Y cuántos más me esperaban... Porque, como todo el mundo sabe, la vida va por rachas. Y todo esto fue el principio de una racha muy apasionante, pero mala. Muy, muy mala.

Por supuesto, tuve a Juls que me acogió enseguida y secó mis lágrimas de cocodrilo con sus risas diarias. Pero esta vez yo ya estaba curada de espantos. Me había quedado en la maldita calle en la ciudad más cara del mundo otra vez. Pero, por lo menos, no tenía roto el corazón, eso era lo único que me aliviaba. Eso sí que fue desagradable. Así que, como no quería vivir de mi pobre amiga otra vez, le dije que pagaríamos el alquiler a medias hasta que encontráramos algo más barato. Juls pagaba por esa habitación minúscula a la que se había mudado recientemente mil seiscientos dólares. Así que, desgraciadamente para mí, no pude dejar mi trabajo con Frida. Ella me había echado de su casa porque le «ponía muy nerviosa mi actitud contestona». Pero me había ofrecido seguir trabajando de seis y media a diez y media de la mañana. Fue una época horrible. Me despertaba a las cinco y media agotada, trabajaba con Frida, continuaba mi trabajo en Wang y a la salida, muchos días, me iba directa a hacer más horas de trabajo con Mallory. Aparte de pagar el alquiler, las comidas, el metro, etc., tenía que ahorrar un poco para poder

pagar las inmensas fianzas que nos pedían todos los apartamentos que buscaba con Juls. Cualquier casa en Manhattan de una sola habitación valía alrededor de los dos mil dólares. Te pedían un contrato de un año y un *broker fee* de unos tres mil o cuatro mil dólares. Esa es la cruda realidad de la búsqueda de un piso en Manhattan. Juls y yo estábamos realmente desesperadas y no encontrábamos absolutamente nada decente.

May sabía por lo que estaba pasando y se ocupaba de asegurarse de que comiese lentejas y cosas ricas en hierro. Esas cosas que solo hacen las madres. Muchas veces me decía que podía quedarme a dormir en el cuarto de invitados. De hecho, siempre me ofrecía descansar en su cuarto, en cuanto pusiera a dormir a los niños. Era difícil mantener los ojos abiertos mientras leía cuentos a Sam. Casi siempre me encontraba la pobre May durmiendo entre peluches, cuentos y sujetando la mano de mi pequeño. No puedo ni describir cuánto quería a ese niño. Y cuánto me quería él. Sus abrazos, siempre que me veía entrar por la puerta, eran lo mejor del día. Algunas veces que lloraba por el cansancio, Sam me abrazaba y ponía su cabecita en mi pecho. Después me ofrecía su chupete. No hay calor humano más gratificante que el que te ofrece el corazón sincero de un niño. Los niños son la verdadera cara de la honestidad. Sam era la cosa más tierna del universo.

Un día estaba con Samy en Battery Park. Estábamos viendo el atardecer mientras dábamos de comer gusanitos a las gaviotas con un cielo naranja y un sol tímido y sin fuerza que se escondía detrás de aquellos altos edificios de Nueva Jersey, donde muere el atardecer cada día desde Manhattan. Amaneceres de Brooklyn versus los atardeceres de Nueva Jersey. Como decía mi querida Hanna, *New Jersey is the place where New York dreams come to die*. Hacía días que no veía a Hanna. Sam estaba embutido en un abrigo, bufanda, gorro y manoplas. Se movía como podía sonriendo detrás de las palomas. Era realmente gracioso verle caminar así. Los árboles estaban desnudos y muy poca gente corría alrededor del río. Un ambiente completamente opuesto a los que había visto durante la primavera y el verano pasados, donde observaba los atardeceres tumbada leyendo y rodeada por los brazos de Isma. En esas épocas, el río se llenaba de gente en bicicletas, monopatines y ropa de gimnasio. Las vistas son preciosas y la vegetación de diferentes colores. Naranjas, rojos y marrones comienzan a cubrir los parques en septiembre. Verdes, amarillos y rosas se intercalan entre diferentes flores y pájaros en los meses de mayo y junio.

Ese día, los árboles tenían un aspecto bastante tétrico, no había un alma en la calle, hacía mucho frío. Se acercaba a nosotros el único hombre que corría junto al río. Se podía ver el vapor que emitía su respiración a lo lejos. Se acercó poco a poco y noté que pasaba por detrás de nosotros despacito, como observándonos. Agarré a Sam en brazos sintiendo que su actitud era algo extraña y cuando me giré, me dio un vuelco al corazón. ¡Era el guapísimo *cowboy*! ¿Cómo era posible? ¿Cuántas veces había pensado en sus brazos y en sus besos? ¿Cuántas veces me había arrepentido de haberme ido de esa casa tan repentinamente? ¿Cuántas veces se había reído Juls de mí por dejar mi sombrero? Por lo menos, con tantas capas de ropa, no se me notaría tanto que había engordado. Eso me tranquilizó por un momento, no se me veía tan horrorosa. Se acercó intentando contener su intensa respiración. Echaba mucho vapor por la boca y estaba rojo como un tomate. Apoyó sus manos en las rodillas mientras se recuperaba y luego me miró. Incluso en ropa de deporte y llevando ese gorro espantoso, era muy atractivo. Entonces me habló en español con un acento americano irresistible.

—¿No me puedo creer que seas tú, Marina! —Sostuve a Sam entre mis brazos mientras se acercaba.

—Hola. —¿Hola? Muy ocurrente, Moli, como siempre, pero es que no me acordaba ni de

cómo se llamaba.

—Marina, te he llamado mil veces. ¿Cómo estás? —Se acercó y me dio un abrazo. Le hizo una carantoña a Sam. Tenía una preciosa sonrisa que resaltaba contra esos ojos azules.

—No he recibido ninguna llamada.

—Espera, ¿es este tu número?

Hablamos durante tres minutos tensos e interrumpidos por los llantos del pequeño Sam. Cuando me preguntó que si era mi hijo, le expliqué que trabajaba de niñera de vez en cuando. Él sonrió y me recordó algunos momentos de la noche. Repitió varias veces que se lo pasó fenomenal. Y me preguntó de manera un poco tímida por qué me había escapado de esa manera. Yo me reía nerviosa sin contestarle. Me dijo un par de frases como: «La próxima vez, no te escaparás». Eso me puso aún más nerviosa, pero le di mi número de teléfono. Al parecer, con la borrachera, le había dado una mezcla de mi número de Madrid en combinación con el de Julieta. Tampoco me sorprendió, iba literalmente etílica. Pocas noches tan borrosas he tenido en mi vida. Él me volvió a dar un abrazo muy sentido. Me agarró la mano, me miró a los ojos y me dijo: «Volveremos a vernos, Marina. Tienes un gran corazón».

Después me dio un beso en la mejilla y se marchó corriendo. No tenía ni idea de lo que significaba eso, lo del corazón digo, pero era tan guapo que me daba exactamente igual. Si tenía que hablar de cursiladas del corazón, lo haría. Quería volver a verme, eso era lo que importaba. Hubiéramos podido cruzarnos por ahí sin vernos, en Times Square rodeados de gente, mirando hacia otro lado, distraídos... O podíamos haber pasado a diferentes horas por el mismo lugar o no haber pasado nunca. Tuvo que haber un algo, un mandato divino, una casualidad inevitable, para que ese día sombrío coincidiéramos en ese mismo lugar, al mismo tiempo, a la misma hora. Una señal del destino. Un destino que acababa de comenzar.

XX

GET ME DRUNK AND ASK ME ABOUT NEW YORK

A las pocas semanas, Juls y yo encontramos una casa un poco extraña. Habíamos visto un anuncio en Craigslist. El apartamento estaba situado en Broadway con Canal Street, a dos minutos caminando de las oficinas de Alexander Wang. Era una casa gigantesca que tenía doce cuartos y tres inmensos salones. La decoración molaba mucho, cuadros de colores, muebles de diseño, espejos por todas partes. Y la mejor parte es que todas las inquilinas de la casa tenían nuestra edad. Desde los veinte a los treinta años. El dueño se llamaba Edward Bass, era un productor de cine de unos cincuenta años, con una pinta bastante desagradable. Solo alquilaba los cuartos a mujeres, a mujeres no, a jovencitas. En ese momento no me pareció siquiera extraño. Además, el tal Edward nos hablaba de las películas que había rodado con gente famosa. Tenía fotos en las paredes con actrices de la talla de Renée Zellweger o Angelina Jolie, entre otras. Eso nos tranquilizaba a Juls y a mí, no pensábamos que alguien famoso sería un depravado como todos nuestros amigos nos advertían. Mallory se asustó un poco cuando le conté que me mudaba.

Juls y yo empezamos a vivir allí pagando a principios de cada mes mil quinientos dólares en efectivo por un cuarto, que compartíamos, bastante pequeño y sin ventanas. Lo más triste es que nos parecía un chollo. El ambiente del piso era muy divertido. Por las noches nos reuníamos en los salones quince chicas de diferentes nacionalidades. Australia, Jamaica, Rusia, incluso un par de chicas de Japón. Había una francesa y dos italianas. Todas mis *roomates* eran muy guapas. Había una brasileña que era modelo profesional. Se llamaba Ellen Capri, era la que menos pagaba de todas, mil doscientos dólares por el cuarto más pequeño de la casa. Ellen me contó que el apartamento era una residencia de chicas, solamente para modelos, actrices y artistas. Por eso Edward nunca alquilaba los cuartos a chicas gorditas. Porque tenías que ser artista. Y por eso también teníamos terminantemente prohibida la entrada a varones. No era muy inteligente la pobre Ellen, pero yo me llevaba bien con ella, además, vivía en la habitación contigua.

Pronto empezaron a correr rumores de que Edward había ofrecido a las rusas pagar el alquiler de otro modo. Que no hacía falta dinero para saldar las deudas. Los rumores se extendieron tan rápido como la espuma. Y llevaron a peleas entre las chicas que Juls me contaba emocionada cuando yo llegaba a casa de mis eternas jornadas de trabajo. Incluso una de las francesas se había liado a bofetones con la polaca, al grito de «¡Maldita fulana!». Como nunca estaba en casa, me mantenía al margen y me hacía mucha gracia la manera que Juls tenía de contarme todos los chismorreos. Vivíamos inmersas en un *reality show* americano. Una especie de *Gran Hermano* femenino. Era una verdadera chaladura. Y aunque yo llegaba soñando con mi cama, al final, siempre me quedaba hablando durante horas con las chicas.

Pronto llegó Semana Santa y Edward nos anunció que se iría dos semanas a Los Ángeles por motivos de trabajo. Las fiestas que se armaron en esa casa no las olvidaré jamás. Hubo un día que debíamos ser literalmente ciento sesenta personas en casa. Juls y yo instalamos un pestillo en nuestro cuarto. Fue divertidísimo. Eso sí, en mi vida había visto tantas drogas y tanto jolgorio sexual. Juls me animó a invitar a mi *cowboy* a una de las fiestas. Peter, al que yo llamaba Pedro con cariño, me había invitado un sábado de febrero a comer y después al cine. Yo le contesté que trabajaba hasta la noche y nunca volvió a contestar. Se me ahogaron en vinos y vodka barato las ilusiones de tener una historia bonita con Peter. Aun así, Juls insistía en que le escribiera muy a menudo. «Juls, yo tengo mi orgullo, ¿sabes?». Me molestaba mucho que no me hubiera

contestado a mi propuesta de quedar otro día, ante la imposibilidad de su propuesta y nuestro mágico encuentro. Total, que me decidí a escribirle. Peter me dijo que aparecería en la fiesta sobre las ocho p. m. Yo me arreglé muchísimo. Cuando una mujer lleva los labios pintados de rojo, créeme, significa algo. Entonces pasaron las ocho, las nueve, las diez. Y tras más de cuatro *gin-tonics* acompañados de chupitos del famoso Jaggermeister y del cansancio acumulado, me metí en la cama. Estaba agotada.

Justo cuando iba a cerrar los ojos, aporreó la puerta mi incansable Juls. Juls era, sin duda alguna, la típica amiga pesada que jamás te deja irte a casa. Intenté hacer caso omiso para ver si desistía, pero ella seguía tocando. Caminé en pijama, adormilada, abrí la puerta y me quedé de piedra al comprobar que, de pie, parado delante de mí con su preciosa sonrisa, estaba el *cowboy* americano.

—Hola, guapa. He traído dos mojitos. ¿Puedo pasar?

Nunca olvidaré lo guapísimo que era. Gracias a Dios, con el cansancio, ni me había desmaquillado. Llevaba un pijama cortito que me compré para Isma, bastante decente. Le dejé pasar y se sentó conmigo en la cama.

—Me gusta tu pijama. —Y así empezó la que sería una conversación de más de seis horas.

Una conversación que duró hasta las mil de la mañana y que solo se paraba cuando salíamos del cuarto a buscar un último mojito. En una de las salidas, nos dimos cuenta de que la fiesta había terminado. Tuvimos que esquivar a gente que dormía en los sofás o por el suelo con cojines como almohadas. Peter tenía treinta y dos años, era de Arizona y trabajaba como productor de documentales para el National Geographic. Me contó cosas realmente interesantes. Se dedicaba a viajar a diferentes partes del mundo. A cada cual más exótica y apasionante. Estaba siempre en contacto pleno con la naturaleza. Llevaba años conviviendo solo con animales. El último documental que había rodado había sido en la Antártida. Un estudio sobre el comportamiento de los osos polares.

A Peter le encantó que me gustaran los animales. A él también le fascinaban los elefantes, los tigres y los tiburones blancos. Me prometía todo el tiempo que me llevaría a hacer buceo a isla del Coco. Es una isla de Costa Rica, un paraje natural indescriptible para el buceo. Me contó que puedes ver manadas de cientos de tiburones martillo. Millones de manta-rayas nadando juntas. Me encanta bucear y le conté que también vi tiburones en Cuba con mi hermana. El tiempo voló entre conversaciones de animales y besos apasionados que acompañábamos de intensos y sentidos abrazos.

La semana empezó con el doble de cansancio de lo normal. Las fiestas del finde se habían sumado a mi agotamiento acumulado y realmente me encontraba fatal. Aun así, acordarme de los momentos con Peter, de las risas en la fiesta y de los desfiles me mantenía con vida y, de un modo u otro, aunque estuviera tremendamente cansada, era muy feliz. Esa continua y extraña sensación que tiene la gente en Nueva York. El martes por la mañana retrasé la alarma lo máximo que pude y llegué a casa de Frida rozando las siete. Es decir, media hora más tarde de mi horario de entrada. A pesar de todo, me esforcé en vestir a los niños rápidamente, en convencerles para que ese día desayunaran cruasanes y en asegurarme de que no llegaban tarde al colegio. Al volver a casa, Frida ya no estaba. Siempre se iba al gimnasio para que yo pudiera recoger los cuartos en su ausencia. Llevaba días dejándome tres o cuatro bragas tiradas en el suelo con la única intención de humillarme recogiendo las. Dime tú qué narices le costaba a la señora meterlas en el cesto de la ropa sucia. Yo no había tenido tiempo de ducharme con las prisas. Recogí todo rápidamente y salté a la ducha de aquel cuarto de aviones en el que había vivido tantos meses. Estaba justo aplicándome el champú cuando oí que alguien aporreaba la

puerta como una verdadera loca.

—¡Sal de ahí! Te he pillado.

Más golpes en la puerta. El corazón me iba a mil. Salí en un segundo tapándome con la toalla como pude. Me encontré a una Frida más alterada de lo normal. Me gritaba con los ojos inyectados en sangre y con más ira que nunca. En uno de sus gestos bruscos, pude notar que tenía moratones también el cuello.

—¿Pero qué hacías ahí? ¡Drogarte! ¡Te he pillado, insensata! ¡Te he pillado!

Intenté explicarme, pero me gritaba de tal manera que solo pude llorar mientras me chillaba. Después me vestí empapada entre hipos y sollozos. Frida seguía gritándome completamente fuera de sí, dando golpes en el baño. «Y se lo pienso decir a Mallory Mayer, que lo sepas. Le pienso decir que te he pillado. Y también se lo pienso decir a tus jefas de Wang. ¿Qué crees? ¿Que allí no tengo contactos? Claro que los tengo, Marina, listilla. ¡No sé qué te habías pensado!».

* * *

—Dime, Marina, ¿de qué necesitas hablar?

—Quería hablarte de... —Y empecé a llorar desconsoladamente sin poder decir absolutamente nada de lo planeado.

—Pero bueno, quitando este arrebato infantil que te acaba de dar, ¿vas a venir mañana o no? Tampoco creo que sea para tanto, hija, Marina, te he pillado, te he pegado cuatro gritos un poco alterada, sin más. Ya sabes que aquí siempre vas a tener trabajo. Tenemos un contrato, ¿recuerdas?

—Que no, Frida, que no. Que no quiero trabajar más. Pero me gustaría que entendieras por qué.

—Bueno, mira, como comprenderás tengo muchas cosas que hacer ahora. Esto no es ninguna guardería. Y voy a tener que decírselo a Mayer entonces. Y has roto nuestro contrato. Espero que seas consciente de lo que eso significa.

Amenazas que no pensé que llegarían a nada. De todos modos, el resto de la semana fue un completo desastre. Llegué a Alexander Wang y Rae Liu me recibió con cara de pena y dándome malas noticias. Al parecer, en recursos humanos la habían pillado pagándome en negro. Desafortunadamente, tenía que dejar de trabajar allí. Me lo dijo con cara de circunstancia. Como si alguien estuviera obligándola a tomar tal decisión. Yo estaba cien por cien segura de que algo tenía que ver la pérfida Frida y sus famosos contactos. Era inimaginable la lista de gente que le hacía la pelota debido al poder que tenía Fri-fri.

Nunca quise enterarme de la verdad de la situación. Pensé que había llegado el momento de irme de Nueva York. Llevaba dos años y medio, casi tres. Tres años literalmente SOBREVIVIENDO, no viviendo, en Nueva York. Ya no podía más. Estaba muy cansada, ya tenía en mi currículo la experiencia suficiente como para volver a España. Rae Liu me preparó las cartas de recomendación y me regaló muchísima ropa de aquella temporada. Me dio mucha pena despedirme de aquellas oficinas, pero lo peor fue anunciar a Hanna y a Juls mi despedida. Sería el siguiente mes de mayo, pasaría un verano en España descansando y luego buscaría trabajo. Aunque bueno, según mi madre, estábamos inmersos en una terrible crisis económica. Parecía misión imposible, y más en el sector de la moda. No puedo ni explicar el sentimiento de fracaso que tenía en aquellos momentos. Mi madre me mandaba e-mails hablándome de lo valiente que había sido, de todo lo que había conseguido yo sola. Pero yo me sentía tan pequeña, tan inútil, tan débil. Había fracasado en aquella ciudad de los sueños rotos. Estaba realmente triste y era

inevitable acordarme de Isma. Al fin y al cabo, él también había sido de los que más me había animado a triunfar. Ese viernes tenía que trabajar con May. No sabía qué le habría contado Frida, ni siquiera estaba segura de si seguía contando conmigo. Le mandé un mensaje para confirmar las horas y ella me respondió un poco seca:

Yes, Marina. At seven pm at home. We need to talk.

Me asusté. No sabía muy bien de qué más era capaz miss Carmona. Sentí miedo cuando recibí el mensaje. Pensé en cómo tendría que explicarle a Mallory en inglés que lo que le había contado la psicópata de Frida era mentira. Sin embargo, no sé por qué, May no me causaba ansiedad. Al revés, de alguna manera me transmitía tranquilidad. Aunque tuviera que dejar de trabajar con ella, no sería como con Fri-fri. Pensé en Sam. Y en Henry, y en Will. En cómo sería nuestra despedida. Se me pusieron los pelos de punta al pensar que no les volvería a ver. Les había cogido muchísimo cariño. Un cariño y un amor incondicional, como si fuesen mi familia. Habíamos pasado muchas cosas juntos. Toqué la puerta con ganas de llorar anticipadas. Mallory me abrió descalza y me dio un enorme abrazo.

—Welcome home, Marina! Are you ok?

No pude evitar volver a llorar en ese primer abrazo. Estaba simplemente débil y muy cansada. Mallory me abrazó muy fuerte mientras me susurraba al oído un cariñoso: *«It is ok, it is ok»*. Me separó de su regazo y me miró a los ojos:

—Marina, look at me, everything is gonna be ok, ok? Look at me, it is gonna be fine.

Me sequé las lágrimas y me dirigí con ella a la cocina. Me guiñó un ojo y me indicó que abriera las puertas correderas del salón. Desde fuera escuchaba perfectamente los murmullos de los niños. Oía sobre todo a Will, el mayor, mandando callar una y otra vez a sus hermanos. Abrí las puertas rápido y en busca de alegría en forma de caras sonrientes. Me encontré con Sam, moviendo las piernas de una manera nerviosa mientras sujetaba una tarta de frutas llena de ositos de gominola.

Henry y Will saltaron al lado de Sam: *«Surpriseee!»*. Creí que me moría de la ilusión. Habían cocinado juntos mi tarta favorita de hojaldre con frutas. Sam gritó un sonoro y emotivo: *«Manina, your favorite!»*. Todavía no había aprendido a pronunciar la r. Un segundo más tarde, ya estaban peleándose para ver quién se quedaba con las gominolas rojas. Se pelearon todo el tiempo. Solo Sam venía de vez en cuando y se abrazaba a mis piernas. Después me preguntaba si me había gustado la tarta. Que si podíamos tomar otro trocito, ¿qué cosa más tierna! May abrió una botella de vino y le pidió a Chimi que acostara a los niños. Para mi sorpresa, empezó ella a hablar del tema. No quiso entrar en detalles. Me dijo que prefería no saber nada de la historia, pero que, por supuesto, yo tenía un hueco en esa casa siempre. No puedo explicar lo bien que me hizo sentir.

—Aquí puedes venir siempre que quieras. Los niños te adoran y no hay mayor alegría y satisfacción que le puedas dar a una madre que la seguridad de que sus hijos estén bien contigo. Yo confío en ti. Me gusta mucho cómo tratas a los niños y con eso, y con saber que les quieres, me vale. Nunca los comienzos de nadie fueron fáciles en esta ciudad, Marina. This is New York. Yo también tuve que trabajar de camarera y haciendo otras estupideces cuando llegué a Manhattan. Y ni siquiera era tan difícil porque yo sabía el idioma. Tú tienes mucho mérito. Y no puedes rendirte ahora. Has tenido mala suerte con la gente que te has topado en el camino. Pero ahora tu suerte va a cambiar. Créeme cuando te digo que cambiará antes de lo que esperas.

Al final de la noche acabamos revisando juntas su álbum de fotos de la boda. Abrimos la segunda botella de tinto y Mallory me insistió en que me quedara en Nueva York una y otra vez. Ella me ofrecía cuidar a sus niños todas las tardes. Con un salario de veinte dólares la hora. Con

eso podría permitirme pagarme el piso con Juls. Además, tendría las mañanas libres. May me animó a que escribiera más artículos para *Yo Dona*. Yo tenía la cabeza puesta en Madrid, en mi madre y en mis amigas. Quería irme a casa. Había ahorrado el dinero suficiente para comprarme un billete de avión adonde fuera. Llegué a casa llena de melancolía. Sentía que tenía muchísima suerte de haber encontrado a Mallory Mayer. De un minuto a otro parecía que esa mujer había solucionado mi vida. Era de lo poco que me quedaba en esa ciudad. Poder contar con ella me daba confianza. Me sentía muy afortunada. Juls no estaba en casa, estaba durmiendo con uno de sus chicos, ya no recuerdo cuál. Ya en la habitación, abrí el e-mail pensando en escribir a mi madre una de mis cartas. En la bandeja de entrada encontré un e-mail de Peter. No me pudo hacer más ilusión abrirlo, era la guinda que le faltaba a aquel día que, gracias a Mallory, había sido perfecto. En el e-mail había adjunta una foto preciosa de un atardecer en una playa espectacular. Parecía una foto sacada de una revista. Colores naranjas y rojos que enmarcaban un sol increíble, enorme y redondo. La luz provocaba destellos en las olas del mar. De pie de foto había un comentario.

Thinking of you, my spanish girl. Wish you were here with me. Sería muy feliz si vinieras conmigo a Costa Rica. xxx Peter.

A la mañana siguiente me miré al espejo, mis ojos azules brillaban con ese aire que tan solo yo conocía. Ese aire de cuando estaba a punto de cometer locuras o disfrutaba al recordarlas. No lo pensé más de dos veces y me compré unos billetes a Drake Bay, Corcovado, Costa Rica. Quería irme a verle, quería vivir. Y no sé si lo expresé bien en aquellos WhatsApp que les mandé a Ariadna y a mis amigas. Quería vivir y sentir todo lo que me había perdido en esos lugares conocidos y acomodados de Nueva York. En ese confort traicionero y apalancante de las sociedades desarrolladas. Ambientes sedantes para las emociones. Quería sentir cosas buenas, provocadas por sentimientos bonitos creados por seres humanos como Peter o como Mallory. No hay mejores sensaciones que las que producen las personas. Igual que las horribles sensaciones que me habían producido Frida o Ismael. Estaba hambrienta de experiencia, hambrienta de vida, de energías positivas. Cancelé mis planes de Madrid y contesté el e-mail a Peter.

On my way to Drake Bay, Pedro, llego el lunes a la una pm.

Peter contestó al instante con una foto aún más bonita que la anterior.

Alójate en el hostel Jade del Mar, nada más llegar a Drake Bay. Allí tengo una habitación a tu nombre. Después reúnete conmigo en la playa. Te estaré esperando allí a las cinco. *I can't believe you are coming. I am happy.* xxx Peter.

Sonreí, me senté en aquel diminuto avión hecha un manojo de nervios. Las turbulencias provocadas por la lluvia comenzaban a marearme, cerré los ojos durante un buen rato. Al abrirlos, miré por la ventanilla, una selva densa y estremecedora se situaba bajo las alas de aquella pequeña avioneta. Saqué la BlackBerry a escondidas de aquella azafata centroamericana que anunciaba que llegaríamos antes de tiempo. Aquellas ruedas diminutas pisaron la pista encharcada y las gotas de lluvia cubrieron la ventanilla. Las doce menos diez, anunciaron por el altavoz. Sonreí, tuve que quitarme el jersey de cuello vuelto antes de que me pegara de lleno aquella oleada de calor. Etapa de cambios, pensé. Y volví a sonreír mientras me desabrochaba también la camisa. Y no sería el cambio climático el único que viviría en aquella isla. Sonreí otra

vez. Me sentía libre, viva, llena de ganas de vivir. Iba a comenzar una nueva etapa de mi vida. La presumía intensa. Pero nunca hubiera podido imaginar cuánto...

XXI

BUILD A LIFE YOU WON'T EVER NEED A BREAK FROM

Llegué al hostel a las tres y media de la tarde, un calor pegajoso y desesperante me mantuvo sin hambre todo el camino. Había llegado tres horas más tarde de lo previsto. Al parecer, el «ahorita» de los ticos pueden ser cinco minutos, una hora, dos o incluso un día de después. En un principio, tenía mi avioneta de San José a Bahía Drake a las doce y media de la mañana. Era una avioneta de seis pasajeros que contaba con una sola azafata que acompañaba al piloto. Pregunté a la tripulación de cabina a las doce y veinticinco por la supuesta llegada del diminuto avión. No podía estar más nerviosa, solo de pensar en la sonrisa de Peter se me ponían los pelos de punta y me empezaba a doler el estómago. Me preocupaba no llegar a mi cita en la playa. Necesitaba tiempo para arreglarme antes de aquel encuentro que me tenía en vilo desde la compra repentina de aquellos billetes de avión. Nos informaron de que «ahorita ya mismo estaba llegando el avión a la pista». Llegó una hora y media más tarde. Exactamente a las dos y cuarto. El ahorita del taxi, a continuación, también se convirtió en cuarenta y cinco minutos bajo el sol.

Llegué al hostel Jade del Mar. Tenía muchísimo más encanto de lo que imaginaba. Cabañas de madera que se disponían en fila en el medio de ese paraje natural de ensueño.

—Pura vida, señorita Marina. —Se dirigió hacia mí un hombre bajito, con gafas y aspecto muy amable. Caminaba muy sonriente, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Pura vida —se me ocurrió decir también.

—Bienvenida, *m'hijita*. El señor Peter nos ha dejado una habitación para usted. Sígame, le ayudo con sus maletas.

Agradecí con alivio tal información y comenzamos a caminar por un puente de madera de película. Era un puente colgante, rodeado de árboles, vegetación tropical y algunas flores de color rojo vivo que desembocaban en exóticas frutas tropicales. De repente, volaron sobre nosotros dos preciosos loros carmesí. Nunca había visto algo tan bonito tan de cerca. Eran espectaculares, tenían plumaje de intensos verdes y azules marino. Parecían sacados de una revista. Unas criaturas maravillosas. Volaron sobre nosotros y aterrizaron en una rama gruesa a unos tres metros del final del puente. Johnny me miró entusiasmado y haciéndome una seña para que guardara silencio, me guio lentamente para que pudiéramos apreciarlos de cerca. Las preciosas aves estaban abrazadas en el árbol. Parecía que se hacían carantoñas con las alas y los picos. Daba la sensación de que estaban enamoradas. Al instante echaron a volar.

—Tiene mucha suerte, señorita Marina. Es muy difícil que se posen en ramas tan bajas. Debe ser que están en época de reproducción y están buscando árboles blandos para formar los nidos.

—Oh... ¿Son pareja, Johnny?

—Claro. ¿No lo sabía? Los guacamayos rojos son una especie que vive siempre en pareja. Nacen solos, pero en cuanto encuentran a su media naranja, no se separan por el resto de sus vidas, *m'hijita*. Vuelan siempre en pareja y viven juntos para siempre, sin separarse un instante, unos ochenta años más o menos. Son las aves más románticas, sin duda, señorita. Esta pareja que hemos visto siempre anda merodeando por aquí. Mi mujer les da fruta. Le encanta fotografiarlos. Son muy amigos de otra pareja de guacamayos azul-amarillo. Los llamados «Ararauna». Son iguales que los rojos, pero las plumas son azules, verdes y amarillas. La combinación de las dos parejas de aves volando juntas es de lo más precioso que haya visto en la bahía, señorita. Con suerte los verá al atardecer. Vienen casi siempre.

—Me encantaría. Muchas gracias. Ojalá que los pueda volver a ver. —Me inquietaba saber si sería posible que el milagro se duplicase.

—Claro, los verá. Yo llevo viéndolos todos los días durante los últimos treinta años. Lo difícil es que se posen tan bajo. Ya veremos cómo solucionamos eso. Mire, *m'hijita*, asómese aquí conmigo. ¿Ve allí, en ese árbol? Una iguana verde.

—¡Vaya! Es enorme.

—Debe ser un macho. Si se fija tiene una cresta muy grande y protuberante. Los machos siempre tienen la cabeza más corta. No tan alargada como las hembras. La papada suele ser más grande también. ¿Ve los dos bultos naranjas que tienen cerca del cuello? Eso es algo casi exclusivo de los machos, al igual que tienen dos bultos en la zona del ano, que son los hemipenes. Eso las hembras no lo tienen, señorita.

—¡Qué bonito, Johnny! ¿Atacan? ¿Te pueden hacer algo?

—Claro que no, señorita. Aquí no tiene que temer por nada. Ningún animal va a atacarla, a no ser que usted los amenace. —Siguió observando la gigantesca iguana sin mirarme—. Es un macho precioso. Acérquese conmigo, creo que va a bajar del árbol. Debe medir como un metro y medio. Es de los más grandotes que se ven.

—Es precioso. Mire, ya baja. Parece un dragón naranja.

—Sí. Los machos también tienden a cambiar a un color anaranjado en época de apareamiento. El color en ellos es más brillante y fuerte que en las hembras.

Nos quedamos parados mirando cómo bajaba el animal. Era inmenso, daba un poco de miedo. De verdad que parecía un minidragón, tan grande como un cocodrilo. Nos sonreímos y seguimos caminando por un sendero durante unos cinco minutos. Johnny no paraba de hablarme y de contarme cosas de la naturaleza. Estaba fascinado por su país. Me hablaba con cariño y nombraba una y otra vez a su mujer. Llevaban juntos toda la vida. Como los guacamayos. «Yo me enamoré de ella a los trece años. Al principio no me quería. Fue difícil conquistar a mi mujercita. Yo insistí e insistí, no me quedaba otra, era la más bella de todas. Ya la conocerá. Es lindísima. Y así *namasito* hasta que la conseguí. Soy un hombre muy afortunado. Todo has de lucharlo con esfuerzo, hijita. Ya sabe». Llegamos a otro puente que separaba las cabinetas del hotel de una montaña preciosa al otro lado del río. Me señaló una cabaña de madera que estaba a pie de playa. Justo encima del río, con unas cristalerías desde las que se divisaban las maravillosas montañas. Sonreí de placer anticipado y los nervios iniciales fueron cediendo a una sensación de agradable toma de posesión.

—Esa cabaña de allí es la que ha reservado el señor Peter para su estancia de tres meses en el parque nacional. ¿Estará usted con su marido tanto tiempo?

Negué con la cabeza ante tal pregunta incómoda. ¿Marido? Lo cierto es que no me había planteado cuánto quedarme. Tenía mis billetes para una semana y dos días. Pero ya nada me ataba a Nueva York y tenía tantas ganas de ver guacamayos todos los días... Tantas ganas de emociones, tantas ganas de ver iguanas. Y tantas ganas de... Me vino a la mente la imagen de Peter desnudo en aquella cama blanca de su estudio en Brooklyn. Nos interrumpió una preciosa y gigantesca mariposa azul turquesa que volaba a pie de río.

—Es una mariposa *Morphos*, señorita. Son mis favoritas de todas las especies del parque. Usted sabe que Costa Rica tiene la mayor variedad de especies de mariposas del mundo. También la mayor variedad de especies de ranas. El señor Peter le enseñará todo lo que usted quiera. Es un hombre de la jungla. Le fascinan los animales. Es un apasionado. Bueno, usted lo sabrá mejor que nadie.

«No, mire, a decir verdad, no tengo la menor idea». Pensé en comentarle aquello. Pensé en la

locura que estaba haciendo y una inseguridad escalofriante me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Venir sola a un país completamente desconocido con un chico del que no sabía prácticamente de nada.

—Aquí tiene la llave, señorita. No tendremos agua caliente hasta la semana que viene. Se nos ha estropeado la maquinaria que la enciende. En el caso de que se nos vaya la electricidad, aquí le he dejado unas velas. Utilice las mosquiteras para las arañas y los mosquitos. Suelen ser peleones al amanecer.

—Muchísimas gracias, Johnny.

—A la orden, señorita. Siempre a su servicio. ¿Le apetecería un poco de fruta cortada?

—Me encantaría. De verdad, muchísimas gracias.

—A su servicio. Con mucho gusto se la traigo.

Entré en la inmensa cabaña. Todavía acostumbrada a los calculados espacios de una de las ciudades más caras por metro cuadrado del mundo, la amplitud de dimensiones de ese cuarto me parecía un lujo impagable. Me quedé un rato observando el mar. El sol había empezado a caer por encima de aquellas provocadoras olas. La playa era larguísima y solo se distinguían algunas sombras de perros abandonados y algunas manadas de monos. Estuve un rato pensando en aquel paisaje tan maravilloso que tenía delante. Y pensé en Ariadna, mi hermana mayor. La persona que más me había acompañado en mi recorrido por Manhattan.

De repente aporrearon la puerta. Era una chica jovencita, verdaderamente guapa. Ojos verdes que resaltaban en una piel canela fresca y tersa como la arena de aquella playa. Debía de tener mi edad, igual algo menos. Me traía un enorme plato de fruta cortada. Piña, maracuyá, mango y sandía se distinguían a través del plástico transparente que cubría el plato.

—Es por los insectos, señorita. A la orden.

La fruta cortada en aquella terraza me parecía uno de los lujos más exóticos que me había deparado la vida. Me duché nerviosa con agua helada y me preparé para bajar a la playa. Hanna me había obligado a darme un par de sesiones de rayos uva antes de subirme en el avión. *Of course*, mi Hanna... Sonreí extrañando a mis amigas y sin pensarlo dos veces más, bajé a la playa.

Un gigantesco sol redondo bajaba intimidante enfrente de mí. Corrí a la playa, desnudándome, hacia el agua. No podía apartar mis ojos de aquel sol ardiente. Mientras el océano azul turquesa me cubría las rodillas y mi carrera en el mar salpicaba por encima de los hombros, me lancé de cabeza a una ola. Una ráfaga de placer me recorrió de arriba abajo. Me senté en la arena observando aquel maravilloso atardecer. Todos los colores del rojo se reflejaban en las nubes y en el mar. Se mezclaban con los platas, los turquesas y los verdes de las aguas calmadas. Se me puso la piel de gallina. Apoyé mi barbilla en las rodillas saladas y esperé a Peter sentada en aquella fina arena blanca. Cargada de sentimientos y emociones. Justo cuando el sol se había ido y el cielo se quedaba impregnado de rosas, morados y azules, vi acercarse la sombra de un hombre alto en la playa. Llevaba una mochila enorme y se ayudaba a caminar con un palo. Le seguían dos perros bastante grandes. Yo también estaba rodeada de perros abandonados que se habían tumbado a mi lado. Pobres criaturas. Elevó el brazo para saludarme. Era él. Pensé en la locura que estaba haciendo estando allí sola. Me puse de pie y me sacudí la arena de las nalgas. Peter se acercó tranquilamente y, cuando estaba justo a un metro de distancia, se quitó la mochila, tiró el palo y se abalanzó sobre mí sumergiéndome en el más intenso de los besos. Me miró profundamente y me besó mientras me decía:

—¡No puedo creer que estés aquí! *I am so happy!*

Cuando empezó a oscurecer demasiado, empezamos a caminar por la playa hacia nuestra

cabaña. Peter me sujetaba de la mano y se paraba algunas veces para abrazarme y darme más besos.

Peter me despertó a las tres y media de la mañana. Nos íbamos de expedición para estudiar a los tapires y salimos caminando por la playa. No se veía nada y se escuchaban demasiados ruidos de animales desconocidos. Me asustaban. Peter me agarraba de la mano y caminaba ágilmente entre las rocas. Solo llevaba una linterna pequeña que alumbraba nuestros pasos. ¿Quién sabe qué habría alrededor?

Peter caminaba rápido, pero con actitud tranquila. Me sonreía todo el tiempo señalándome el cielo. Caminamos durante una hora y media sin parar. Aunque el miedo me mantenía despierta y viva, empezaba a sentirme agotada. Por supuesto, el calor húmedo y sofocante de la jungla no ayudaba en nada. Nos sudaban todas las partes de nuestro cuerpo. Partes que ni siquiera sabía que pudieran sudar. Las rodillas, por ejemplo. ¿A quién le sudan las rodillas? Peter llevaba la camiseta totalmente empapada.

Finalmente y después de algunos de mis gritos histéricos provocados por hojas que caían cerca, llegamos a nuestro destino: un riachuelo que desembocaba en la playa con una fuerte corriente. En una de las rocas había sentado un chico joven y muy fuerte. Estaba lleno de tatuajes y llevaba un vaquero corto y viejo como única vestimenta. Estaba rompiendo un coco con las manos. Comenzó a beberlo mientras nos acercábamos. Después observé como se rascaba la oreja derecha con la mano izquierda. Me hizo mucha gracia que se rascara la oreja así, con el brazo izquierdo completamente sobre la cabeza, hasta que llegaba al oído derecho. ¿No sería más fácil utilizar la mano derecha para la oreja derecha? Siempre me había hecho mucha gracia la gente que hacía esas cosas. Esos gestos típicos y muy personales que yo, no sé por qué, analizo desde bien pequeña.

—*Hi*, Maikol —gritó Peter mientras cruzábamos el río esforzándonos para que no nos llevara la corriente.

—Hola, señor Peter —contestó aquel chico de ojos verdes, tez oscura y pelo largo quemado por el sol.

Peter me había contado que Maikol era un local de Corcovado. Llevaba toda la vida viviendo en la jungla y era perfecto para ayudarlo con el transporte para las expediciones. Se conocía todos los senderos y todos los peligros. Aquel chico de sonrisa franca y ojos verdes claro se dedicaba cada madrugada a remar río arriba hasta llegar a nuestro destino. La «base» que Peter elegía según las huellas que encontraba de los tapires. Maikol se quedaba allí, cuidando de la balsa. En el medio de la naturaleza. Durante largas, calurosas y eternas jornadas. Esperando cada día a que Peter volviera al atardecer. Me explicó que podría quedarme con aquel joven. Él conocía playas maravillosas y podría llevarme a tomar el sol. También podría protegerme de las serpientes y otros animales salvajes. No me tranquilizó mucho la idea al principio, sobre todo viendo las heridas que tenía aquel chico por las piernas, los brazos y el torso. Pero bueno, mejor en la balsa con las piernas a salvo que caminando por el barro con el chalado de Peter.

Remaron durante unos veinte minutos. En las zonas de las cascadas, se bajaban los dos de la barca, me dejaban en las rocas y transportaban la balsa de madera a pulso hacia arriba. Vimos varias serpientes negras que se alejaban rápidamente en cuanto nos sentían. También algunas ranas preciosas, de color naranja. Mil pájaros de colores, monos e incluso un oso perezoso que estaba durmiendo en una de aquellas lianas. Por fin, llegamos a una poza de color azul claro. Peter nos anunció emocionado que había huellas de tapires. Me dio un beso apasionado, me recogió el pelo por detrás de la oreja y se despidió con un último beso en la nariz. «Te veo pronto, chica». Fue lo último que me dijo antes de adentrarse en aquella selva.

Me quedé en la balsa unos minutos sin hablar. Iba a pasar las próximas diez horas con este nativo. Me tenía que haber quedado en la playa leyendo. Maikol estaba ahí sentado. Sin decir nada. De vez en cuando me miraba y me sonreía de una manera algo nerviosa. Después, seguía observando la naturaleza, con la mirada perdida en aquellos árboles. Me intimidaba estar así de sola con él. Aun así, su sonrisa me parecía honesta y me daba buena espina, no me digas por qué. Lo único que no me gustaba mucho de la presencia de aquel chico era una enorme cicatriz que tenía en la parte derecha de la cara. Le llegaba hasta la oreja izquierda, cruzando desde la parte derecha de la ceja y pasando por encima de la nariz. Imaginé el arañazo de un jaguar y me entró miedo al pensar que pudiese atacarnos. Bueno, un jaguar, un lagarto o cualquier otro animal salvaje de aquella densa y frondosa selva. Conociéndome, tardaría muy poco en preguntarle qué le había pasado. También me inquietaba el significado de tantos tatuajes de serpientes por los brazos. Le sonreí, también de una manera un poco forzada, ya me había pillado más de dos veces observándole.

Según pasaban aquellos segundos eternos, empecé a acongojarme. Estaba con un tío desconocido y bastante fuerte en una balsa, en el medio de la nada. ¿Y si decidiera hacerme algo? ¿Y si me raptara? Sonreí forzosamente mientras mi cabeza imaginaba aquellas escenas de pánico y terror. Maikol sonrió también, después me avisó de que me llevaría a un sitio más tranquilo donde pudiéramos bañarnos. El calor húmedo comenzaba a apoderarse de nosotros y ese sudor pegajoso comenzaba a marearme. Era impresionante el calor húmedo que hacía allí. Y más impresionantes eran los sonidos de animales que escuchábamos a nuestro alrededor, entre aquellos inmensos y frondosos árboles. Maikol estuvo remando durante media hora corriente arriba. Tenía muchísima fuerza en los brazos. Mucha destreza para esquivar rocas y pasar a toda prisa alguna de las fuertes corrientes. Se notaba que llevaba toda la vida desplazándose en ese ambiente. La manera en la que saltaba de roca en roca y saltaba entre las lianas me impresionaba. Jamás había conocido a nadie tan hábil en un entorno tan salvaje.

Comenzaba a clarear. Cruzaban sobre nosotros cada vez más pájaros de colores y los sonidos de los grillos rápidamente se intercambiaron por los gritos de los loros y otros ruidos que provocaban los congo, unos monos negros que parecían minigorilas y que nos observaban de vez en cuando desde las inmensas ramas. Maikol estaba sentado en el principio de la barca, sonriente y tranquilo. Me explicó con cariño los tipos de monos que habitaban en ese parque. Le hizo mucha ilusión que fuera española y que habláramos el mismo idioma. No llevaba nada de ropa aparte de su pantalón vaquero. Ni sandalias, ni botas, ni una mísera pulsera, nada. Solo un montón de cicatrices que recorrían ampliamente sus piernas. Me miró sonriente y me señaló un tucán que se posó en un árbol. Me susurró un «pura vida». Y siguió observando la naturaleza.

—¿Puedo preguntarte algo, Maikol?

—Claro, señorita.

—Lo primero, no hace falta que me llames señorita. Me llamo Marina. Puedes llamarme Moli, si quieres. Todo el mundo lo hace.

—Con gusto, Moli, entonces.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Corcovado?

—Llegué aquí cuando tenía trece años. Antes vivía en San José. Pero no me gusta la capital. Dicen que es de las capitales más feas, sucias y corruptas de todo Latinoamérica. Aquí soy más feliz, señorita. Tengo el mar. No necesito nada más.

—Es bonito, sí.

—¿Sabes, Moli? Hay gente que nunca ha visto el mar. ¿Usted había visto el mar antes de venir a Costa Rica?

—Sí, claro. Lo he visto muchas veces. Sobre todo, en Galicia, en España.

—¿De veras? —Abrió los ojos como platos—. ¿Y cómo es allí?

—¿El qué?

—El mar.

—¿El mar?

—Sí, el mar. ¿Es del mismo color? —Se sonrojó y sus ojos brillaron como cuando a Sam le contaba cuentos y se moría por descubrir el final.

—Es más o menos del mismo color. Más oscuro, supongo. No es tan turquesa. Aunque siempre depende desde donde lo veas.

—¿En serio? —Miró hacia el mar—. Más oscuro. Lo imagino. Tiene que ser bonito también. Es una suerte. El mar. —Me quedé callada sin saber qué añadir—. ¿Se le ofrece que la lleve a algún sitio, Moli? Puedo remar a alguna cascada. Conozco algunas muy lindas en el río. Son bellísimas. Podemos nadar allí. El señor Peter no creo que vuelva hasta la noche. Tenemos muchas horas por delante.

—Las cascadas suenan muy bien. Me encantaría verlas.

Los silencios incómodos duraron muy poco con aquel chico. Me contó que un día había visto un jaguar caminando con una cría.

—Es el animal más peligroso del planeta tierra, después del ser humano, claro.

Maikol siempre me aclaraba sus afirmaciones. Supongo que mi cara de circunstancia le hacía pensar que a veces no entendía nada de lo que me contaba. Notaba cómo miraba mi nueva BlackBerry, la cámara, el iPod. Esto seguro que le hacía pensar que yo venía de otro planeta y que por eso no entendía su pasión por la naturaleza.

Me asombraba que alguien valorara tantísimo el mar, algo que yo siempre había tenido al alcance y que nunca me había parado a apreciar. Me gustaba como me hablaba Maikol. Me hacía pensar. Empezaba a caerme muy bien aquel chico misterioso. Me parecía impensable que a solo cuatro horas de Nueva York pudiera haber una vida tan distinta a la mía, rodeada de comodidades y de lujos convencionales.

Me llevó a unas portentosas cascadas. Maikol me daba la mano para guiarme buceando. Empezó a gustarme la sensación de escuchar las cascadas debajo del agua. El estruendo conseguía ponerme los pelos de punta. Era peligroso. Era una sensación genial. También me enseñó varios cangrejos y ranas. Los cogía con las manos y me los acercaba, pero no me dejaba tocarlos.

—No, señorita. No se enoje. No me malinterprete. Pero seguro que utiliza protector solar. Con eso podría matarlos.

Los soltaba en el agua y mirábamos cómo nadaban hacia sus escondites. Las ranas eran naranja fosforito con las patitas en negro. Los colores eran vibrantes. También había muchas especies peligrosas de serpientes. Casi todas eran culebrillas de riachuelos que se alejaban de nosotros rápidamente en cuanto detectaban el calor de nuestra presencia. ¡Cuánto sabía Maikol! Remaba río arriba y río abajo enseñándome apasionado todo aquello. Las horas se me pasaron volando y solo me di cuenta de que ya era tarde cuando me rugieron las tripas. Maikol me dejó en la balsa unos minutos. Esperé nerviosa hasta que regresó cargado de cocos y plátanos. A veces se sonrojaba y me decía que era una mujer bonita. Que el señor tenía suerte de tenerme.

—Usted debe de ser el mar para el señor Peter. Un regalo que le ha hecho la naturaleza.

Luego, cuando le daba vergüenza, se reía.

Los días pasaron así, junto con dos personas que me hacían vibrar con las sensaciones más apasionantes y extremas del planeta tierra. Cada uno a su manera, claro. La sensación de estar

con Maikol en medio de la jungla rodando rápido por aquellas peligrosas cascadas era maravillosa. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. Parecía que siempre estábamos aislados, sin nadie alrededor. Me daba un poco de vértigo esa sensación. Con él todo era aventura y aprendizaje. Un día me llevó a ver tucanes. Me fascinaron los preciosos colores del gigantesco pico. Esperábamos pacientemente en la balsa durante horas hasta que alguno se acercaba. Maikol traía frutas del bosque y las dejaba cerca de la balsa, en las rocas, para atraerlos. Cantidad de pájaros de colores venían a comer. Era realmente indescriptible. Verlos volar así resultaba inaudito. ¡Qué colores!

Peter volvía al final de la jornada muy cansado. Nos enseñaba a Maikol y a mí los vídeos y fotos que había tomado de los tapires. Después nos despedíamos de Maikol, que se quedaba un rato más en el río para pescar. Nos íbamos caminando a casa por la playa. Muchos días hicimos el amor solos en aquellas arenas salvajes y desiertas, viendo el atardecer. Él me pedía una y otra vez que me quedara más tiempo. Era inevitable pensar en hacerlo.

XXII

PURA VIDA

Peter a menudo me miraba con ojos de enamorado. Me recordaba lo feliz que estaba de tenerme allí y me agradecía mucho que hubiera venido. Pero luego desaparecía, se iba a alguno de esos viajes mentales, con espacio solo y únicamente para los animales. A veces era raro estar allí con él así, pero luego me abrazaba y se me olvidaba. Y cada vez que volvía de sus expediciones me hacía el amor de una manera increíblemente apasionada.

El problema es que, según pasaban los días, empecé a darme cuenta de lo enamorado que estaba también de la naturaleza. Más enamorado de ella que de otra cosa. Y empecé a sentirme un poco así. Como en un segundo plano en el que ese paraíso natural te dejaba. Enamorada también estaba yo de ella, de la naturaleza, de los atardeceres de aquel parque. De las mariposas azules y de los animales. De bajar el río arrastrada por las corrientes de la mano de Maikol. Cancelé mi billete de avión de vuelta a Nueva York. Lo dejé abierto para elegir fecha la semana siguiente. Quería quedarme, quería abrazar a Peter por las noches, quería descubrir, pasar más tiempo con mi amigo en aquella balsa de madera. Allí se me olvidaban todas las preocupaciones. El contacto con la naturaleza me daba una paz que nunca había sentido antes. Era una tranquilidad muy especial que me llenaba de forma plena.

Peter se alegró muchísimo cuando le anuncié que me quedaría. Me cargó a la playa, riendo, mientras yo le daba golpes en la espalda. Y volvimos a ver desnudos aquel atardecer. Para celebrarlo, me regalaría un día de descanso. Nos iríamos en barco, a hacer buceo juntos, a isla del Caño. Me agobió la idea de no ver a Maikol aquel día. De un modo u otro había creado un lazo muy fuerte con aquel chico, le había cogido muchísimo cariño. Y pasaba la mayor parte de mi tiempo con él, en aquella balsa, perdidos en ríos, entre animales.

Cuando empezamos la sesión de buceo en aquella isla misteriosa se me olvidó Maikol. Nada más bajar, pasó a nuestro lado una manada de unas cuarenta mantas raya. Se veía la parte de abajo blanca como la lejía y con el movimiento de las alas se podía distinguir el negro con los puntos de los lomos. Parecían pájaros en el agua. Nunca había buceado con algo así. La sensación de estar debajo de aquel grupo animal fue realmente maravillosa. Indescriptible. Peter se quitó el respirador para intentar besarme. Los dos nos reímos, tragamos un poco de agua y seguimos buceando.

El sol comenzaba a caer, como cada tarde, produciendo esos increíbles destellos de colores en las olas y en las nubes. Levanté mis brazos al aire frente aquel paraíso. Nunca había tenido una sensación tan firme de libertad. El sol estaba más rojo que nunca. Un perfecto círculo de fuego gigantesco que se situaba detrás de las acrobacias de los delfines. Les seguimos durante unos veinte minutos, los saltos de las criaturas cada vez eran más impactantes, bailando entre ellos, intercambiándose de un lado al otro de la embarcación. Miré a Peter que navegaba con una leve sonrisa, oteando el horizonte, estaba orgulloso de estar allí conmigo, parecía perdido entre tanta belleza que nos rodeaba. En ese momento creí entender el significado de la plenitud. Esa noche caímos derrotados.

Pasaron un par de días de lluvias torrenciales. Tuvimos que cancelar las expediciones suponiendo que Maikol se iría a casa cansado de esperarnos. Yo me inquietaba pensando en mi amigo y Peter me prometía que todo estaría bien. Con los días, Peter me abrazaba cada vez más cariñosamente, y empezamos a hacer el amor con más sentimiento y menos pasión que otras

veces. Pensé que jamás querría separarme de él. Inevitablemente también pensé en Isma. En lo equivocada que estaba con esa enfermiza y ridícula relación. Pensé en María, se casarían en unos días. Pobrecilla, la que le esperaba. Me acordé de aquella frase de mi Jul: «*Once a cheater, always a cheater*». Qué importaba todo aquello ahora, era tan feliz en aquel entorno, con Peter y con mi nuevo amigo. En el paraje más hermoso del universo. Pasara lo que pasara, siempre me marcaría todo esto. Tanto que me dio miedo llegar a sentirme atrapada entre tanta belleza, tanta naturaleza, tanta felicidad gratuita y sana. Quizá en un futuro no podría decidir contra el destino. Cerré los ojos y me dejé llevar por las emociones. Era lo único que hacía en aquellos increíbles días de mi vida.

Me gustaba saber que se podía vivir así. Y pensé en la crisis económica de España, esa que mi madre me recordaba cada vez que hablábamos por teléfono. Imaginé cuánta gente afectada por la crisis podría vivir así, como Maikol. Eran reflexiones demasiado intensas y positivas. Afectadas por la belleza que me rodeaba, por la honestidad y la seguridad de mi amigo. A menudo Maikol me recordaba cómo le preocupaba que el hombre estuviera atacando así a la naturaleza.

—Era más fácil hace unos años, Moli, cuando la electricidad aún no había llegado aquí, a Drake Bay. Menos turistas y más pura vida. Créeme si te digo que había mil millones más de especies animales. Y todos convivíamos en paz, observábamos más la luna y las estrellas. No teníamos otra cosa que hacer cuando el sol caía, sabes. Y ahora, con las luces, nadie mira a la luna. La hemos abandonado. —Se rio y chapoteó en el agua. Me contó preocupado que muy pronto pagaríamos las consecuencias—. Cuanto más atacamos a la madre naturaleza, más se defiende, Moli. Y es por eso que tenemos huracanes y terremotos.

Un día, Maikol me contó su historia:

—Ya sabes, Moli, que aquí, en este país, antes las mujeres se quedaban embarazadas muy temprano. Mi madre tenía solo quince años cuando pasó. Intentó abortar naturalmente porque no me quería. Mi padre la había abandonado. No tenía recursos la familia, *namasito* le daba miedo la idea de que no podría hacerse cargo de mí. Y andaba la malaria acechando en aquella época. A mi madre eso la torturaba. Y muchos familiares murieron. Y mi madre lo último que necesitaba era una carga más, la de un hijo. Un hijo que le recordaba al padre que la abandonó. Un hijo bastardo como decía ella. —Fingió una sonrisa forzada y los ojos se le humedecieron entre gestos nerviosos—. Con los intentos de aborto naturales rompió aguas cuando solo llevaba siete meses de embarazo. La tuvieron que ingresar. Y menos mal, Moli, porque Dios sabe que si no, allí me hubiera quedado. Botado en cualquier parte, señorita.

—No me llames señorita, señorito Maikol. —Sonreí como siempre hacíamos. Por primera vez, él no sonrió.

—Estuve en la incubadora muchos meses. Imagínate, mi madre se escapó nada más parir. Los servicios sociales pudieron localizar a mis abuelos y me mandaron a vivir allí, a la península de Nicoya, en Mal País, en un terreno cerca de Santa Teresa. Allí fue la primera vez que vi el mar. —Por fin sonrió. Con ternura. Inocencia—. Recuerdo una niñez feliz con ellos. Mi abuelo trabajaba en el campo y mi abuela cuidaba de mí. Pasábamos mucho tiempo en la playa y ella intentó enseñarme a leer. Desafortunadamente, cuando cumplí ocho años mi abuela agarró el dengue. Aquella enfermedad de la época. ¿Sabes lo que es?

—Creo que lo he leído en internet.

—Por supuesto, señorita. Usted y su internet. ¿Qué haría sin ello, verdad? El dengue es endémico en el país, Moli. Y el fenómeno se agravaba particularmente durante la época de lluvias, de mayo hasta noviembre. Las personas mayores se encuentran particularmente expuestas, igual que los niños y los bebés. Nuestra casa estaba cerca del mar, de los huertos y de

los ríos. Estaba llena de mosquitos. Plagada. Recuerdo perfectamente las horribles fiebres que pasó mi abuela. Pero *namás*, ni los dolores de cabeza le impidieron seguir jugando conmigo, bueno cuando podía levantarse. Me quería mucho mi abuela, Moli. Se llamaba Etilma. Pero ¿sabes? Ya casi no la echo de menos. Así es el mar, que te hace olvidarlo todo. Apenas recuerdo su cara, sabes. Es traicionero el mar. Está lleno de sentimientos y emociones que te atrapan y te hacen olvidarte de todo. Es traidor, muy seductor, pero recuerda lo que te digo, Moli. Traicionero. —Por primera vez desde aquel primer día, hubo silencios incómodos en nuestra conversación. Yo quería que me siguiera contando, pero no quería forzarle a nada y no supe qué decir. Me sentí muy estúpida y majadera, con mi sabiduría de internet—. Recuerdo que pronto empezaron las náuseas y las manchas en la piel de la abuela. Huy, no sabes cómo se pone eso, ¿verdad? La cara llena de manchas. Unos días antes de fallecer en el hospital, incluso sangraba. —Se le pusieron los ojos muy llorosos a mi amigo. De vez en cuando nos interrumpía en aquella balsa el sonido de los monos. O algunas peleas de las iguanas que caían de los árboles. Eran animales muy territoriales—. Entonces servicios sociales localizó a mi madre. Ella vivía en San José. Tenía un puesto de fruta y verdura en la calle. Cuando llegué a la casa, ella ya tenía un nuevo marido. Mi padre murió antes de nacer yo por la malaria. Eso me contaba mi madre. Aunque luego, cuando se enfadaba, me replicaba que me abandonó mercedamente. —La voz comenzó a temblarle, acompañando a su pulso que desembocó, entre otros gestos nerviosos, en un temblor en las manos y en los pies—. El nuevo hombre me odió desde el principio, Moli. Estaba lleno de rencor, de ira y de rabia. Me llamaba «bastardo». A menudo me pegaba y me insultaba, mi madre consentía, claro. —Hizo un parón y se retiró los lagrimones con las manos sucias.

—Lo siento, Maikol. No tienes que contármelo si no quieres. No hace falta, de verdad.

—Está bien, Moli. Es solo que hacía mucho que no lo recordaba. Ya sabes, el mar... —Sonrió con amargura contemplando el océano—. Todavía no ha llegado lo peor. —Y me tendió la mano—. Lo peor vino cuando mi madre y aquel hombre tuvieron hijos. Tuvieron tres. Uno seguido del otro. Entonces ya, ni modo. Nadie me quería en esa familia. Y comencé a ser un estorbo. Un gasto más. Me pegaban muchas veces y me recordaban a menudo que no era parte de su familia. Me daban de comer aparte y alimentos con poco sustento. Ya sabes, arroz y frijoles.

—Y tu abuelo, ¿dónde estaba?

—Era difícil la comunicación con mi abuelo. De vez en cuando, cada muchos meses, me llevaban a un locutorio para llamarlo. Mi madre me acompañaba y me amenazaba con un palo con pinchos para que yo no dijera nada. Mis cicatrices en las piernas... Yo no podía decir nada. —Mis esfuerzos por no llorar empezaban a ser realmente imposibles—. Mi madre me seguía pegando y no paraba de amenazarme con quitarme de ir a la escuela. La escuela era lo único que me mantenía vivo. Supongo que ellos tendrían miedo a que tarde o temprano yo pudiera contar algo a mis profesoras. Muchas de ellas sospechaban que algo no estaba bien. Y yo empecé a tener miedo, vivía muy asustado. Un día, al volver de la escuela, mi madre anunció que mi abuelo había fallecido. Mi madre llevaba varias semanas nerviosa porque su hijo mediano había caído enfermo. Y las palizas conmigo habían aumentado. Con tal noticia creí que me moriría, señorita. Me ahogaba. Ni siquiera podía respirar. Creo que nunca había sentido tanto dolor. Mi abuelo era la única esperanza que me quedaba. Entonces salí corriendo, desesperado, buscando cobijo en cualquier sitio, en la naturaleza, verdad. En los árboles y en las playas. Pedí ayuda a la lluvia, pedí esperanza. Pero créeme, Moli, no la encontraba. No quedaba nada por ningún sitio. Lo único que quería era morirme y hasta pensé en hacerlo, entregándome a las cascadas de los ríos. Allí las piedras y las serpientes se ocuparían de ello. Entonces mi madre me encontró en un

parque, llorando. Fue la paliza más horrible que jamás me habían dado.

Nos abrazamos mientras empezábamos a escuchar los truenos en ese cielo gris. He de confesar que yo también lloré mientras abrazaba muy fuerte a mi amigo.

—Ellos estaban asustados por si confesaba, sabes. Pero, casualmente, esa paliza fue la que me liberó. Todo pasa por algo en la vida. Esa paliza me trajo aquí, a este increíble paraíso donde ahora estamos. No tienes que ponerte triste, Moli. Ahora soy feliz. Tengo todo lo que siempre había deseado. Y mira, mira allí. ¿Ves el mar? ¿Ese poderoso e inmenso mar? —Tragué saliva e intenté concentrarme en el azul grisáceo, mareado y corrompido por la lluvia. Volví a mirar a Maikol con los ojos empapados—. ¿Lo ves, Marina? Inmenso, eterno y azul. Ese mar es mío. Todo ese océano que tenemos frente a nosotros. Es mío y solo mío. ¿Cuánta gente conoces que pueda decir que es dueño de un mar? Soy el dueño del Pacífico y del Atlántico también. Dueño de dos océanos. Dueño de mi propia vida. Soy libre y soy feliz. —Se levantó, señalando con su brazo el gigantesco azul. Lo veíamos desde lo alto. Desde el río. Desde las cascadas. Me apretó la mano y empezó a remar hacia un árbol. Comenzaba a llover torrencialmente y era difícil mantener la balsa quieta. Debíamos amarrarla a un cabo. Estábamos empapados. Continuó hablando sin que yo preguntara—: Agarré autobuses solo, la gente que me veía en aquellas condiciones me dejaba subir sin cobrarme. Yo no tenía nada. Ni siquiera un pantalón. Mi abuelo, a menudo, me hablaba de un paraíso natural en Corcovado. Me decía que era de los únicos sitios en el planeta Tierra que no estaban explotados por el hombre. Virgen. Sin peligros. Y de aquello era justamente de lo que yo huía, del ser humano. Y así, poco a poco y robando algunas frutas en mal estado de los puestos de la calle, logré en algunos días llegar a Drake Bay. Y caí en el hostel de don Johnny, en el mismo en el que ustedes se hospedan. Don Johnny me dio de comer, me dio ropa y yo empecé a ayudarlo con el negocio. Es una persona buena, ¿sabes? De esas de verdad. Créeme que hay pocas en el mundo. Dormía en el suelo de la recepción esperando a que en la mañana Johnny me dejara ayudarlo con el desayuno. Prefería dormir al aire libre, me daba miedo encerrarme en alguna casa. Antes el hostel era distinto, ¿verdad? No había tantas palapas, era más bien un refugio para marineros y pescadores. Primero, traía el agua del pueblo. Luego, le ayudaba a sujetar los barcos para la pesca. Alguna vez me dejó acompañarlo a pescar. Allí yo también vi delfines, Marina. Y las falsas orcas. Son como ballenas, pero más pequeñas. Son lindísimas. Te encantaría verlas, Moli. Seguro que las verás. Se acercan a las buenas energías. Como todos los animales. Cuando tenía catorce años, Johnny me ofreció mi primer trabajo formal: guarda del hostel. Johnny me devolvió la libertad y de alguna manera me dio otra vida. Hasta entonces solo había estado esperando a morir. Son cosas muy diferentes, créeme. Y hay gente que vive esperando simplemente eso, la muerte.

Observamos una pareja de colibrís que se acercaban a la balsa. Sonreímos.

—Y bueno y así no más, fui ahorrando y me pude construir una casa en un terreno alejado del pueblo. Quería vivir solo. Para estar a salvo. Y allí vivo desde entonces. A unas dos horas caminando de aquí. Cuatro horas caminando del pueblo. Camino todos los días al trabajo, a este río. Ofrezco tours en kayak a los turistas. Johnny siempre les recomienda que vengan caminando por la playa a verme. Y aquí estoy yo esperando a que aparezcan. Hay épocas que no aparece nadie. Otras en las que hago dos o tres tours al día. Y épocas con estudiosos como Peter. Ellos me piden acompañarlos para los documentales. Para mí es una suerte. Muchas veces me enseñan cosas nuevas sobre los animales. Y bueno, son los que me pagan. Supongo que eso también es importante.

—¿Los turistas no te pagan?

—Bueno, pues a veces me dan propinas. Sobre todo los americanos. Pero créeme que no lo

necesito, Moli. He plantado mi huerto en casa. Desayuno todos los días frutas y verduras naturales. No sabes lo buenas que están mis piñas y mis papayas. Lo jugosos que son mis mangos, fresquísimos. Pesco siempre al volver del trabajo y, a veces, cuando necesito carne, camino al pueblo y Johnny me da algo de comida caliente. Soy muy afortunado de estar aquí. Fue un regalo de Dios que me trajeran a esta playa, en este parque. Corcovado. Aquí vivo solo, lejos del hombre. Entonces nadie me hace daño, ¿sabes? Estoy seguro. Soy libre. Y veo ese atardecer que tanto te gusta todos los días. Todos los días de mi vida, Marina. A veces me pregunto cómo hay tanta gente que va a morir sin poder verlo.

Volví a mirar a Maikol, estaba completamente ausente, observando a uno de los tucanes que se posaban en los árboles. Como cada vez que los veíamos, me indicó con un gesto, llevándose el dedo índice a la boca, silencio. Me miró muy sonriente, señalando al tucán. Se le veía absorto. ¿Cómo podía pasar página con tanta naturalidad, borrar sus pensamientos? Igual los suyos se los había llevado el mar. Aquel mar del que se sentía dueño. Que le había seducido por su belleza. Me tranquilizó estar allí con él. Es muy difícil explicar las sensaciones que tuve en aquel momento. Sentir lo que yo estaba viviendo en aquel momento. Apareció otro de los tucanes en escena. Maikol me había explicado varias veces que es una verdadera suerte verlos de dos en dos, en parejas, a la vez. Me miró con los ojos radiantes de felicidad, los abrió más de lo normal y sonrió como solo un chiquillo sonríe cuando acaba de hacer una travesura. Sonreí también y los observé. Éramos cómplices de sonrisas y gestos de alegría.

Aquel día Maikol me regaló una caracola. Me prometió que siempre que estuviera triste podría escucharla y encontraría el alivio del mar. El sonido del océano me salvaría. Me despedí de mi amigo con un fuerte abrazo en cuanto llegó Peter. Me parecía incomprensible que lo que Maikol acababa de contarme pudiera ser real. En el medio de la jungla, donde yo me sentía absolutamente insegura y desamparada, él, al contrario, era inmune al miedo y al dolor. Caminé por la playa de la mano de Peter, sujetando aquella preciosa caracola blanca. Los dos íbamos en silencio, como muchos días. Peter seguía con la mente en la selva y yo, por primera vez, evité mantener una conversación forzada y me dediqué a analizar todo aquello. Estaba escandalizada.

Me di cuenta de que viajar era un regalo. Para darse cuenta de lo que existe. Para aprender a sentirme afortunada. Para valorar la sociedad en la que vivimos. Me sentía muy vulnerable en aquel momento. Tenía las emociones a flor de piel. Me acordé de Silvana, de los dos mil dólares que había perdido con ella. Qué poco valor tenían en aquel instante esos billetes. Quizá ni siquiera fue ella quien me los había robado.

Los días pasaban, la felicidad de mis momentos con Maikol aumentaba. No obstante, para mí, era inevitable pensar en algo catastrófico. No sé muy bien por qué, pero de repente un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar en cómo sería la solitaria muerte de Maikol. Supongo que ese es el miedo más grande que tiene el hombre. La muerte. Me asusté pensando que podría pasarle algo. Después de aquella conversación, nuestra amistad se había forjado por completo. El respeto que yo sentía por aquel humilde chico era indescriptible. Cada día que Maikol retomaba el tema de su niñez, se hacía siempre un silencio que lo ocupaba todo. Hasta el aire se calmaba, dejando quietas las hojas y las flores. La selva se convertía en decorado que adornaba sus palabras. Yo me sentía atrapada en sus historias. Como incapaz de otra cosa que no fuera escuchar y emocionarme. Me quedaba contagiada por su ternura, como hipnotizada, dejando pasar las horas, deseando que se parara el tiempo, entre monos y mosquitos. Era precioso pasar tiempo así.

Yo también le conté mi vida entera. Aunque me sentí obligada a exagerar mis propias historias, intentando dotarlas de una categoría mayor de la que realmente tenían. Maikol me sonreía y fingía que le interesaban. Era agradable darse cuenta de cómo intentaba hacerse a la

idea de lo que había sido mi vida llena de tecnología, manjares y otros lujos innecesarios. Yo notaba cómo me miraba con ojos de aparente entendimiento. El chico alucinaba con las anécdotas que le contaba de mi experiencia con Frida Carmona. De algún modo, yo sentía que todo lo que le contaba carecía de importancia en su mundo. Le enseñé fotos de Nueva York y de Madrid. Fotos de aquellas ciudades en las que me había criado y donde había vivido. Incluso algún día Peter le invitó a venir a la cabaña con nosotros. Cenábamos juntos, le contábamos anécdotas y bebíamos cerveza Imperial. Muchos días nos acompañaba Luna, la hija adolescente de Johnny y Eduina.

Las semanas pasaron volando en un ambiente de adrenalina, risas y vivencias apasionantes. Ya llevaba veintiséis días en ese paraje natural. Había adelgazado tres o cuatro kilos. Estaba negra y eso, según Peter, resaltaba mis ojos azules y le encantaba. Estábamos más enamorados que nunca. Además, Luna, que casualmente siempre me preguntaba por Maikol, me había hecho un par de trencitas en el pelo. Mi aspecto físico no tenía nada que ver con el de la chica blanquita e impecable que había llegado a la isla hacía apenas unas semanas. Aquella de los tacones que trabajaba en Alexander Wang.

Una mañana, Peter me dijo que tenía casi terminado el estudio. Le quedarían solo unos cinco días más de expedición en el parque para terminar el documental. Después, debería volver a Nueva York. Al estudio de producción del National Geographic de Midtown. Muy cerca de las oficinas de Tory Burch. Me aterrorizó la idea de volver a ese escenario lleno de coches, ruido y gente que caminaba sin sentido. Me di un chapuzón en las olas y me dispuse a perderme por la selva para encontrarme con Maikol. Ya no me gustaba madrugar con Peter. Demasiadas ojeras, como diría Fri-fri. Ahora me despertaba tranquilamente, al amanecer. Leía un poco, desayunaba fruta y me encontraba a media mañana con Maikol, a orillas de aquel río que me estaba hipnotizando día a día. Llegué a nuestro punto de encuentro y me quedé leyendo en la playa esperando a que mi amigo apareciera. Quizá Peter le había mantenido entretenido rastreando nuevas huellas de los tapires. Quizá estaba buscando cocos o intentando pescar algún tepemechín, aquel pez alargado que a menudo formaba parte de su almuerzo.

Pasaron una, dos y tres eternas horas. Decidí volver caminando por la playa. Supuse que Maikol estaría con Peter y que no podrían haber bajado por cualquier motivo. Al llegar a la cabaña, me recibió mi *David* de Miguel Ángel dormido desnudo en nuestra gigantesca cama. Me acosté delicadamente abrazando su gigantesca espalda. Nos despertamos hambrientos de aquella siesta y nos fuimos a cenar. Por el camino me contó que no había conseguido localizar a Maikol durante su jornada. Por primera vez, en nuestro apasionante amorío, discutimos mucho. Como si fuéramos una pareja normal.

—¿Cómo que no le has encontrado? ¿Y qué has hecho todo el día?

—*Relax*, Marina. Estuve esperando en el río y, como no llegó, me fui yo solo a la expedición.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No sabía que tuviera que decírtelo. Además, pensé que estaría contigo.

—Obviamente, no.

—Quién sabe, últimamente sois tan amigos... A veces pienso que deberías mudarte a la cabaña con él.

—¿Qué dices? Es igual. Bueno, y ¿dónde está? ¿Has preguntado?

—Ves cómo te pones, si tanto te interesa, ve y búscalo tú misma.

Hacía tiempo que nadie me enfadaba tanto. Estaba realmente preocupada. ¿Y si le hubiera pasado algo? ¿Quién sabe todo lo que podría pasarle? Y la escena de celos absurdos de Indiana Jones era lo último que me faltaba.

Pasaron dos, tres y hasta cuatro días sin encontrar a Maikol. Finalmente, «la apurada señorita Marina» pasó a tener algo de razón y el pequeño pueblito empezó a alertarse debido a la falta de noticias del solitario chico de San José. Algunas personas del pueblo que le conocían empezaron a buscarle por puntos claves de aquel inmenso parque natural. Peter se había disculpado mil veces y se estaba esforzando como el resto en encontrar a nuestro amigo. En una de las expediciones, uno de los locales nos llevó a la apartada casa, aquel hogar del que tantas veces me había hablado mi amigo. Jamás pensé que se pudiera llamar hogar a algo tan austero. Era una minicabaña hecha con trozos mal cortados de maderas. Tenía una hamaca que colgaba por encima de un suelo de barro fangoso, con un techo tejido de hojas anudadas con cuerda. También tenía unas mantas. Y un par de vasos de agua sucios. Me aterrorizó pensar que eso fuera un hogar para Maikol. Me moría porque apareciera, darle un abrazo y tirarnos de la mano dejándonos llevar por la corriente. Los días pasaban, el terror se hacía dueño de nuestros cuerpos e, inevitablemente, de nuestras mentes. Prácticamente no comíamos ni hacíamos nada. Intentaba tener esperanza, pero algo me decía que no volvería a ver a Maikol, eso me atormentaba. No podía dormir por las noches.

Las peleas con Peter empezaron a producirse a diario. Estaba cansado de buscar a Maikol sin resultado alguno. Quería terminar su maldito documental y la compañía le presionaba para que mandara el material para poder empezar el montaje. «Tengo un *deadline*, sabes...». Yo estaba tan alterada que aquel *deadline* bastante poco me importaba. Andaba muy nerviosa, con las uñas comidas, consumida, no descansaba. Empecé a sentir que mi vida no tenía sentido alguno en aquella playa, perdida, rodeada de animales y de gente desconocida que poco se asemejaba a la gente con la que me había criado. Sentí que había llegado el momento de marcharme. De un modo u otro pensé egoístamente en que, si me marchaba, mi mente podría imaginar el final que yo quisiera para mi amigo Maikol.

Quizá esa mañana se levantó con ganas de ser dueño de otro mar. Decidió emprender su viaje hacia la costa opuesta. Le acompañaban mariposas, pájaros de colores y parejas de coloridos loros Macaw. Quizá decidió marcharse en busca de otro océano que le hiciera descubrir otras cosas. Quizá la fuerza de la naturaleza le habría arrastrado a otra parte. A un sitio mejor. Me compré el billete repentinamente, me sentí aliviada, era mi modo de huir. Y entonces anuncié fríamente a Peter nuestra despedida. Me miró con un forzado entendimiento que no sentía. Nos abrazamos intentando no pensar en lo inevitable e hicimos las maletas juntos. Esa noche por fin volvimos a hacer el amor, llevábamos días sin encontrarnos. Y mientras nuestros cuerpos se fundían, nos miramos a los ojos, disfrutando y absorbiendo cada segundo de aquella felicidad que irremediamente estaba llegando a su fin. Me senté y comencé a escribir entre lágrimas, lágrimas de vacío y de melancolía, como esas que se derraman al final de verano, cuando se regresa a la rutina de las obligaciones y se despide al amor.

Me desperté en mitad de la noche. Fue una sensación desagradable. Me inquietaba algo. Quizá no debiera irme de allí. Quizá Maikol estuviese esperándonos en el río. Salí a la terraza asustada. Al minuto Peter salió conmigo, me tapó con una manta y se acurrucó a mi lado. Era nuestra última noche juntos en aquella playa. Ninguno de los dos sabía por qué algo tan bonito se había transformado en un melodrama sin final sensato. Cuando el sol y los gritos de los pájaros pusieron fin a la noche, recogí mis maletas. Me dispuse a caminar por ese puente de madera que tantas veces había cruzado. Recordé con añoranza los nervios con los que llegué. Miré el cielo, los loros de colores sobrevolando en parejas aquella despejada madrugada. Sonreí pensando en la maravillosa experiencia que me había brindado este país. Sin embargo, interrumpió mi nube de pensamientos un sinfín de llantos agonizantes de mujeres de la aldea que se escuchaban cada vez

más cerca. Intenté caminar rápido, controlando mis pasos para no salir corriendo. Iba cargada con la maleta, el bolso y otros cachivaches que había acumulado. Fue inevitable, ese espeluznante escalofrío otra vez, solté las maletas en el puente, empecé a correr hacia la recepción del hotel. Buscaba algo que mi inconsciente de algún modo sabía. Llegué en apenas un minuto a aquella pequeña terraza, en la recepción. Andaba Eduina, la mujer de Johnny, llorando desconsoladamente. Abrazando a la pequeña hija adolescente que también lloraba con la cabeza en el pecho de su madre. Johnny estaba pálido. Sentado en un sofá viejo y rodeado de perros abandonados que ladraban. Me miró con mucha pena y los ojos se le humedecieron. Eduina habló desesperada. Incontrolable el llanto mezclado con sus palabras.

—¡Ay, niña, ay, que se mató, qué horror, que ya no está, Maikol, mi niña, Maikol, tenías razón, niña, ay, murió en el acto por una terciopelo, cerca del río! Se ve que intentó caminar, pero la serpiente le había picado fuerte y profundo. Y no pudo llegar a tiempo... Lo encontraron anoche, en el río. ¡Ay, niña, qué horror! Estaba solo. Le encontró Chete allí, en el río. Dice que estaba sonriente, niña. Lleno de barro por todas partes. ¡Era como un hijo para nosotros! Ese chico insensato soñador... ¡No se lo merecía! ¡Ay, niña! ¡Ay!

Empezó a faltarme el aire, intenté caminar. No podía respirar. Di dos o tres pasos hasta la puerta, apoyé las manos como pude contra la pared. Y entonces estallé en un llanto incontenible, un desgarrar profundo que salía de mis pulmones en forma de grito y me hacía temblar entera, con el rostro contraído en una horrible mueca de dolor. «¡Maikol, Maikol! —gritaba, golpeando mis puños contra la pared—. ¡Maikol, no, por favor!». Peter consiguió abrazarme fuerte. Me apretó a su pecho y me dejó llorar. También lloraba él, en silencio. Llorábamos todos.

* * *

«Moli, ¿habías visto alguna vez el mar? ¿Sabes que hay gente que nunca lo ha visto?»

Apreté mi caracola brillante contra el pecho.

XXIII

WHEN SOMEONE YOU LOVE BECOMES A MEMORY, THE MEMORY BECOMES A TREASURE

Me ahogaba sola en las eternas frases de Maikol grabadas en mi mente. Estaba tan perdida que no sabía lidiar con mis sentimientos. Mi cuarto en Madrid se me hacía el mar más inmenso y tormentoso en el que jamás me hubiese encontrado. Me ahogaba en ese cuarto, con aquella caracola que se había convertido en un elemento inseparable de mis manos, de mis orejas. Escuchaba el sonido del mar y me hundía en esa calle del barrio de siempre, en San Francisco de Sales, en Islas Filipinas. Caminar por la Gran Vía también me asfixiaba, me faltaba el aire, me sentía tan pequeña. Tan incomprensida. Nunca me había sentido así. Se me clavaban los puñales de todas las imágenes vividas con mi amigo en aquel río. Supongo que era una agonía de todo mi ser incomprensible para mi entorno. Ni los Vips, las tabernas, los bares de barrio, Quirico, La Habana, las cafeterías de siempre me animaban. Nadie comprendía lo que mi corazón estaba viviendo. Lo único que me consolaba era pensar que aquellas incesables pesadillas algún día se marcharían. Y como decía mi hermana Ariadna, el tiempo lo cura todo. Me lo repetía una y otra vez, cada vez más acongojada por mi desconsuelo. Ella era la única persona que parecía entenderme a ratos. La única que respetaba mi distanciamiento general del mundo. Aun así, me sentía sola e incomprensida.

Yo esperaba simplemente a que el tiempo pasara. Amarrada a aquella emblemática caracola. Me alejé de todo. Y tachaba los días en la agenda con un bolígrafo rojo. Un color que describía al dedillo mi angustia, esperando recuperarme pronto...

Afortunadamente, cada día estaba más cerca de esa liberación que uno siente cuando algo se supera. Y cada día pensaba en aquella anécdota como una experiencia positiva en mi vida. Algo de lo que había aprendido muchísimo. Una desgracia que me estaba impulsando a tener unas inmensas ganas de hacer algo que aún no estaba muy bien definido. Empezaba a sentirme mejor, hacía bromas con mi hermana e incluso algún día se me olvidó tachar en la agenda con aquel bolígrafo rojo los dolorosos e incontables días.

Pensaba muchísimo en Nueva York. En mi vida allí, en Hanna, en Juls, en Mallory y en Sam. Y me cruzaba e-mails a diario con esa bendita familia que alguna fuerza divina me había regalado en esa ciudad de los rascacielos. Algo en mi mente me decía que tenía que volver allí... Que algo bueno iba a pasar. Poco a poco, mi mente empezó a darme descansos y mi corazón empezó a respirar sin parones.

Aquella angustia empezó poco a poco a liberarse y el dolor de la muerte de mi amigo empezó a dejar de presionarme la cabeza y, sobre todo, el corazón. Un día incluso quedé con Jabel; me alegré muchísimo de verle, siempre me tranquilizaban nuestras conversaciones. Me gustaba, tengo que reconocer que, aunque era mucho mayor que yo, me atraía, no físicamente, me atraía de otra manera, una manera más sutil. Me sentía muy cómoda con él, eso me tenía enganchada. Cada vez que pasábamos tiempo juntos, me transmitía unas poderosas ganas de hacer cosas buenas. Era de esas personas que lograban sacar la parte buena de mí. Nos dimos un abrazo de despedida y me animó a que siguiera diseñando. Que intentara pensar en algún trabajo que me apasionara. Que con lo emprendedora que era, eso me sacaría de la depresión, que me ayudaría a tachar los días de aquel calendario de eternas semanas. En un principio pensé en diseñar. Se despertaron en mí unas ganas inmensas de volver a Manhattan.

Hablé con mi hermana Ariadna, su apoyo incondicional fue igual de sincero y de tajante que había sido siempre. Le di un abrazo enorme, la aprobación de Ariadna era todo lo que necesitaba. Fue entonces cuando empecé a pensar cada día con más fuerza en regresar a Nueva York. Era inexplicable, pero quería estar allí. Donde lo único que podía perder era dinero. ¡Y qué más daba eso ahora! Anuncié mi decisión y en un abrir y cerrar de ojos, estaba en aquel vuelo de Air Europa con destino a Manhattan. Un par de ahorros que había conseguido de camarera en la mochila y la esperanza de que las cosas esta vez fueran a salir mejor. Mi madre decía que la esperanza y las ganas pueden llevarte adonde quieras. Y eso era todo lo que yo tenía conmigo en mi vuelta a la Gran Manzana. Sonreí de placer anticipado observando desde lo alto aquel pequeño Madrid. Me alejaba camino al cielo y los taxis de color blanco se veían cada vez más pequeños. Vi en mis manos el color blanco y brillante de aquella preciosa caracola. La apreté contra mi pecho. Se me saltaron las que serían las últimas lágrimas de aquella etapa. Porque la vida es cuestión de etapas, y yo acababa de superar una que me llevaría a la siguiente. Ojalá que más apasionante y menos dolorosa que la anterior. Aquel día publiqué mi primer relato personal en *Yo Dona*.

No creo que nunca nadie entendiera lo que ese chico significó para mí. Lo extremadamente especiales que fueron aquellos días de mi vida, en aquella simbólica balsa. Y aún hoy en día pienso en él muchísimas veces; de hecho, cuando me encuentro en situaciones delicadas, ya sabéis a lo que me refiero, en penurias habituales del día a día de cualquier persona, me acuerdo de Maikol. Y pienso en su sonrisa límpida y en su cicatriz. Y me imagino cómo se tocaba en aquella balsa la oreja derecha con la mano izquierda. Cambió mi existencia para siempre, que fue justo lo que necesitaba para convertirme en la persona que soy ahora.

XXIV

THERE IS SOMETHING IN NEW YORK'S AIR THAT MAKES YOU SLEEP USELESS

Mi vuelta a Nueva York fue tan aterradora como apasionante. Subir a aquel avión en Barajas significó el final de mi luto. Me acordé de Peter, de los últimos gritos y discusiones. Antes de irme, afectada por los nervios y la crudeza del momento, sin pensarlo dos veces, le pedí que no me volviera a escribir nunca jamás. Se lo tomó muy a pecho. Esas cosas que las mujeres pedimos cuando realmente deseamos lo contrario, y los hombres no entienden porque tampoco nosotras lo comprendemos muy bien. Paradojas de las reacciones en las relaciones sentimentales. Yo no podía comprender que esa muerte hubiera dejado tan fría a una persona tan apasionada. Me parecía inimaginable que le pareciera tan natural. Le odiaba con todas mis fuerzas y, a la vez, le echaba muchísimo de menos.

Recuerdo lo enorme que se me quedaba aquella playa para lo chiquitito que mi corazón se sentía en aquel terrorífico momento; esa última mirada que me lanzó mientras yo me subía a la furgoneta. Aquel automóvil viejo cargaba en la parte de atrás a unos seis turistas y diez lugareños, unos encima de otros. Él estaba allí, mordiendo un palillo, con su pelo mojado y brillante, mirándome con ojos tristes, como si yo fuera la culpable de estar estropeando aquello. Como si estuviera loca y fuera incomprensible el ansia que sentía por escapar de allí, a mi verdadero hogar. Sonreí forzosamente y aquella imagen de Peter se fue alejando entre una nube de polvo blanco provocada por la delicada arena, testigo de una historia de amor tan apasionada. Y entonces pensé que nunca más volvería a verle. Y esta vez no estaba equivocada.

Al llegar a Manhattan, me recibió May en su casa con los brazos abiertos. La persona que más se alegró de verme fue el pequeño Sam. Saltaba a mi lado abrazándose a mis piernas y rápidamente me arrastró del brazo a su habitación, donde estuvo horas enseñándome sus juguetes nuevos, entre risas y conmovedores abrazos. Me sorprendió ver como caminaba y como había empezado a hablar. Balbuceaba sonriente sus primeras palabras. Un vergonzoso «*I love u Manina*» que me devolvía la vida en aquellos momentos de nostalgia caribeña y sentimientos encontrados. Empecé a trabajar y a vivir con ellos, en su casa del barrio de Tribeca, en Vestry Street, una de las calles más tranquilas y pequeñas de Manhattan. En un minicuarto cerca del cuarto de la colada deshice mis gigantescas maletas. Mi intención inicial era la de ahorrar un poco, para poder montar algún día un negocio en Nueva York. Aún no sabía qué, siempre había querido ser diseñadora de zapatos, pero buscaba algo más, aunque pueda sonar pretencioso, buscaba algo que me hiciera ganar mucho dinero.

Les planteé las primeras ideas a mi madre la moderna y al pobre Peter. Sonaba bastante disparatado todo. El planteamiento carecía de sustancia, de sentido alguno para ellos. Aun así, yo intuía que sería algo grande, una etapa llena de éxito y de emociones. Y no hay nada más arrollador en esta vida que una mente joven, sana y con ansias de triunfo. «*If you believe in what you do, believe me, it will happen*». Frases que me repetía mientras estudiaba la diversidad de posibilidades para triunfar en Manhattan.

Empecé a trabajar de niñera para Mallory, ganando unos tres mil dólares al mes. Fui mejorando el inglés con mis niños, especialmente con Sam, que me obligaba a leerle unos cinco o seis cuentos al día. Comencé a buscar apartamento para mudarme a principios de noviembre. Era inimaginable la cantidad de dinero que conseguía ahorrar, pero, era tan fácil conseguirlo como perderlo o aprender a no apreciarlo, gastando en cosas absurdas y absolutamente

innecesarias.

A pesar de todo, tardé muy poco tiempo en unirme al club de la compra excesiva de gilipolleces. Cuarenta dólares en la manicura y la pedicura cada semana me parecía el lujo más barato de la historia de mi apretada agenda. Productos de belleza para la cara, comida orgánica y antioxidante, en fin, ese tipo de artículos absurdos que jamás antes hubiera imaginado poder comprar. Por supuesto, al poco tiempo, adquirí el último Mac Book Air que había salido al mercado. También me compré la última Canon, una cámara de fotos Réflex, que utilicé tres veces y que acabé vendiendo en un mercado de segunda mano.

Aquellos días de frío invierno fueron pasando sin más emociones que las provocadas por anécdotas estrictamente materiales. No conseguí mudarme y la búsqueda de piso fue como la última película de Almodóvar, absurda, curiosa, irritante en muchos casos, después del esfuerzo y las expectativas frustradas.

Un día, recibí un e-mail de una diseñadora española. Se llamaba Inés Figaredo. Diseñaba unos bolsos de alta costura con formas y estilos apasionantes. Muy originales y llamativos, que tenían dientes, ojos y pelos de verdad. Calaveras bañadas en oro con diamantes. Incluso tenía un bolso que era una carpa de circo cosida con hilo de oro. Un diseño impecable, lleno de sentimientos y emociones que daba forma a verdaderas joyas: obras de arte. Inés era muy joven, dinámica y llena de energía, se moría por vender sus bolsos en Nueva York. Yo tenía experiencia en el sector, pero nunca había pensado en dedicarme a la venta al por mayor o a la importación y exportación de productos tan apasionantes.

Empecé a colaborar con ella. Vendíamos los bolsos en las mejores boutiques de Manhattan. Mi colaboración era básicamente nula. Aquel producto se vendía por sí solo y era tal la calidad del acabado que las mejores compradoras caían rendidas nada más descubrirlo. Recuerdo que Patricia Field, la estilista de *Sexo en Nueva York*, fue una de las primeras en apreciar la calidad del producto y empezó a utilizarlo para muchos de sus estilismos. Hasta Lady Gaga estaba interesada en comprar una de las maravillosas calaveras.

América, una de las potencias económicas del mundo, sería una fuente inagotable de entrada de dinero para todos esos talentos de mi tierra que se estaban quedando anclados en esa inevitable crisis de la que tanto se hablaba. Poco a poco empecé a estudiar en internet cómo funcionaba el tema de los impuestos y los aranceles. Contacté con un almacén que se encargaba de la importación y almacenaje de las prendas y objetos que venían desde Europa.

Estaba situado en Nueva Jersey, desde allí se podía distribuir con un gasto muy inferior de aduanas. Aquel era el principal miedo que me transmitían todas las casas. Enviar el producto hasta Estados Unidos era un descontrol de pagos y controles, pero con el *warehouse*, bastaba afrontar una cuota mensual y ellos se hacían cargo del resto.

Aprendí rápidamente a calcular el incremento al precio al mayor que se debería hacer a los productos para que hubiese un margen de beneficio mayor que amortizase los costes con una venta mínima, pudiendo cuadruplicar el precio en origen. En Nueva York no había problema con el dinero. Era una ciudad que no estaba afectada en absoluto por la crisis. Aún recuerdo una de las primeras conversaciones con uno de los jóvenes diseñadores que contacté por teléfono.

—Me gustaría hacer piezas con pieles y otros materiales más extravagantes, pero no puedo. Se salen de presupuesto. Tengo que producir piezas que en tienda se queden a menos de cien o doscientos euros. En cuanto pongo una etiqueta más alta, la gente se asusta y no compra.

—Olvídate de eso. Aquí en Nueva York todo es diferente. Nadie se asusta por nada. Y menos por una cifra como esa. *Welcome to the US*.

Le animé a que creara una línea sin pensar en los precios para el mercado americano. Empecé

a pensar en diferentes marcas de calidad que se pudieran vender bien. La lista era interminable. La calidad y el diseño europeo estaban muy por encima de cualquier casa americana que se preciara. Una etiqueta que anunciase *Made in Spain* o *Made in Italy* eran la clave para convencer a cualquier compradora del Upper East Side.

Mientras ahorraaba, comencé el papeleo de lo que podría llegar a ser algún día mi pequeño imperio en Manhattan. Contraté a un abogado por un precio bastante razonable que me aconsejaba cómo montar mi empresa, cómo encargarme del dichoso Social Security Number, el Tax ID y un sinfín de papeles que tardé numerosos meses en solucionar. También empecé a estudiar las mejores tiendas de Estados Unidos. Las ciudades más ricas y las tendencias del consumo de lujo. Destacaban los Hamptons en Nueva York y Newport Beach, muy cerquita de Los Ángeles. Por supuesto, descubrí maravillosas tiendas en Beverly Hills, en Hollywood y en Abbot Kinney Boulevard. Esta última calle, en Venice Beach, California, está considerada como la calle más cara de todo Estados Unidos.

Me costó meses de duro trabajo realizar ese estudio de mercado tan frustrante como gratificante. A menudo llamaba a las tiendas intentando obtener la información de las *buyers*. De aquellas compradoras aparentemente imposibles de localizar. Muchas veces me colgaban sin contestarme o recibía respuestas insultantes y muy desagradables. Yo, aun así, estaba empeñada en que algún día aquello llegaría a ser algo. Quizá una empresa en Manhattan o quizá nada, pero estaba hambrienta por demostrarme que yo también valía y podía hacer cosas buenas; pensaba mucho en Maikol, en su capacidad de superación, y eso me animaba a continuar, me impulsaba a hacer algo mejor.

Fui forjando una base de datos impresionante. Mallory me ayudaba mucho. Antes de trabajar en Gap, había trabajado en Banana Republic y en Carolina Herrera. De vez en cuando me pasaba algunos contactos, me recomendaba que fuera a visitar a alguna amiga suya. Tanto es así, que un día llegué a tomar café con una de las editoras de *Vogue América* más reconocidas del momento.

Era la mano derecha de Anna Wintour, recordé la primera vez que la vi en aquel desfile de Alexander Wang con Hanna. Ahora lo veía todo de una manera nueva. Ya no tenía las manos frías. Me esforzaba en exprimir a aquella señora al máximo posible para obtener toda la información que necesitaba. Tachaba preguntas de mi cuaderno lleno de inquietudes, sin más nervios que los que me provocaban aquellas cuestiones no satisfechas.

Y después de aquel café, vino otro. Y un descafeinado de máquina con un agente que se ofreció a ayudarme con los clientes del lado Oeste de Estados Unidos. Y un café con leche con otro abogado especializado en contratos con bancos americanos para transferir el dinero de las cuentas de América a Europa. Y otro *capuccino* doble con otro señor con pinta de importante que me habló de alquileres de oficinas y que me enseñó diferentes establecimientos. Y un *latte* con *soy milk* con un diseñador de interiores que me recomendó cómo decorar las oficinas de moda. Comencé a montar lo que sería mi futura empresa: Talking Media.

El tiempo voló igual de rápido que los guacamayos azules. Parques con Sam, interminables noches de estudio en el ordenador. Fines de semana sin salir y sin ver a mis amigas. Obsesión por aquella base de datos, algunas firmas más. E-mails, llamadas de teléfono insistentes. Y, de repente, como si nada de lo anterior hubiera sucedido, me vi, con veinticuatro años, una fría y heladora mañana de octubre, firmando el último de los trámites. Subí las escaleras del 231 West en la calle 39, uno de los edificios de oficinas más reconocidos de Manhattan situado en el corazón del Fashion District. Tenía cuatro lujosos ascensores dorados, sin embargo decidí subir andando. Eran las siete de la mañana. El resto de las oficinas que se encontraban en la planta estaban aún cerradas.

Recuerdo cómo caminé por aquel pasillo largo, midiendo cada paso, rozando con las yemas de los dedos aquella pared blanca como las nubes, alargando el momento de llegar a la puerta número 416. Observé el cartel transparente en aquella cristalera que mi diseñador gráfico había preparado, eran unas letras blancas, minimalistas, con un logo redondo de color gris:

TALKING MEDIA. «FASHION CONSULTANCY AGENCY».

Piel de gallina y temblores buscando el código de seguridad para acceder a mis oficinas. 4184, lo repasé una y otra vez; cuatro, uno, ocho, cuatro, cuatro, uno, ocho, cuatro y lo introduje pulsando aquellos relucientes botones. Entré: primero un pie, luego el otro, las manos frías y el deseo de sacar el jugo de cada segundo de ese instante tomando posesión de mi espacio. Dejé los cuadernos y mi bolso en una de las mesas. Contemplé el espacio, limpio, nuevo, con olor a pintura reciente, apenas había muebles. Me acerqué a una de las ventanas y observé la niebla en la Octava Avenida, el humo que se desprendía de las alcantarillas y la gente caminando rápido hacia sus respectivos trabajos. Se me humedecieron los ojos al darme cuenta de lo que había logrado. Mi empresa, en Manhattan. Sonreí, entusiasmada de satisfacción. Me sentía tan viva, tan llena de energía, podía parar un tren. Nunca jamás había sentido algo tan intenso. El corazón me iba a cien. Parecía que me iba a estallar. Nada mejor que llegar a la meta cuando la carrera te causa reparo, cuando el logro implica mucho miedo. Pensé en todo el dinero que había invertido en aquella sala. Vacía. En todos los pros y los contras que me había repetido una y otra vez mi abogado, Ernesto: «Que si no tienes beneficios en unos meses vas a endeudarte de por vida, que el contrato es de tres años y tienes que pagar puntual mes a mes, que tienes que tener cuidado, que tienes que ser realista. Que nada de esto es tan fácil como parece. Que puede que tengas que cerrar antes de empezar a facturar. Que eres demasiado joven para abrir esto tú sola».

Me coloqué enfrente de uno de los espejos que estaban apoyados en las columnas. Quité el polvo y me miré. Mis Converse naranjas, mis vaqueros usados, un jersey gris lleno de pelotillas y un moño mal hecho, enredado y sucio desde hacía días. «Pues sí que tengo aspecto de joven emprendedora». Estaba hecha un absoluto desastre, como siempre. Y recordé a mi hermana Ariadna riéndose de aquellas Converse naranjas que acababan de abrir una empresa en Manhattan.

Respiré hondo, suspiré y me senté en el suelo con un cúter con el que comencé a abrir un montón de cajas con los muebles que había comprado en una tienda de segunda mano. Saqué los primeros tornillos de la caja, las patas y el cuerpo de lo que serían unos maniqués. Y justo cuando iba a comenzar a montarlos, llamaron a la puerta. Me giré nerviosa y tras el cristal mi pequeño Sam sujetaba una caja gigantesca del Dunkin Donuts, sonriente, moviendo sus piernas frenéticamente, como siempre hacía cuando esperaba algo con ilusión, con esa cara de travieso... Salí corriendo para abrir. Justo detrás de Sam estaba May y detrás de ella apareció un rostro que me provocó un vuelco al corazón. Me recordó lo que significaba la felicidad plena. Mi hermana Ariadna sonrió mientras May y Sam me gritaban:

—¡Sorpresa! —Observé temblorosa a las tres personas que más quería del mundo.

Abracé a mi hermana sin poder soltarme de su cuello. Mallory se emocionó también, nos abrazamos las tres, llorando de felicidad. Sam se impacientaba con la caja de donuts. Me agaché y le cogí en brazos franqueándoles el paso a mi pequeña oficina. Un cuadrado donde cabían dos mesas de reuniones y al fondo cuatro escritorios. Tampoco necesitaba más. Mientras caminaba y les explicaba dónde iba a poner todo, no podía dejar de abrazar a Ariadna.

—¡Has venido! ¡Has venido! Gracias.

—¡No querrías que te dejara montar un Cristo aquí tú sola! Ya sabes lo desastre que eres para

estas cosas. Un toque de Ariadna no te iba a venir nada mal...

—Claro que no. ¡Es justo lo que necesitaba!

Me regañaba, yo la abrazaba. Estaba tan guapa. La había echado tanto de menos. Nos tomamos los donuts juntas mientras Mallory me contaba que llevaban semanas planeando la sorpresa. Sonreímos, disfrutamos del café y May se marchó para dejarnos a solas. Ariadna había adelgazado bastante, se la veía preocupada. Ari me anunció que se quería venir a vivir a Nueva York. Yo no podía alegrarme más, pero se la veía un poco triste y pensativa.

—¿Pero y qué vas a hacer aquí? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿Qué le vas a decir a Roberto?

—¡No me hagas tantas preguntas que me pones nerviosa! Pásame el tornillo ese, yo creo que los grandes son para las patas, ¿no?

—Ariadna, ¿quieres contestarme? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, ¿tú quieres que montemos la mesa esta o qué? Según tú, lo necesitabas tener todo para mañana...

—Primero, quiero que me cuentes todo. Aunque nos tengamos que quedar a dormir aquí.

—No, bonita, ¡eso sí que no! que yo estoy con *jet lag*...

—Ariadna, ¡venga! ¡Empieza! —Ariadna era muy reservada. Nunca hablaba de sus sentimientos y le costaba muchísimo abrirse en este tipo de situaciones. Le fascinaba la facilidad que tenía yo de contarle mi vida sin reparos. A ella siempre le costaba muchísimo arrancar.

—Pues bueno, Moli, primero has de saber que lo he dejado con Roberto.

—*What?* ¿Pero no ibais a casaros? Pero no estabais intentando...

—Sí, hija, sí, hasta que me enteré de que me ponía los cuernos.

—¿Qué? ¿Me estás vacilando, no?

—Eso quisiera yo.

—Bueno y ¿con quién?

—¡Agárrate, Moli! Te voy a contar, pero no vayas a armar ningún escándalo, ¿eh? Que nos conocemos y no quiero que metas a la familia de por medio.

—Ariadna, como no vayas al grano me va a dar un ataque...

—Con la prima Araceli.

—¿Qué?

—Como lo oyes, llevaban acostándose desde el año pasado.

—¡Será golfa!

—Marina, por favor, he dicho que midas tus palabras.

—Golfa, más que golfa. No querrás que encima la llame bonita.

—Bueno, tienes razón, es una piruja.

—Ariadna, piruja no, una golfa en toda regla. ¡Dilo, coño! Que a veces decir palabrotas no es malo. Yo creo que es hasta sano desahogarse...

—Como se entere mamá de que te has convertido en una persona tan malhablada, te mata.

—¡Hay que fastidiarse con la prima, Ariadna! Espero no encontrármela, te lo aviso...

—Anda, Moli, si hasta mamá me había pedido que no te lo contara. Estaba asustada de lo que pudieras hacer.

—Bueno, ni que fuera a matar a nadie. Aunque en la próxima comida familiar pienso liarla.

—Que no, que no, que no va a haber próxima comida familiar. ¡Yo no pienso verla de ninguna manera!

—Pues entonces yo tampoco. Ya sabes, cuántas menos reuniones familiares mejor.

—¡Qué bruta eres! Dame un abrazo, anda.

—Bueno y ¿qué vas a hacer?

—Pues vivir en Nueva York.

—Ya, bueno, pero ¿de qué? Porque tendrás que vivir de algo, ¿no?

—Sí, sí, eso ya lo sé. Pero aún no lo he pensado. ¿Tú sabes lo deprimida que he estado? Que vivíamos juntos, que estábamos intentando...

—Uf, ni me lo recuerdes. ¡Menudo cabrón!

—¡Marina, que midas tus palabras!

—Ariadna, tú hazme caso, que a veces es bueno utilizarlas.

—Lo que tú digas.

—No, lo que digas tú.

—Anda, siempre con la última palabra en la boca, mona. —Nos abrazamos.

—Bueno, ahora que yo he montado esto y que Mallory se muda a una casa gigantesca en Brooklyn, puedes ayudarles allí a ellos. Necesitan niñera. De hecho, estaban buscando. Yo ya no puedo vivir con ellos.

—En un principio es lo que voy a hacer, ya me lo ha ofrecido. Ahora entiendo por qué quieres tanto a esa mujer. Es encantadora. Una suerte que la tengas aquí... Te quieren muchísimo, ¿sabes?

—Y yo a ellos, y me parece genial, ¿en serio vas a quedarte con ellos de niñera? ¡Qué alegría! Ven aquí, que te dé un achuchón.

—Estaba todo medio planeado. Te ayudo a montar las oficinas esta semana. Me marchó a España unos meses a cerrar unos asuntos y me vengo en enero a vivir con Mallory. Necesito despejarme.

—¡Ostras, esto hay que celebrarlo! Nos vamos ahora mismo a comprar unos vinos. Que tenemos que tener montado todo esto para mañana.

—Ya te he dicho que tengo *jet lag*.

—Qué hijo de puta Roberto y qué mala víbora Araceli.

—Tienes razón, qué hijo de puta.

—Lo ves, ¿a que te sientes mejor?

Nos tomamos unas cuantas copas de vino. Hanna y Juls vinieron por la tarde y todo continuó en un ambiente muy divertido y agradable. Y la mesa aquí, la silla allá y así queda peor y ese tornillo no iba ahí. Despedimos a Hanna y a Juls a las once de la noche, Ariadna se había quedado dormida en uno de los sofás que acabábamos de montar. La miré sonriente mientras ajustaba la última de las puñeteras sillas. Me dolían las manos, la espalda y las piernas de cargar y mover las cajas. Me levanté un poco mareada y afectada por el vino, para qué engañarnos. Recogí las cajas, miré a mi alrededor, orgullosa, excitada. Y después, miré a Ariadna. Todo comenzaba a cobrar sentido, las horas con Frida, los disfraces de perrito caliente, las palizas en Tory o en Wang, había montado mi pequeño imperio en Manhattan. Y lo más importante de todo, tenía a Ariadna, no estaba sola. Y se iba a venir a vivir conmigo, a vivir a Manhattan.

XXV

WITH A PAIR

Me desperté temprano, como siempre. Llevaba toda la semana despertándome a las siete desde que había abierto mis pequeñas oficinas, no había hecho otra cosa que trabajar. Una media de cuatro o cinco horas de sueño, el cansancio se acumulaba junto con el dolor de espalda. Ese mismo viernes había recibido las colecciones de los cinco diseñadores que representaba. Había discutido con el diseñador de interiores, había montado los muebles, había limpiado los rincones, me había peleado con los del edificio para que funcionara la calefacción, me costó más de tres días que aquellas oficinas lo parecieran.

Gracias a Dios, tenía a mi hermana. Ariadna se ocupaba de calmarme cuando yo estaba a punto de mandarlo todo a la mierda. Cuando me entraban las inseguridades, cuando pensaba que todo iba a salir mal, que no servía de nada, que la becaria que supuestamente iba a empezar a trabajar con nosotros, al final cancelaba. Y un sinfín de contratiempos que obligaron a la pobre Ari a cancelar su vuelo y quedarse otras dos semanas.

—¡Moli, como vuelvas a repetirme que quieres mandar todo a la mierda, te pego un par de leches bien dadas!, ¿eh? No entiendo cómo has podido poner tanto empeño en algo y tener tantas ganas de mandarlo a la mierda. ¿Desde cuándo mi hermana es una llorica? ¿Se puede saber dónde está Marina la peleona? ¿Dónde la has escondido todo este tiempo?

Ariadna tenía razón, desde que había llegado ella a la ciudad había encontrado un apoyo. Inevitablemente, podía hacerme la débil porque ahora la tenía a ella. Y su apoyo era incondicional. Sabía que iba a ayudarme siempre, como solo te sabe ayudar una hermana. Igual que se quedó el primer día con *jet lag* hasta las mil de la noche y montó todos los muebles sin rechistar. Así era mi relación con Ariadna, un sinfín de discusiones que estaban en realidad plagadas de un cariño auténtico e incondicional. Un amor de hermanas.

—¿Te vas a separar ya del móvil o vas a estar pegada ahí toda la tarde? Te recuerdo que tenemos que encontrar una becaria.

—Calla, que es Roberto. Que dice que ahora no se quiere quedar con el perro. Que le recuerda a nosotros. Y que lo está pasando mal. ¿Y ahora qué narices hago yo con el perro?

—Pero será imbécil... ¡Qué morro! El perro se lo queda él. Por lo menos hasta que encontremos a la becaria. Y no sonrías de esa manera, Ariadna, por Dios, ¡que te han puesto los cuernos!

—Ya, pero parece que está arrepentido... Y yo... No sé.

—Ariadna, mírame a los ojos. Se ha tirado a Araceli. A la prima Araceli, que por si no lo recuerdas, es tu prima.

—Bueno, ya, si lo pintas así...

—Que no lo pinto yo, Ariadna, que lo ha pintado Roberto. Y ha utilizado un pincel bastante explícito. Que es su polla.

—Pero, Marina, de verdad. ¿A ti quién cojones te ha enseñado a hablar así?

—Pero si acabas de decir cojones...

—Ya, porque me tienes ofuscada con tanto taco. Me los estás pegando. Me estás poniendo de los nervios.

—Bueno, ¿vas a encontrarme a una becaria? ¿O vas a hundirte conmigo y con mi empresa en el más profundo de los fracasos?

—Ay, de verdad, Marina, no soporto cuando te pones dramática.

Y así fue como pasaron mis primeras semanas de empresaria en Manhattan. Mientras Ariadna seguía mandando e-mails, discutiendo con los de internet, con la de la limpieza y solucionando básicamente todos los contratiempos que se desarrollaban, yo me dediqué a mandar e-mails, a hablar con aduanas y con el almacén, a solucionar los últimos papeleos y los impuestos. A abrir con el abogado las cinco cuentas del banco. A crear con el informático un sistema con el que poder realizar los pagos *online* con la tarjeta. Me iba todos los días a la cama pensando que había solucionado un imperio y me despertaba cada mañana con mil quinientos e-mails y más líos que me sobresaltaban y me volvían a tener horas y horas en el ordenador, haciendo y deshaciendo, montando y desmontando. Menos mal que tenía a Ariadna que, aparte de ocuparse de mí, comprarme ensaladas y asegurarse de que comía, llevaba toda la semana haciendo entrevistas a las becarias.

—Ya lo he encontrado, Moli. Te vas a quedar encantada. —Entró Ariadna aquella mañana en la oficina, exaltada, canturreando. Maquillada, hacía días que no se maquillaba. Comenzaba a sentarle muy bien vivir conmigo en Nueva York.

—¿Para qué te has maquillado hoy?

—Hija, luego tengo una cita. ¿Cómo te quedas?

—Muerta, Ariadna, muerta. Bueno, déjame terminar este e-mail y me cuentas.

—En serio, ¿no me vas a preguntar con quién?

—A ver, Ariadna, con quién.

—Resulta que me he hecho de Tinder. Porque ¿sabes qué, Moli? Sexo con amor es magia y, si no, gimnasia.

—Lo que me faltaba. Tú también con esa frase. No, por favor, ¿eh? Te ha obligado Julieta a hacerte, ¿a que sí? No sé yo hasta qué punto es bueno que te juntes con Juls en el estado en el que estás.

—¿Qué estado ni que nada? Julieta es una tía moderna. Y mira qué bien ha superado lo del tal Santiago. Además, ella es de mi edad.

—A ver, Ariadna, que yo a Juls la quiero más que a nadie, pero se ha tirado a medio Manhattan. A ti eso no te va, hazme caso.

—Pues he quedado esta noche para ir a un *after party* con ella.

—¡Ay, Dios mío! *Whatever*...

—Parece que te molesta que yo también me encuentre en una etapa de plenitud sexual.

—La frasecita de Juls... Ariadna, haz lo que quieras. Pero no te pega nada la «etapa de plenitud sexual». A ti no se te dan bien esas cosas.

—Oye, que igual lo de ligar no se le da tan mal a tu hermana... Al fin y al cabo, para tener más de treinta y pocos años, me conservo estupendamente. Los efectos de la Vibro-Power.

—Bueno, venga, luego me cuentas lo de la cita. ¿Quién es la becaria? ¿De dónde la has sacado? ¿Ha estudiado AD? ¿Controla el Microsoft Excel y el Word? Necesito a alguien que también sepa de Photoshop y de Illustrator para que haga las invitaciones...

—A ver, no te pongas nerviosa. Tú lo que necesitas es, primero, un becario y, segundo, un diseñador gráfico. No confundamos, Marina, que mezclas funciones y te atorras.

—Ariadna, al grano.

—No es una becaria, es un becario. Se llama Roberto, es gay. Tú siempre te has llevado muy bien con los gays. Es de España, de un pueblo de Segovia, Serranillos. Al chico le han dado una beca de diseño y se ha venido a Manhattan para aprender inglés y para hacer prácticas.

—Serranillos. *Really*?

—Bueno, hija, no querrás que en medio día te traiga a un estudiante de Harvard.

—Esto se va al garete, se va al garete, Ariadna, lo veo.

—¿Te quieres tranquilizar? Que el chico es simpático. Y todo un cerebritito. Ha estudiado derecho en la Complu. Y luego hizo un curso, un posgrado en diseño de moda en el IED en Madrid. Es bloguero, de esos que a ti te gustan. Ha trabajado para Adolfo Domínguez en España y para un par de diseñadores más que ahora no recuerdo. Ese no sé qué del pozo o lo que sea, que también te gusta.

—¿Jesús del Pozo?

—¡Ahí le has dado!

—Pues sí que tiene buen currículum, sí.

—Y parece muy majo. He hablado con él por teléfono y está entusiasmado con la entrevista. Viene ahora. A las nueve y media.

—¡Ay, Ariadna, qué haría yo sin ti! ¡Te quiero, te quiero!

—Ya sé que me quieres, ya. Espérate a que me recupere de ánimo con el Tinder. Tengo ya unos doce candidatos.

—No nos volvamos locas, Ariadna, ¿eh? Que Tinder no te pega nada.

—Tu amiga Juls me dijo que me dirías eso exactamente.

Ariadna sacó la plancha. Una plancha gigantesca de vapor que habíamos comprado. Se puso a recoger la sala y yo revisé una vez más el Excel que habíamos creado para las cuentas de la empresa. Se me ponían los pelos de punta. Llevaba dos semanas de empresa y había gastado en total más de veinte mil dólares que se sumaban a la inversión inicial. Recordé las palabras de Ernesto, mi abogado. Más que mi abogado parecía la voz de mi conciencia. Marina, todo se puede ir a pique, Marina, puede que pierdas todo el dinero. Y el miedo invadía aquellas oficinas rápidamente, de la misma manera que las invadió el apestoso y maloliente perfume de Roberto. Y no, no era Roberto el exnovio de Ariadna. Era el nuevo becario que llamó a la puerta muy puntual, a las nueve y media.

Entró en la sala. Era alto, bastante guapo. Ojos verdes, pelo corto, rizado y pelirrojo, delgado. Tenía los brazos tatuados con letras chinas. Iba vestido bastante bien, sencillo, como a mí me gustaba. No quería tener trabajando a alguien demasiado estafalario que restara importancia a nuestro producto. Las marcas que llevábamos eran marcas elegantes, caras, teníamos que darle una imagen al *showroom*. Roberto era extremadamente gay, eso se notaba a la legua, aunque fuera vestido absolutamente normal con unos pitillo negros y una camiseta gris clara. No importaba.

Se le notaba. También llevaba puestos un montón de anillos de plata. Pero me gustaba. Me gustó que entrara emocionado, me gustó que prestara atención a la ropa, que la observara, que ojeara cada prenda con cariño. Me gustó que me contara que había estado mirando nuestra página web. Que había visto que aún estaba «*under construction*», pero que le había gustado el logo del círculo gris y blanco. Roberto me pidió que hiciéramos la entrevista en inglés. Era una forma de demostrarse a sí mismo que podía hacerlo y una buena manera de demostrarme a mí que valía la pena contratarle. Era seguro, simpático, listo, detallista, me causó muy buena impresión desde el minuto cero. Ariadna me miraba mientras yo le hacía las preguntas. Supongo que ella también estaba impresionada de todo lo que teníamos por hacer.

Roberto comenzó a trabajar en Talking Media esa misma mañana. Firmamos un contrato con mi abogado. Un contrato de un año en el que yo inicialmente no le podía pagar mucho. Tendría un salario *mileurista* que, para vivir en Manhattan, era como no estar cobrando. Como no tener nada. Aun así, Roberto no rechistó. Estaba entusiasmado con el proyecto y a menudo me

recordaba lo impresionado que estaba con que hubiera decidido montarlo yo sola. Sobre todo siendo tan joven.

—¡Nena, con lo rubia y tonta que parecías, y luego mira!

Conectamos rapidísimo. Yo confiaba muchísimo en él. Y él confiaba en la empresa. Negociamos un porcentaje bastante generoso de comisiones con el que Roberto pasaría a ser mi *partner*, mi socio. Planeamos comenzar a vender las colecciones durante aquellas Navidades, teniendo en cuenta que las temporadas altas de venta serían enero y febrero. Diseñamos un fabuloso plan de negocios en el que decidimos atacar a unas veinte tiendas repartidas por todo Estados Unidos. Queríamos llegar a conseguir vender en veinte o treinta tiendas diferentes con cada uno de nuestros cinco diseñadores. Las tiendas en las que pretendíamos entrar eran de la talla de Scoop o de Intermix, que son tiendas multimarca un poco más pequeñas que nuestro El Corte Inglés, del que tantas veces hablábamos y siempre tomábamos como referencia. Debíamos introducir nuestras marcas en ese pequeño y esperanzador número de tiendas.

—Porque claro, Moli, lo ideal sería que en cada una de las tiendas multimarca consiguiéramos tener una representación de la marca. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Sería recomendable que nos comprara cada tienda mínimo unas diez piezas de la colección. Date cuenta de que cada diseño se servirá en diferentes tallas. Y con eso nos aseguraríamos un pedido de unas treinta piezas que serían mínimo seis mil euros.

—Es que, Roberto, debemos exigir a los clientes que o se llevan una buena representación de la firma a la tienda o no les vendo. Quiero que las marcas estén contentas. Y no pienso venderle a la típica clienta pesada dos piezas para una tienda diminuta. Que luego ese tipo de clientas son las que traen problemas.

—¡Esa es mi chica! Si es que vamos a triunfar. ¡Que lo sé yo, Moli, que lo sé! Que lo he visto.

—*With a pair*, ¿no?

—*With a pair*.

Estuvimos varios días haciendo cálculos y diseñando gráficos de cómo sería el crecimiento de los números. Roberto realizó un exhaustivo estudio de las mejores tiendas de Estados Unidos por territorios. Redactó un e-mail precioso y lo mandó a toda nuestra base de datos. Aunque yo abría mi bandeja de entrada cada cinco minutos, nunca nadie contestó. Continuamos haciendo cálculos, gráficos y cuadros Excel. Hicimos unos cálculos para que, al cierre de aquella primera temporada, pudiéramos facturar unos doscientos, trescientos mil dólares como poco. Yo quería ser generosa con Roberto y como estaba ayudándome muchísimo le prometí que, si llegábamos a esos números, le daría un seis por ciento de comisión. Yo había negociado con las marcas llevarme un dieciocho por ciento de todo lo que consiguiéramos vender en Estados Unidos. Así que un seis por ciento a Roberto le pareció del todo razonable.

—¡Ay, nena! ¡Que vamos a hacernos millonarios! Te lo digo yo. ¡Millonarios!

—Solo de pensar que facturemos eso, se me ponen los pelos de punta, Roberto...

—No me llames Roberto, llámame Robert, que suena más a empresario.

—Efectivamente. Robert, el empresario.

—Moli, la CEO de Talking Media. The Best Fashion Consultancy Agency de Estados Unidos.

—Calla, calla, que como esto no salga bien, va a ser Moli, la encarcelada española que debía dinero hasta a los del Dunkin Donuts.

—Que lo vamos a conseguir, nena, no sé cuántas veces tengo que decírtelo. Aunque tenga que tirarme hasta al último empresario gay de Manhattan. ¿Me oyes?

—Eso ya lo haces, y no creo que sea por el bien de la empresa.

—También es verdad. Pero, oye, que si tengo que tirarme a cualquier comprador gay, me lo

tiro, ¿eh? Tú me lo dices y ya está.

—*With a pair.*

—*With a pair.*

XXVI

THE BIG LESSON I LEARNED FROM HURRICANE SANDY IS THAT WE HAVE TO BE THINKING ABOUT THE UNTHINKABLE BECAUSE SOMETIMES THE UNTHINKABLE HAPPENS

Aquella mañana del 26 de octubre llegó Roberto a la oficina completamente alterado. Yo había dormido en uno de los sofás blancos de nuestra sala de reuniones. Tenía que acabar de convertir los precios de euros a dólares y etiquetar todas las prendas, marcando aquellas que fueran de composición puramente orgánica. Es decir, algodones, lino y otro tipo de materiales. El día anterior había terminado a las tres de la madrugada de mandar e-mails. Decidí quedarme en la oficina para no perder el tiempo en idas y venidas en aquel apestoso metro.

Me molestaba mucho tener que estar poniendo etiquetas. En realidad, era un trabajo que tenía que estar haciendo nuestra nueva becaria. Se llamaba Beth, Elizabeth Chiafair, pero no había ido aquella semana a trabajar con la excusa del huracán *Sandy*.

—¡Ay, nena! Igual tiene razón. Mira que si morimos todos ahogados como en la película *Lo imposible*... Sería una faena, justo ahora que acabas de montar tu empresa... Palmar, digo.

—Robert, deja de decir tonterías, aquí no muere nadie. Esto es otra exageración americana más. Te lo digo yo, que estuve aquí en el huracán *Irene* hace dos años y por no haber, no hubo ni una ráfaga de viento. ¡Que son muy exagerados, de verdad!

—Ya, pues los supermercados están vacíos. Y no hay nadie por las calles. Ninguna de las demás oficinas está abierta y ayer tu hermana Ariadna estaba al borde de un ataque de nervios, pensando en escribir a Roberto para despedirse.

—¡Y dale con Roberto! ¿En serio sigue pensando en ese gilipollas?

—Tan en serio como que tú y yo podemos morir mañana. Ahogados. Muertos en el huracán. Pero a ver, que yo lo digo por ti, ¿eh? Que me daría pena. Ya veo el titular: «Moli Hernández, a las puertas del éxito, ahogada en sus propias oficinas, Talking Media». Aunque, bueno, tú serías más bien Moli Jones. Con tu parte torpe de Bridget, que me ha dicho Ariadna que ella a veces te llama así. «Moli Jones, a las puertas del éxito, ahogada en sus propias oficinas, Talking Media».

—Deja de decir tonterías, Robert. Venga, sigue etiquetando.

—¡Ay, hija, qué aguafiestas eres! Ni al borde de la muerte me dejas hacer un descanso.

—Qué exagerado eres, de verdad, Robert.

—Por lo menos moriremos en Manhattan. Algo de glamur tendrá mi muerte. Roberto Benavente, fallecido en pleno Fashion District de Manhattan. A mis padres les encantaría. O sea, lo de la muerte no. Lo de la esquela en el periódico, vamos.

—Robert, por favor, deja de agonizar. Cuanto antes dejes de quejarte y de decir tonterías, antes terminaremos con los precios y antes nos iremos a casa.

—Sí, eso, tú oblígame a poner precios mientras el huracán se acerca.

Y la verdad es que las alarmas habían saltado en toda la ciudad. «Vientos destructivos de hasta ciento cuarenta kilómetros por hora que someterán a la ciudad de Nueva York a las peores inundaciones de su historia». Me parecía todo muy exagerado. En esta ciudad hacen lo que sea con tal de sacar a los bomberos de paseo. Es más un circo que cualquier otra cosa. Y yo tenía mucho que hacer. Sin embargo, muchas familias habían huido fuera de Nueva York hacía semanas. De hecho, Frida Carmona se había retirado a una casa que tenía en el Caribe, creo que en las islas Barbados. Aun así, yo seguía empeñada en terminar lo de los precios y si me daba

tiempo, contestar un par de e-mails sobre el boceto de las invitaciones que había recibido de la diseñadora gráfica. Una japonesa muy simpática que acabábamos de contratar. Se llamaba Siyu.

La universidad de Siracusa nos había ofrecido a través de Robert un programa de *exchange* de becarios con el fin de que obtuvieran créditos universitarios. Habíamos firmado un contrato con la directora y ella se encargaba de mandarnos estudiantes para que les hiciéramos entrevistas. Yo estaba realmente encantada porque tendríamos ayuda sin tener que pagarla en periodos de seis meses. Así conseguimos a Beth, se la veía muy espabilada, era monísima, daba buena imagen y tenía verdadera vocación por la moda. En cierto modo me recordaba a mí cuando empecé, superilusionada y motivada con mis prácticas en Tory Burch. Pero la pobre Siyu, guapa, precisamente, no era. Era japonesa, pelo corto y extrema delgadez, parecía salida de un cómic manga. Yo creo que sí que hablaba bien inglés, pero Robert estaba empeñado en que no se enteraba de nada. Siyu tenía un control absoluto de los programas informáticos que necesitábamos, sobre todo de Photoshop e Illustrator. Nos estaba haciendo una página web espectacular y, aunque no hablaba mucho, nos dejaba sin palabras con sus presentaciones. A mí me encantaba. Sobre todo porque nunca rechistaba.

A media mañana, las noticias anunciaron que el huracán iba a llegar a Manhattan mucho antes de lo previsto. Saltaron las alarmas. Empezamos a recibir mensajes de compañías eléctricas y del ayuntamiento insistiendo en la magnitud de la emergencia: «Métanse en casa inmediatamente y aléjense de las ventanas». El servicio de metro quedaba suspendido desde las tres de la tarde y previnieron de que no se saliera a la calle después de las cuatro. Con tal de no escuchar a Robert diciendo tonterías sobre la muerte y de no recibir más llamadas de Ariadna, decidí cerrar la oficina y mandar a la pobre Siyu a casa. A decir verdad, ya le había dicho desde primera hora que se fuera, pero ella sonreía y seguía en su ordenador. Cierta razón tenía Robert cuando decía que no se enteraba de nada. Tengo que reconocer que, cuando salimos de las oficinas, me impactó muchísimo el vacío, el ambiente irreal que se respiraba en las calles de Midtown. Jamás olvidaré aquella escena. Una ciudad como Manhattan completamente vacía, ni un alma en Times Square. Nadie caminando. El Fashion District siempre está plagado, de turistas, de trabajadores, de puestos de comida y perritos calientes, de gente haciendo cola en los sitios de comida rápida. Pero eran las doce de la mañana y no había rastro humano. Ninguno de los comercios estaba abierto, ni un solo coche circulando, ni nuestro portero en el edificio. Nada. Vacío. Silencio. La calma chicha de ese escenario, normalmente tan frenético, me puso los pelos de punta.

—Lo ves, te lo he dicho, Moli, vamos a morir aquí, solos. Somos los dos únicos gilipollas que hemos trabajado hoy, en vez de quedarnos en casa.

—Robert, como sigas diciéndome que te vas a morir, te despido, te lo juro, te despido.

—Vale, ya me callo. ¿Y qué hacemos con la china? Mírala, está caminando detrás de nosotros. Yo creo que esta ni se ha enterado de que viene un huracán. ¿Qué hacemos? ¿La ignoramos? ¿Salimos corriendo como si no la hubiéramos visto?

—¡Pero qué dices, Robert! ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Pues ya me dirás qué hacemos. ¿La llevamos a Chinatown? Igual allí tiene algún primo...

—Robert, de verdad, deja de decir estupideces.

—¡Ay, ya lo sé, nena! Es por los nervios, que me tienen loco.

—Yo creo que no tiene adonde ir. ¿Qué hago?

—Yo también lo creo. Venga, invitémosla a casa de Frida, me da pena.

—Robert, se llama Siyu, eso lo primero. No «la china»: ¡SI-YU! Lo segundo, esto no es un albergue, como Frida se entere de que he metido a Juls, a Hanna, a ti, a Ariadna y a Siyu me mata.

—Si es que diga lo que diga, te sienta mal...

Allí estábamos los tres. Sentados en el metro, en un vagón desolado en la línea N de Times Square. Jamás me había subido a un metro vacío en Nueva York. La sensación impactaba. Nos dirigíamos a casa de Frida. *Believe it or not*, Frida me había ofrecido su lujosa casa para pasar el huracán *Sandy* de Manhattan. No es que la mujer estuviera preocupada por mi seguridad ni nada. Ella estaba preocupada por su lagarto. Una especie de camaleón asqueroso que le había regalado a Nico por su sexto cumpleaños: una especie de terrario transparente gigantesco que ocupaba una de las paredes de su cuarto. Se llamaba *Eliot*, como el famoso dragón de aquella antigua película americana. Total que, como todas las niñeras de Fri-fri se habían ido a sus casas de Brooklyn y Queens con sus familias, Frida se había quedado sin nadie que se ocupara del dragón. Me ofreció pagarme dos mil dólares por quedarme al cuidado de la criatura. Tenía que asegurarme de que el calefactor de su jaula estuviera en funcionamiento para que estuviera calentito porque era un animal del desierto. Frida me hizo jurar que si se iba la luz y dejaban de funcionar los calefactores de la jaula, lo abrazaría para darle calor humano. Aparte de dormir con el camaleón, también tenía que darle de comer grillos cada dos horas y asegurarme de que no le faltaran agua ni pastillas. Julieta estaba encantada.

—Este casoplón a cambio de que cuides al bicho ese, ¡me encanta!

Había planeado junto con Hanna darse un baño en el *jacuzzi*, ver una película en la pantalla plana y beberse media bodega de Fri-fri. Robert, Siyu y yo utilizamos el ascensor para entrar, girabas la llave y accedías directamente a la cocina de la casa, me encantaba. Ariadna se abalanzó sobre mí abrazándome, como si no fuese a haber un mañana.

Preparamos unos *gin-tonics*. Mientras bebíamos y comíamos, Juls nos contaba sus últimas batallas en Tinder. Ariadna y Hanna se ocupaban de buscar linternas y velas por el posible corte de la luz. Como también estaban un poco achispadas, se les ocurrió la magnífica idea de cubrir las ventanas con unas gigantescas X que crearíamos con celofán. Yo me negué en rotundo.

—Que no, Ariadna, que no ponemos celofán en ninguna parte. Que Frida me mata si luego no quitamos el pegamento. No os imagináis lo maniática que es.

—¿Y qué hacemos si el agua cubre la ciudad, eh? Con estos ventanales de techo a suelo que van a estallar de un momento a otro. ¡Vamos a morir ahogadas!

—Ariadna, ¿crees en serio que tres trozos de cielo van a evitar la tormenta? ¡No digas disparates, por favor!

—Ya me avisarás cuando estés medio ahogada y no hayamos podido hacer nada.

—Que me da igual lo que digas, Ariadna. Que ni celo ni ceta. Que te he dicho que no se pone nada. ¡Y, Robert, deja de emborrachar a la pobre Siyu!

—Si es que es más mona. Me recuerda un poco a Lucy Liu. —Esa manía de los españoles de comparar a cualquier china con Lucy Liu, la pobre Siyu que llevaba una moña interesante.

Al día siguiente, me desperté resacosa y muerta de la sed. Me bebí dos litros de agua del grifo del baño. Salí caminando por el pasillo. Lo que vi a continuación fue una de las imágenes más impactantes de toda mi vida. Un cielo negrísimo se apoderaba de un desalojado New York City. Aquella gigantesca y escalofriante nube gris plomo reinando sobre un desértico Manhattan. Silencio. Confusión.

Las cristaleras de la casa nueva de Frida daban a Greene Street. Una de las calles más concurridas del Soho. Se podía observar la calle Broadway, con vistas a Downtown que siempre estaba completamente iluminado. Aquel día, en cambio, el silencio fue lo que más me estremeció. Me apoyé en la cristalera, atónita, sin pestañear, no podía creerme lo que estaban viendo mis ojos. La nube negra se había apoderado de todo, aquella niebla gris daba una

sensación de vacío y abandono de ciudad fundida, fantasmal, los árboles derrumbados encima de los coches, la famosa tienda de Apple con los cristales reventados. El Financial District desolado. Ni siquiera funcionaban los semáforos. Ni un coche, ni un alma. Nada.

Noté que Robert se acercaba caminando, despacio, supongo que estaría observando con miedo, como yo, aquel espeluznante escenario. Poco a poco, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para despertar, nos fuimos apilando. Primero Hanna, luego Ariadna y por último Julieta. Nos quedamos asustados, en silencio absoluto. Mentiría si dijera que no sentí algo de miedo.

—¿Alguien tiene señal en el móvil?

—No.

—Nada.

—Tampoco.

—Ya me diréis qué cojones hacemos ahora.

—Moli, no digas palabrotas.

—No me toques las pelotas, Ariadna.

—No os peléis ahora que estoy al borde del ataque de nervios. Ya sabía yo que iba a morir, ya te lo había dicho, Moli, te lo dije.

—Robert, dejemos las gilipolleces de la muerte para otro momento, ¿eh? Te lo pido por favor.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Hanna, que hacía un esfuerzo por no llorar—. ¿Tú qué dices, Moli?

—Hombre, pues yo digo que nos vistamos y salgamos a la calle. Habrá que preguntar a alguien qué pasa... O si va a pasar algo más.

—Pero bueno, mi hermana ha perdido el juicio. ¡Lo último que hay que hacer es salir a la calle, Moli, hija! ¿O acaso no lo viste ayer en las noticias? Quédense en casa hasta que la señal de alerta indique lo contrario.

—Ya, Ariadna, pero resulta que nadie sabe si han dado señal de alerta o no porque no tenemos ni móvil, ni tele, ni cargador, ni radio, ni nada.

—Moli tiene razón. Imagínate que han dado alerta de que salgamos todos de casa y nos vayamos hacia el Upper East, es la zona más alta de Manhattan. Leí ayer en un artículo que Downtown, donde estamos, es la zona que más rápido se inundaría. Y nosotros en el Soho. Vamos a morir en el Soho. Hemos tenido que elegir el Soho.

Lo peor fue cuando Julieta leyó un e-mail que había recibido el día anterior de lo más catastrofista.

Me levanté gritando y tiré uno de los cojines contra la puerta.

—¡Vamos a ver! ¿Es que nos hemos vuelto todos locos o qué? ¡Aquí no va a morir ni Dios! ¿Me explico bien? ¡Ni Dios! Y cuanto antes dejemos de decir tonterías y de lloriquear, antes encontraremos una solución para salir de esta. Por si no os habéis dado cuenta, hemos entrado todos por la puerta del ascensor. Y ahora no hay electricidad. Vamos, tenemos que pensar algo rápido porque yo no me quedo aquí viéndolas venir, ¡ni de coña! ¿Me explico? Ni de coña. Y deja de pensar en el puñetero celo, Ariadna, que si tengo que utilizarlo para algo es para ponérselo en la boca.

—Nena, pues sí que te explicas, sí.

—Todo el mundo a vestirse y a buscar la maldita puerta de emergencia. Tiene que estar por algún sitio.

Como para decirme que no. Cada uno se fue a su cuarto y yo empecé a mirar por todas partes, en aquella gigantesca casa, con intención de encontrar aquella maldita salida. ¿Y si no podíamos salir de aquí? Inevitablemente pensé en lo que había dicho Julieta, si realmente iban a llegar olas

gigantes, si esto solo era el principio de un tsunami o de cualquier otra catástrofe desconocida. Me vinieron a la mente imágenes de desastres naturales de película. ¿Qué estaría pasando en Manhattan? La incertidumbre era lo que más me atemorizaba.

Me volví a asomar a la ventana. Me quedé otra vez mirando. Había un árbol caído sobre otro de los escaparates de una tienda que también estaba inundada. Muchas de las cristalerías habían estallado. Había trozos de coches y de papelerías por las calles. Riachuelos de agua se hacían dueños de las calzadas y de las aceras. ¡Una ciudad como Nueva York, destrozada! No daba crédito. Era inevitable pensar en cómo me había hablado Maikol de la naturaleza allí. Igual nos lo estaba devolviendo, igual habíamos contaminado tanto que se quejaba.

Continué buscando la puerta. En los pasillos, en la despensa, en un cuadro, en el armario, en el baño de Frida, en el armario de Mitch. Entré en el gigantesco vestidor de Frida, tenía un mando como el de la tele que iba abriendo cajones y compartimentos. No entendía muy bien por qué funcionaba. Supongo que iría con pilas. Seguí tocando los botones del mando. El «b1 door» me pedía una contraseña. Nombre de usuario: Mitch. ¡Oh, *God*! Seguro que es la misma contraseña que utilizaba Frida para todo, para internet, para la alarma de la casa, para el *voice mail*. Yo había vivido un tiempo con ella y siempre he tenido muy buena memoria para estas cosas, la recordé al momento. Cuatro, siete, dos, seis, tres, ocho. ¡Clave incorrecta! Mierda, usuario: Mitch. Recordé que un día, para una urgencia, Mitch me había dejado la clave de su iPad. ¡Venga, Marina, acuérdate, acuérdate! Era una palabra como gota, Gotam, ¡Clave incorrecta! Gothdamn... ¡Clave correcta! Observé con alegría y felicidad como una de las paredes de madera se abría lentamente al otro lado de su cuarto. Seguro que era la puerta. Me acerqué corriendo a punto de gritar hurra entrando a aquella habitación oscura, para descubrir un escenario casi más escalofriante que el del devastado Manhattan.

Un cuadro gigante de Frida arrodillada, en lencería de cuero y con las nalgas ensangrentadas presidía aquel cuarto secreto. Había juguetes eróticos por todas partes, unas esposas con pinchos, máscaras de hierro, consoladores de hierro con espinas y cosas totalmente ajenas a mi comprensión, aunque parecían instrumentos de tortura. Había látigos de cuero, un bozal humano y muchas fotos polaroid. Fotos de Mitch agarrando por el cuello a Frida, azotándola, sujetando el látigo. Aquellos ojos viciosos de Mitch se me quedaron clavados en la mente. Igual que los ojos llorosos de Frida. Empecé a respirar sintiendo una terrible sensación de asfixia. Pero no podía dejar de observar todo aquello. Imágenes de Frida manteniendo relaciones sexuales con hombres, con muchos hombres, que no eran Mitch. Los moratones de Frida que descubrí por primera vez en los Hamptons cobraron sentido. Sentí pena, sentí muchísima pena por aquella mujer a la que tanto había odiado.

Quería cerrar la puerta e irme para borrar esas imágenes de mi retina, pero una parte de mí estaba anclada allí: Frida disfrazada de cuero negro y Mitch junto a una serie de hombres mayores, rodeándola, masturbándose, pegándole, creo que era la imagen más fuerte y repulsiva que había presenciado en toda mi vida. Escuché la voz de Ariadna, se acercaba. Me asomé a la puerta y, mirando a mi hermana, le indiqué susurrando que pasara en silencio con una señal. Ariadna entró en aquella habitación siguiéndome. Me agarró la mano, sus ojos estaban abiertos como platos. Nos miramos, atónitas, perplejas, sin decir una palabra. Y yo le señalé un par de fotos. De repente, escuchamos a Robert avanzar por el pasillo.

—Lo he encontrado. La puerta hacia la libertad. ¡Somos libres!

Empujé a mi hermana Ariadna del cuarto y tiré las fotos que tenía en mis manos al suelo, dentro del armario. Con el portazo al cerrar la puerta, creí escuchar que alguno de los aparatos de metal se caían. Agarré a mi hermana de los brazos.

—Moli, creo que voy a desmayarme.

—Ni una palabra, Ariadna, mírame bien, ni una palabra. No sabes lo poderosa que es esta mujer. Ya conseguí que me despidieran de Wang. Es capaz de cualquier cosa, es capaz de hacernos mucho daño. ¡Está loca! Tienes que jurármelo. Ni una palabra. ¡Júramelo!

—Te lo juro, te lo juro. ¿Estás segura de que es ella?

—¡Y tanto, Ari, y tanto!

Robert entró rápidamente a escena, yo no sabía muy bien si lo que acababa de ver era un sueño o la peor pesadilla. Si lo que necesitaba era un *gin-tonic* o si lo que en realidad quería era que viniera la ola del tsunami y nos mandara a todos a tomar por el culo ya de una vez. Estaba desbordada por la situación, los llantos de Hanna y de Julieta no hacían sino asustarme más aún, pensando en aquella ola que nos arrastraría. ¡Y Frida, Dios mío..., pobre Frida! Otra vez la misma reconstrucción del puzle en mi cabeza. Por eso las marcas, por eso ese humor retorcido, siempre amargada, siempre engordando y adelgazando. Siempre gritando.

—Un momento, el lagarto. ¿Qué hacemos con el lagarto?

Ariadna me miró perpleja.

—¿No querrás en serio que nos llevemos el lagarto?

—Hombre, pues tú me dirás. Frida no me ha pagado dos mil dólares solo para que nos bebamos su bar.

Nos acercamos todos a la habitación de Nico. Por un momento, cuando lo vi tieso, pensé que había fallecido. El pobre bicho estaba morado. Un minidragón que normalmente tenía un aspecto saludable, teñido de tonos rojos, anaranjados y amarillos. Esa mañana, el pobre bicho estaba de un tono vainilla tirando a blanco que denotaba un aspecto enfermizo. Me dio pena el animal. Me armé de valor y abrí la jaula. Los gritos de Juls y de Hanna me provocaron un espasmo que me hizo tirar la tapa de la jaula. El lagarto, que debía medir unos treinta centímetros salió de la jaula y corrió hacia una de las esquinas del cuarto. Hanna y Juls salieron del cuarto dando un portazo. He de reconocer que aquel bicho imponía. Tenía una cola larga, aspecto duro, podía arrancarte el dedo de un mordisco si le tocabas. «Tranquilízate, Marina. Frida ha dicho que no hace nada, que Nico siempre andaba jugando con *Eliot*». Me acerqué despacio a la esquina y le agarré con la mano derecha del cuerpo mientras el bicho movía frenéticamente las patas. Podía escuchar los gritos histéricos de Ariadna y Julieta detrás de la puerta. Respiré profundo, conté hasta tres y me apoyé al maldito bicho en la tripa. En cuanto las patas del animal hicieron contacto con mi camiseta, dejó de temblar. Aquel animal se movió lentamente y se quedó totalmente quieto apoyado entre mis pechos. Como si necesitara calor humano para sobrevivir.

—¡Anda que no es listo ni nada el dragoncito! —gritó nuestro sarcástico Roberto.

Todavía con aprensión, comencé a tranquilizarme al ver que no se movía ni un ápice. Me abroché la sudadera y cubrí al lagarto dejándole solo que asomara la cabeza. Al instante empecé a sentir como aquellas congeladas patas recuperaban la temperatura en contacto con mi cuerpo. Me tranquilizó ver que iba tornándose más anaranjado. Cogimos los bártulos, echamos un último vistazo a la casa y por fin salimos a la calle.

Comenzamos a caminar por aquella desolación. Parecía el escenario de un plató hollywoodiense con réplicas de aquellas calles completamente vacías, sin luces, a oscuras, con todos los cristales hechos añicos y las ratas haciéndose dueñas de la ciudad.

Al llegar a la calle Houston comenzamos a ver, con alivio, otros grupos de personas que salían como nosotros a la calle. Todos iban cargando con bolsas y mochilas. Nos preguntábamos unos a otros, pero nadie sabía nada. ¿Sabéis si vamos a recuperar la luz? ¿Sabéis dónde podemos conseguir agua? ¿Sabéis cuánto va a durar esto? Nadie tenía respuestas. Cuando llevábamos

media hora caminando y llegamos a Union Square, uno de los grupos que encontramos nos indicó que a partir de la calle 59 había luz y agua. Una sensación de alivio nos recorrió el cuerpo a todos. Comenzamos a apretar el paso más animados. Cuanto más arriba, más personas se unían a la marcha ascendente en busca de ayuda.

Es precisamente en esas situaciones cuando las personas reflexionamos seriamente sobre la vida. Éramos afortunados, estábamos a salvo, e igual que sentí miedo, sentí esperanza: aquellas calles derruidas me hicieron darme cuenta de que cada día era un regalo. De que tal vez mañana ya no estemos aquí y por eso hemos de vivir de manera intensa, junto con la gente que queremos. Siendo valientes y luchando por nuestros sueños.

Hicimos una de aquellas colas muertos de hambre, en el gimnasio de un colegio se podían utilizar los enchufes para cargar los móviles. La cobertura iba y venía, pero conseguimos colgar en Facebook un maravilloso: «Estamos bien».

Aquella noche, en las colchonetas del gimnasio, con los ojos abiertos como platos, pensé en Frida intentando comprender el sentido que tenía su existencia. Una vida miserable que a los ojos de todos parecía envidiable. Me dio miedo pensar en los extremos de Manhattan. Recordé un libro que había leído hacía poco. Decía que Manhattan era una ciudad de excesos, demasías y ambiciones. Que era de las pocas ciudades del mundo donde la gente lograba conseguir sus sueños en poco tiempo. Y que por eso se daban a las adicciones, a las drogas o a cualquier otro tipo de lujo prohibido que les volviera a producir el subidón de la adrenalina. La sensación que solo produce lo prohibido, lo nuevo, el éxito, el riesgo, el triunfo. Y así, poco a poco y rodeada de la gente que más quería, me quedé dormida.

XXVII

A SISTER IN A FRIEND WILL COME AND GO BUT A FRIEND IN A SISTER WILL
ALWAYS REMAIN

—Robert, por poco me matas del susto, ya creía que no llegabas.

—Pero qué dices, Moli, si son las nueve y tres minutos de la mañana.

—¡Tres minutos tarde, Robert! Me han parecido una eternidad...

—Date con un canto en los dientes, que para la nevada que está cayendo, bastante puntual he llegado. ¿Pero no decían que en febrero ya no caían estas nevadas? Estoy congelado.

—Venga, pon la mesa, ¿has traído todo lo que te he pedido?

—Pues claro. Dos capuchinos, uno con leche de soja y uno con leche de almendra. Dos zumos de naranja naturales, dos botellas de agua Perrier. Y he comprado algo de bollería, un par de piezas son para celiacas. Tócate las narices, que las tengamos que estar peloteando de esta manera. Que parece que estamos recibiendo a Obama, nena, con tanto recadito.

—Ya, es que son como Obama. ¡Ay, Robert, que tenemos una reunión con las compradoras de Bergdorf Goodman! Como consigamos vender en esas tiendas, Robert, como lo consigamos, me puedo morir tranquila...

—Eso me lo llevas diciendo dos meses, Marina. Y al final siempre acabamos vendiendo. O no estamos vendiendo ya en Calypso, ¿eh? ¿Y en Antropology?

—Tienes razón. ¡Vendemos en Calypso y en Antropology! Es que se me olvida con los nervios. ¡Que me muero de los nervios! —Le di un abrazo celebrando que vendíamos en dos de las boutiques multimarca más famosas de Estados Unidos. Tenían miles de tiendas en todos los estados y habíamos conseguido que nos compraran dos de nuestras colecciones.

—Quita, quita, que me haces daño.

—Venga, ayúdame a repasar los precios.

Era la tercera reunión importante que teníamos aquella semana. Robert y yo, en los meses de enero y febrero, habíamos conseguido posicionar nuestras firmas en las mejores boutiques de los territorios del noroeste de Estados Unidos. Preparamos la famosa feria Coterie que se celebra en Nueva York, donde millones de diseñadores internacionales exponen sus colecciones. En aquella feria habíamos conseguido abrir unas veinticinco cuentas de boutiques americanas para cada uno de nuestros cinco clientes. Estábamos eufóricos, el segundo día de aquel evento tuvimos que contratar a dos amigas de las becarias para que nos ayudaran con los pedidos.

Robert podía venderte un radiador en el desierto y era impresionante la facilidad que tenía para meterse en el bolsillo a todas las señoras.

Conseguimos cerrar la temporada con una cifra inimaginable de dinero. Los números se nos salían del Excel y aquella inversión inicial que tanto me había quitado el sueño estaba saldada. Un ritmo frenético de trabajo que me quitaba la vida y al mismo tiempo me la daba.

De todas formas, entre tanto alboroto y tantas emociones fuertes, no fui capaz de percatarme de lo diferente que estaba siendo aquella etapa para mi hermana. Ariadna había vuelto a España, aunque ella dijera que no, yo estaba segura de que había vuelto con intenciones de abrir los ojos a Roberto, el gran amor de su vida con el que había malgastado más de diez años. Tenía la esperanza de que las cosas pudieran arreglarse y de que todo pudiera acabar bien. «El tiempo coloca a la gente en su sitio». A menudo se repetía a sí misma esa frase. Y yo sabía que la utilizaba con la esperanza de que las cosas cuadrasen a su manera. En un modelo de vida

organizado, simple y sencillo, como el de antes. La manera de vivir de Ariadna. Sin embargo, al final volvió a Nueva York. Mal, pero volvió. Poner tierra de por medio y respirar aires nuevos era la única solución que la sacaría adelante. Regresó a casa de May a suplir mi puesto. A menudo hablaba con ella de lo triste que estaba mi hermana.

—Simplemente me gustaría que sacaras una tarde para ver a tu hermana. Y que no tenga que ir yo a verte a las oficinas para poder estar contigo.

—Pero si te estoy diciendo que me bajo contigo a comer, en el descanso. Que te invito adonde quieras. Lo que quieras.

—Que no quiero que me invites a nada. Que lo que quiero es pasar tiempo con mi hermana. ¿Tan difícil es de entender? Que por primera vez en mi vida te estoy pidiendo ayuda.

—Ya, Ari, y yo quiero ayudarte. Pero no sabes la que se me ha caído encima. El abogado no ha pasado los impuestos y van a venir a inspeccionarnos. Tengo que estar cerca de la oficina.

—Ves, otra vez hablando de ti y de tu empresa.

—Ari, lo único que te estoy diciendo es que vengas aquí. Nos vamos a una cafetería o adonde quieras, pero cerca. Cerca por si me llaman.

—Déjalo, Moli, estoy bien. En serio, estoy bien.

—Joder, Ariadna.

—Voy a colgar. No entiendes nada.

—¡Ari, para!

Y colgábamos, bueno no, me colgaba. Y yo me enfadaba. Estaba muy nerviosa con la inspección esa semana y a la semana siguiente estaba muy nerviosa con la reunión con la encargada de tal tienda, y a la siguiente, con la reunión de un nuevo diseñador. Y así, pasaban las semanas, y me hubiera gustado haber podido dedicarle tiempo, pero la verdad es que no comprendía por qué no reaccionaba. Ariadna había venido a Manhattan y en dos segundos había conseguido todo lo que deseaba. O eso era lo que yo creía. Le encantaban los niños, así que Mallory le había ofrecido cuidar a Sam un par de días a la semana, además había comenzado a dar clases de español a diferentes críos del vecindario. Como May y David se habían mudado a una supercasa en Brooklyn, le habían ofrecido quedarse con el ático de la casa. Una planta gigante y entera solo para ella. En el ático le habían amueblado su propio cuarto, su baño e incluso un minisalón con proyector. Vivía en una casa preciosa sin pagar nada y encima May estaba intentando enchufarla en el colegio de los niños como profesora de literatura. Estaba viviendo una bonita experiencia, pero para ella no parecía ser suficiente. Estaba triste, y a menudo se quejaba de que todas sus amigas en España estaban casadas y comenzaban a tener hijos. Yo intentaba animarla, pero nada de lo que le decía la agradaba; si la invitaba a comer a algún sitio, no quería que la invitara; si le ofrecía ir a cenar, no le apetecía; si le decía que viniera a la oficina, tampoco quería. Y yo empecé a cansarme de sus contestaciones agrias. No podía comprender que pasara el tiempo y siguiera anclada a su relación con Roberto. Yo lo había pasado fatal con Isma, e incluso con Peter, y al final, allí estaba. Uno tiene que saber levantarse como sea.

—No me gusta el helado de Nutella, Moli, te lo he dicho millones de veces.

—También he traído tu favorito, de limón. Venga, pesada. ¿Quieres que lo hablemos? ¿Quieres que no lo hablemos? ¿Quieres que te haga un festival?

Ariadna sonreía forzosamente.

—Lo que quiero es que se me pase. Me siento idiota. Me siento imbécil viviendo aquí. Esta no es mi casa.

—Bueno, siempre puedes venir a vivir conmigo a mi agujero. Yo encantada. Además, así te

quito la ropa.

—Qué ropa me vas a quitar si estoy gorda y fea y tú cada día más delgada.

—Ariadna, te la quitaría siempre, aunque pesaras ciento cincuenta kilos. Y no es el caso. Estás muy guapa. ¿Por qué no haces ejercicio como antes? A ti te encantaba correr. Igual eso te ayuda. Podemos correr juntas.

—Que no es eso, Moli, es que aún no me puedo creer que no me haya pedido perdón. Y tengo la esperanza de que se arrepienta, de que se dé cuenta de que la prima Araceli...

—Que es una golfa, sí. Sabes lo que le vamos a mandar, ¿verdad? El sobre con la purpurina. Hay una página web, se llama «*Ship your enemies glitter*». Les mandas un sobre que parece una carta gruesa y preciosa. Y en cuanto lo abren, explota con medio kilo de purpurina llena de pegamento. Tú sabes que la purpurina es imposible de quitar de los sofás, de las alfombras, de los muebles, de la ropa. Te aseguro que Araceli se va a estar acordando de nosotras durante meses. Me produce un escalofrío de placer imaginármela llorando con su alfombra cara plagada de purpurina. ¡Qué golfa, la Araceli!

—No la llames así.

—Vale, ¿cómo la has llamado tú? Prostituta.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has pensado.

—Sí, la verdad es que sí.

—Joder, Ari. Me molesta ver como pierdes el tiempo pensando en que aún hay una oportunidad. Porque aunque la hubiera, tú eres mucho mejor que todo eso. Y no volverías con él. Vamos, yo no te dejaría. Bastantes esfuerzos estoy haciendo ya por no pegarle un buen puñetazo a Araceli. Tú puedes conseguir lo que quieras, si eres la novia perfecta. Solo tienes que recuperarte.

—No es tan fácil, Moli, yo...

—Lo mejor es que dejes de perder el tiempo estando deprimida y empieces a tener ilusión por otras cosas. No sé. ¿No te gusta escribir? Pues escribe. Escribe un blog... Tú siempre has sido la que mejor ha escrito de las dos.

Pero Ariadna ni me escuchaba y yo me iba, cabreada. Exasperada. Fui incapaz de comprender su agonía. Poco a poco comenzamos a distanciarnos. Primero, un par de días sin hablar, después, un par de WhatsApp sin contestar y después comenzaron a pasar semanas sin vernos, sin hablarnos, sin escucharnos. Yo estaba tan ocupada, tan emocionada con mi empresa, que para cuando me daba cuenta, había pasado otra semana. Y cuando estaba a punto de escribir a Ari, recibía un correo o una llamada y, sin percatarme, pasaban otras dos semanas. Nuestro distanciamiento se acrecentó igual que se incrementaban los beneficios de mi compañía: tan rápido que no había tiempo de asimilar.

—Nada de esto hubiera sido posible sin ti. Mil gracias, Robert, en serio.

—Ay, nena, que me vas a hacer llorar. El lunes que viene me tienes aquí para la siguiente temporada, ¿eh? Y esta vez, vamos a comenzar fuerte, muy fuerte. Ya lo veo, Marina. ¡Talking Media en los periódicos!

Robert se fue a Costa Rica y yo me quedé haciendo entrevistas y contratando a gente nueva para el equipo. La pequeña Beth ascendió a *account executive*, recluté a una amiga de las mexicanas como *sales manager*, Siyu como diseñadora gráfica oficial... Y así, debido al crecimiento de Talking Media en aquella primera temporada, la universidad de Siracusa me empezó a mandar más becarias.

Cerré la oficina un día más a las tantas. Justo antes de salir, cuando estaba a punto de apagar las luces, mire hacia atrás y recordé cómo hacía apenas seis meses había abierto aquel espacio. Una oficina llena de cajas y con olor a pintura. Me dio vértigo. Y pensé en mis padres, en la sorpresa que les iba a dar la semana siguiente yendo a Madrid para celebrar el cumpleaños de mi madre, y rápidamente acudió a mi mente Ariadna; hacía semanas que no hablábamos, no me atrevía a reconocer que incluso habían pasado meses. ¿Cómo era posible que estando tan cerca fuéramos incapaces de sacar tiempo para vernos?

Recordé inevitablemente cómo habíamos abierto juntas aquellas oficinas, desempaquetando cajas. Y sentí una inmensa pena, cargo de conciencia por no haber sido capaz de haber ayudado a mi hermana. Y el miedo de perderla se apoderó de mí. Decidí correr hacia Brooklyn, a casa de May, le daría una sorpresa. Le pediría perdón a Ariadna, le diría que se viniera a Madrid conmigo. Y me metí en el metro cargada de helado de limón, de ganas de hablar y abrazarla. Ya había demostrado al mundo que mi empresa funcionaba. Bueno, al mundo no, me lo había demostrado a mí misma. Ya estaba tranquila, todo funcionaba. Y ahora sí, ahora sí que podía pasar tiempo con Ariadna.

Por el camino, revisando mi nuevo iPhone, me di cuenta de que no había contestado a muchos de los mensajes que me había estado mandando Mallory. Parecían importantes, pero bueno, May lo comprendería, sabía que había estado muy liada. Y salí del metro emocionada sin pensar que cuando llegara a aquella casa, las cosas habrían cambiado para siempre. Para mi sorpresa, mi hermana Ariadna ya no estaba. May parecía no ser la de siempre, parecía sulfurada. Estaba más delgada que nunca y noté que en aquella casa había muchas menos fotos de David. Quise preguntarle por lo que había pasado, pero egoístamente solo me preocupé por mi hermana. Y me quedé paralizada cuando ella me informó de que se había marchado de la ciudad hacía un par de semanas, y que había estado muy triste. Por eso sus insistentes llamadas. Y yo, sin ni siquiera contestar... ¡Si es que no había hecho otra cosa que trabajar!

Mallory, entre otras cosas, me informó de que Ariadna había decidido hacía unos días irse de viaje, a viajar por el mundo para ver si se encontraba. Que estaba perdida, que no sabían muy bien dónde había ido, pero que ya no estaba. ¿Pero cómo podía perderse alguien en Nueva York? No entendía nada. Me asusté un poco pensando que le hubiera pasado algo. Como ella bien decía, las cosas que para ella eran importantes, las que para mí carecían de importancia, la estaban matando. No sé, me dio miedo.

* * *

A mis padres casi les dio un ataque de nervios cuando me vieron aparecer por la puerta. Les había traído regalos, sorpresas y, sobre todo, miles y miles de anécdotas que contar. Les hablé de mi nueva casa, de mi pequeño *loft* en el Lower East Side. Me había mudado allí hacía unos meses y, aunque la casa era muy chiquitita, la tenía decorada con mucho encanto. Mi padre me preguntó curiosamente cómo había sido capaz de instalar sola el aire acondicionado. Tenía razón, de una manera u otra viviendo sola había desarrollado una capacidad innata para resolver millones de problemas por mí misma. Les expliqué cómo había hecho la mudanza, cómo había montado los muebles, cómo había instalado internet... Y así, hablando, fue cuando me di cuenta de la persona independiente en la que me había convertido. Estaba muy acostumbrada a resolver todo sola. Parece una tontería, pero desempeñar todas esas tareas sin la ayuda de nadie no era en absoluto fácil. Y si ya desde pequeña pensaba que tenía la razón siempre, desde que había empezado a montar una empresa sin consultar con nadie, me creía que era capaz de presidir

Estados Unidos mejor que Obama. Estaba desarrollando una actitud un poco narcisista, engreída. Y eso a mi madre no le gustó nada, nada de nada.

—Moli, ¿pero tú empleas ese tono tan soberbio con tus empleados? No sé, cualquiera que no te conozca puede pensar que tienes malas intenciones.

—A ver, mamá, no es un tono de nada. Yo les digo las cosas que tienen que hacer. Y si lo hacen mal, también se lo digo. Creo que es una actitud normal, si no quiero que me tomen el pelo.

—Ya, bueno, pero cuando hablas así, sueñas un poco a sabelotodo. Y no me gusta, hija. Tienes que pensar que los mejores empresarios han sido siempre gente humilde.

—Bueno, mamá, si sueño a sabelotodo es porque sabré muchas cosas. O dime tú, ¿a quién conoces que con mi edad haya montado esto? He tenido que estudiar muchísimo. He tenido que aprender de derecho para pelearme con los abogados. Si hablo sabiendo es porque lo sé.

—Hija, es un consejo.

—¿Pero, bueno, has montado tú acaso alguna vez una empresa?

—Pero, hija, no te lo tomes así. Te estoy intentando dar un consejo. Soy tu madre.

—Pues no me des consejos si no sabes cómo darlos.

Y me enfadaba. Y me iba a mi cuarto. Enrabieta, sulfurada. Sin entender cómo me había convertido en una persona egoísta, capaz de hablar así a la gente de mi entorno. A mi madre, a mis familiares y amigos. A mi hermana, ¿habría llegado a hablar así a Ariadna, que siempre me había apoyado?

Pasaron los días. Yo les seguía hablando de mí, de mi vida en Manhattan, de mi casa, de mis amigas, de mi trabajo, de mí, de mí y de mí.

XXVIII

SOMETIMES LIFE HURTS A LOT MORE THAN DEATH

Relato de un noviembre melancólico de 2015. Stanton Street.

Por supuesto que el Lower East Side ya no era el mismo barrio desde hacía unos años. Su aislamiento se fue rompiendo a fuerza de la extensión de la actividad turística y la apertura de diferentes comercios y negocios de gente mayoritariamente proveniente de Europa o Australia, una extraordinaria mezcla de culturas tan folclóricas como apasionadas. Dejó de llamarse The Project, el sector de los habitantes sin recursos de Nueva York. Pero a Andrés, mi portero, que ya casi era como de mi familia, le faltaba algo. No anhelaba los disparos ni la inseguridad nocturna de la zona que aterrorizaba a los habitantes de sus calles muy pocos años atrás. Añoraba la época en la que, como él decía, Manhattan no era una isla materialista, sin mayores emociones que las causadas por el hombre. Me gustaba mucho la manera en la que Andrés me hablaba de Manhattan. Me hacía pensar en Ariadna. La extrañaba. Y no solo anhelaba los momentos que habíamos pasado juntas, sino esa sensación de adhesión, de apego, de confianza, de saber que podía contar con ella, incondicionalmente, sin importar lo que pasara. A menudo me preguntaba cuándo y en qué momento decidí convertirme en una parte de aquella isla materialista de la que Andrés se quejaba.

Un día nublado como hoy, no hacía mucho, llegó también Samantha Clemente al Lower East Side de Manhattan y se instaló en el apartamento trece que Andrés había pintado y limpiado para ella. Y con ella inevitablemente cambiaron más las cosas que en cien años de la historia del barrio. Mis emociones, mis sentimientos, incluso mi cuerpo, que se había reducido a una figura escuchimizada. Me desahogaba con mi nueva vecina, Samantha, que comenzaba a ser una parte indispensable de aquel club de mujeres desesperadas que tanto Hanna como Juls representaban.

No es Manhattan un lugar fácil ni de accesos ni de estadías. Las dos lo sabíamos. Lo que no sabíamos es que su fuerza es tan grande que te arrastra y debes tener una buena dosis de sensatez para no quedar atrapado por sus peligrosos encantos, que pueden llevarte a perder la cabeza. A dejarlo todo sin pensarlo más de dos veces. A dejar tu casa. Alejarte de tu familia y plantar tu tienda para siempre. Y aunque no todos lo logren, son muchos los que lo intentan.

Y así, lentamente, mi vecina se fue dando cuenta. Se dio cuenta de que parte de los encantos que te atrapan tienen forma humana y nombre y apellidos americanos. Suelen ser los más difíciles de resistir, pueden seguirte fuera del lugar y convertirse en lo más importante de tu vida. Así fue como Manhattan atrapó a mi pequeña Samantha. De un día para otro y sin darse cuenta era plenamente feliz en su nueva vida neoyorquina.

Una sensación completamente distinta a la que rondaba en mi cabeza desde hacía muchos días. Días que se convirtieron en penitencia, inquietudes, congoja, contrariedades, verdaderas pesadillas. ¡Vuelve, por favor, Ariadna, vuelve, aunque sea para perdonarme!

Aquel día me sentía totalmente infeliz y vulnerable ante todo lo que pasaba. Era noviembre, 15 de noviembre, el cumpleaños de mi hermana. Llevábamos más de un año y medio sin hablar. Sin dirigirnos la palabra. ¿Cómo era posible? Recordaba con tristeza y entre lágrimas aquel día no hacía mucho en que me había dado por vencida: otoño/invierno 2014. Me sentía muy sola en Manhattan, echaba de menos a Ariadna, no podía comprender que llevara meses sin contestarme al teléfono. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que intenté localizarla, llamarla para

entender lo que pasaba.

Comencé a odiar con todas mis fuerzas aquel buzón de voz que mi mente había memorizado: «Hola, soy Ariadna, ahora mismo no puedo atenderte, déjame un mensaje después de oír la señal. Gracias». Escuchar su voz me destripaba. Y aunque en un principio pensé que sería una rabieta, una huida temporal del mundo por su depresión, con el tiempo comencé a tener miedo de no volver a escuchar su voz. Nunca había echado de menos una voz. Parece imposible hasta que te pasa. Supongo que hay gente que lo ha vivido enfrentándose a una muerte, pero Ariadna seguía viva y eso era lo que más me atormentaba, que me ignorase. Una muerte dolorosa de una persona que aún estaba viva. Sentía pena, tristeza, angustia, abatimiento, debilidad.

Un día de esos en los que ya no te queda ninguna esperanza, mi madre me llamó inesperadamente anunciándome que sabía algo de Ariadna. Recuerdo los nervios que me provocó aquel WhatsApp: «Lláname, tenemos noticias de tu hermana». Marqué el teléfono sin casi atinar con los dedos agarrotados. Me imaginé a mis padres recogiendo a la hija del aeropuerto de Barajas, a Ari explicándoles con timidez y algo de culpabilidad que simplemente había decidido cumplir su sueño de hacer un voluntariado en Sudáfrica. Era algo que mi hermana siempre había soñado. De hecho, como Roberto pensaba que esos viajes eran pamplinas, siempre habíamos planeado hacerlo juntas.

—¡Joder, mamá, un poco más y me muero esperando a que contestes!

—Hija, no dramatices, estaba en el lavabo.

—Mamá, al grano. ¿Qué sabes de Ariadna?

—Nada, pues que hoy hemos recibido otra postal. Esta vez es de una isla pequeñita en Ko Tao, en Tailandia.

—¿Qué dice la postal?

—Pues nada, que todavía va a seguir viajando un año más. Que está bien. Que no nos preocupemos, que volverá... A menudo me pregunto cuál fue el día en que tu hermana perdió completamente el juicio.

—Pero, a ver, mamá, ¿no pone nada más? ¿Un año de qué, mamá, de retiro, de trabajo?

—No lo sé, Moli, no lo sé. No pone nada más. Y baja el tono, ¿eh? Que estás muy alterada.

—Normal, mamá. ¿Es que no piensa decirme nada?

—No lo sé, Moli, no lo sé.

—Pues no lo entiendo, qué quieres que te diga. ¡Y me duele, mamá! Lo estoy pasando francamente mal.

—Sí, hija, ya lo sé, y nosotros tampoco lo entendemos.

—Pero no sé, mamá. Vosotros estuvisteis con ella en Madrid. ¿No os decía nada?

—Pues no. Nada que no te hayamos contado ya. Simplemente nos tenía del todo preocupados. El pelo lo llevaba rosa. Recuerdo que nos decía que quería irse de voluntaria a África, entonces se compró un billete a Vietnam y ya no supimos más. Tu padre y yo queremos pensar que se ha enamorado, que se ha quedado por allí por esas playas, que no hay cobertura en esas islas. Yo qué sé, hija, no sabemos qué pensar...

—Pues sí que hay cobertura mamá, estamos en 2015. Claro que hay cobertura. ¡Por Dios, si hoy en día hay Wifi hasta en la iglesia!

Las últimas palabras de mi madre, que me acabó confesando que mi hermana no quería saber nada de mí, se me quedaron clavadas. Las del rechazo, el desprecio, el desdén de Ariadna. Me ahogaba, me hundía en la más profunda de las penas. Buscaba redención llamando desesperada, una y otra vez, a su buzón de voz, pidiéndole llorando que me perdonara, que la echaba de menos y la necesitaba. Que mi vida sin ella no tenía sentido. Que sentía en el alma no haberla

ayudado. Me sentía mal pensando que algo había pasado por mi culpa para que todo saliera mal. Porque, al fin y al cabo, mi madre algo de razón tenía. Me había vuelto una persona algo arisca y el dolor que acarreaba me hacía estar siempre de mal humor. Me encerraba en mi empresa, en Talking Media, me dedicaba a trabajar horas y horas, sin descanso, dando todo de mí, con tal de no encontrarme sola, en mi pequeña casa, pensando en Ariadna. Parecía que el incremento de los números de aquella empresa era lo único que conseguía reanimarme. Ni Hanna ni Juls ni nadie me comprendía. Ni tan siquiera Mallory, ahora era ella la que no contestaba mis mensajes sin motivo.

* * *

Hanna y yo corríamos, rodeadas de ardillas

—¿Sigues hablando con el noruego, Hanni?

—No es noruego, es alemán.

—Ya, bueno, lo que sea, Hanna, no te emociones, no le conoces de nada.

—Moli, hablo con él todos los días. *He is the one. I'm in love.* —Soltó una carcajada con esa inigualable capacidad de reírse de sí misma. Mi romántica y enamoradiza Hanna llevaba buscando pareja ya varios años tenazmente. Se había suscrito a Tinder, a OK-Cupid, había salido con amigos de amigos que le habíamos recomendado, había hecho lo indecible. Estaba simplemente muriéndose de ganas de enamorarse. En Tinder había conocido a Jeff hacía un tiempo. Un chico con el que jamás había quedado, pero que la tenía enamoriscada.

—Hanna, no te puedes enamorar de alguien que no has visto nunca. Al menos tendrás que saber cómo suena su voz.

—Ya, bueno, para eso están las notas de voz del WhatsApp.

—Hanna, me refiero a que nunca le has visto, nunca habéis hablado cara a cara. No puedes saber si te sientes atraída por alguien que jamás has visto en persona. No puedes mantener una relación con alguien solamente por WhatsApp.

—*I know, Moli, you are kind of right.* Es solo que llevábamos hablando tres meses, todos los días. Cada vez que se enciende mi WhatsApp, el corazón se me dispara. Me pongo nerviosa leyendo cada una de sus frases. Y me gusta, me gusta muchísimo, Moli. Me gustan las fotos que me manda, sus mensajes, su voz, su perro y hasta su casa. Me ha mandado fotos de donde vive, de cómo son las calles. Moli Guacamoli, yo sé que suena extraño. Pero siento que le conozco mejor que a los chicos con los que he tenido tres citas.

—No me convences, Hanni. Es raro, lo mires por donde lo mires.

—No es raro, Moli, estamos en el siglo XXI. Todo el mundo tiene relaciones *online* y a mí me encanta. Y me da igual que te parezca raro. Estamos enamorados. Hasta me ha dicho que ha soñado alguna vez que se casaba conmigo.

Y sí que pasaron cosas en cuatro meses, sí. Pasó que Hanna habló por Skype con Jeff muchas veces, que se encantaron y la relación avanzó cada día con más intensidad. Pasó que Julieta comenzó a mirar establecimientos apoyada por un inversor que estaba interesado en abrir su restaurante. Y pasó que, desgraciadamente, mi empresa se estancó. Ya no crecía como la espuma, además y tuvimos la mala suerte de que, aquella temporada, ni Calypso ni Antropology ni Bergdorf Goodman, como si hubiera sido todo un plan malévolo del destino, asistieron a nuestro *showroom*. Y no compraron nuestras colecciones. Aunque no hubo muchas pérdidas en la empresa, aquella temporada de ventas bajas causó una desmotivación general en nuestras oficinas. Beth anunció que Philip Lim le había ofrecido contratarla como *account executive*. Me gustó mucho la manera en que me dio la noticia, lo hizo con cariño, con empatía y dándome las

gracias una y otra vez de todo lo que le habíamos enseñado. Robert lloró como una Magdalena en la despedida. Yo no, pero me quedé muy compungida. Era incontrolable detener el tiempo en aquellas oficinas. Me asustaba cómo pasaban los años, la vida en general, y cómo cambiaban las cosas sin remedio. Yo allí, ocupada en mi despacho, veía como se me iba la juventud de las manos. E inevitablemente calculaba cuántos meses más pasarían sin volver a ver a Ariadna. Soñaba cómo sería aquel día, el día de nuestro encuentro, luego el miedo de no volver a verla se volvía a apoderar de mí, resurgían el dolor y la pena. Entonces mantenía mi agenda ocupada, la llenaba de citas, de viajes de negocios, de reuniones con artistas y empresarios. Aquellas semanas del mes de septiembre era muy fácil mantenerla así porque coincidía con la semana de la moda en Manhattan y, como si de una persona muy importante se tratara, yo comencé a recibir una, dos, tres y hasta cuatro invitaciones al día. Inevitablemente, me acordaba de cuando Mercedes las recibía en Tory Burch. Y de cómo yo las rescataba con ilusión de las papeleras. Deseaba con todas mis fuerzas que se parara el tiempo y que dejáramos de crecer. Y entonces mi amigo Robert se ilusionaba con aquellos papeles y de algún modo me contagiaba. Era una suerte contar con Robert...

—Nena, a mí me va a dar algo. ¡Pero que te están invitando a Donna Karan y hasta a Calvin Klein, nena, que también te han dado Front Row para Lacoste!

Me hacía mucha ilusión ver a Robert así de emocionado. Vi como se le ponían los pelos de punta cuando abrimos la invitación para Chanel en París, decidí hacer un parón en nuestra agenda y salir corriendo de Manhattan. Necesitaba unas vacaciones con mis amigos. Ellos también las necesitaban. Cerré los ojos. Al volver a abrirlos, me vi sentada en el salón de té Angelina. Desde hace más de un siglo, se ha impuesto como un emporio de la elegancia de los dulces en pleno corazón de París. La decoración, diseñada por el famoso arquitecto de la Belle Époque Edouard-Jean Niermans, combinaba encanto y refinamiento. Angelina es un lugar único para saborear el famoso chocolate caliente y el indescriptible postre Mont Blanc. Y eso precisamente hice yo, saborear: pastas de frutas y chocolate y sobre todo amistad. Hacía mucho tiempo que no saboreaba felicidad, alegría y risas. ¡Qué mejor manera que hacerlo de la mano de mis mejores amigos! Vi a Hanna, riendo, enamorada; después a Robert, bromeando, sarcástico y nervioso, como siempre. Y por un momento me volví a sentir muy afortunada. «Sensaciones que solo pueden provocar las personas», pensé, una frase que aprendí de mi gran amigo Maikol. Solo los grandes amigos pueden regalarte esa dulzura.

XXIX

BUT ONE ALWAYS RETURNS TO ONE'S FIRST LOVE

De sueños vive el hombre. Y la mujer. Eso bien lo sabe Karl Lagerfeld.

Se mira, pero no se toca. Ese era el único reclamo de la organización a los asistentes que, tras un aviso de megafonía, nos íbamos sentando para ver comenzar el desfile. Y como era de esperar, Karl volvía a demostrar que, a pesar de pertenecer a la industria desde hacía medio siglo y haber conocido los tiempos dorados de la alta costura, era consciente de su tiempo y de la evolución que requería. Las modelos no llevaban tacones de doce centímetros sino *sneakers* metalizadas, de *tweed* o incluso en caña alta. Las prendas no eran imposibles: veíamos abrigos de corte masculino, siluetas *cocoon* en chaquetas abullonadas y *tracksuits* que en ocasiones se dejaban recortar por agujeros troquelados que conseguían —no sabemos si intencionadamente— un efecto *homeless*. Cara Delevingne —minutos antes de salir a saludar junto al Káiser— paseaba con el pelo recogido en un *ponytail* plagado de pañuelos mientras elegía un chaleco de primeros auxilios o un rodillo de pintura, y Saskia de Brauw desfilaba con un conjunto en blanco y gris que también adelantaba una declaración de intenciones: este invierno, los pitillo vuelven... ¡en *tweed*!

Hanna y yo fuimos extremadamente felices y el pobre Robert no paró de llorar durante todo el desfile.

—Nena, déjame vivir, que esto es un sueño hecho realidad. ¡Estamos en el desfile de Chanel en París! Tenemos que aprovecharlo.

Y mientras Robert lloraba, Karl conseguía que las propuestas de Chanel, independientemente de las prendas, se aseguraran el éxito por adelantado. Y tanto Hanna, como yo, como los miles de espectadores conocidos que asistieron a aquel desfile tuiteábamos y subíamos a Instagram todo lo que vivíamos. Principalmente, a las espectaculares modelos caminando a centímetros de distancia de los productos del supermercado, charlando entre ellas mientras elegían sus productos favoritos de las estanterías.

Salimos caminando entre nubes de algodón de aquel escenario de ensueño. Por el camino, hablábamos de cómo era posible que la moda hubiera evolucionado de tal manera con el tiempo. Robert y yo, ilusionados, le contábamos a Hanna lo espectacular que había sido el desfile de Ralph Lauren en 4D que se había hecho en Central Park hacía apenas cuatro días.

Le contamos a nuestra amiga muy emocionados que hacía solo unos días, acallando todas las críticas previas, la famosa casa había presentado el nuevo espectáculo visual sobre una fuente en movimiento en el lago Cherry Hill de Central Park, siendo el agua en esta ocasión la cuarta dimensión. Apoteósico. Las modelos caminaban en el agua y desaparecían como si estuvieran en medio de un cuento de hadas. Además, al fondo se proyectaba un escenario, mientras las modelos paseaban por el agua, compuesto de una serie de fabulosas imágenes de los edificios y lugares más emblemáticos de la ciudad. Modelos transparentes desfilando sobre el puente de Brooklyn que desaparecía entre reflejos y se convertía en el High Line Park. Era la primera vez en la historia de la moda que una firma presentaba su colección con un espectáculo visual en 4D. La experiencia fue sencillamente impactante, realmente maravillosa.

—Hanni, ha sido el mejor escenario que jamás se haya visto en el mundo de la moda. ¿Y qué crees? En las entrevistas el director decía que era un elogio a la imparable evolución digital de los últimos diez años. Que te lo digan a ti, mi pequeña Hanni, que estás a punto de contraer

matrimonio con un tío al que casi ni conoces. Lo vuestro es un enamoramiento digital.

—¡Nena, es que con estos avances de la tecnología cualquier día te enteras de que puedes hasta echar un polvo por WhatsApp!

—*Oh, come on, guys! Can you please stop talking about sex? It's disgusting!*

—¡Pero qué *sex*, Hanna! ¿Qué parte de la película te has perdido? Si esta y yo hace que no echamos un kiki una eternidad...

Los días pasaron volando. Yo me sentía fenomenal, me reía, bromeaba otra vez y empezaba a sentirme viva de nuevo. Me llenaba de ganas de que las cosas comenzaran a salir bien. Y una de las tardes, mientras veíamos uno de los atardeceres más impresionantes en la explanada de Trocadero, vi en el teléfono móvil de Hanna que tenía un grupo creado que se llamaba «Sorpresa Moli en París». Es lo malo que tienen las pantallas táctiles de los iPhone, que todo lo que te llega se queda instantáneamente en la pantalla. Y, efectivamente, mientras Robert y mi Hanna se sacaban un *selfie* con aquella impresionante puesta de sol, yo pude leer cómo Juls les informaba en aquel grupo de que alguien estaría a las ocho en Pershing Lounge.

Recordé al instante que Mercedes, la madre de Julieta, nos había hablado alguna vez de la decoración de aquel restaurante.

Pensé instantáneamente en que Juls vendría a vernos. Estaba casi segura de que llevaban planeando su llegada desde el mismo día que compramos los tres nuestros billetes. Así que llegamos a nuestro hotel. Como estábamos agotados y con *jet lag*, decidimos dormir una pequeña siesta para recuperarnos. Nos acostamos, aquellas camas de sábanas de seda te hacían coger el sueño al instante. Me quedé completamente dormida y justo antes de desvanecerme del todo, escuché entre susurros la voz de Robert mientras se acercaba a la cama de Hanna. «Confirmado, que sí que viene, me temo que esta noche alguien que no soy yo va echar un kiki». Me quedé dormida sonriendo.

Los susurros de Hanna y Robert discutiendo por algo, con claras intenciones de que no me enterase de nada, acabaron por despertarme. Fue inevitable prestar atención a parte de la conversación. Que si tú ponte esto para la cena, que si estás haciendo demasiado ruido, que si iban a llegar a la cena más tarde, que si mejor que se reunieran allí conmigo, que hacían demasiado ruido otra vez. Decidí hacerme la dormida para no estropear la ilusión con la que preparaban la sorpresa, no tenía ni idea de lo que podía ser. Después de un rato de ruiditos y toses de disimulo, escuché como salían de la habitación y cerraban la puerta. Encendí la luz de la mesilla y dibujé una sonrisa al pensar en lo mal que se les había dado disimular a mis compañeros. En la mesilla, justo al lado de mis maletas, había una nota. Reconocí al instante la letra desordenada de Robert: «¡Moli, qué nervios! Te vamos a dar una romántica sorpresa en París. Abre el armario, tienes un maravilloso regalo, pónelo, nos vemos en el restaurante a las nueve. PS: ¡Vas a tener que planchar el regalo, no nos ha dado tiempo, nena!».

Sonreí otra vez, abrí el armario expectante y me encontré un precioso mono con la espalda al aire de Katarina Grey. Es una diseñadora española, de Barcelona. Hacía mucho tiempo que me había llamado la atención por sus exquisitos diseños para bodas. Me lo probé enseguida, me miré al espejo otra vez, me sentaba como un guante. Salté a la ducha, emocionada, me imaginaba una noche de fiesta con mis amigos, con Julieta, con Hanna, igual con suerte hasta habría venido Samantha o incluso el novio digital de Hanna.

Me pinté los labios de rojo oscuro, me repasé las uñas de la mano derecha y justo cuando estaba a punto de salir de la habitación, me llamaron al móvil. Era nuestra secretaria. Primero pensé en no contestar. ¿Contesto, no contesto? Qué pereza, no contesto, estoy de vacaciones. Metí las llaves del hotel en mi bolso, me puse los tacones y el móvil seguía sonando. ¡Pesadilla!,

¿qué querrá? No, Moli, que estás de vacaciones, bueno, venga, contesta rápido...

—*Hello?* —Escuché la voz de Erika temblorosa. Parecía que estaba a punto de llorar.

—¡Ay Dios mío, Marina! ¡Por fin me lo coges! ¡Te he llamado cien veces! ¡No sabes lo que ha pasado! ¡Ha venido una señora a la oficina histórica! ¡Te estaba buscando! Gritaba tu nombre entre insultos y otras barbaridades. Decía algo de un artículo en una revista. ¡Un artículo que le había arruinado la vida y que había provocado que ahora ella quisiera arruinártela a ti! Bueno, ¡y a mí! ¡A todos! ¡A Talking Media!

—Erika, tranquilízate e intenta no llorar. Casi no puedo entenderte. ¿Quién era la señora? ¿Cómo se llamaba?

—¡No lo sé! Decía que era abogada y que me exigía enseñarle los documentos legales de la empresa. Estaba muy furiosa, Marina. Decía que ella misma se iba a encargar de cerrar Talking Media, ¡que este sería nuestro fin! Se llamaba algo así como Carmoina, no espera, era Frema Carmo...

—¡Frida Carmona!

—¡Eso! ¡Frida Carmona! Decía que quería arruinarte la vida igual que habías hecho tú.

Incoherencia. Nervios. Intenté relajarme como pude mientras escuchaba los detalles. Respiré profundo. Me mantuve unos minutos más al teléfono intentando tranquilizar a Erika. ¿Qué querría ahora esta mujer? ¿De qué artículo hablaba? No entendía nada. Todo sonaba inconexo. Me sentía lejos y protegida por la distancia, pero, al mismo tiempo, me asustaba pensar lo que aquella loca sería capaz de hacer. Colgué el teléfono pidiendo a Erika que llamara a nuestro abogado, que no dejara entrar a nadie en las instalaciones.

Esperé el ascensor mientras pensaba qué cable se le podía haber cruzado a la masoquista de Frida para volverse loca conmigo otra vez. Me dio mucho miedo que Erika repitiera textualmente sus amenazas. Dios sabe lo poderosa que era aquella mujer. Me puse muy nerviosa. Estábamos tramitando el visado de Erika y podía tardar uno, dos o incluso seis meses. Según el gobierno americano, en el tiempo de espera no estaba autorizada a trabajar.

Me dio pavor pensar de lo que sería capaz la chalada de Frida. Por otro lado, ¿un artículo? ¿Qué artículo? No entendía muy bien de qué hablaba. «Tranquilízate, Moli, para eso tienes un buen abogado y para eso te has gastado un dineral en hacer las cosas bien con tu empresa. Nada puede salir mal, y ahora tienes a May de tu lado. En el caso de que las cosas se pongan feas, siempre puedes pedirle que intente hablar con Frida», me decía a mí misma para intentar tranquilizarme. «Además, como tenga pensado hacerme algo te juro que soy capaz de publicar un artículo en *Yo Dona* contándole al mundo los líos sexuales que se traen el famoso directivo de JP Morgan y su mujercita en Manhattan. Vamos, que me cuelo en esa casa como que me llamo Moli Jones y publico desde la primera hasta la última foto de aquellos jolgorios sexuales». Salí del ascensor haciendo elucubraciones sobre los titulares que encabezarían aquel artículo. Y, de repente, en una de las salas de espera oí un inigualable silbido. Piel de gallina, manos que comenzaban a enfriarse.

—Estás muy guapa, Boom-Boom.

—Otra vez tú...

Y el olor de su perfume invadió la sala de espera del hotel. Fue imposible contenerme y me lancé a sus brazos. Un abrazo de esos infinitos, que te crujen la espalda y te ponen del revés. ¡Era Lucca, mi Lucca! Aquel abrazo era el remedio perfecto para todos mis males.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo has dado con Julieta y con Hanna? ¿Cómo sabías que yo venía? ¡Joder, me hace mucha ilusión verte! —Y le abracé otra vez. Estaba pletórica—. Pero, espera, ¿has hablado también con Robert? Porque hace días que me oculta

algo, lo sospechaba porque no dejaba el móvil a la vista.

—Sí, Robert me decía que era un bomboncito. Vaya amigos gais que te echas. ¡Si hasta me pidió que le mandara fotos mías!

Solté una carcajada imaginándome a Robert...

—¿Cuándo has llegado?

—Si me dejas de hacer preguntas frenéticamente, igual me da tiempo a contestarte alguna.

—¡Ay, Lucca! —Y nos abrazamos otra vez—. Bueno, ¿de qué te ríes?

—De que estás muy guapa, ¿qué quieres que te diga?

—Tú también estás muy guapo, Lucca.

Y los dos nos sonrojamos.

—Bueno, vámonos de aquí, que estamos dando el espectáculo. Esa espalda..., ¡estás guapísima!

—Anda, calla. ¿Vamos al restaurante ese? ¿El de los jardines que me ha dicho Hanna?

—Pero qué dices, parece que no me conoces. Yo a esos sitios no voy, no me gustan, me pone de los nervios el ambiente. Te voy a llevar a un sitio mucho mejor. Te he traído una sorpresa.

—¿Y adónde vamos?

—Que dejes de hacer tantas preguntas.

En pocos minutos llegamos a la Torre de Montparnasse. Vi que las luces del restaurante estaban apagadas. Debía de estar cerrado, había algunos andamios rodeando el edificio. Máquinas apostadas en las puertas y grúas altísimas alrededor de la torre. No entendí muy bien lo que pasaba ni por qué habíamos venido hasta allí. Y Lucca entonces me pidió que le esperara en la puerta. Me sonrió de medio lado, de aquella manera tan cómplice. Aquel gesto tenso delataba que estaba a punto de hacer una de sus locuras. Se marchó corriendo. Con qué poco se había conformado siempre. En cambio, yo... Estaba tan confundida, tan cansada de buscar, tan exhausta de querer siempre más, era una sensación agotadora. No me conformaba con nada, nada me satisfacía laboralmente y, al mismo tiempo, estaba tirando por la borda mi vida personal. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía el calor de un beso o de un abrazo?

Por un momento, esperando a Lucca, me sentí perdida. ¿Cuál era mi sueño? ¿Dónde lo estaba buscando? ¿Quería realmente ser empresaria? ¿Igual Talking Media no había sido la respuesta y yo me había obsesionado en que sí, como siempre hago cuando creo que tengo la razón? ¿Quizá Ariadna tenía razón y yo tendría que haber sido diseñadora? ¿Era eso lo que me faltaba? Ser diseñadora de zapatos. ¡Cómo me gustaban aquellas tarjetas que me dieron en Tory Burch!

Al rato salió Lucca por una de las puertas, sonriente, con su característica cara de travieso. Le acompañaba un guardia de seguridad. Nos abrió con las llaves dejando que subiéramos.

—Mejor no te pregunto cómo has conseguido que nos abrieran, ¿no?

—Mejor que no.

Y nos reímos, y yo, como siempre, preferí no preguntar. Porque así era Lucca y así había sido siempre. No quise pensar en cómo habrían sido aquellas negociaciones, decidí disfrutar del momento.

—Bueno, ¿te gustan las vistas, Moli?

Se encendió un cigarro en aquella sala oscura. Le observé atentamente mientras se quitaba la chaqueta y se remangaba.

Se acercó a una de las esquinas de la sala, mirándome sonriente. ¡Tachán! Sacó entre carcajadas una bolsa de sándwiches de Rodilla. Madrid 1939.

—¡No me creo que hayas traído sándwiches de Rodilla!

—Queso azul con rúcula, atún, nueces y oporto, jamón serrano. Por el amor de Dios, hay

cosas que nunca cambian.

Soltó una carcajada otra vez. Me di cuenta de lo consciente que era de lo irresistible de su plan.

—¿Me estás diciendo en serio que los has traído?

—Abre la bolsa.

—¡No es verdad!

—Es que, a ver, Moli, yo nunca te voy a llevar a restaurantes de esos a los que tú vas en Manhattan. Yo soy así, de barrio, el Lucca de siempre, y sé que te encanta.

Se rio, y a mí me maravilló que no fuera verdad.

—¡Qué bobo eres!

—¡Y tú qué guapa estás!

—Corta el rollo, me has convencido más con lo de los sándwiches.

—Es la verdad, te has puesto muy guapa. Y encima, esa espalda. Me estás poniendo muy nervioso...

—Lucca, te has convertido en ese tipo de seductor pesado. En serio, corta el rollo. Conmigo no cuela. No soy una cualquiera.

—Ya lo sé. ¿O qué te crees, que yo siento tantas ganas de besar a cualquiera todos los días? ¿Y que me vengo a París con una bolsa de sándwiches de Rodilla como un idiota por cualquiera? ¡Venga, creo que me merezco un beso, aunque solo sea por los sándwiches! —Risotadas otra vez.

—¡No pienso besarte con esa actitud!

—Ahora que lo dices, yo tampoco pienso besarte hasta que no te quites las pestañas postizas. ¿Desde cuándo llevas pestañas postizas?

—¡Pero de qué hablas! Yo no llevo pestañas postizas.

—Claro que sí, las veo perfectamente desde aquí...

—¡Pero qué dices, Lucca, que no!

—A ver, lista. Déjame ver. —Me acerqué inocentemente, actuando exactamente igual que cuando nos conocimos. Ojos cerrados y ofuscada por demostrarle a Lucca que no llevaba aquella horterada puesta. Lucca me plantó un beso y, antes de que pudiera separarme, me rodeó con sus brazos y me sujetó la cara.

—Que ya sabía que no las llevabas, pero necesitaba emplear un truco rápido para poder besarte cuanto antes. En serio, estás muy guapa.

Y seguimos besándonos toda la noche. Eran besos distintos a cuando éramos niños porque esta vez sí nos deseábamos. Como dos adultos se desean. Lucca me cargó con esos gigantescos brazos hasta una de las mesas de aquel lujoso restaurante vacío. Aquellas mesas estaban recogidas y preparadas para la próxima apertura. Y mientras me apoyaba en una de ellas, tiró del mantel con el otro brazo dejando que se rompieran las copas, los vasos, que todo cayera violentamente. Con aquel movimiento me excité más de la cuenta. Justo antes de que sus manos comenzaran a desnudarme, buscó mis ojos y me sujetó la cara y nos reímos.

Sin embargo, algo hizo que aquel sueño parisino se convirtiera en una minipesadilla que acabaría terminando con nuestra historia. Aquella historia que nos había acompañado desde que éramos críos.

—¿O sea que Hanna y Robert habían planeado todo esto?

—Yo me metí en tu Facebook a través de la cuenta de mi hermano, que, por cierto, te manda saludos. No sé, últimamente pensaba mucho en ti, me apetecía mucho verte. Mi hermano me cuenta de vez en cuando que subes cosas de tu empresa. Aún no me puedo creer que tengas tu

empresa en Nueva York. Bueno, cuando me metí en tus fotos y vi que estabas tan preciosa, no me quedó otra opción que planear verte. Decidí escribir a tu hermana Ariadna, pero nunca me contestó. Y créeme que le escribí durante varios meses. Así que, como siempre tenías fotos con esa tal Hanna, le escribí hace unas semanas para contarle mi plan. Ella me dijo que estabais a punto de venir a París. La verdad es que París me queda más cerca. Y no sé, quería verte. Y decirte que... Bueno, no sé, igual he bebido mucho, pero quería decirte que yo no he conseguido volver a enamorarme.

Igual tenía que haberme emocionado más con sus palabras o igual tenía que haberme alegrado al escuchar que, después de haberse acostado con otras mil, seguía pensando en mí. Igual debería haberme sentido halagada, pero lo cierto es que por no sentir, no sentí absolutamente nada. Intenté hablarle de Ariadna, me contestaba con unos cortos, absurdos y sin sentido: «Va, lo acabaréis arreglando, si total siempre andabais enfadadas cuando erais pequeñas. Lo arreglaréis, ya verás». Y después de decirme eso, me volvía a repetir lo de que estaba muy guapa. Y a mí, esos piropos, cuando intentaba mantener una conversación seria, me ponían aún más tensa.

Al rato intenté hablarle de mi empresa, de lo preocupada que me tenía la llamada que acababa de recibir sobre la amenaza de Frida. Me descomponía pensar lo que Frida sería capaz de hacer. Cada minuto que pasaba me comenzaba a dar más miedo la situación. Él, sin embargo, no supo qué aportar al asunto. Noté que se ponía nervioso, que se sentía perdido cuando yo le hablaba de Nueva York, de nuestros abogados, de los trámites del negocio, de las complicaciones. Él movía frenéticamente las manos, impaciente, e intentaba cambiar de conversación. Le miré. Por primera vez en la noche le observé con otra luz. Irascible, impresionable, guapo, más guapo que nunca diría yo.

Lucca seguía atrapado en un mundo que para mí ya no tenía ningún sentido. Y noté que no tenía intenciones de buscar escapatoria. Ni aquel día ni nunca. Y eso me inquietó. Escuché con mucha pena y con mucha melancolía sus palabras, los mismos discursos de siempre.

Y sentí una necesidad imperiosa de volver a Manhattan. Necesitaba estar allí, al frente de cualquier situación escabrosa que pudiera ocurrir con mi poderosa enemiga íntima. Así, mientras Lucca me hablaba emocionado y me decía piropos absurdos que llegaban a ser insultantes, yo me quedé bloqueada, paralizada en aquel bar en el que en lo único que pensaba era en cómo me iba a quitar de encima a la psicópata de Frida.

Un sexto sentido me advertía de que lo que venía a continuación era una guerra en forma de huracán. Que llegaría pronto de una manera trágica y catastrófica y se iría rápido de una manera fulminante, dejando todo descuartizado. Pensé en lo traicionera que era la vida y en cómo una persona que había sido tan absolutamente importante para mí podía estar causándome aquella sensación de flojera, de desapego, de inquietud. Me di cuenta de que no era la única que sentía todo aquello que nos estaba pasando. Y que aquel abismo que se abría entre nosotros también lo notaba Lucca. Un abismo profundo, sin retorno.

Noté cómo a mi amor de adolescencia también le invadió una gran sensación de alivio cuando le anuncié que tenía que volver a Nueva York al día siguiente, muy temprano. Entonces nos despedimos, intercambiando los últimos pensamientos y emociones, algunos que otros piropos y palabras de despedida. Aquellas miradas que, sin saberlo, miraban cosas distintas al encontrarse.

XXX

WHAT IS MEANT TO BE WILL ALWAYS FIND ITS WAY

Llegué a la puerta de embarque con más de dos horas de antelación. Quería sacar tiempo para revisar los e-mails de Erika y del abogado. Me tenían realmente asustada. Erika me había dicho que había recibido cartas hasta de la policía diciendo que iban a realizar una inspección de los fondos de Talking Media. El abogado me había mandado mil formularios que quería que rellenara en cuanto llegara a Nueva York. También me decía que deberíamos pagar no sé qué impuestos antes de la semana próxima. El tono histérico que empleaba Ernesto me atemorizó, normalmente usaba un tono apaciguado, tranquilo. Aquellos e-mails me estaban partiendo en mil pedazos en aquel aeropuerto. Entré rápidamente en pánico, sobre todo cuando empecé a revisar algunos WhatsApp de Robert, él también estaba muy asustado. Me preguntaba en su típico tono sarcástico por qué Frida había decidido destrozarnos la vida de un día para otro.

—Nena, nos están mandando cartas hasta los de inspección de sanidad. Incluso han venido los *managers* del edificio diciendo que tenemos bloqueadas las salidas de emergencia y que nos van a multar. Por eso, y también porque hemos utilizado el cuartito de las calderas como almacén. Eso es otra multa más que, al parecer, nos quieren poner ahora. Ya sabes que en Nueva York te multan por todo. Nos han dado cuatro alertas de multas con cifras exorbitantes.

—Robert, ¿te quieres tranquilizar? Todo va a salir bien. No te pongas nervioso. Yo en cuanto llegue a Nueva York quedo con Frida. No sé qué le ha pasado esta vez, pero estoy segura de que se puede arreglar. Ahora tengo a May de mi lado, Robert. Ya verás cómo todo va a salir bien. De verdad. —No sabía muy bien si estaba tranquilizándole a él o a mí misma. Además, May llevaba meses sin contestarme los mensajes.

—¡Ay, Dios te oiga, Marina! Pero yo no sé por qué tengo el *feeling* de que la guerra está desatada y se avecina un final negro, muy negro. Como en la tormenta perfecta. ¿Tú crees que nos habrá pillado la mentira del dragón *Eliot*? Igual se ha enterado de que le mentimos contándole que murió en tus brazos congelado. ¡Ay, madre, esta se ha enterado de que abandonamos al maldito animal en aquellas alcantarillas! Si ya lo sabía yo, no teníamos que haber abandonado a *Eliot*...

—No digas tonterías, Robert, por Dios, que me estás poniendo nerviosa.

—¡Ay, tienes razón! Son los nervios que me hacen decir estupideces.

—Bueno, pues tranquilízate. Porque, como mucho, nos tocará pagar un par de multas y punto. Y yo le he traído unos licores franceses a Frida. A ella le encantan, o sea que me acabo de dejar un dineral en el aeropuerto porque sé que todo va a salir bien.

—Bueno, deja de comprar licores y ven ya a la oficina. ¡Ay, te echo tanto de menos!

—Y yo, Robert, en nada estoy allí. Ya verás.

—Eso espero. Por cierto, ¿qué le has dicho al pobre Lucca? El chico ha venido a París para pasar un fin de semana romántico y le has dejado solo. Si hasta había alquilado una moto para sorprenderte, más mono.

—De Lucca ya hablaremos.

—Oye, que si no lo quieres, me lo pasas a mí, ¿eh? Compartir es vivir, mona. ¡Ay, qué tonterías digo! Si es que estoy de los nervios.

—Robert, tómame un par de valerianas y vete a la cama. Son las tres de la mañana.

—Vale. Buenas noches.

Y Robert no fue el único que se tomó un par de valerianas. Yo también me tomé un par de pastillas para intentar relajarme. Respiré profundo, me hubiera encantado poder llamarles, sobre todo al abogado, pero con la diferencia horaria aquello era imposible. Me daba muy mala espina pensar que Frida estuviese tan enfadada. Me temía lo peor. Y lo peor, viniendo de Frida Carmona, podría ser una verdadera catástrofe natural.

Encontré una cafetería con bastante encanto en el aeropuerto de París-Charles de Gaulle. Comencé a responder e-mails compulsivamente mientras la sala se iba llenando.

En cuanto nos montamos en el avión, me dejé caer en el asiento. Acomodé mi almohada mientras miraba por la ventana recordando todos los recados que tenía que hacer al llegar a Nueva York. Pagar el alquiler, revisar por qué me habían cargado más dinero en el gimnasio, darle a la secretaria las nuevas facturas, recoger la colada, pagar la comunidad del edificio, cancelar la reunión del miércoles y traspasarla al sábado. Como siempre, esa sensación tan agotadora de no poder parar el discurso mental que no me dejaba desconectar. De improviso, un olor familiar hizo que se pusieran alerta todos mis sentidos. Al instante oí su voz. Una voz ronca que indicaba a una de las azafatas que dejaran su maleta fuera del compartimento. Me giré tímidamente, quitándome el antifaz de la frente para que, efectivamente, Gaspar Jabel no me viera con pinta de Superman.

¡Era él! Mi olfato nunca fallaba, allí estaba, con un jersey verde que resaltaba esos intensos y preciosos ojos azules. Hacía muchísimo tiempo que no le veía. Le observé, como siempre, apacible. Rebuscaba en su maleta algo, pero no lo hacía de una manera compulsiva. ¿Qué buscaría? Deseé con todas mis fuerzas que se sentara en el asiento contiguo al mío. Aquel día, por una razón desconocida, la suerte había decidido ponerse por fin de mi lado. Crucé los dedos. (A Dios ya había dejado de pedirle cosas hacía algún tiempo, me sentía mal por haberle engañado con lo de los discípulos. Ahora confiaba en el karma y en la suerte). Así que crucé también las piernas pidiendo que, por favor, sentaran a esos ojos cristalinos a mi lado. Desgraciadamente, vi como le acomodaban en el pasillo justo de la fila de atrás. Yo estaba en ventanilla. A mi lado tenía a una señora mayor, con pinta poco amigable.

En fin, si el destino no me favorecía tendría que ir a buscarlo. Ya lo decía la expresión: si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a... Un momento, ¿pero cómo va a ir la montaña a Mahoma? ¿Quién narices inventó esa frase y qué significaba? Tranquilízate, Marina, que te estás poniendo muy nerviosa. ¡Lánzate! ¡Tú eres la montaña, lánzate y pide a la señora que te cambie el asiento! Nervios, confusión. Decidí levantarme rápidamente para fingir que iba al servicio, para casualmente encontrarme con Jabel. Pronuncié un tímido «*excuse me*» mientras esquivaba a aquella señora que ya se había puesto la manta. Me levanté y, justo cuando estaba a punto de entrar en la pasarela de Victoria's Secret disfrazada de pasillo del avión de Air Europa, se me enredó el pie derecho en la manta de la señora, perdí el equilibrio y me fui de bruces al suelo. Con tan buena suerte que el movimiento de la manta hizo que el champán de la señora cayera empapándome y el suelo se llenara de trocitos de cristal. ¡Muy bien, Moli, fenomenal! ¿No querías ser la Moli de siempre? ¡Pues aquí la tienes! ¡Molie Jones! Rociada en champán, en el suelo del pasillo, con las rodillas de Jabel enfrente, esperando para recogerme. ¡Maldito Mahoma, si ya sabía yo que no había que ir a la montaña, joder!

—Marina, ¿eres tú? Levanta, sujétate en mi brazo, madre mía, ¿estás bien?

—Me cago en el puñetero Mahoma. —Sí, eso es exactamente lo que dije.

—Perdona, ¿qué?

—Nada, que sí, que estoy bien. Que estoy fenomenal.

—Pero bueno, si estás sangrando.

Y, efectivamente, al reincorporarme me di cuenta de que me dolía mucho la frente. Y que el suelo y la manta de la señora se estaban cubriendo de gotitas de sangre.

—Que estoy bien, que estoy bien. No me agobies. —¿De verdad tenía que caerme de bruces en este encuentro? ¿Era estrictamente necesario? Estaba claro que el karma no funcionaba.

Y por más que maldije a Mahoma y al destino, allí estaba yo. En los lavabos del avión, con dos azafatas que hablaban con un acento francés y con Jabel, con cara de preocupado, sosteniendo un *kleenex* en mi frente y mirándome con cara de agobio. Eso sí, aunque hubiera preferido que fuera en otras condiciones, conseguí exactamente lo que quería. Mientras una de las azafatas me preparaba un zumo de naranja, escuché como la otra le informaba a Jabel de que podríamos sentarnos en aquellos dos asientos que iban juntos. Así él se mantendría al cargo del trabajo de enfermería. Y, a ver, que no me iba a morir en aquel preciso momento. Pero si tenía que exagerar un poco para mantener a Jabel a mi lado, pues lo haría. Vamos, que así lo hice. Por fingir, fingí hasta que estaba mareada y que me iba a dar un bajón de tensión. A los diez minutos estaba sentada, rodeada de refrescos, zumos, diferentes tipos de chocolate y con Jabel a mi lado sujetándome la mano. Bien jugado, Moli Jones. Bien jugado.

—¿De qué te ríes, Marina?

Me acababa de dar un ataque de risa que era difícil de controlar.

—Pues, ¿tú qué crees? ¿Ves normal lo que me ha pasado? ¿A quién conoces tú que se abra la cabeza en un avión mientras coquetea?

—Ah, ¿que estabas coqueteando?

Una vez más fui incapaz de no confesar lo que había pasado.

—Pues sí. Quería ir hacia el baño y había planeado una estrategia perfecta para pasar por tu lado sintiéndome un ángel de Victoria's Secret y luego quería hacerme la sorprendida con el reencuentro. Lo que pasa es que, al final, pues no me ha salido del todo bien, ¿no? ¿O sí? No sé, ¿tú que crees? —Soltamos los dos una carcajada.

Y a partir de ahí comenzó una conversación que duró exactamente el mismo tiempo que aquel interminable vuelo a Nueva York. Ocho horas y veinticuatro minutos. Interrumpidos únicamente por la pura necesidad de ir al lavabo. Me estuvo hablando de los proyectos en los que había estado metido últimamente.

—¿Recuerdas que te comenté que la Warner Bross estaba interesada en que les redactara un guion para una serie?

—No.

—Ya me lo imaginaba. Así es, Marina Hernández, la especialista en flirteos y otros detalles del coqueteo en los aviones.

—Exactamente, no lo has podido describir mejor.

—Pues el proyecto está basado en una película que presenté a un festival de cine en Los Ángeles hace algunos años. Resulta que un productor bastante importante se quedó con la esencia de la película. Una trama que, aunque estaba inspirada en España, reflejaba un problema del día a día de la sociedad americana. Me pidió que adaptáramos el guion para lo que podría llegar a ser una serie americana. Con escenarios y personajes puramente estadounidenses. Me encantó la idea, me esforcé en aquel proyecto durante meses. Y al final no salió.

—¿No jodas?

—Sí, pero espera. *What is meant to be will always find its way. Destiny.*

—*Oh, no. I don't think so. I think destiny is for losers. It is just a stupid excuse to wait for things to happen instead of making them happen.*

—Bueno, puede que tengas razón.

—Total, que al final sí que te ha salido el proyecto con la Warner. ¿No?

—Efectivamente, aquí me tienes. De camino a cerrar todos los contratos en Nueva York. ¿Y sabes lo mejor de todo? Que la serie se va a rodar en Nueva York. O sea que por fin voy a poder vivir en Manhattan. Ha sido una de mis ilusiones desde siempre. A partir de mañana estaré viviendo en esa ciudad. Aunque, bueno, la productora está en Nueva Jersey, tendré que buscar un apartamento en esa zona.

—*Oh, no, no, no. New Jersey is the place where the New York dreams come to die.*

Soltó una carcajada.

—¿En serio piensas eso?

—No es que lo piense. *I am positive.*

—Pero bueno, ¿y a ti qué te pasa que estás tan negativa?

Y entonces empecé a contarle todo lo que me había pasado. Me sentía culpable. Realmente, al contarle, me di cuenta de que me había comportado mal, que había sido altiva y egoísta. Una gilipollas, vaya. Con mis padres y mis amigos, y con mis empleados, especialmente con Robert... Y eso que a todos y a cada uno de ellos les quería muchísimo y les valoraba en lo que valían. Y cuanto más crecía mi empresa, más miserable me sentía. Llegué a pensar que el crecimiento de Talking Media era proporcional al distanciamiento de Ariadna. Luego me decía que todo eran pamplinas. Y que la culpa de todo era suya. Que me había dejado de hablar egoístamente de la noche a la mañana. Y luego me sentía tremendamente mal por hacer culpable a mi hermana y entonces volvía a fustigarme. Y precisamente por estar castigándome por ser calculadora, me convertía en una persona aún más insatisfecha. Y entonces gritaba a la gente y me volvía insoportable. Y gritaba a Juls, a Hanna y sobre todo a Robert. No eran normales los ataques de histeria que Robert tenía que soportar.

—Lo siento, espero no estar dándote mucho el coñazo. No sé, de repente me he sentido a gusto contándote todo esto y me he lanzado. Pero si quieres que pare, me lo dices y yo paro. Nunca había hablado con nadie de mis sentimientos, y contigo, salen solos. Sin más. Lo siento.

—No tienes que disculparte, Moli, siempre me ha encantado escucharte. Me llama muchísimo la atención todo lo que me cuentas. Me parece impresionante cómo siendo una mujer tan valiente tienes tantos miedos. De verdad que me fascina escucharte, es muy bonito todo lo que dices y ahora, cuando acabes de desahogarte, me vas a dejar decirte todo lo que pienso.

Yo seguí hablando, él siguió mirándome con esos intensos ojos preocupados. Bueno, preocupados y muy interesados, como cuando lees un libro y te mueres de ganas de llegar al final, él no podía dejar de leer, ni de escuchar. Seguía mi relato con muchísima atención mientras yo seguía pariendo. Y siento si suena fea la expresión dicha así. Pero fue sencillamente lo que me pasó, un parto de sentimientos en toda regla. En aquel avión, con algunas que otras turbulencias, un *kleenex* en la frente y un par de copas de vino, yo vomité todos los sentimientos que me habían tenido atrapada durante meses. Meses de pura agonía y conmociones aprisionadas en mi pecho como puñales. Me desahugué de una manera indescriptible con aquel hombre mientras me agarraba la mano y me daba los consejos más bonitos que había recibido. Resultaba evidente su verdadero interés por mí. Escuchaba con muchísima atención todo lo que yo le contaba y luego me daba una nueva visión del asunto, menos dramática, más adulta, sincera y sencilla. Luego seguía preguntándome, fascinado por la intensidad de aquella historia que había transcurrido en tan poco tiempo. Recuerdo cómo me abrazó y me dijo que le parecía impresionante que con mi edad hubiera montado todo aquello sola, cómo me animó a que se la contara a alguien para que escribieran un libro con todas esas experiencias. Yo me reía pensando que aquello era imposible, que yo jamás sería capaz de inspirar a alguien para escribir un libro, a

quién podían interesar esas historias. Él se reía y me decía que ya me convencería en otro momento, cuando la trama tuviera un final feliz.

Y luego me pidió que siguiera hablando, que le encantaba escuchar. Por lo visto, le sacaba de su monotonía de escritor. Así que empecé explicándole cómo había sido mi día a día desde aquel viaje tan fascinante que había hecho a Costa Rica. Me sentía viva y enérgica contándole todo este tipo de experiencias y observando que no solo le interesaban, sino que me aportaba consejos y lecciones totalmente coherentes y reconfortantes. Le hablé con cariño de cómo había ido encontrando a cada uno de mis empleados, le hablé de Robert. De lo divertidas que eran las jornadas de trabajo con él.

—En serio, te mueres de la risa con Robert. Cada día te sorprende con una anécdota nueva y absurda que te hace sonreír o soltar una carcajada. El otro día me contó que su contraseña del ordenador de la oficina es «incorrecta». Porque dice que como muchas veces entra en pánico y pierde la memoria, tiene la seguridad de que el ordenador siempre le va a recordar: su contraseña es incorrecta. La gracia está en cómo te lo cuenta, utilizando siempre la palabra nena, que sabe que odio con todas mis fuerzas, pero le tengo tanto cariño que ahora me encanta escucharle llamarme así.

Nos reíamos y seguíamos hablando y aquellas horas que normalmente se hacen eternas pasaron volando casi sin darnos cuenta. Cuando el avión aterrizó y las gotas de lluvia estallaron contra la ventanilla, me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía muy aliviada. Jabel estaba a mi lado, agarrado con fuerza al asiento porque le daba mucho vértigo el aterrizaje. Le miré mientras me reía de él, de lo mal que lo estaba pasando en aquel momento. Él también se reía a pesar del mal rato. En aquel preciso instante pensé que nunca jamás quería separarme de él. No sabía de qué manera le quería tener presente en mi día a día. Pero quería tenerle, de eso no cabía la menor duda. Necesitaba volver a verle. Todavía no nos habíamos despedido y yo ya tenía ganas de volver a quedar con él. Me di cuenta de que hay momentos, bueno, y cosas que hay que verlas y sentir las.

* * *

Llegué a la oficina cargando con aquella pesada y gigantesca maleta.

Sin embargo, cuando entré vi que la cara de Robert podía ser perfectamente el cuadro de *El grito*, de Edvard Munch. Estaba pálido, con unas ojeras oscuras y gigantescas frente a su ordenador, la boca abierta, con la barbilla casi rozándolo. Yo entré sonriente, gritando a los cuatro vientos que traía buenas noticias. Pero esta vez no me llamó ni nena ni nada: Marina. Me asusté. Nunca antes Robert me había llamado por mi nombre. Me agarró de la mano y me arrastró corriendo escaleras arriba hacia mi despacho. Supuse que no quería que nadie se enterara de nuestra conversación. Observé que cargaba consigo varias revistas. Tenía un nuevo formato, un poco más pequeño, eran fáciles de reconocer. Cerró la puerta de cristal de aquel lujoso despacho y me obligó a tomar asiento. «Vas a necesitar estar sentada si no quieres desmayarte». Abrió la primera de aquellas revistas conocidas y mi corazón empezó a palpar de una manera totalmente acelerada al leer aquel escalofriante titular:

Sexo y desenfreno en la mazmorra con la mujer de uno de los empresarios más importantes de Manhattan: Frida Carmona.

Mis ojos no daban crédito. Las manos se me congelaron de un instante al siguiente. Sobre todo porque, después de leer algunas de las primeras líneas en las que destacaban las palabras sexo, desenfreno y ninfomanía, pude leer con mis ojos clavados en la tipografía el nombre de la

persona que lo había redactado: Ariadna Hernández.

Fotografía: Pelayo Gómez. Redacción: Ariadna Hernández. Cerré los ojos y apreté mi mano derecha contra el pecho. De verdad sentía que el corazón me iba a fallar. Traición. Venganza. Rabia. Y sujetándome el pecho y con todas las partes de mi cuerpo bloqueadas, intenté seguir leyendo algunas partes de la noticia que se me quedaban absolutamente clavadas en lo más profundo de mi ser.

La desagradable mente perturbadora que desarrolla la gente con poder de Manhattan. Frida, una mujer aparentemente elegante, pero con una adicción perversa que la ha llevado a la perdición. Frida Carmona, una mente perturbadora al descubierto.

Intenté leer por encima aquel artículo, pero sentí que el corazón dejaba de bombear cuando leí otra vez con mis propios ojos quien lo firmaba. No podía creérmelo, no quería creérmelo, no estaba preparada para asimilarlo. Mi cuerpo no reaccionaba, no daba crédito. Ariadna Hernández. Ariadna Hernández, repetía mi cerebro una y otra vez. Cerré los ojos fuertemente, deseé con todas mis fuerzas que aquello que me estaba pasando no fuera real. Que fuera un sueño. Le pedí a Dios que no fuera mi hermana la que me hubiera traicionado de aquella manera. Poniendo en peligro mi empresa, mi pequeña empresa que era lo único que había conseguido en todos esos años de puro esfuerzo. Era todo lo que tenía en aquella ciudad de los sueños rotos que me había brindado tantos disgustos como prosperidad. Aquella ciudad en la que llevaba luchando años sin descanso. Sola. Desamparada. Volví a leer su nombre y justo cuando estaba a punto de ponerme a llorar, estallé en un grito poseído que hizo que se tambalearan todas las paredes de cristal de aquel despacho.

—¡Fuera! —grité, fuera de mí—. ¡Fuera! —grité al pobre Robert, que me miraba con cara de preocupación y desasosiego.

—Marina, tranquilízate...

—¡He dicho que todo el mundo fuera!

Robert intentó acercarse a mí, tranquilizarme, abrazarme, pero yo estaba totalmente fuera de quicio. «¡Fuera!», volví a exclamar con una ira que nunca jamás había sentido antes. Robert no se movía, le arrastré furiosa hasta la puerta, gritando, odiándole, y le empujé para que bajara las escaleras. Vi que el resto de los empleados nos estaban observando, atónitos, estupefactos, todos pasmados desde sus escritorios de la planta de abajo. Ver que estaba perdiendo los papeles me causó aún más furia, más violencia. Así que les grité a todos una y otra vez:

—¡Fuera, he dicho que todo el mundo fuera! No quiero ver a nadie. ¿Me oís? ¡A nadie!

Me volví a meter en el despacho, volví a leer el titular de la noticia, salí enfurecida con los ojos fuera de las órbitas, gritando a todos, hubiera gritado hasta al mismo diablo si me lo hubiera encontrado en aquel momento. Nunca antes me había sentido así, traicionada, vulnerable, vendida, sentenciada por mi propia hermana. Así que después de gritar la misma frase de forma obsesiva, escuché el sonido de la puerta que se cerraba, dejándome absolutamente sola en mis oficinas. Rompí a llorar. Un llanto desconsolado que me desbordó. Desistí de evitar las lágrimas, necesitaba llorar, hasta que yo sola pudiera calmarme. No tenía muy claro que aquel momento pudiera llegar nunca. Y mientras lloraba y me hacía cada vez más pequeña, pensaba en lo que me había hecho mi hermana. No imaginaba cómo había sido capaz de llegar a provocar el cierre de mis oficinas. Porque solo yo sabía de lo que Frida Carmona era capaz. Conecté rápidamente con el rechazo que habíamos recibido de algunas de las boutiques. ¿Habría sido Frida? Me pregunté en qué momento Ariadna se había convertido en una persona así. Recordaba anécdotas de cuando éramos niñas y ella me cuidaba, cómo la había admirado y querido siempre, siempre había sido mi punto de referencia. Ese alguien que yo siempre había querido ser. Y entonces me

ahogaba. Me ahogaba recordando aquellos meses de sufrimiento en los que me había sentido completamente culpable. No comprendía cómo ella había sido capaz de permitir que aquello sucediera. Y que esto nos hubiera pasado a nosotras. Deseaba que nada de aquello fuera real. Y después volvía a leer otro de los mil artículos. Esta vez en una revista mexicana.

Es donde se practican la tiranía del sexo, los juegos más humillantes y las prácticas más crueles del sado. ¿Y quién acude a estos locales? Pues damas de la altura de Mallory Mayer, diseñadora jefe de la firma Gap; Mercedes Trobador Castillo, diseñadora principal de accesorios de Tory Burch...

Mallory Mayer, mi May... Quien le había dado cobijo durante meses. Mi familia, mi amiga, mis niños, mi Sam... No podía creer que Ariadna se hubiera atrevido a nombrarla. ¿Por eso May había comenzado a ignorarme? Hacía mucho tiempo que tampoco me contestaba a mis mensajes. ¿Habría sido por esto? ¿Y su marido, David? ¿Igual ellos dos también eran parte del club? ¿Igual por eso Mallory había adelgazado tanto? ¿Sería socio solo David?

Las respuestas eran evidentes. Y la información y la lista de nombres estaban plasmadas en aquella lista infinita de revistas. Lo peor de todo es que cuanto más hundida me hallaba, más consciente era de haber perdido por completo las ganas de luchar por mi empresa. Pensaba en Frida y en lo capaz que era de hacer lo indecible por destruir Talking Media. Era el fin, yo lo sabía. Miraba a mi alrededor y veía los muebles, la decoración que tantos meses me había llevado encontrar, mi escritorio, los ordenadores, los libros, mis oficinas. Y entonces me enfurecía y lo tiraba todo al suelo, enloquecida, enrabietándome una y otra vez cuando pensaba en ella.

—¿Por qué, Ariadna, por qué?

La odiaba, la odiaba con todas mis fuerzas. Y me sentía culpable por odiarla sabiendo que ella me había querido siempre. La detestaba con cada célula de mi organismo e intentaba sin éxito leer el cuerpo íntegro de aquella terrorífica noticia que me atravesaba como una estaca de hielo, empezó a faltarme el aire. Volví a estallar en un llanto incontenible y profundo, en forma de grito desgarrado, de horrible mueca de dolor.

—¡Tú no, Ariadna, dime que no has sido tú, Ariadna! ¡Tú no, por favor!

Y justo cuando estaba a punto de desvanecerme, entró Robert por la puerta. Dio un portazo, se abalanzó sobre mí y me abrazó fuerte, muy fuerte. Me dejó llorar. También lloró él, porque conocía a Frida, porque sabía lo poderosa que era, porque conocía su historial. Porque no iban a pasar desapercibidos aquellos artículos. Porque la lista de enemigos plasmada en aquellos papeles era poderosa, dictadora, dominadora. Estábamos sentenciados. Todo había llegado a su fin. Y entonces, fundidos en un abrazo, lloramos los dos, cada uno por sus motivos. Pero juntos.

XXXI

ALL ENDINGS ARE ALSO BEGINNINGS, WE JUST DON'T KNOW IT AT THE TIME

SEXO Y DESENFRENO EN LA MAZMORRA CON LA MUJER DE UNO DE LOS EMPRESARIOS MÁS IMPORTANTES DE MANHATTAN: FRIDA CARMONA

[Fotos de Frida arrodillada, conjunto de ropa interior de cuero, una máscara de piel, tacones altos, labios rojos y maquillaje corrido. Un círculo de velas a su alrededor. Rodeando las velas ocho hombres, algunos jóvenes, la mayoría veteranos, con cuerpos enclenques. Caras viciosas, algunos rostros tapados por puntos borrosos. Los ojos de Frida. Llorando. Vicio. Terror].

Manhattan como tantas otras ciudades, acoge una de las tendencias sexuales más controvertida, de ámbito cada día más universal: el sadomasoquismo. A raíz de la exitosa novela *Cincuenta sombras de Grey* y el estreno de la arrasadora película, son muchas las mujeres que necesitan ser esclavas sexuales de un hombre y dar rienda suelta a sus instintos eróticos, a través de la docilidad y la sumisión.

Dicen que esta forma de esclavitud las libera y las hace sentirse más femeninas, más mujeres.

En la Gran Manzana están proliferando locales que ya hacen sombra a los domicilios particulares donde hasta ahora se llevaban a cabo en secreto estas prácticas. Señoras de todos los ámbitos y condición se entregan a esta forma de desenfreno sin tapujos. Para nuestra sorpresa, uno de los principales inversores de este tipo de locales es el famoso Mitch Galbo, director de diferentes compañías multimillonarias en la Gran Manzana. Su mujer, originaria de nuestro querido país, España, es una de las propulsoras de este movimiento catalogado en un principio como obsceno. Al parecer, tanto Frida como otras muchas empresarias encuentran placer al ser dominadas y afirman que, a mayor crueldad, mayor satisfacción. Nada que no destapen las fotografías que mostramos a continuación.

Como puede observarse, no se esconden. Están ávidas de nuevas experiencias y nuevos encuentros, para ello reclaman una mayor afluencia de participantes. La noticia ha corrido como la pólvora. Fémimas hasta ahora conocidas en la crónica social por servir de escaparate a grandes firmas y asistir a todos los eventos e inauguraciones han encontrado en el sadomasoquismo una liberación a su monótona vida. Y así se las ve entrar sin disimulo en locales reconvertidos con este fin, tan famosos como Moments, The Box, The Loft o Tupper Sex, del que Frida Carmona es precisamente dueña y presidenta.

A primera vista, se trata de locales donde cualquiera puede ir a tomarse una copa, pero en las enormes trastiendas es donde se practican la tiranía del sexo, los juegos más humillantes y las prácticas más crueles del sado. ¿Y quién acude a estos locales? Pues damas de la altura de Mallory Mayer, diseñadora jefa de la firma Gap; Mercedes Trobador Castillo, diseñadora principal de complementos para Tory Burch, o nuestra protagonista, Frida Carmona.

Señoras que, como afirmaba Sade, buscan el placer y el gozo sin límites, sin vergüenza y sin temor, enardecidas por la pasión. Es la libertad llevada a sus últimos extremos. El regocijo total. Testigos han afirmado que las mazmorras están llenas. Que la demanda de locales es cada día mayor y que la lista completa de señoras de alto copete que los frecuentan es interminable.

Vivir para ver.

Para descargar la lista de socios del club, visite nuestra web. www.muyinteresante.com

Fotografía: Pelayo Gómez.

Redacción: Ariadna Hernández.

Hacía ya siete meses que Talking Media había cerrado sus oficinas. Me desperté por los ruidos de Manhattan. Nueva York siempre suena a Nueva York. Es un sonido particular de cláxones, sirenas y ruedas sobre el asfalto, indisociable de la particular estética caótica de una gran urbe vieja y sucia, pero del siglo XXI. Uno siempre se siente pequeño en Nueva York. Aquella frase la había leído en un libro antiguo, no recordaba muy bien el título ni el autor. Pero siempre que me sentía así de pequeña en Manhattan recordaba aquellas palabras y eso me proporcionaba una gran sensación de alivio. Al fin y al cabo, no debía haber sido yo la única persona que se hubiera sentido así en esta inmensa ciudad.

Aquel día era 14 de mayo de 2015, otra mañana soleada y fresca, pensé. Y después volví a embozarme en las sábanas de aquella cama gigantesca que me hacía sentir que estaba durmiendo en las nubes. Miré el reloj, las once y cuarto de la mañana. Llevaba durmiendo once horas, me

sentía viva, descansada, aliviada. Bostecé, me estiré y comencé a bajar aquellas preciosas escaleras de caracol. ¡Qué bonitas nos habían quedado! Toqué una de las barandillas, quería asegurarme de si aún estaban húmedas. Me encantaba el olor a pintura. Las habíamos pintado en beige, un tono roto que daba sensación de antiguo, un look *vintage* acorde con toda la decoración de aquella preciosa casa que llevábamos decorando desde hacía varios meses, los dos juntos. Al llegar a la cocina, observé que justo al lado de la tostadora había un regalo, una rosa blanca y una nota escrita con pilot negro. Me encantaba el olor del pilot.

Feliz aniversario. Sé que odias estas cosas, pero no me puede gustar más hacerte rabiar. Hoy hace cinco meses que empecé a pre-quererte un poco. Nos vemos en Anywhere café a las ocho y media pm. No llegues tarde.
#donkeylife
A. Jabel.

Abrí el paquete. Era un cuaderno precioso, antiguo, de hojas amarillentas, con fragancia a pasado y un poco a olvido. Tenía una inscripción en letras doradas en la parte de arriba: *Ridiculously good ideas*. Y al abrirlo encontré un separador de hojas con un pequeño pilot negro y una nota: «Si tiene que ser con pilot negro, que sea, pero empieza a escribir ideas sobre tu futura empresa de lo que sea, de relatos, de zapatos. ¿Por qué no dibujas algunos zapatos? Te pre-quiere, Jabel».

Sonreí. Me encantaba la obsesión que tenía porque comenzara a escribir ideas. Me hacía gracia que estuviera empeñado en que me inspirara en mis relatos para después diseñar zapatos. Yo nunca antes había hecho nada parecido. La idea sonaba disparatada, pero en el fondo me gustaba. Sentía que podían salir cosas bonitas provocadas por los sentimientos de mis relatos. A menudo Jabel decía que tenía que plasmar todas mis emociones de alguna manera. Eso era lo que muchos artistas hacían. Me recordó el ejemplo de Sam Smith, el cantante que acababa de ganar cuatro premios Grammy por un disco que había escrito inspirado en canciones de la ruptura con su exnovio. Todo el mundo saca su parte más creativa cuando lo está pasando mal. Así que le hice caso, a mi amigo, a mi compañero desde hacía algunos meses, bueno, a mi... novio. Esa palabra me había aterrorizado siempre. Abrí la primera hoja y escribí el título que encabezaría aquella historia.

Molie Jones: Feelings, Feelings, since 1988.

Mientras escuchaba el sonido de la máquina de café, comencé a dibujar un boceto, una bota larga, de piel de vaca tratada, muy larga, interminable. Y negra, muy negra. Subía hasta el muslo por encima de la rodilla. Iría enganchada a un ligero de cuero gris sujeto a un cinturón. Expresaba claramente cómo mis sentimientos, interminables, trágicos, se ceñían contra mi pierna y mi cintura aprisionándome las entrañas. La bota izquierda, sin embargo, era corta, no llegaba prácticamente a la rodilla. Simbolizaba mi esperanza de recuperación. Dos zapatos que iban siempre juntos, siendo completamente dispares. Dos botas preciosas que serían desiguales, la misma piel, el mismo diseño, el mismo corte, misma forma, pero un acabado completamente diferente en cada una.

De un modo u otro, aquel diseño también representaba la relación con mi hermana. La bota corta era firme y constante. Estaba bien sujeta en el suelo, apoyada fuerte, con entereza, inmóvil. Simbolizaba firmeza, elegancia y sencillez. Era coherente y por ello atractiva, sensual. La bota larga, sin embargo, representaba la locura, la inestabilidad. Necesitaba un par de ligeros grises para sujetarse. Si no, era imposible mantenerla en pie. Pasaba por la vida de puntillas, sin

apoyarse en los tacones. Y era larga, se notaba que su recorrido había sido mayor. Llamaba la atención su incoherencia.

Me imaginaba a Kate Moss caminando con ellas por alguno de aquellos famosos festivales. Me parecía superseductora que el mismo par de botas te dejara al descubierto una pierna entera, cubriendo la otra completamente por una piel ligera que acababa en un ligero. Un diseño atractivo, loco, diferente, dramático, deleznable, irresoluto. Adjetivos que definían tanto las botas como mis sentimientos en aquel momento. Nada más terminar el dibujo y acordándome de Ariadna arranqué la hoja, hice un gurrño con el papel y lo tiré a la basura. ¿En qué estaría pensando? Un par de botas desiguales... ¿Quién en su sano juicio se atrevería a ponerse aquello? Me encolericé.

No entendía por qué Jabel podía estar tan seguro de que fuera a salir bien. Hacía mucho tiempo que ya no era diseñadora, había perdido la costumbre y la seguridad. Pero él seguía insistiendo. A menudo me decía que aquella etapa en la que me encontraba era la mejor para plasmar mis emociones en un papel. Estaba seguro de que funcionaría. Aun así, no me lanzaba, pensaba que no era precisamente mi momento, llevaba razón en que tenía los sentimientos a flor de piel, pero básicamente estaba más deprimida que un perro viejo que ha perdido al amo.

Necesitaba recuperarme de aquellos meses tan intensos del cierre de temporada. Y lo decía así, «cierre de temporada». Como autoconvenciéndome de que una etapa nueva y mejor llegaría a mi vida. Intentaba quitarle algo de dramatismo al asunto. Porque realmente fue una tragedia griega. Las lloreras abrazada a Robert mientras empaquetábamos las cajas, las llamadas a mis padres mintiéndoles, destrozada. Sin atreverme a nombrarles nada sobre mi hermana. Después, las llamadas a Juls y a Hanna, maldiciendo una y otra vez a Ariadna; la entrega de las llaves de aquella oficina vacía que había abierto con su ayuda, precisamente la misma persona que se había encargado de que cerrara. Traición. Instantes que jamás olvidaremos y que siempre recordaremos con nostalgia de lo que podía haber llegado a ser nuestra vida en Manhattan. Y perdóname, pero las frasecitas de que el tiempo ponía a la gente en su sitio y que el destino me tenía preparado un nuevo camino en aquel momento me traían al pario. Yo me cagaba en el tiempo, en el destino, en mi hermana Ariadna y en la madre que la parió. Bueno, no, mejor no. Que es mi madre también y tampoco me la imagino cagada a la pobre.

Recordé con nostalgia el momento en que anunciamos a los empleados que estábamos cerrando, el momento en que empezamos a recibir cartas de algunas de nuestras tiendas. Cartas de despedida, de cortesía, homenajes, frases y palabras preciosas. Nos transmitían que había sido un verdadero placer trabajar con nosotros y que nos echarían muchísimo de menos. En aquel momento tan nostálgico para nosotros, agradecimos muchísimo las cursiladas americanas. Y cada vez que nos llegaba un sobre fucsia o azul turquesa con alguna postal pomposa llena de purpurina, nos alegrábamos. Y leyendo aquellas notas tan cursilonas hasta se nos saltaban las lágrimas.

—Ay, nena, quién me iba a decir que acabaría guardando todas estas cartas. Si es que me encantan. ¡Son tan bonitas! Mira esta, con el perrito con cara triste y el collar de flores. O la de Hello Kitty diciéndonos *goodbye*. Si es que son tan monas...

Robert lloraba como un niño. Me venía bien que fuera él quien derramara las lágrimas porque inconscientemente yo me hacía la fuerte, adoptando el papel de consoladora en el reparto. Eso me mantenía ocupada, cuidar a Robert fue un alivio en esas intensas e interminables semanas de otoño. Aquel otoño 2014 que estaba deseando acabara. Gracias a Dios, con la llegada de noviembre y Halloween, Robert empezó a recibir ofertas. Y comenzaron sus entrevistas para grandes diseñadores.

—Nena, ¿de qué nos vamos a disfrazar en Halloween? Yo de currículo. Me voy a imprimir un currículo gigante y me voy a meter en él, en un CV de gomaespuma. ¡A ver si con suerte así encuentro trabajo!

—No seas dramático, Robert, llevas menos de dos semanas buscando.

—Ya, pero he hecho ciento cincuenta entrevistas. ¿Y tú? ¿Qué vas a ser en Halloween?

—*I am gonna be emotionally stable, no one's gonna know it's me.*

—*True story.*

Planeábamos nuestros disfraces, llorábamos y reíamos, mirábamos en internet posibilidades tan divertidas como rocambolescas. Encontramos una pareja que se había disfrazado de torres gemelas con un tercer personaje disfrazado de avión. Habían grabado un vídeo chocándose unos contra otros, borrachos, descontrolados. A Robert le parecía una idea maravillosa disfrazarse de torre. Y me intentaba convencer diciendo que representaba a la perfección la tragedia que estábamos viviendo. Que le pediríamos a Juls que se disfrazara de avión, un avión que se llamara «Aerolíneas Ariadna» que se chocaría una y otra vez contra nosotros hasta que todos vomitáramos de la borrachera. Yo le decía que no. Que nada de «Aerolíneas Ariadna», no lo haría. Y entonces él me ofrecía ser el avión. Así, entre discusiones, un buen día a principios de diciembre, una de nuestras mejores clientas, Holly, aquella compradora californiana que se había vuelto loca con nuestra primera colección de «Siempre Vivas», recomendó a nuestro Robert para que trabajara en Michael Bastian, el diseñador que había pasado a ser la cabeza creativa de la firma Gant. Tras pasar tres maravillosas entrevistas, mi divertido amigo comenzó a trabajar como el *account executive* de aquella prestigiosa firma.

—Prométeme que en cuanto montes algo me llamas, ¿eh? Que a mí el Bastian este no me agarra de los huevos.

—Bueno, no seas bruto, ¿eh?

—¡Anda, la otra! Pero si he aprendido a hablar así por ti. Por tu culpa.

—Eso es verdad. Venga, dame un abrazo. ¡Que me alegro muchísimo por ti!

—Y yo por ti, Moli. Que te me estás ennoviando con el Jabel. Mira, mira, cómo te brillan los ojos. ¡Ay, que se me está enamorando mi molinera!

—¡Calla, hombre, déjame en paz, joder!

—Lo ves, malhablada, que eres una malhablada. Tu madre tenía que haberte lavado la boca con jabón.

Y así fue como, lentamente, tras una tremenda crisis existencial, todos comenzamos a recuperarnos y a encontrar nuestro sitio, paso a paso. Así era la vida, llena de idas y venidas, de emociones vividas poco a poco hasta que, al final, te acaban mandando de un sitio a otro. Con suerte, a un lugar mucho más apasionante que el anterior. «*All endings are also beginnings, we just don't know at the time*».

En cuanto a Frida Carmona, nunca le di el placer de enfrentarse cara a cara conmigo. Aquella mujer estaba completamente mal de la cabeza y no tuve más que escuchar un par de mensajes que me había dejado en el buzón de voz para darme cuenta de que aquella señora había perdido completamente el juicio. Nada me apetecía menos en el mundo que entrar en una lucha a sangre fría con ella. Así que, el día después de leer los artículos que había redactado mi hermana, quedé con Ernesto, nuestro abogado.

Le enseñé todos los mensajes que me había dejado Frida y le informé de que habíamos tomado la decisión de cerrar. Aún recuerdo las preguntas y los intentos de convencerme que empleaba Ernesto: «Tienes que pensarlo mejor, justo ahora estáis en el punto álgido de vuestra carrera, con estos mensajes podemos llevar a esta señora a juicio. ¿Qué les vas a decir a tus empleados?»

Tienes que pensarlo mejor, date otra oportunidad». Pero la decisión ya estaba tomada. Yo, abatida por el golpe de Ariadna, no tenía ganas de luchar por la empresa, ni ahora ni nunca. No me sentía capaz de sacar nada adelante. Y no lo digo de una manera dramática ni trágica, ni mucho menos. Simplemente, no tenía ganas, y cuando no tienes ganas, no hay absolutamente nada que hacer. Ernesto, aun así, no se daba por vencido.

—¿Y Roberto? ¿No quieres ofrecerle la empresa a Roberto? Si necesitas un descanso personal, *maybe* Roberto pueda quedarse con ella. Se hace el traspaso y listo.

—Ya lo he pensado, Ernesto, y se lo he ofrecido. No quiere. Dice que o los dos juntos o esto no va a funcionar.

—¿Estáis seguros de lo que estáis diciendo? Estabais facturando millones anualmente.

—Ernesto, la decisión está tomada, de verdad. No insistas. Así es la vida. Un día inicias una etapa y otro día la cierras. Talking Media se ha terminado. Todo en esta vida tiene un inicio y un final. Hay que saber aceptarlo. Punto.

Se me clavaban mis propias palabras en el pecho mientras firmaba aquellos papeles junto con Roberto y Ernesto. Aquel día, a finales de octubre, el día que teníamos que entregar las llaves del edificio, le pedí a Robert y a Juls que me dejaran sola, aunque fueran unos minutos. Y mis amigos, aunque rechistaron, me hicieron caso. Me quedé allí. Sola en aquellas oficinas que un día, no hacía mucho, habían sido mías. Allí estaban, vacías, sucias, llenas de basuras y de cajas. Miré a mi alrededor, suspiré, volví a mirar mi reflejo en aquel espejo. Sentí un escalofrío enorme al observar a aquella mujer en la que me había convertido. Me toqué el pelo, igual de rubio, rizado y encrespado, como siempre. Y unas ojeras oscuras que acompañaban a un rostro pálido y delgaducho. Lo único que quedaba del rostro de aquella chica jovencita que había entrado por esa puerta de cristal hacía solo tres años eran las zapatillas. Aquellas Converse naranjas y sucias que me habían acompañado en todo el recorrido. Miré hacia arriba, aquel techo, aquellas lámparas, qué tremendamente feliz había sido bajo ellas. Me eché a llorar. Lo necesitaba. Porque a veces es sano, bueno y necesario. Necesitaba desahogarme. Luego intenté animarme, sabía que vendrían días difíciles y días bellos, siempre había sido así en Manhattan y siempre sería. Y tendría que ser fuerte y aprender a vivir la vida de otra manera. Sin frivolizarlo todo. Sin que mis días se convirtieran en una sucesión de emociones insípidas con la única perspectiva de qué hacer durante el fin de semana. Me había gustado vivir deprisa, me había llegado a creer que era yo misma la que tomaba las decisiones. Pero aquel día, sola en mis oficinas, comprendí que a veces son las situaciones las que te arrastran, yo solo tenía que ocuparme de defenderme.

Mientras lloraba y me juraba a mí misma que iba a salir de esta, arranqué con cuidado las letras de la puerta de cristal, Primero la T, luego la A, aquellos trozos de papel pegajoso fueron lo único que quedó de Talking Media cuando se cerraron las puertas aquel triste y lluvioso día.

Sin embargo, para mi sorpresa, tardé en recuperarme mucho menos de lo que esperaba. Supongo que mucho tenía que ver con el apoyo moral y psicológico que me ofrecía Jabel día a día. Fue él mismo quien me ayudó a tomar las decisiones, quien me acompañó a los abogados, quien me ayudó a redactar las cartas de despedida. Me ayudó a hacer desde las tareas más rápidas y necesarias, como repartir un finiquito a mis empleados, hasta a firmar todos los papeles del banco utilizando a nuestros abogados para romper los contratos y calcular cómo podríamos saldar todas las multas que se nos venían encima. Recuerdo cuantísimo nos costó renegociar la rescisión del contrato que teníamos con el edificio. Tanto es así, que llegó a plantearse utilizarlo como parte de su estudio de producción e intentar que se realizaran los *castings* y otras entrevistas y reuniones en el espacio. Jabel se desvivía por ayudarme y yo estaba totalmente enganchada a su consuelo, dependía de su consejo y del desahogo que me brindaba. Le quería

mucho. Le necesitaba más de lo que le quería. A veces eso me asustaba.

También me ayudó a redactar un e-mail a nuestra querida Frida. Lo enviamos desde mi dirección corporativa de Talking Media con copia nuestros abogados. En el e-mail explicábamos a la señora Carmona cómo habíamos efectuado el cierre de nuestras oficinas y le anunciábamos mi vuelta a Madrid, a mi querida España. Planeábamos que mi vuelta sería efectiva para ese inicio del verano de 2015. Después, continuaban una serie de líneas en un tono más formal y serio advirtiéndole de las represalias que tomarían nuestros abogados si llegara a interponerse en mi camino. Le hablaban del artículo firmado por Ariadna, no por mí. Que tenía que ser consecuente con sus actos, que teníamos muchas pruebas con grabaciones de voz. En fin, un capítulo de mi vida quedó cerrado sin ninguna contestación aparente de Frida, sin más noticias su existencia. Me sentía aliviada, esperaba sinceramente no tener que encontrármela nunca más.

De todos modos, además de la pérdida de mi empresa y la muerte definitiva de Ariadna para mí, aquellos artículos supusieron la pérdida de dos importantísimas personas en mi vida: Mallory Mayer y Sam. Aquel niño. Solo pensar que no iba a volver a verlo me producía un ardor de estómago que desencadenaba muchas veces una pena inconsolable. Me abrazaba a Jabel, él me prometía una y otra vez que todo mejoraría pronto, me cuidaba y me trataba bien, me hacía regalos. Hablaba conmigo horas y horas, sin descanso. Después bebíamos una, dos y hasta tres botellas de vino. E inevitablemente muchos días acabábamos haciendo el amor.

Pasaron los meses lentamente, luego más rápido y después a un ritmo frenético que a veces llegaba a desorientarme. Así se vive siempre en Manhattan. Había días que me sentía desubicada por el cambio radical de vida. De empresaria a ama de casa. Ahora, gracias a Dios, tenía mucho tiempo para Hanna, Juls y Robert los días que podía ir a verlos. Empecé a hacer deporte otra vez, a hacer planes absurdos con mis amigas que me sacaban de mi nueva rutina. Un día de diciembre, Hanna estaba desesperada porque Jeff, su novio digital, no le había contestado a los WhatsApp en las últimas siete horas. Nos reunió a Julieta y a mí en una cafetería monísima de la calle Houston. Se llamaba Ivy's Café. Muebles de madera, olor a café y las mejores *cookies* de Nutella del planeta. Nos contó llorando, entre risas, lo agobiada que estaba de que Jeff fuera capaz de abandonarla.

—Bueno, Hanna, abandonarte, no. Porque para abandonar a una persona, primero has tenido que estar con ella, y tú a Jeff no lo has visto jamás en persona. Además, por Dios, que solo lleva un par de horas sin contestarte. ¡No seas dramática!

—¡Ay, Julieta, déjame vivir, que es invierno! *I am just in love. And I did something crazy...*

Cada vez que Hanna nos advertía con ese «*I did something crazy*» yo me esperaba lo peor. Los sándwiches de dinosaurio del arqueólogo, encargarse un anillo de compromiso a medida ella sola, apuntarse en la lista de espera de bodas de Central Park. Porque desde que Hanna había empezado a hablar con Jeff por Tinder y WhatsApp, se había inscrito en la lista de espera de algunos lugares de celebración de bodas en Manhattan. Por ejemplo, para poder casarte en el Plaza, hay una lista de espera de unos dos años aproximadamente. Las parejas comprometidas se suelen inscribir en la lista con más de catorce meses de antelación. Hanna no quería quedarse sin hueco, así que, solo por si acaso Jeff acababa pidiéndoselo, ella ya tenía cumplido el trámite de la reserva. Nos contaba entre risas cómo planeaba hacerse la loca, cómo engañar al pobre Jeff diciéndole que justo ese día había habido una cancelación. ¡Pobres hombres, jamás se podrán imaginar tan siquiera lo que las mujeres son capaces de llegar a hacer!

—A ver, Hanna sorpréndenos —dijo Juls—. Ya has mandado las invitaciones de boda y ahora te has arrepentido. —Juls soltó una carcajada que acompañó mi risa. Las dos sabíamos que nuestra amiga era totalmente capaz.

—*Oh, Juls, don't be mean to me* —replicó Hanna.

—Sí, eso, Juls no te pases —admití—. Hanna jamás sería capaz de hacer algo así. —Y nos reímos otra vez.

—¿Es que, Hanna, qué quieres que piense? Yo de ti, querida mía, me espero lo peor. Pero, en fin, yo mejor me callo. Que luego os enfadáis conmigo porque arruino el romanticismo.

—Lo de las invitaciones no lo he hecho, pero sí que lo he pensado.

—Básicamente, ya las tienes casi encargadas —afirmó Juls, haciéndonos reír a carcajadas otra vez.

—Sí, el otro día fui a una tienda preciosa y las elegí. Pero todavía no las he encargado. Aunque lo haré en cuanto pase estas Navidades con Jeff. Va a ser todo tan romántico...

—*I am not surprised*. ¿Qué has hecho entonces? Sorpréndeme —dijo Juls.

—Me he encargado otro anillo de compromiso, esta vez en Tiffany's.

—¡Hanna, no puede ser verdad! —exclamé. Nos reímos todas.

—Moli, ¿por qué tenemos que esperar a que ellos nos lo regalen? ¿Por qué algo que deseamos las mujeres tanto no nos lo podemos comprar nosotras mismas?

—¡Lo veis! ¡Luego me pedís que no me meta!

—Calla, Juls. A ver, Hanna, no tienes que esperar a que nadie te compre nada. Tú te puedes comprar lo que te dé la gana. Pero los anillos de compromiso significan compromiso, no puedes comprártelos sola.

—Pues comprométete a ser mi amiga para siempre.

—¡Tócate las pelotas! —dijo Juls mientras se manchaba las manos de Nutella.

—Pero, Hanna, si ya estoy comprometida —repliqué—. Lo que no voy a hacer es gastarme cuatro mil dólares en hacerte un regalo de amistad. Para eso nos vamos todas a las Bahamas de viaje de luna de miel de amigas, ¿no?

—Oye, pues no estaría mal. Con esto del restaurante, ¿no sabes cómo necesito un descanso!

—Juls, ahora hablamos del restaurante, que lo que tengo que deciros es importante. El caso es que este segundo anillo que he encargado, tiene que ver con vosotras.

—Hanna, no me asustes, llego a casa con anillo de compromiso y a Jabel le da un ataque.

—Que no. Lo que quiero deciros, y por eso os he reunido aquí, es que este anillo lo he encargado con vuestras iniciales. Como bien has dicho, Moli, el compromiso de nuestra amistad.

—¡Toma ya! —soltó Juls.

—Juls no seas borde, que Hanna nos está haciendo una declaración de amor. Total, estamos todas medio solteras, ¿qué más da!

—Hanna no. Hanna tiene un novio *online*. Aunque el pobre aún no sabe que tiene ya la fecha de la boda reservada, el anillo de compromiso y las invitaciones escogidas. Y tú estás más tirando a medio emparejada que a soltera. ¡Aquí la única que sale mal parada soy yo!

—*And that's why Juls. I have been thinking and...* He encargado los tres anillos de compromiso iguales. Porque todas nos merecemos tener uno.

—¡No es verdad, Hanna! —dije sorprendida. En realidad, me parecía muy tierno que Hanna tuviese tantas ganas de tener un anillo y contuve una risita.

—¡Hanna, no pienso gastarme un dineral en comprarme un anillo de compromiso, tía! —gritó Juls enfadada—. Me va fatal. Desde que cumplí los treinta, mi madre me cortó el grifo por completo. Y mírame, me estoy comiendo la *cookie* desesperadamente porque no tengo con qué cenar. Mentira, Julieta, no te engañes a ti misma, ¿eh? —Se regañó sola como había hecho siempre.

—Juls, voy a pagar los vuestros, vosotras solo tendríais que pagar el mío entre las dos. Es un

regalo que quiero haceros. Habéis sido mis amigas desde que llegué a esta ciudad hace años. ¡Qué mínimo que nos comprometamos!

Entre risas, Julieta a regañadientes y las palabras tiernas de nuestra romántica Hanna, acabamos en Tiffany's recogiendo nuestros anillos de compromiso. Lo mejor era la facilidad con la que Hanna se inventaba historias para que las dependientas realmente se creyeran que estábamos comprometidas, a punto de casarnos.

—Qué bonito que seáis las tres mejores amigas y hayáis encontrado las tres a vuestra media naranja a la vez.

Hanna se sonrojó y siguió hablando con las dependientas de todos los detalles de la boda que tenía completamente organizada. Juls y yo nos dejamos arrastrar, nos quedamos en la sala de espera, bebiendo champán y hablando de mi empresa, de lo que había supuesto aquel cierre para mí, de Ariadna, de Comilón, el restaurante con el que Juls había soñado siempre. Llevaba meses desquiciada, trabajando sin descanso y buscando inversores que pudieran ayudarle a abrir su establecimiento. La idea del éxito la tenía clara, solo necesitaba un empujón económico. Alguien que creyera en aquella fabulosa idea. Juls había contactado con dos chefs jovencitos que habían trabajado para el famoso restaurante El Bulli, en Cataluña. Con el cierre en 2011, muchos de los chefs se habían quedado sin trabajo y tenían muchas ganas de venir a Manhattan. En Nueva York, aquel restaurante de Ferrán Adriá era archiconocido. Atraeríamos a los clientes con esa mezcla de platos exquisitos de tradición española. La localización sería el Soho y a Juls la mera idea de hacer realidad su sueño le encendían la sonrisa y un brillo en los ojos que denotaban su pasión.

—Estoy segura de que vas a conseguir abrirlo, Juls. No te desanimes, todo llega con el tiempo.

—Ya, ya... Si estoy en ello, es solo que a veces, justo cuando creo que por fin alguien se ha interesado en la idea, no acaban de arriesgar, es normal. Yo me desespero. Normal, si es que me ven muy joven y no quieren invertir tanto dinero.

—Ya, pero eso no tiene nada que ver. Yo también era joven y..., bueno, da igual. Tienes que seguir intentándolo, Juls. El éxito no es un accidente que viene de un día a otro, es trabajo duro, perseverancia, aprendizaje, estudio, sacrificio. Pero la clave de todo es que sientas amor por lo que estás haciendo. Y tú amas la cocina, Juls. Llevas obsesionada mil años. Ya verás como te va a salir bien. Tienes que saber esperar. Todo lo bueno se hace esperar.

—¡Madre mía, Moli, pareces un libro de automotivación! Pero sí, tienes razón. Gracias. Y tú, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

—Ahí voy. Poco a poco.

—¿De verdad regresas a España? Lo siento, pero ahora tienes un compromiso. Te acabas de comprometer con Hanna y conmigo. Vas a tener que quedarte.

—*I know, I know... What can I say?* —Y las dos nos enseñamos el espantoso anillo que acababan de regalarnos. Y sonreímos viendo como Hanna seguía hablando con las dependientas. Probándose este anillo, aquel otro, la gargantilla de diamantes...

—Pero a ver, si crees que tienes que irte, pues vete. Aunque no sé, ahora que estás bien con Jabel. Yo creo que deberías buscar algo. Tienes mil millones de contactos. Monta algo, ya nos has demostrado a todos que puedes. No sé, saca fuerzas de donde sea. Que te ayude él... Si se desvive por ti. Hasta me manda mensajes de vez en cuando para informarme de tus avances. No puede estar más preocupado por ti.

—Ya, la verdad es que sí. No sabes cómo se porta conmigo, Juls... Cómo me trata... Sin él creo que me hubiera hundido del todo. Te lo juro.

—Ya me imagino, pero, tía, tú sabes que es casi veinte años mayor que tú, ¿no?

—Ya, es raro, lo sé...

—¿Cómo os va con el chiski-chiski? ¿Es sexo con magia o es más un poco de gimnasia?

—No cambias, eh, Juls. —La frase ya empezaba hasta hacerme gracia—. Pues déjame que te diga que nos va, muy, pero que muy bien. —Nos reímos.

—Me alegro. Te lo mereces. ¿Sabes a quién se encontró mi madre el otro día por la calle?

—¿A aquel novio que tuviste?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo he imaginado.

—¿Te acuerdas de esa historia, tía? —El «tía» que no faltase—. Te acuerdas de que nos colamos en aquel desfile, con aquellos famosos, yo más borracha que una cuba. Y tú con el pelele de Isma. Porque ese sí que era un pelele, ¿eh? Madre mía, de la que te libraste.

—Y qué felices éramos en aquellas fiestas, Juls.

—Disfrazadas de salchicha, tía. Jamás olvidaré esas anécdotas. Y ahora aquí estamos, míranos, comprando anillos en Tiffany's, viviendo en el Upper East Side e invitadas a los mejores desfiles de moda. ¿Quién nos lo iba a decir, eh? Cómo pasa el tiempo y cómo inevitablemente cambian las cosas.

—Ay, Juls, que entre el champán, la depresión y la nostalgia me vas a hacer llorar.

—Ya, pero es bonito, tía. Acordarse de todo lo que hemos vivido juntas. Y de cómo han cambiado las cosas. No sé. Gente que era tan importante en nuestras vidas ahora ni siquiera está... Como Sam y como Mallory. ¿Les echas mucho de menos?

—Muchísimo, Juls.

—Pero tampoco has intentando hablar con ellos, ¿o sí?

—No, pero sabes, Juls, me he cansado de dar explicaciones. Si quieren pensar que fui yo la que escribí el artículo y la que lo firmé con otro nombre para echarle las culpas a mi hermana, me da igual, de verdad. Estoy cansada. Cada uno que piense lo que quiera. Y las personas que realmente quiero, y que son ahora mismo las importantes, saben la verdad. Me he cansado de dar explicaciones. No sé, estoy cansada. Me da todo igual ya.

—Pues aunque te enfades, creo que te confundes. Y que deberías plantarte en casa de Mallory y pedirle perdón.

—¿Perdón por qué, Juls? Yo no he hecho nada.

—Es igual, no seas orgullosa. Te disculpas por lo que aquel artículo le haya podido causar. Seguro que también lo ha pasado mal. Le llevas un vino y hablas con ella, le cuentas lo de Ariadna, lo mal que lo has pasado y cómo te sientes. ¡Joder, esa mujer te quería muchísimo y sus hijos aún más! Tienes que intentarlo. Aunque sea, hazlo por Sam. Estoy cien por cien segura de que ese niño se muere por volver a jugar contigo.

—¡Que no, que no, que paso! Que ya le escribí mil mensajes cuando volví de París y no me contestó a ninguno, Juls. A ninguno. Me he cansado de arrastrarme. No me da la gana.

—¿Bueno y qué vas a hacer?

—No escribirle más.

—No, eso ya lo sé, no conozco a nadie más cabezota que tú. Me refiero con tu vida. ¿Qué vas a hacer en general? Porque los ahorros de Talking Media algún día se te van a acabar. No sé... Yo... Tía, no te vayas. Puedes ayudarme con el restaurante, allí siempre vas a tener un hueco, te pongo de relaciones públicas, lo que sea. Ya sabes lo mal que se me da todo eso. Me lío a puñetazos. Ya me he pegado alguna vez, hasta le pegué un bolsazo a Minnie Mouse, ¿te acuerdas? —Nos reímos.

—Tienes que empezar a pensar en hacer algo, trabajar en algo, en lo que sea. Escribir, diseñar, eras buena diseñando, te cogieron en Tory Burch y en Alexander Wang a la primera, en cuanto vieron tus *sketchs*. ¿Por qué no diseñas? —Me dijo Juls un día.

—No me repitáis más lo de diseñar, por favor. Mira, ¿te acuerdas de que una vez me dijiste que el trabajo más productivo es el que sale de las manos de alguien que está contento? Yo todavía no lo estoy. Lo voy a estar, ya verás. Pero hasta que no lo esté, no quiero hacer nada. Porque si lo hago, fracasaré. Y será en vano. De verdad que lo estoy intentando...

—Ya lo sé. Me impresiona que la historia no te haya afectado más, la verdad.

—Exacto. ¿Tú crees que la noche de Halloween habría estado bailando el waka-waka disfrazada de magdalena a las seis de la mañana si lo estuviera pasando tan mal? Estoy recuperándome, tía. Tengo a gente increíble a mi alrededor, eso me está ayudando mucho. Y estoy medio ennoviada y tengo muchas cosas que siempre había deseado y cuando esté preparada para dar el paso y montar algo de nuevo, créeme que lo haré. Pero necesito estar preparada. Talking Media salió muy bien porque tenía muchísimas ganas. Y ahora no. Todavía.

—El día que las tengas me avisas y me contratas, avisamos a Robert, ese te sigue hasta el infinito. A ver si le vemos más el pelo, que le tienen exprimido en Gant.

—Al final, era buena jefa y todo.

—¿Tú? No, no eras buena jefa, eras buena diseñadora. Me da igual que te enfades. Muchas veces pienso que deberías retomar el diseño y montar tu propia firma de zapatos. ¿No te gustaría? Ahora tienes un montón de contactos. Recuerdo la brasa que me pegabas ese invierno cada vez que nos cruzábamos por la calle con aquellas chicas que llevaban tus botas de plumas. ¡Qué bonitas eran! La verdad es que molaban, ¿eh?

—¡Julieta, te parecían las botas más espantosas de la historia!

—Ya, pero que si me las tengo que poner, por ti me las pongo, que a la que tienen que encantarle es a ti, bueno y a la gente.

—Me tengo que ir, que he quedado con mi NOVIO. Y voy a hacer un poco de gimnasia.

—Aún no me creo que tengas novio. Y que lo digas así, pero si lo odias.

—¡Pues por eso mismo, coño! Me voy con mi novio, novio, novio. A hacer gimnasia, gimnasia, gimnasia. Y magia, magia, magia. Hala, adiós, que me voy con mi novio. —Y con unas carcajadas me alejé de mi amiga Julieta, ella me hizo un gesto como si se ahorcara señalando a Hanna que seguía probándose media tienda, sin intención de comprarse nada.

Volví a oler la rosa blanca que se estaba quedando impregnada del olor a pintura fresca de la casa. Un perfume a manzanas, cedrón y nostalgia que se iba colando lentamente en la cocina americana de aquel maravilloso salón. Me senté en el sofá, sostenía en una mano mi café y en la otra aquel libro antiguo que acababan de regalarme. Observé mi anillo de compromiso. H-J-M-Forever Newyorkers. No podía ser más hortería, la frase era lo que le faltaba. ¡Me encantaba! Dejé el libro para salir a caminar.

De repente, yendo hacia Central Park vi a alguien. Quería asegurarme de que aquel rostro era efectivamente quien yo pensaba. Me di la vuelta, agilité el paso, deshice el camino y me dirigí exactamente hacia donde se habían encaminado aquellas tres figuras. Observé que habían tomado uno de los senderos que se dirigían a Ancient Playground. Era uno de los parques infantiles que el Metropolitan Museum de Nueva York había construido hacía muy pocos meses. Estaba inspirado en su colección de arte antiguo de Egipto, situado en la calle 85 cerca de la parte este del río. Era gigantesco y estaba plagado de niños que jugueteaban entre las miles de atracciones de madera recién construidas.

Entré en el parque sin dudarlo, comencé a buscar aquellos rostros entre las pirámides de

madera y los obeliscos. Esperaba no encontrarme a nadie, sobre todo alguna cara conocida de aquellas épocas turbias en las que fui niñera de Frida. De repente, justo detrás de los toboganes, en uno de los bancos de piedra que imitaban a los frescos de dioses acompañados de jeroglíficos, encontré el rostro que buscaba. Estaba en lo cierto, era Silvana, aquella doctora amargada que había compartido cuarto conmigo en la residencia. Cuántos años habían pasado desde aquella experiencia y cómo había cambiado todo desde entonces. Del mismo modo que había cambiado ella, su rostro, sus ojeras, su cara, su sonrisa...

Intenté esconderme entre los toboganes para poder verla mejor, con disimulo. Se la veía feliz, sana, tranquila, hablaba con aquellos niños que tanto había contemplado yo en aquellas viejas fotografías sobadas que descubrí en nuestra habitación. Sentí un escalofrío al observar el rostro joven, infantil y masculino de aquel niño. Era Jarú, su hijo pequeño, de eso no cabía la menor duda. Vi que llevaba escondido en el bolsillo del pantalón un aparato respiratorio que sostenía varios tubos conectados a su pecho y orificios nasales. Silvana se los colocaba por dentro de la camiseta mientras hablaba con ellos, como regañándoles con ternura. La pequeña esperaba impacientemente, como si se muriera por saltar a la pista y comenzar a corretear entre todos aquellos columpios. Silvana sacó unos sándwiches, los niños protestaron y su madre les miró sonriente, apuntándolos con el dedo a modo de amenaza fingida, sus traviesas sonrisas cuando le dieron un beso al unísono y se alejaron, haciendo caso omiso, hacia los toboganes.

Me quedé embobada, aturdida, analizándola. Una ráfaga de tranquilidad placentera me invadió al observar la escena. Silvana sonrió, recogió la merienda, suspiró, cerró los ojos unos instantes y los volvió a abrir, para no perder de vista a sus pequeños. Yo también los miraba, jugando, felices. Me decidí a abandonar aquel parque, me giré a verles por última vez mientras caminaba. Después, justo antes de irme, busqué entre jeroglíficos aquella figura delgada. Para mi sorpresa, encontré que no era la única que observaba, ella también me estaba mirando. Sorprendida, atónita, paralizada, sintiendo probablemente la misma nostalgia que yo. Tenía sus manos puestas en la cara y pude notar cómo se le humedecieron los ojos. Sin dudarle un momento, levanté la mano tímidamente haciendo un gesto de saludo y sonreí. Noté que ella me devolvía la sonrisa. Alzó su mano derecha con la izquierda sobre el pecho, para devolverme el saludo. Sonreí otra vez, pude leer en sus labios cómo pronunciaba lentamente aquella palabra que me dejó una vez escrita en aquella nota. Gracias. Sentí la necesidad imperiosa de salir corriendo y así lo hice. Corrí. Corrí con todas mis fuerzas acordándome de aquellas cartas que leí en aquel tren. Recordé cómo le conté aquella anécdota a Ariadna. Cómo lloré y lo feliz que fui en todos aquellos momentos en aquella humilde y vieja residencia. Me acordé instantáneamente de la ilusión con la que diseñaba en aquella época. Y de repente, por fin, aquella tarde de mayo de 2015, me entraron unas inmensas ganas de volver a diseñar.

Fue como si aquel encuentro con Silvana me hubiera dado las fuerzas necesarias para volver a montar algo en Manhattan. Lo imaginé sencillo, pero muy bonito. Una colaboración pequeña con algún *department store* con los que ya tenía contacto. Unas oficinas sin pretensiones, quizá alojadas en mi casa. No quería correr, quería vivir, trabajar para ser feliz y poder diseñar. Y seguí corriendo por aquel maravilloso parque mientras ideaba en mi cabeza un *business plan* de lo que iba a ser esa nueva empresa, cómo la montaría tranquilamente durante los próximos meses, cómo les anunciaría a Hanna, a Juls y sobre todo a Robert la noticia. Y seguí corriendo y pensando en cómo Ariadna me había repetido siempre que diseñara.

Cuando llegué a casa, exhausta e ilusionada, agarré aquel libro nuevo que acababan de regalarme. Aquel cuaderno viejo con páginas amarillentas. Entre las frases que escribía día a día, comencé a diseñar bocetos. De zapatos desiguales, de botas de diferentes tamaños, de deportivas

emparejadas en diferentes colores, de complementos con plumas y con tachuelas. Quizá nunca volviera a ver a mi hermana, nunca volviera a escuchar su voz. Pero recordando sus palabras sentí que de algún modo seguíamos conectadas. La estaba perdonando, sentí un gran alivio, ya la había perdonado. Durante un momento, sosteniendo aquel pequeño pilot negro, confirmé que todo en la vida pasa por algo, y que, de alguna manera, aunque estuviéramos separadas por mares y océanos, mi hermana me había llevado a diseñar de nuevo. Cerré los ojos, suspiré fuerte y seguí escribiendo algunas frases más. Frases que iban acompañadas de bocetos. Bocetos delineados por trazos de esperanza.

XXXII

WHAT MADE HER STRONG WAS DESPITE THE MILLIONS OF THINGS THAT HURT
HER, SHE SPOKE OF NOTHING BUT HAPPINESS

Era septiembre, llevaba varios meses sintiéndome extremadamente feliz. Qué absurdo me parecía todo y qué poco sentido tenían mis continuos cambios de humor. Lo único que me aliviaba el ansia de escapar era escribir y diseñar. Y eso era precisamente lo que hacía. Desde aquel día al inicio de la primavera en el que me habían regalado un diario y me había encontrado a Silvana, algo en mí había cambiado. Estaba creciendo algo dentro de mí que no me dejaba separarme de aquel pilot negro. Escribía para *Vogue*, inicié un blog para la aclamada revista. Y después abría mi libro, mi diario, aquel cuaderno viejo de páginas amarillentas donde plasmaba mis sentimientos en forma de zapatos. Escribía cartas que nunca enviaba, frases dirigidas a mi hermana, escribía sobre emociones, describía atardeceres; después, inspirada por las palabras, diseñaba. Los días más grises diseñaba botas oscuras, rocambolescas, con tachuelas, exageradas; los días soleados dibujaba bailarinas, sandalias de fiesta y zapatos de salón.

Así pasaban los días. Escribiendo ilusiones, soñando con atardeceres junto a Ariadna y planeando la apertura de aquella nueva época de mi vida. Una etapa apasionante que dibujaba con una enorme sonrisa. Había días que estaba completamente segura de los diseños y me sentía plena. Otros días, por el contrario, me levantaba negativa, quejándome, tirando todo por la borda, desanimada. Así era la nueva Marina Hernández, apodada por sus amigos Molie Jones. Una mujer cargada de emociones, de vaivenes, de tristezas y de alegrías. Y así seguía siendo hoy. Recordaba con pena y con melancolía el raro, inverosímil y paradójico progreso que había tenido mi depresión evolutiva sobre Ariadna. Comencé cerrando mi empresa, apoyándome en Jabel, saliendo de fiesta como si no hubiera un mañana y uniéndome a los excesos de Manhattan. Después fingí estar bien por un tiempo, escribía artículos en *Yo Dona*, en *Vogue México* y en algunas revistas latinas en las que comenzaron a salirme colaboraciones. Llegó el verano. Ese traidor mes de julio, seguido por un caluroso agosto, meses apasionantes para las emociones. Todo el mundo es feliz en verano, es fácil ser feliz en verano. El sol, los helados, las vacaciones, las calles se llenan de terrazas y de carcajadas en esa época del año.

Una tarde de verano fue Jabel quien entre risas, whiskies y *gin-tonics* al aire libre me pidió que me casara con él. Llevábamos casi un año saliendo, viviendo juntos. Y un año conviviendo, en una misma casa, todo el mundo sabe que es como vivir tres o cuatro años de noviazgo en una relación normal. Incluso más me atrevería a decir yo. Jabel ya tenía una edad. A menudo me recordaba las ganas que tenía de ser padre. Yo le comentaba que siempre había pensado en ser madre joven también.

—Que no, nena, que no tienes que casarte. Si a ti este tío no te gusta, te lo digo yo, joder. Que te conozco. Estás acomodada, muy bien, eso ya lo sabemos todos, pero no te pone. Y tú necesitas a alguien que te vuelva loca. Como Lucca, si es que yo estoy seguro de que vas a acabar con Lucca. El pobre chico solo necesita madurar un poco. Pero dale tiempo. Ya se está poniendo las pilas. Y estoy seguro de que Lucca te dará lo que tú necesitas. Adrenalina, viajes, aventuras. ¡Y sexo con amor y con gimnasia! —Hanna la interrumpía.

—Que no, Robert —le interrumpió Hanna—, que Lucca no es para ella. Además, que en esta vida no todo es te pone o no te pone. El sexo, llega una edad, en la que se acaba. Y déjame que te diga que para millones de parejas no es lo más importante. Y, Moli, yo opino que es mucho

mejor tener un compañero para toda tu vida que acostarse con el primero que se te cruce por delante.

—Hija, Hanna, que yo entiendo que con la edad se acabe. Pero, vamos, ni que la Molinera tuviera cincuenta y cinco años. ¿A que sí, Moli?

—¡Ay, si es que no lo sé...! Os juro que no lo sé. Estoy tan confundida que ya he perdido el norte y no sé ni lo que quiero. Pero tenéis razón, no quiero perderle, tampoco sé si le quiero. Pero me trata tan bien. Me muero sin él. No sé qué hacer.

—Pues, nena, yo te digo lo que tienes que hacer: dejarle. Y después vuelves a tu casa en tu querido Lower East Side, aceptas una de esas mil quinientas ofertas de trabajo que te llegan casi todos los días en LinkedIn. ¡O aún mejor! Abre tu empresa de zapatos. ¿O qué crees? Que no me doy cuenta de que llevas varias semanas pensándolo. A mí no me dejes de lado, ¿eh? Yo soy el primero en ser contratado en esa chamba. Tienes que abrirla. Y esto te dará fuerzas para comenzar una nueva vida. Sola, independiente, como tú lo has sido siempre. Que no sé en qué momento te has convertido en una cagueta así... ¡Pero si siempre has sido una valiente! Y, mira, en menos de lo que esperas, tendrás a otro buenorro como Peter persiguiéndote. ¡Que sí, ya lo verás! Si hasta te han crecido las pechugas, mujer, ¡que lo tienes todo! Que no vas a tardar en encontrar a alguien mucho mejor, ¡te lo digo yo!

—Los melones le han crecido porque ha engordado la pobre. No se lo digas así. —Julieta entró por la puerta. Llegaba alterada, mojada por la lluvia, inquieta. Nos había convocado a todos en Grey Dog, uno de los mejores sitios de desayunos en Greenwich, Manhattan.

—Ay, hija, Julieta, no seas envidiosa. Te acabamos de pedir *pancakes*.

—Perfecto, porque no sabéis cuánto necesito una buena ración de azúcar. Lo que tengo que contaros es para desmayarse. ¡Hanna, deja el móvil quieto, despídete de tu prometido y escucha esta historia que estoy al borde de un ataque de nervios!

Se quitó el chubasquero, se bebió un vaso de agua del tirón y le echó una mirada intimidante y acusadora a Hanna para que la hiciera caso. Nuestra querida Hanna había pasado el verano con Jeff, su novio digital. Aquel chico que actualmente había pasado de ser el rey de los WhatsApp al prometido de Hanna. Sé que la historia es absolutamente surrealista, pero es real. Verídico. Nuestra romántica Hanna no podía estar más enamorada.

Un día inauguramos el restaurante de Juls, su sueño. Y en aquel momento redondo de plenitud recibí un correo electrónico que me atravesó el alma. Era Mallory Mayer. Releí el remitente una y otra vez. Mallory Mayer, Mallory Mayer.

* * *

Corrí escaleras arriba hasta los dormitorios. Deseaba con todas mis fuerzas encontrar aquellos folios. Porque conociendo a mi hermana, no serían ni uno ni dos. Serían cuatro o cinco hojas perfectamente ordenadas y numeradas. Revisé en la encimera donde Mallory siempre guardaba el correo y el corazón se me paró cuando lo vi. Un sobre gordo, verde claro, precioso. Era uno de esos sobres que huelen a perfume, probablemente olería a manzana. La fruta favorita de mi hermana. Suspiré. Me acerqué aquel sobre a la cara, qué típicas eran aquellas cartas con olores de mi hermana. Las había coleccionado desde que éramos muy pequeñas. Me quité el abrigo, estaba asfixiada. Abrí la carta, reconocí al instante la impecable caligrafía de Ariadna. Con manos frías y torpes, sudores en el cuello y sosteniendo aquellos folios con los ojos inundados, me senté en la cama y comencé a leer.

Everything will be ok in the end. If is not ok, then, it is not the end.

XXXIII

YOU ONLY LIVE ONCE. BUT IF YOU DO IT RIGHT, ONCE IS ENOUGH

Querida Marina:

Cuántas veces he pensado en escribirte esta carta y cuántas veces me he echado atrás empezándola, sin tener fuerzas para poder enviarla. Lo siento. Siento no haber sido capaz, hasta hoy, de hacerlo. Me faltaba valor para decirte lo que nunca pensé que sería capaz de escribir ni de expresar. Me duelen tanto las palabras que tengo que reconocer que no sé ni cómo empezar. En primer lugar, quiero que sepas que te quiero, que te quiero como nunca jamás he querido a nadie y como te quise desde el primer día. Dios sabe que yo tenía aquel precioso día de agosto solo once años. Desde entonces mi vida entera ha girado siempre en torno a quererte, a cuidarte y a ayudarte. Siempre me he preocupado de que, pasara lo que pasara, tú estuvieras bien.

Sin embargo, un día, por algún motivo desconocido, una fuerza divina del cielo, una fuerza mala, una ráfaga de viento enfermiza, un huracán de miedos e inseguridades se infiltró en mi mente, dejándome sumida en el peor de los fracasos. Odio. Resentimiento. Envidia. Un deseo horrible provocado por el enérgico e innato poder de la mente humana. Desgraciadamente mi cerebro, que no mi corazón, afectado por ese estremecedor poder, comenzó a odiarte, Marina. Aún se me saltan las lágrimas pronunciando estas palabras. No sabes lo terrible que es asimilar que has podido llegar a querer mal a tu propia hermana. Es imperdonable, estremecedor. Te juro que han pasado meses, días, años y aún me sigo castigando, pensando en cómo pude llegar a convertirme en un monstruo semejante. Un ser cruel, así es como me llevo sintiendo desde un día en el que, con intenciones de hacerte daño, escribí un espeluznante artículo sobre Frida Carmona. Ya te contaré un día la historia... En resumen, el marido de Mallory también era socio de aquellos clubs de excesos sexuales. Conseguí, viviendo con ellos, demasiada información de relevancia. Y escribí algo horroroso que remití a algunos periodistas conocidos. Lo siento tanto, pequeña... En ese momento estaba poseída, endemoniada, completamente fuera de mí. Estaba emponzoñada por una ira y un odio que nunca jamás había sentido. No sabes lo asustada, lo aterrorizada, estremecida, sobrecogida que me ha tenido todo este tiempo aquella perversión.

Gracias a Dios, convencí a la editorial para que no se publicara. Y cuando por fin conseguí que no lo hicieran, decidí marcharme. Necesitaba viajar, alejarme, antes de que pudiera volver a hacerte daño. Saber que pude, que fui capaz de sentir algo tan horroroso contra ti, contra mi hermana, la persona por la que me había desvivido siempre, me hizo sentir unas inmensas ganas de huir. De distanciarme. Solo pensar en que podía volver a hacerte daño, me sumía en el suplicio más agónico. El infierno de la culpabilidad se apoderaba de mi conciencia y me quitó el sueño, el hambre, las ganas de vivir durante meses. Me sentía depravada, como si fuera una asesina, una traidora que había fallado a todo mi entorno, no solo a ti, a nuestro hermano, a nuestros sobrinos, a nuestros padres. A toda la familia. De un día para otro, lo había perdido todo y necesitaba alejarme. Necesitaba poner tierra por medio para reencontrarme, para perdonarme.

Jamás encontraré una explicación lógica a esto que te estoy contando y que aún me parece mentira, pero, Moli, pasó. Con todo el dolor de mi alma y de mi corazón, sucedió. Llegué a odiarte y a querer con todas mis fuerzas que las cosas te fueran mal. Escribo llorando estas palabras que esconden remordimiento, vergüenza y penitencia. No espero que me perdones, Moli. Para eso, primero tendría que perdonarme yo, jamás seré capaz de hacerlo. Pero te debo una explicación, no pretendo justificarme, solo que de algún modo entiendas cómo me sentía.

Estaba en Nueva York, sola, desanimada, frustrada, desolada. Roberto, el amor de mi vida, se

había convertido en un absoluto desconocido para mí. Un extraño. Un ser hiriente que me hacía polvo y era incapaz de pedirme perdón. Es difícil explicar este tipo de emociones, más por carta. Pero ese abuso de confianza... Llevaba con él más de diez años... Diez años, Moli, créeme que son toda una vida. Una eternidad. Sin embargo, después de tantos meses, tantos días y tantas experiencias vividas, de la noche a la mañana, alguien de mi propia familia me lo había arrebatado. Todo mi futuro, mi vida, y lo peor es que lo habían hecho sin darle mayor importancia. De verdad, Moli, ojalá hubiera sabido explicarte cómo me sentí en aquel momento. Era la persona más miserable y desgraciada del mundo. Intenté gritar, correr, pero nadie me escuchaba ni me veía. Incluida tú, que estabas tan ocupada con el inicio de tu empresa que eras incapaz de ver otra cosa. Y yo me hundía...

Estaba destrozada, Moli. Abatida. Derrumbada. Jamás nadie me preguntó qué sentía o qué creía que iba a hacer al respecto. Todos dabais por hecho lo incuestionable, que ese tío era un imbécil, que no me convenía, que no me merecía... Yo quería entenderlo, me esforzaba por ver la situación así de clara, asimilar todos los consejos positivos y racionales que todos me dabais. Pero era imposible porque, para mí, no había un punto y final. Aquella ruptura significó el inicio de la más profunda de las amarguras. Me habían arrebatado las ganas de vivir, ya no de vivir, sino de ser madre. ¿Tú sabes cuánto he querido yo toda mi vida ser madre, Marina? Estoy segura de que lo sabes mejor que nadie. Es algo que he querido con aún más fuerzas incluso de lo que tú hayas querido sacar tu empresa adelante. Ya ves, cada una tenía una ilusión muy distinta en la vida. Roberto llevaba meses engañándome, no solo con Araceli, llevaba tiempo diciéndome, prometiéndome, que estaba intentando dejarme embarazada. Así, sin más, de un día para otro, con mis treinta cinco años, se me escapó aquella ilusión. Tan rápido como a un niño se le escapa un globo en el aire, él me arrebató la mayor ilusión de mi vida.

Siempre recuerdo cómo le explicabas a la gente que yo sería la madre más maravillosa del mundo. Y ni siquiera sabía si lo lograría algún día. Ya no. Sin ser capaz de enamorarme de nuevo porque tenía añicos en el corazón. Era incapaz de volver a confiar en nadie e incapaz de criar a un hijo. Castrada para lo que siempre había deseado. Lo creas o no, por eso precisamente te escribo esta carta, porque me ha pasado algo increíble en estos días en Costa Rica...

En NY estaba tan hundida que precisamente por eso inicié este viaje. Necesitaba huir, necesitaba estar sola. Estaba tan asustada, tan dolida, tan rota que tu indolencia hacia mí provocó que todo mi rencor y odio hacia Roberto se proyectara en ti, eso me aterrorizaba. Me habían arrancado mi ilusión e, inevitablemente, poseída por la envidia, completamente enajenada en un momento sentí ganas de arrebatarte la tuya. Seguro que...

Me duele en el alma tener que estar contándote esto, no busco que me perdones ni tampoco que lo entiendas, tampoco te estoy dando una explicación. Pero al sentirme tan desolada en Manhattan, algo nefasto se despertó en mi interior. Tú estabas fresca, radiante, ya no eras una niña, mi niña, eras toda una mujer. Se te veía aliviada, trabajadora, una mujer muy inteligente, elegante, sofisticada. Y estabas tan guapa, la más guapa que mis ojos hayan visto nunca. Y eras tan absolutamente inconsciente de tu extrema belleza que eso aún te hacía más atractiva para el resto. Tenías algo, la gente se giraba a tu paso por las calles y tú ni te dabas cuenta. Causabas esa impresión, transmitías esa energía positiva. Tu risa, tus bromas, tu sentido del humor. Abriendo tu propia empresa, con solo veinticuatro años, en Nueva York. Te habías mudado sola a un *loft*, en uno de los barrios más solicitados de aquella ciudad con la que mil personas sueñan siempre. Brillabas, eras libre, independiente. No sabes la envidia que eso me causaba.

Y yo, sin embargo, estaba deprimida. Transmitía una energía negativa a todo el mundo que empezó a provocar que la gente reaccionara rechazándome. Ni siquiera Sam, ese niño al que

tanto adoras, tan inocente, quería jugar conmigo, yo lo entendía. Era incapaz de ser divertida. Lo intentaba, te lo juro, pero no podía. Porque mi vida, mi estado de ánimo, mis sentimientos dependían solo y exclusivamente de una persona, de Roberto. «El hijo de puta de Roberto», como solo tú le llamabas, me encantaba que lo hicieras, aunque yo aún no me atreviera a hacerlo. De la noche a la mañana, me vi hundida, desamparada, sola. A mis años me había quedado sin trabajo en España, en tiempos de crisis. Sentía que me había quedado sin nada precisamente por ayudarte, por tu culpa, por venir aquí contigo y echar a andar tu empresa. Te culpaba injustamente, sabía que en el fondo no tenía razón, pero inconscientemente era más fácil que cargaras tú, siendo el chivo expiatorio, que reconocer que mi huida de Madrid se debía a Roberto. No estaba preparada, aún no me había dado tiempo a asimilarlo. E inevitablemente empecé a atribuirte la culpa a ti. Te odiaba sin poder evitarlo.

No podía soportar haber cogido tu plaza de niñera. Aquel trabajo de mierda que tú habías desempeñado. Tú de empresaria y yo de niñera. No me veía, no era para mí. Aguantar estupideces de una familia americana. De una madre que no me querría jamás como Mallory te había querido a ti. Y no quería trabajar con un niño que jamás me querría como Sam te quiere a ti. Porque esa familia te adora. Y matarían por ti si fuera necesario. Ellos harían cualquier cosa por ti, igual que todos tus amigos. Por Dios, pero si hasta te seguían saliendo de una casa en pleno huracán. La gente confía en ti, por el motivo que sea, pero confiamos, lo hemos hecho siempre. Yo... te tenía envidia. Que Dios me perdone. Pero te la tenía y me hace tanto daño acordarme. Me siento tan mal al expresarlo. Tan castigada por haber intentado hacerte daño. Si has sido siempre lo que más he querido. Algún día me atreveré a contarte alguna serie de cosas más que fui capaz de hacer y de decir...

A veces pienso que fue culpa de Manhattan, tú también le echabas la culpa a aquella ciudad, esos rascacielos que siempre te habían fascinado tanto. Era tu ciudad, no la mía. Te veía allí, radiante, mientras yo me hundía y eso me mataba. No sé, me moría por volver a encontrar el amor... «Mi hermana en Tinder, inaudito». Aún recuerdo tus palabras. Mientras tanto, caminabas por aquellas calles, pensando en tu empresa y en tus cuentas, y muchos chicos te miraban en el metro, haciendo el idiota, ni te dabas cuenta. Yo me sentía vulnerable y me ahogaba. Fue precisamente aquel brillo que desprendías el que terminó por apagarme del todo. Lo siento en el alma, Moli, mi Moli, siento en el alma que estés leyendo todo esto. —La carta se impregnaba de lágrimas secas, otras nuevas comenzaban a mojar las hojas.

Y créeme que entiendo que jamás quieras perdonarme. Y no te culpo. No te culpo de nada. Es más, te quiero y pienso en ti cada momento, cada día, cada segundo de mi vida. Y es por eso que aquellos pensamientos me han traído hasta aquí. Ahora mismo estoy viendo un atardecer en Corcovado, Costa Rica, en tu parque natural, ese escenario del que tanto me habías hablado. Esos loros de colores, esos pájaros, esa arena blanca, salvaje y natural. Es inevitable imaginarte en esta misma playa con tu Peter y tu amigo Maikol. Aquel chico que tanto quisiste y por el que tanto sufriste durante largas e interminables temporadas. Es el atardecer más espectacular que jamás me hubiera imaginado, tenías razón. Aquí se respira plenitud. Libertad. Sentimientos apasionantes que solo puedes tener aquí, en Costa Rica. Ahora entiendo todas las descripciones que me hacías en tus cartas. Esas cartas con pilot negro que tanto te gustaba escribirme, imitando mi caligrafía, como habías hecho siempre.

Te quiero tanto, Moli, me estoy hundiendo escribiéndote esto, no sabes cuánto deseo que las cosas te vayan bien, de verdad. Te escribo sonriendo y pensando en cómo describir estos colores que ahora estoy viendo. Esos colores que tanto te gustaban, los rojos, los naranjas que se convierten en morados y violetas y te hacen sentir esos escalofríos, como siempre que te

emocionas con las cosas, con los atardeceres, con las personas, con la vida en general. Porque eres así de apasionada y esa misma pasión es la que te ha llevado adonde estás ahora. Me alegra decirte que, gracias a ti, en estos últimos años he aprendido a hacer precisamente eso. A disfrutar de lo bonita que es la vida. Y a apreciar que cada día es un regalo. E igual que Corcovado te regaló muchos momentos inigualables, a mí también me ha regalado algo muy importante que me quita el sueño desde hace días. El regalo más importante que me ha deparado la vida. No puedo evitar querer contárselo a la persona que más quiero. Tienes que saberlo, Marina, pero no podía anunciártelo sin más. Sin que supieras por lo que había pasado y sin que supieras que me arrepiento con todo mi ser.

Con esta carta quiero anunciarte que llegué a Drake Bay hace solo dos semanas. El pueblo ya no es el mismo que tú me habías descrito en nuestras conversaciones. Ahora hay varios bares en la calle principal y bastantes hostales más, frecuentan la zona algunos turistas que vienen a una escuela de buceo que han abierto unos españoles. Ya no es lo mismo, aunque los atardeceres siguen siendo igual de maravillosos, eso siempre será igual, no te asustes. Tardé muy poco tiempo en dar con Johnny y con Eduina, su mujer. Me habías hablado tanto de aquellos señores... Desgraciadamente, tengo que anunciarte que están un poco enfermos. Se les ve mayores y los dos se vieron afectados hace unos meses por la muerte de su hija. Falleció en un accidente en el mar, en uno de los barcos que chocaron por las tormentas contra las rocas. Se les ve muy débiles, a menudo cogen la gripe y han dejado de trabajar en el campo. Ni siquiera Johnny fotografía a los tucanes. ¿Te acuerdas de las fotos que me regalaste de los tucanes? Inevitablemente también me acuerdo de cuando me contabas que la gente se podía morir de amor. Como los tíos abuelos, ¿recuerdas? Yo creo que los dos tienen ganas de morir. Por primera vez he pensado que lo que decías no eran pamplinas, que de algún modo tienes razón.

Siento darte esta noticia, sé que tú también apreciabas mucho a aquella niña. Pues bien, han sido sus padres los que hace siete días me dieron la noticia más ilusionante de mi vida. Y aunque seas incapaz de perdonarme por mi distanciamiento, vas a alegrarte mucho por mí. Me ha devuelto la esperanza y las ganas de vivir. Johnny y Eduina son abuelos, Moli. Son abuelos de un niño precioso que ahora tiene tres años y medio y que se llama Maikol. Sí, tu gran amigo, tu compañero, unos días antes de morir, dejó embarazada a la hija de Johnny, a Luna. La pobre que ha fallecido hace solo unos días en las balsas. Maikol es padre de un maravilloso niño sano, inteligente, precioso. Tendrías que verlo, te encantaría conocerlo. Ese niño tiene algo, aquella energía de la que me hablabas, que la gente de este país te transmitía...

Johnny y Eduina me han pedido que te lo cuente. Ellos están mayores y están buscando la mejor opción para su pequeño nieto Maikol. Temen por su futuro y estaban pensando en darlo en adopción. En cuanto les he dicho que era tu hermana, la hermana de Marina, me han ofrecido quedármelo. En realidad, querían que vinieras tú a visitarlos; no sabes las maravillas que hemos hablado de ti. No sé si podrás venir, si seguirás liada con tu empresa, seguro que todavía sigues sin parar de trabajar y rodeada de éxitos con Talking Media. Eso espero porque te lo mereces.

Y yo..., yo, Moli..., quería pedirte permiso para quedármelo. Ese niño me ha transmitido algo que jamás he sentido por nadie. Sensaciones maravillosas de un amor incondicional, provocado por una persona. He sentido tus escalofríos cada vez que me ha rozado la cara con sus manitas. Y yo... No sé... después de tantos viajes, de tanta soledad, solo tengo ganas de cuidarlo, de pasar tiempo con él, de enseñarle a nadar y aprender juntos a tirarnos los dos por el río. Como tú hacías con su padre, con tu amigo. Quiero que vengas, Marina, a conocerlo, lo quiero con todas mis fuerzas. Perdóname, no puedo escribir más. Lo siento.

Te quiero muchísimo.

Ariadna.

* * *

El avión pisó la pista de aterrizaje y los rayos de sol atravesaron la ventanilla llegando rápidamente a lo más profundo de mis entrañas. Bienvenidos a San José, capital de Costa Rica, anunció la azafata en un tono alegre y cantarín. Miré el reloj, eran las once y veinticinco de la mañana, llevaba varios días sin dormir, apoderada de aquellos nervios y de aquella emoción tan profunda que me mantenía en vilo desde que leyera las primeras líneas de aquella carta. Apoyé en mi pecho aquellos folios verdes, mojados por las lágrimas, apenas mantenían un leve perfume a manzana. Cerré los ojos fuertemente. Apretaba una caracola blanca y brillante con mis manos. Pensé en el abrazo que le daría a mi hermana. No hay mejores abrazos que los que se dan cuando se ha pensado que no va a haber más abrazos. Cerré los ojos otra vez. Maikol, Ariadna. En un abrir y cerrar de ojos, estaba caminando con mis pies descalzos por aquella playa.

La piel de gallina me había acompañado desde que los rayos de sol habían atravesado la ventanilla del avión aquella mañana. Sensaciones que solo se pueden vivir en ese país, pensé. Donde la humedad y las lluvias dominan por encima de la razón. Los sentimientos sobre las reglas, las emociones sobre las certezas, las ganas de vivir sobre las normas. Aquellas normas racionales que me habían mantenido tan alejada de mi hermana Ariadna. Mis pies tocaron el agua transparente, azul turquesa, caminé por esa preciosa playa, interminable. Escuchaba a los monos Congo entre algunas palmeras abatidas que se movían. La playa seguía teniendo el mismo aspecto salvaje de siempre. Troncos caídos, lagartos que se movían por la orilla, perros abandonados, enormes olas de más de dos metros. Seguí caminando. Una emoción me oprimía el pecho y me nublaba los ojos de vez en cuando. Me quité la camiseta, aquel sol imponente en un ambiente húmedo empezada a convertir mi cuerpo en una figura blandengue y sudorosa.

Caminé durante quince minutos, varios perros vagabundos me seguían arrastrándose por la arena, delgados, escuálidos, parándose de vez en cuando para rascarse y quitarse de encima las pulgas. Agarré un palo grande por si acaso lo necesitaba para espantarlos. Recordé con verdadera nostalgia cómo espantaba a los animales mi amigo Maikol. A las serpientes, a los cocodrilos, a los gigantescos camaleones. Justo cuando estaba a punto de meterme en el agua, desfallecida por el calor, el imponente sol y la tensión emocional, mis ojos divisaron una figura femenina que me atravesó el corazón.

Seguí caminando lentamente. Aunque mi cuerpo estaba paralizado, mi corazón había cruzado en un instante aquella playa. Se había situado justo al lado de aquella figura humana. Cabello negro, rizado, grueso, natural. Delgada, curvada sobre sí misma, sentada en la ribera. Era mi hermana, no podía ser otra persona. Una ráfaga de viento húmedo me volvió a poner la piel de gallina. Aquellos atardeceres cálidos lograban ponerme siempre la piel de gallina, aunque nunca con tanta intensidad. Cerré los ojos, los volví a abrir. Caminé lento, con miedo, primero un pie, luego el otro. A lo lejos, en la orilla, divisé con una claridad meridiana la figura de Ariadna. Un temblor me estremeció entera al observarla. Allí estaba, tan bonita como siempre, con una figura mucho más delgada. Llevaba un vestido *hippie* blanco, suelto, recordé al instante cuando se lo regalaron. Ella tenía dieciocho años, yo acababa de cumplir mis nueve. Me colaba en su cuarto y me probaba sus gigantescos tacones mientras ella intentaba estudiar sus últimos exámenes de COU. Sentí un estremecedor escalofrío otra vez. Aquellos apuntes perfectos, aquella figura admirada, aquel vestido blanco de mi hermana...

Ella contemplaba, con la cabeza alta y el cuello inclinado, aquel imponente sol. Era rojo, grandioso, solemne, se situaba justo detrás del mar azul, aquel penetrante océano que teníamos

justo enfrente de nosotras. Vi que dibujaba algo en la arena con un palo mientras un niño pequeño, revoltoso, jugaba desnudo en la orilla. Ningún niño que no fuera hijo de Maikol tendría la facilidad que tenía aquel niño para saltar entre las rocas del final de la playa. Parecía un pequeño mono, saltaba de una a otra con una gracia innata, trepaba por las lianas y luego se dejaba caer al mar. Y volvía nadando, como un perrito, hasta la orilla. Ariadna le observaba y se reía. Al escuchar una de sus carcajadas sentí que se me paralizaba el cuerpo. Aquella poderosa visión me hizo arrancarme a llorar. Sentí aprensión a medida que avanzaban mis pasos. Sin poder resistirlo, comencé a andar más rápido, a un ritmo frenético que parecía que me iba a impulsar a correr en cualquier momento. Y entonces corrí, como si fuera la maratón de mi vida, hasta que me quedé apenas a diez metros de mi hermana.

Otra vez sus carcajadas, volví a sentir uno de esos estremecimientos, llevaba toda mi vida dejándome guiar por ellos y en aquel momento por fin fui consciente y pensé que quizá fuese yo misma la que se dejaba atrapar. Porque en aquel momento me sentí atrapada. Frené en seco, bloqueada, justo cuando mis piernas cubrieron de arena las de mi hermana.

Me sequé las lágrimas, respiré profundamente y toqué con las yemas de mis dedos su espalda. Y cuando se retiró el pelo negro y sus ojos marrones se clavaron en mi alma, sentí que una indescriptible felicidad me había invadido. Si se podía morir de alegría, yo en aquel momento me debía de estar muriendo. Porque, a continuación, me dieron el abrazo más placentero y gratificante del universo. Ariadna me acogió gritando, pletórica, tan fuerte que el sonido de mis huesos superó al de las olas. Mientras me rodeaba con sus brazos escuché entre lágrimas aquellas palabras: «¡Estás aquí! Te quiero, lo siento, te quiero, perdóname, lo siento, te quiero». Apreté su cabello contra mi pecho y la dejé llorar durante un buen rato, también lloraba yo, en silencio.

A los pocos minutos, Maikol se apresuró desde el agua, me miraba sonriendo con la tímida carita de su padre. Como cualquier niño, no se había percatado de nada. Respiré profundo, mi cuerpo estaba poseído por una indescriptible y radiante sensación de felicidad. Aquellos sentimientos me dieron la fuerza necesaria para dirigirme a mi hermana. Había soñado tanto ese momento...

—¡Bueno, vamos a dejar de llorar, anda, venga, Ari! —Nos secamos las lágrimas, nos separamos, nos sentamos en la arena. Nerviosas, expectantes. Teníamos tantas cosas que contarnos que no sabíamos por dónde empezar. Nos faltaban las palabras y al mismo tiempo, sobraban. Con Ariadna siempre habían sobrado las palabras. Juntas. Estábamos juntas—. Venga, Ari, para de llorar. ¿Qué me cuentas?

—Ay, no sé... —Me abrazó otra vez. Y lloraba. Desconsolada. Lloraba y lloraba. Y luego me preguntó—: ¿Qué me cuentas tú? No sé... ¿Cómo va todo con Talking Media? ¿Y Julieta? ¡Y Hanna! Si es que la que tiene que contarme mil cosas eres tú.

—¡Venga, no me jodas, Ariadna, eh!

—No seas malhablada.

Sonreímos. Hay cosas que nunca cambian.

—Pues yo, no sé... Nada importante. Bueno, sí, que ahora estoy montando una empresa, esta vez de diseño de zapatos. —Ariadna lloró y apoyó las manos en sus rodillas, tembló. Me miró, me tocó la cara y luego volvió a llorar. Yo intenté controlarme y le volví a preguntar—: Venga, Ari, ¿qué me cuentas tú?

—Pues que tú sigues muy guapa. Bueno, y que estoy escribiendo una novela.

—¿Ah, sí? Lo sabía. ¿En serio, por fin lo has hecho? Si es que estaba claro que tú tenías que ser escritora, pesada. ¡Qué eres una pesada! Bueno, cuéntame y ¿de qué trata? —Se le volvieron a humedecer los ojos a Ariadna, mi Ariadna.

—De tu vida, Marina. De la vida de mi hermana en Manhattan.

Nos abrazamos otra vez. Esta vez sí sobraban las palabras. Eran incontenibles las lágrimas pletóricas que derramamos. Y mientras nos abrazábamos, aquel entorno nos arrulló y supimos que aquel atardecer nos acompañaría de por vida. El atardecer más bello que jamás habíamos imaginado presenciar juntas. No hay sensación más bonita en esta vida que la de compartir con la gente que quieres lugares cargados de emociones maravillosas. Las dos supimos en aquel preciso momento que las cosas iban a salir bien, mejor que bien. Iban a salir fenomenal. Ya no importaba nada de lo que pasara, porque ahora ya no estábamos solas, estábamos juntas. Para lo bueno y para lo malo. Juntas.

Y mientras abrazaba a mi hermana, intuí que mi empresa de diseño funcionaría y que aquel abrazo era todo lo que yo había necesitado para lanzarla. Y observé el mar, ese mar intenso, profundo y azul. El mar de mi amigo Maikol. Y bajo aquel intimidante sol que poco a poco se transformaba en una línea de luz, una impecable línea roja, intensa, que se degradaba en naranjas que se tornaban en rosas, púrpuras y morados. Un sol redondo y apasionante que se bañaba en azul por detrás de nosotros tres. Ariadna se desahogaba, yo la ceñía muy fuerte. En mis ojos los reflejos del mar, dorados, púrpuras y violetas. Fue un momento mágico. Incluso aún más bonito de como lo había imaginado tantas veces en mis sueños. La inmensa y gratificante sensación de libertad. De paz. De vida. Una sensación que solo había experimentado allí, no hacía mucho tiempo, en Corcovado, Costa Rica.

Observé con los ojos húmedos cómo el pequeño Maikol me señalaba muy contento las ballenas. Igual que su padre me había señalado siempre todos los animales. Y con los ojos empapados, comencé a escucharlas, a discernir sus siluetas recortadas contra aquel azul único. El azul del mar. Y recordé a su padre, a mi amigo. Le recordé contándome en aquella balsa que noviembre era época de ballenas. Mi promesa imposible de regresar a verlas juntos. Nunca imaginé que acabaría haciéndolo así. Con su hijo, con mi hermana.

Abrazaba a Ariadna y volvía a recobrar la vida respirando aquel profundo olor a mar. Vi como aquel niño, un terremoto, seguía corriendo y saltando de un lado a otro, de piedra en piedra, de liana en liana. Se tocaba la oreja izquierda con la mano derecha, exactamente igual que lo había hecho su padre, se quedaba pasmado mirando al cielo, los colores, mientras yo recuperaba el aliento. Pensaba en Maikol, en mi gran e inolvidable amigo Maikol, en lo afortunado que era aquel chico con la cara marcada de que su pequeño hubiera caído en los brazos de mi hermana. Porque mi Ari iba a ser la madre más maravillosa que había existido nunca. Y mientras Ariadna me abrazaba, pude escuchar que sus sollozos se mezclaban con el canto de los pájaros, después el ruido de los grillos y las luces de las luciérnagas. El pequeño Maikol finalmente se nos acercó. Corriendo, nervioso. Y la luz de las estrellas me permitió descubrir esa sonrisa ladeada tan familiar. Y mientras me miraba con esos ojos cargados de la misma honestidad de su padre, me ofreció una caracola. Como quien brinda un regalo. Una caracola blanca, pequeña, brillante. Y justo antes de entregármela, acercó sus pequeñas manos a mi oído. Y pude escuchar a través de mi regalo el sonido del mar. Y al posarla en mis manos, me preguntó:

—¿Pura vida?

AGRADECIMIENTOS

A mi gran amiga Leti y a su nuevo universo llamado Jaime. A Nacho Navarro. En el marido de una de las mujeres más maravillosas que conozco encontré un amigo: la persona que más me apoyó y se alegró cuando una tarde de verano en su *rooftop* neoyorquino, se me ocurrió, con el corazón roto, la disparatada idea de escribir una novela. A vosotros, familia, gracias de verdad, gracias.

A Irene Portabales y a Paloma Correa, dos increíbles personas que me enseñaron que esta historia no tiene un final feliz porque, sencillamente, aún no tiene un final. La única moraleja es que las personas cambian con los años y que la gente feliz no es la gente que tiene lo mejor, es la gente que hace, de lo que tiene, lo mejor. Por nuestras risas diarias, por nuestros momentos en Nueva York, en Miami, en Costa Rica; por todos los que nos quedan por vivir.

«*Maybe our girlfriends are our soulmates and guys are just people to have fun with*». Muy poca gente tiene la suerte de tener un póquer de ases. A vosotras: Aroa, Andrus, Anna, Alba.

Por supuesto, aunque sea un tópico, no podía faltar mi madre. «A la Mari José». Por su paciencia en cada una de las mil llamadas de madrugada desde el otro lado del Atlántico. Madre no hay más que una. Te quiero, mamá.

A Manhattan. Porque Nueva York siempre sabe a Nueva York.

A mis Ojos Azules. Unos ojos pequeños que han visto grandes cosas. Por ser mi favorito. Ahora, siempre y cada día un poco más.

A William, Henri y Sam. Mi familia norteamericana.

Gracias a todos.

Muchísimas gracias.

Sexo con amor es magia y, si no, gimnasia
Ana Hernández Sarriá

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la ilustración de la portada, Nathalie Beauvois, 2015

© 2015, Mediaset España Comunicación, S.A.
© 2015, Ana Hernández Sarriá

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-270-4241-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Table of Contents

<u>Portada</u>
<u>Dedicatorias</u>
<u>Carta a mi Mari José</u>
<u>Capítulo I</u>
<u>Capítulo II</u>
<u>Capítulo III</u>
<u>Capítulo IV</u>
<u>Capítulo V</u>
<u>Capítulo VI</u>
<u>Capítulo VII</u>
<u>Capítulo VIII</u>
<u>Capítulo IX</u>
<u>Capítulo X</u>
<u>Capítulo XI</u>
<u>Capítulo XII</u>
<u>Capítulo XIII</u>
<u>Capítulo XIV</u>
<u>Capítulo XV</u>
<u>Capítulo XVI</u>
<u>Capítulo XVII</u>
<u>Capítulo XVIII</u>
<u>Capítulo XIX</u>
<u>Capítulo XX</u>
<u>Capítulo XXI</u>
<u>Capítulo XXII</u>
<u>Capítulo XXIII</u>
<u>Capítulo XXIV</u>
<u>Capítulo XXV</u>
<u>Capítulo XXVI</u>
<u>Capítulo XXVII</u>
<u>Capítulo XXVIII</u>
<u>Capítulo XXIX</u>
<u>Capítulo XXX</u>
<u>Capítulo XXXI</u>
<u>Capítulo XXXII</u>
<u>Capítulo XXXIII</u>
<u>Agradecimientos</u>
<u>Créditos</u>